



Darling

Gabriel Tallent

DESTINO

# Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Dedicatoria  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Agradecimientos

Críticas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# Sinopsis

A los catorce años, Turtle Alveston está lejos de ser la típica adolescente: le gusta deambular sola por los bosques de la costa norte de California, buscando refugio en parajes de increíble belleza y exuberancia. Pero, mientras el mundo exterior se abre a ella en toda su inmensidad, su universo familiar es angosto y turbio: Turtle ha crecido sola, bajo el control de un padre carismático y torturado a partes iguales, obsesionado con la idea de que el fin del mundo tal y como lo hemos conocido está cerca y de que sólo los más fuertes serán capaces de sobrevivir.

La vida social de Turtle se limita al colegio; repele a cualquiera que intente hacerle salir de su caparazón hasta el día en que conoce a Jacob, un estudiante de secundaria que la intriga y fascina. Impulsada por esa incipiente amistad, decide hacer lo más valiente y aterrador que haya hecho nunca: escapar de su padre, sumergiéndose en una aventura sin retorno en la que su libertad y su supervivencia se verán en juego.

Darling

Gabriel  
Tallent

Traducción por  
Hugo López Araiza Bravo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1454

*Para Gloria y Elizabeth*



# 1

La vieja casa se asienta en la colina, la pintura blanca desconchada, y las ventanas en voladizo y las balaustradas de madera cubiertas de rosales trepadores y roble venenoso. Los estolones de los rosales han roto las tablillas de madera, que ahora cuelgan enredadas entre los tallos. El camino de grava está salpicado de verdín. Martin Alveston baja de la camioneta sin volver la cabeza hacia Turtle, que está sentada en la cabina, camina hasta el porche, las botas militares resonando huecas contra la madera, un hombre fornido con una camisa de franela y unos Levi's, y abre la puerta corredera de cristal. Turtle espera, escuchando el tictac del motor, y luego lo sigue.

En la sala de estar hay una ventana cegada, láminas de metal y tablas de poco más de un centímetro de contrachapado atornilladas al marco y repletas de dianas para fusil. Hay tantos casquillos de bala que es como si alguien se hubiera parado justo delante con un arma del calibre 10 y hubiera volado los blancos; las postas brillan en los orificios dentados como el agua en el fondo de los pozos.

Su papi abre una lata de judías Bush sobre la vieja cocina y prende una cerilla con el pulgar para encender el fuego, que titila y cobra vida de nuevo. Lentamente, la luz anaranjada ilumina las oscuras paredes de secuoya, los armarios sin barnizar, las trampas para ratas manchadas de grasa.

La puerta trasera de la cocina no tiene cerradura, sólo están los agujeros del cerrojo y el pomo, y Martin la abre de una patada y sale al inacabado porche, el armazón sin revestir de madera lleno de lagartijas y serpenteantes zarzas entre las que asoman cola de caballo y hierbabuena, con su extraña,

aterciopelada pelusilla de melocotón y su hedor acre. Despatarrado en el armazón, Martin coge la sartén de donde la ha colgado, en las tablillas desprendidas, para que los mapaches la limpien a lengüetazos. Abre el grifo con una llave inglesa oxidada y echa un chorro de agua en el hierro fundido mientras arranca unos manojos de cola de caballo para restregar las zonas problemáticas. Vuelve a entrar en la sala de estar y pone la sartén al fuego, y el agua chisporrotea y salpica. Abre la nevera, de color verde oliva apagado, coge dos filetes envueltos en papel de estraza y se saca la navaja Daniel Winkler, que limpia en la pernera de sus Levi's. Ensarta los filetes con la punta de la navaja y los pone uno a uno en la sartén.

Turtle se sube de un salto a la encimera de la cocina, de madera de secuoya granulosa, con viejas marcas de martillo alrededor de los clavos. Coge una Sig Sauer entre las latas desechadas y desliza la corredera para ver la bala que está alojada en la recámara. Apunta con la pistola y se vuelve para ver cómo se lo tomará su padre, que sigue de pie, apoyado con una manaza en los armarios, y sonrío cansado, sin levantar la mirada.

Cuando tenía seis años, su padre la obligó a ponerse un chaleco salvavidas para que amortiguase el retroceso, le dijo que no tocara los casquillos calientes y la inició efectuando una lluvia de disparos con un Ruger del calibre 22, sentada a la mesa de la cocina y apoyando el arma en una toalla enrollada. El abuelo debió de oír los disparos cuando regresaba de la licorería, porque cuando entró, vestido con unos vaqueros, un albornoz de felpa y pantuflas de cuero con pequeñas borlas de piel, se quedó parado en la puerta y espetó: «Joder, Marty». Papi estaba sentado en una silla junto a Turtle, leyendo *Investigación sobre los principios de la moral*, de Hume, y dejó el libro boca abajo en el muslo para no perder la página y dijo: «Vete a tu cuarto, ratoncito», y Turtle subió la escalera, la madera crujiendo bajo sus pies, sin barandilla ni contrahuellas, los peldaños hechos de un nudo de secuoya, las zancas de madera virgen, agrietadas y retorcidas al no estar bien tratadas, la deformidad sacando de los peldaños los clavos, que quedaban a la vista y estaban tensos, a punto de partirse. Los hombres guardaban silencio abajo: el abuelo observándola, Martin pasando la yema del dedo índice por las letras doradas del lomo del libro. Pero incluso arriba, acostada en su cama

de contrachapado y tapada con el saco de dormir militar, los oía. El abuelo aduciendo: «Joder, Martin, así no se cría a una niña», y papi sin decir nada durante un buen rato y luego defendiéndose: «Ésta es mi casa, Daniel, que no se te olvide».

Se comen los filetes casi en silencio, la arenilla asentándose en el fondo de los vasos de agua altos. En la mesa, entre ambos, hay una baraja de cartas en cuya funda se ve un bufón: en un lado de la cara esboza una sonrisa de loco, en el otro frunce el ceño. Cuando termina, Turtle empuja su plato hacia delante y su padre la observa.

Es alta para los catorce años que tiene, parece una potrilla, las piernas y los brazos largos, las caderas y los hombros anchos pero esbeltos, el cuello largo y fuerte. Los ojos son su rasgo más atractivo: azules y almendrados, en un rostro muy delgado, de pómulos grandes y marcados, la boca ladeada y dentada; una cara poco agraciada y poco común, lo sabe. Tiene el pelo abundante y rubio, con mechones aclarados por el sol; la tez, cubierta de pecas cobrizas. En la palma de las manos, la cara interior de los antebrazos y la parte interna de los muslos luce una maraña de venas azules.

—Ve por tu lista de vocabulario, ratoncito —ordena Martin.

Ella saca su cuaderno azul de la mochila y lo abre por la página de los ejercicios de vocabulario de esa semana, que copió con cuidado de la pizarra. Él pone la mano en el cuaderno para acercárselo por la mesa y comienza a leer la lista.

—«Conspicuo» —dice, y la mira—. «Reprobar.» —Va bajando por el listado. Luego dice—: Vamos allá. La primera. «El *espacio en blanco* disfrutaba trabajando con niños.» —Le da la vuelta al cuaderno y lo desliza por la mesa hacia ella, que lee:

1. El \_\_\_\_\_ disfrutaba trabajando con niños.

Turtle echa una ojeada a la lista, haciendo sonar los dedos de los pies contra la madera del suelo. Papi la mira, pero ella no sabe la respuesta. Prueba:

—«Sospechoso», puede que sea «sospechoso».

Papi enarca las cejas y ella escribe a lápiz:

1. El sospechoso disfrutaba trabajando con niños.

Él arrastra el cuaderno por la mesa y lo mira.

—Bien, vale —contesta—, ahora mira la número dos. —Le vuelve a pasar el cuaderno, y ella se centra en la segunda.

2. Les va a parecer \_\_\_\_\_ que lleguemos tarde a la fiesta.

Lo escucha respirar por la nariz rota, cada respiración le resulta insoportable, porque lo *ama*. Se concentra en su cara, en cada detalle, pensando «vamos, *perra*, tú puedes, *perra*».

—Mira —insiste él—, mira. —Le quita el lápiz y con dos trazos diestros tacha «sospechoso» y escribe «pediatra». Después le da el cuaderno de nuevo y le pregunta—: ¿Cuál es la número dos, ratoncito? Acabamos de verla. La tienes ahí delante.

Ella mira la página, que es lo que menos importa en esa habitación, porque lo que a ella le preocupa es la impaciencia de su papi, que parte en dos el lápiz y deja los dos trozos delante del cuaderno. Ella se inclina sobre la página, pensando: «estúpida, estúpida, estúpida y mala en todo». Él se rasca la incipiente barba con las uñas.

—Está bien. —Encorvado debido al cansancio, pasa un dedo por los restos de sangre del plato—. Está bien, no pasa nada —afirma, y tira el cuaderno de la mesa con el dorso de la mano—. Está bien, no pasa nada, basta por hoy, basta... ¿Se puede saber qué te pasa? —Y después, sacudiendo la cabeza, añade—: No, no pasa nada, no, basta.

Turtle permanece en silencio, el pelo cayéndole lacio por la cara, y él abre la boca y ladea la mandíbula hacia la izquierda, como si estuviera comprobando su estado.

Extiende el brazo y le pone la Sig Sauer delante. Luego coge la baraja de cartas con la otra mano. Va hacia la ventana cegada, se para frente a las dianas acribilladas a balazos, saca la baraja de la funda, coge la jota de picas

y la sostiene junto a un ojo, mostrándole la carta por delante, por detrás, de perfil. Turtle sigue sentada, con las manos apoyadas en la mesa, mirando el arma. Él dice:

—No seas perra, ratoncito. —Se queda completamente quieto—. Estás siendo una perra. ¿Es que quieres ser una perra, ratoncito?

Turtle se levanta, planta bien los pies, alinea el punto de mira con su ojo derecho. Sabe que la mira está alineada cuando el borde es fino como una cuchilla: si el arma se inclina hacia arriba, verá un brillo revelador en la superficie superior de la mira. Corrige ese borde hasta convertirlo en una línea delgada mientras piensa: «ve con cuidado, ve con cuidado». De perfil, la carta es un blanco del grosor de la uña del pulgar. Apoya el dedo con suavidad en el gatillo de casi dos kilos, inhala, exhala hasta que su respiración se relaja y pone en acción esos dos kilos. Dispara. La mitad superior de la carta cae revoloteando como una semilla de arce. Turtle permanece inmóvil, a excepción de los temblores que le recorren los brazos. Él sacude la cabeza, esboza una sonrisilla que intenta reprimir y se toca los labios con el pulgar con indiferencia. Luego saca otra carta y se la enseña.

—No seas perra, ratoncito —dice de nuevo, y espera. Como ella no se mueve, insiste—: Joder, ratoncito.

Ella roza el percutor con el pulgar. Cuando se empuña bien el arma, se nota, y Turtle se abandona a esa sensación en busca de errores: el borde del alza le cubre la cara a papi, el punto de mira, de luminoso tritio verde, es del tamaño de su ojo. Durante un instante de suspense en el que su puntería sigue su atención, el ojo azul de papi corona el horizonte delgado y plano del punto de mira. Le sube una arcada, que baja como el pez que ha picado el anzuelo hacia las algas, pero ella no se mueve, eliminando toda tensión en el gatillo, pensando: «mierda, mierda», pensando: «no lo mires, no lo mires». Si él la ve a través de las miras, no permite que se le note. Deliberadamente, alinea las miras con la carta temblorosa, desenfocada. Exhala hasta que su respiración se relaja y dispara. La carta no se mueve. Ha fallado. Ve la marca en la diana, a escasos centímetros de él. Desmonta la pistola y la baja. El sudor es una pátina de brillante encaje en sus pestañas.

—Prueba a apuntar —aconseja él.

Ella se queda completamente quieta.

—¿Vas a intentarlo otra vez? ¿A qué estamos jugando?

Turtle amartilla el arma y la sube desde la cadera hasta el ojo dominante, alinea las miras, ranuras de luz iguales entre el punto de mira y el alza, el extremo tan firme que se podría sostener una moneda en él. La carta, por el contrario, se mueve ligeramente arriba y abajo. Un leve temblor responde al pulso de papi. Y Turtle piensa: «no lo mires, no lo mires a la cara. Concéntrate en el punto de mira, observa el borde superior del punto de mira». En el silencio que sigue al disparo, Turtle relaja el gatillo hasta que se oye un clic. Martin le da la vuelta en la mano a la carta, intacta, y la examina de manera ostentosa.

—Justo lo que pensaba —comenta, y lanza la carta al suelo, regresa a la mesa, se sienta frente a Turtle, levanta un libro que había dejado abierto y bocabajo en la mesa y se inclina sobre él.

En la ventana cegada, a su espalda, los tres agujeros de bala forman un racimo que se podría cubrir con una moneda de un cuarto de dólar.

Ella se queda observándolo durante un breve instante. Saca el cargador, expulsa la bala de la recámara y la coge al vuelo, desliza la corredera y deja la pistola, el cargador y el casquillo en la mesa, junto a su plato sucio. El casquillo describe un arco amplio, suena como una canica. Él se humedece un dedo y pasa de página. Turtle se queda esperando a que la mire, pero él no levanta la vista. Entonces ella piensa: «¿esto es todo?». Sube a su cuarto, oscuro, las paredes de madera sin barnizar, las enredaderas de roble venenoso colándose por los bastidores y el marco de la ventana.

Esa noche Turtle espera en su cama de contrachapado, bajo el saco de dormir verde militar y las mantas de lana, escuchando a las ratas que roen los platos sucios en la cocina. A veces oye el clac, clac, clac de una rata acomodada en una pila de platos que se rasca el cuello. Oye a Martin, que va de un cuarto a otro. Colgadas de ganchos en la pared, su Lewis Machine & Tool AR-10, su Noveske AR-15 y su escopeta de repetición Remington 870 de calibre 12. Cada arma responde a un uso distinto. Su ropa está cuidadosamente doblada en los estantes; los calcetines, guardados en un baúl al pie de la cama. Una vez dejó una manta sin doblar y él la quemó en el

jardín, afirmando: «sólo los animales destrozan su hogar, ratoncito, sólo los animales destrozan su puto hogar».

Por la mañana, Martin sale de su cuarto abrochándose el cinturón en los Levi's, y Turtle abre la nevera y saca un cartón de huevos y una cerveza. Le lanza la cerveza. Él coloca la chapa contra el borde de la encimera, la hace saltar de un golpe y se pone a beber. Tiene la camisa de franela abierta por el pecho, los músculos del abdomen se le mueven al beber. Turtle casca los huevos contra la encimera y, sosteniéndolos en alto, los abre y se los echa en la boca. Después tira las cáscaras al cubo de la basura orgánica.

—No hace falta que vengas conmigo —observa mientras se limpia la boca con la manga.

—Ya lo sé —responde él.

—No hace falta —repite.

—Ya sé que no hace falta —le contesta.

La acompaña hasta el autobús, padre e hija siguiendo las roderas junto a la mediana de briza. A ambos lados, los botones espinosos y sin flor de los cardos. Martin sujeta la cerveza contra el pecho y se abotona la camisa con la otra mano. Esperan juntos en el arcén de grava, festoneado de tritomas y de bulbos aletargados de azucenas. Entre la grava crecen amapolas de California. A Turtle le llega el olor de las algas que se pudren en la playa, más abajo, y el fértil hedor del estuario, a veinte metros de distancia. En la bahía de Buckhorn el agua es de un verde claro, con velos de algodón blanco alrededor de los farallones. El océano se vuelve de un azul claro más adentro, y su color es exactamente igual que el del cielo, no hay horizonte ni nubes.

—Mira eso, ratoncito —dice Martin.

—No hace falta que esperes —responde ella.

—Mirar algo así es bueno para el alma. Lo miras y piensas: «qué demonios». Estudiarlo es acercarse a la verdad. Vives en los confines del mundo y crees que eso te enseña algo de la vida, su contemplación. Y pasan años y sigues pensando lo mismo. ¿Me entiendes?

—Sí, papi.

—Pasan los años y sigues pensando que lo que haces es una especie de trabajo existencial importante, mantener a raya la oscuridad mediante la contemplación. Pero un día te das cuenta de que no sabes qué coño estás mirando. Es de una extrañeza irreductible, y no se parece a nada más que a sí mismo, y que tanto meditar no fue sino vanidad, que cada pensamiento que albergaste no captó lo inexplicable de esa cosa, su vastedad y su indiferencia. Llevas años mirando el océano y creías que significaba algo, pero no significaba nada.

—No hace falta que vengas hasta aquí, papi.

—Dios, me encanta esa bollera —afirma Martin—. Y yo le gusto a ella. Se le nota en los ojos. Mira. Con cariño de verdad.

El autobús jadea al doblar el pie del monte Buckhorn. Martin sonríe con picardía y levanta la cerveza para saludar a la conductora del autobús, enorme con su mono de Carhartt y sus botas de faena. Ella lo mira con el semblante serio. Turtle sube al autobús y recorre el pasillo. La conductora mira a Martin, que se queda sonriendo en el arcén, con la cerveza a la altura del corazón, sacudiendo la cabeza, y dice:

—Eres toda una mujer, Margery, toda una mujer.

Margery cierra las puertas con perfil de goma del autobús y arranca dando una sacudida. Mirando por la ventana, Turtle ve que Martin levanta la mano para despedirla. Se deja caer en un asiento libre. Elise se da la vuelta, apoya la barbilla en el respaldo del asiento y comenta:

—Tu padre es genial.

Turtle mira por la ventana.

A segunda hora, Anna camina de un lado a otro por la parte delantera de la clase, el cabello negro, mojado, recogido en una coleta. Detrás de su mesa, goteando en una papelería de plástico, cuelga un traje de neopreno. Están corrigiendo unos exámenes de ortografía, y Turtle se encorva sobre el papel, presionando el botón del bolígrafo con el dedo índice, practicando cómo apretar el gatillo sin ejercer presión alguna hacia la derecha o la izquierda. Las niñas tienen la voz aguda y débil, y cuando puede hacerlo, Turtle se vuelve en la silla para leerles los labios.

—Julia —le dice Anna a Turtle—, ¿nos podrías deletrear y definir



«sinécdoque»? ¿Y luego leernos tu frase?

Aunque están corrigiendo los exámenes, y aunque tiene el de otra chica justo delante, una chica a la que Turtle admira y mira de soslayo mordiéndose los dedos, aunque la palabra «sinécdoque» está escrita con la letra pulcra y la tinta gel brillante de la otra niña, Turtle no es capaz de hacerlo. Empieza:

—S-I-N... —Y se detiene, incapaz de encontrar la salida en ese laberinto. Repite—: S-I-N...

Anna apunta con amabilidad:

—Bueno, Julia, es una palabra difícil, se deletrea S-I-N-É-C-D-O-Q-U-E, «sinécdoque». ¿Alguien podría decirnos qué significa?

Rilke, esa otra chica mucho más guapa, levanta la mano y forma una O, emocionada, con los labios color rosa.

—«Sinécdoque» es una figura retórica en la que la parte representa el todo: «la corona está disgustada».

Ella y Turtle se han cambiado los exámenes, así que Rilke lo suelta de memoria, sin mirar el papel de Turtle, porque el papel de Turtle está en blanco salvo la primera línea: «1. Sospechoso. Que no inspira confianza. Les va a parecer sospechoso que lleguemos tarde a la fiesta». Turtle no sabe qué significa eso de que la parte represente el todo. Para ella no tiene ningún sentido, y tampoco sabe qué significa «la corona está disgustada».

—Muy bien —aplaude Anna—. Otra palabra que viene del griego, como...

—¡Uy! —Rilke levanta la mano—. Sinestesia.

Turtle está sentada en la silla de plástico azul, mordiéndose los nudillos, que huelen que apestan al cieno del arroyo Slaughterhouse, con una camiseta andrajosa y unos Levi's con vueltas en los bajos que dejan a la vista las pantorrillas, blancas y con parches de piel seca. Bajo una uña tiene un poco de mugre marrón rojizo de aceite de motor sintético. Sus dedos desprenden un olor prehistórico. Le gusta verter el lubricante en el acero con las manos desnudas. Rilke se está poniendo brillo en los labios, después de haber corregido el examen de Turtle, poniendo una pulcra X junto a cada línea vacía. Y Turtle piensa: «mírala, menuda puta está hecha. Menuda puta». Fuera, el campo barrido por el viento está salpicado de charcos, la cuneta de

barro color ceniza llena de agua y, más allá, se ve la linde del bosque. Turtle podría adentrarse en ese bosque y nunca la encontrarían. Le prometió a Martin que no lo volvería a hacer, nunca.

—Julia —la llama Anna—. ¿Julia?

Turtle se vuelve despacio hacia ella y se queda a la espera, escuchando.

Anna, con mucha delicadeza, dice:

—Julia, ¿podrías prestar atención, por favor?

Turtle asiente.

—Gracias —dice Anna.

Cuando suena el timbre del almuerzo, todos los alumnos se ponen de pie a la vez, y Anna enfila el pasillo y apoya dos dedos en el pupitre de Turtle. Sonriendo, levanta un dedo para darle a entender que quiere hablar con ella un momento. Turtle ve cómo se marchan los otros alumnos.

—Bueno —comienza Anna.

Se sienta en un pupitre, y Turtle, muda y atenta, buena lectora de caras, es capaz de adivinar casi todo lo que está pensando. Anna la está mirando de arriba abajo, pensando: «me cae bien esta niña», y sopesando cómo hacer que la cosa funcione. A Turtle esto le resulta extraño e irracional, pues no soporta a Anna. Nunca le ha dado ningún motivo para caerle bien, no se cae bien a sí misma. Turtle piensa: «menudo putón estás hecha».

—Bueno —repite Anna—, ¿cómo te has sentido con esa palabra? —Le dirige una mirada un tanto inquisitiva: se muerde el labio, enarca las cejas, unos mechones de pelo mojado se le salen de la coleta. Insiste—: ¿Julia?

Para alguien de la costa norte, como Turtle, Anna habla con un acento frío y afectado. Turtle nunca ha ido más al sur del río Navarro, ni más al norte del Mattole.

—¿Sí? —responde Turtle. Ha dejado que el silencio se prolongara demasiado.

—¿Cómo te has sentido con esa palabra?

—No muy bien —admite.

Anna pregunta:

—Dime, ¿has sacado alguna de las definiciones?

Turtle no sabe qué quiere Anna de ella. No, no ha sacado ninguna, y

Anna seguro que lo sabe. Sólo hay una respuesta a cualquiera de las preguntas que le pueda hacer Anna, y es que Turtle es una inútil.

—No —replica Turtle—, no he sacado ninguna de las definiciones. O, bueno, la primera. «Les va a parecer sospechoso que lleguemos tarde a la fiesta.»

—¿Por qué crees que te ha pasado eso? —pregunta Anna.

Turtle sacude la cabeza: no lo sabe, y no la obligarán a decir otra cosa.

—¿Qué tal si —continúa Anna— te quedas aquí durante algún almuerzo y hacemos fichas didácticas juntas?

—Pero si yo estudio —asegura Turtle—. No sé si eso servirá de algo.

—¿Hay alguna cosa que creas que puede servir de algo? —Anna hace eso, pregunta cosas, finge crear un espacio seguro, pero no existe ningún espacio seguro.

—No lo sé —reconoce Turtle—. Repaso todas las palabras con mi papi... —Y entonces Turtle ve dudar a Anna y sabe que ha cometido un error, porque las demás chicas de Mendocino no utilizan la palabra «papi». Suelen llamar a sus padres por su nombre de pila, o bien papá. Turtle continúa—: Las repasamos, y creo que sólo necesito repasarlas yo sola un poco más.

—Así que sólo necesitas dedicarle un poco más de tiempo, ¿eso es lo que propones?

—Sí.

—Y dime, ¿cómo estudias con tu padre? —indaga Anna.

Turtle vacila. No puede eludir la pregunta, pero piensa: «ten cuidado, ten cuidado».

—Pues repasamos las palabras juntos —insiste Turtle.

—¿Durante cuánto tiempo? —quiere saber Anna.

Turtle se toca un dedo con la mano, hace sonar el nudillo, levanta la mirada con el ceño fruncido y replica:

—No sé..., ¿como una hora?

Turtle miente. Y Anna se da cuenta, se lo ve en la cara.

—¿En serio? —dice Anna—. ¿Estudiáis una hora cada noche?

—Bueno... —empieza Turtle.

Anna la observa.

—Casi todas las noches —precisa Turtle.

Tiene que obviar que limpia las armas delante de la lumbre mientras Martin espera leyendo junto a la chimenea, la luz del hogar escapando hacia sus rostros, escapando hacia la sala de estar, para después volver a las brasas a rastras por el suelo, a la fuerza.

Anna menciona:

—Vamos a tener que hablarlo con Martin.

—Espere. Sé deletrear «sinécdoque» —asevera Turtle.

—Julia, tenemos que hablar con tu padre —insiste Anna.

Turtle empieza:

—S-I-N...

Y se detiene, sabiendo que está mal, que ella está equivocada, y aunque le fuera la vida en ello, es incapaz de recordar lo que sigue. Anna la está observando de manera fría e inquisitiva, y Turtle le devuelve la mirada, pensando: «eres una zorra». Sabe que si pone más objeciones, si dice algo más, se le escapará algo.

—Vale —acepta Turtle—, vale.

Después de clase, Turtle va al despacho y se sienta en un banco. El asiento está frente a secretaría, y detrás de ésta se encuentran la mesa de la secretaria y un pasillo corto que lleva a la puerta pintada de verde del despacho del director. Al otro lado de esa puerta Anna comenta:

—Dios la ampare, Dave, pero esa niña necesita ayuda, ayuda de verdad, más de la que yo le puedo dar. Tengo treinta alumnos en ese grupo, por el amor de Dios.

Turtle chasquea los dedos y la secretaria le lanza miradas rápidas e incómodas por encima del ordenador. Turtle es dura de oído, pero Anna habla en voz alta, nerviosa, dice:

—¿Tú crees que yo quiero hablar con ese hombre? Escúchame, escúchame: misoginia, aislamiento, control. Son tres señales de alarma importantes. Me gustaría que la niña viera a la psicóloga, Dave. Es una marginada, y si pasa al instituto sin que abordemos eso, se quedará todavía más atrás. Podemos empezar a cerrar esa brecha ahora... Sí, ya sé que lo hemos intentado..., pero tenemos que seguir haciéndolo. Y si pasa algo...

A Turtle se le hace un nudo en el estómago. «Dios mío», piensa.

La secretaria planta un montón de papeles con fuerza en la mesa y se dirige a la puerta. El director Green dice algo y Anna, agitada, le responde:

—¿Nadie quiere eso? ¿Por qué nadie quiere eso? Lo único que digo es que hay opciones... Bueno. No. Nada. Lo único que...

La secretaria se para frente a la puerta, llama, asoma la cabeza e informa:

—Ha llegado Julia. Está esperando a su padre.

Se hace el silencio. La secretaria vuelve a su mesa. Martin abre la puerta, mira una vez a Turtle y se acerca a secretaria. La secretaria le dirige una mirada seria.

—Puede... —dice, indicándole con los papeles que puede pasar directamente.

Turtle se levanta y va detrás de él, pasan por delante de la mesa y enfilan el pasillo. Él llama una vez y abre la puerta.

—Adelante, adelante —invita el director Green.

Es un hombre enorme, de cara sonrosada y manos grandes, fofas, también rosas. La grasa le cuelga y rellena sus pantalones de pinzas color caqui. Martin cierra la puerta y se queda parado delante, tan alto como la propia puerta, casi igual de ancho. Lleva la camisa de franela suelta, medio desabrochada, dejando a la vista las clavículas. Trae el abundante y largo pelo castaño recogido en una coleta. Las llaves han empezado a abrirse paso por el bolsillo, dejando algunas partes deshilachadas. Aunque no lo hubiera sabido, Turtle se habría dado cuenta de que Martin trae la pistola por cómo lleva la camisa, por su manera de sentarse, pero ni el director Green ni Anna piensan en eso; ni siquiera saben que algo así es posible, y Turtle se pregunta si habrá cosas que ella no ve y otras personas sí, y qué cosas serán.

El director Green coge un platito con bombones Hershey's Kisses y se lo ofrece primero a Martin, que lo rechaza con un gesto de la mano, y luego a Turtle, que no se mueve.

—Bueno, ¿qué tal le ha ido el día? —pregunta mientras deja el platito en la mesa.

—Bah —dice Martin—, los he tenido mejores.

Turtle piensa: «mal, así vas mal, pero tú cómo lo vas a saber, si no eres

más que una zorra».

—Y a ti, Julia, ¿qué tal te ha ido?

—Bien —responde Turtle.

—Sí, bueno, supongo que esto es un poco estresante —aduce el director Green.

—¿Y? —pregunta Martin, animándolo a que continúe con un gesto.

—Hay que hablar del tema, ¿les parece? —empieza el director Green. Los profesores se llaman por el nombre de pila, pero el director Green es de una generación anterior, tal vez dos—. Desde la última vez que hablamos, a Julia le han seguido costando las clases, y nos tiene preocupados. Parte del problema son sus notas. Su comprensión lectora no es la que debería. Los exámenes se le hacen cuesta arriba. Pero para nosotros el problema, más que una cuestión de aptitud, es que Julia tiene la sensación de que..., bueno, la sensación de que quizá el colegio no sea un lugar grato, y creemos que necesita cierto grado de comodidad, sentirse integrada antes de que empiece a progresar en los estudios. Así es como lo vemos nosotros.

—He trabajado bastante con Julia, y creo que... —comienza Anna.

Martin la interrumpe, se inclina hacia delante y junta las manos:

—Se pondrá al día —sentencia.

Turtle reprime su sorpresa, mira a Martin y piensa: «¿qué estás haciendo?». Lo que quiere es que Martin mire a Anna a los ojos, y sabe que puede hacerlo, que la mire a los ojos y la haga sentirse bien respecto a todo este asunto.

Anna continúa:

—Da la impresión de que a Julia le cuesta sobre todo relacionarse con las niñas. Barajamos la posibilidad de que..., tal vez esté dispuesta a ver a Maya, nuestra psicóloga. A muchos alumnos les viene bien hablar con alguien. Creemos que Julia podría beneficiarse de contar con una cara amiga aquí, en el colegio, alguien en quien pueda confiar...

Martin le responde:

—No pueden condicionar la graduación de Julia a que vea a una psicóloga. ¿Así que qué podemos hacer para asegurarnos de que se gradúe?

—Se dirige al director Green.

Una especie de terror se apodera de Turtle, la domina, porque quizá ella no entienda nada y Martin sí. Piensa: «¿qué estás haciendo, papi?».

—Martin, creo que hay un malentendido —dice Anna—. Nadie va a retrasar a Julia. Como ya no tenemos presupuesto para cursos de verano, y como el sistema alternativo es muy limitado, todos los alumnos pasan al bachillerato. Pero si deja el colegio sin que haya hecho amistades sólidas y con sus aptitudes de estudio y su nivel de lectura actuales, las bajas calificaciones perjudicarán su plan de estudios en el instituto y, por lo tanto, sus oportunidades a la hora de entrar en la universidad. Y por eso es importante abordar estos problemas ahora, en abril, cuando el año escolar todavía no ha terminado y aún hay tiempo para solucionarlo. Se trata, única y exclusivamente, del bienestar de Julia, y creemos que una cita semanal con alguien con quien pueda hablar debería ser parte de la solución.

Martin se inclina hacia delante y su silla cruje. Mira a los ojos al director Green, abre las manos como preguntando: «si no hay consecuencias, ¿qué coño estamos haciendo aquí?».

El director Green mira a Anna. Martin la mira a su vez, como si se preguntara por qué la mira el director. Luego aparta la vista de prisa, para atraer la atención del director Green. Martin cree que el director está al mando y que puede con él. Anna le parece demasiado molesta y carente de autoridad. Turtle no sabe por qué cree eso. En todas esas conversaciones, nunca ha visto que al director Green le impresione Martin. Ella lo ve, ve lo firme que es. Turtle sabe que tiene un hijo bizco con síndrome de Down y que lleva más de veinte años de director en el centro, y Martin no habla su idioma. Nada de lo que diga Martin podrá convencer al director Green de nada. En esta reunión hay que ser amable y demostrar que Turtle interactúa. Demostrar que Martin también interactúa con los profesores de su hija, y él no lo está haciendo bien, no está diciendo las cosas apropiadas, está tratando de amedrentar al director Green como ha intentado amedrentarlo antes.

—Martin —dice Anna—, estoy decidida a trabajar con Julia y hacer lo que sea necesario para prepararla para el bachillerato, pero no lo podremos conseguir si ella va por libre en el colegio y no se centra.

—Señor Green —responde Martin, como si argumentara y

contraargumentara con Anna. El director Green frunce el ceño, moviéndose un poco en la silla, las manos entrelazadas en el barrigón—. El éxito de Julia no depende de que reciba una atención especial ni de que acuda a un terapeuta. No es tan complicado. Lo que aprende aquí es aburrido. Vivimos tiempos emocionantes y terribles. El mundo está en guerra en Oriente Medio. El dióxido de carbono se acerca a las 400 ppm. Estamos en plena sexta gran extinción. En la próxima década habremos rebasado el pico de Hubbert. Puede que ya lo hayamos superado, o puede que sigamos haciendo uso del *fracking*, lo que entraña un riesgo distinto pero no menos grave para la capa freática. Y a pesar de todos los esfuerzos que hacen ustedes, nuestros hijos podrían pensar perfectamente que el agua llega a sus casas como por arte de magia. No saben que hay un acuífero debajo de su localidad, ni que falta poco para que se agote, ni que no tenemos un plan para suministrar agua a la comunidad cuando esto ocurra. La mayoría de ellos no sabe que cinco de los seis últimos años han sido los más calurosos de los que se tiene constancia. Me imagino que a sus alumnos quizá les interesen esas cosas. Me imagino que quizá les interese su futuro. Pero, en vez de eso, mi hija está haciendo exámenes de ortografía. En octavo grado. ¿Y le sorprende que tenga la cabeza en otro sitio?

Turtle lo mira e intenta verlo como lo ven el director Green y Anna, y no le gusta nada lo que ve.

Da la impresión de que el director Green ya ha oído esa objeción antes, expresada de manera más convincente, a otras personas. Contesta:

—Bueno, Marty. Eso no es del todo cierto. Nuestros alumnos tienen el último examen de ortografía en quinto. Los de octavo aprenden vocabulario con etimología griega y latina, porque resulta útil a la hora de prepararlos para que entiendan y formulen los fenómenos de los que usted habla.

Martin se queda mirando fijamente al director Green.

Éste puntualiza:

—Aunque es cierto que se les pide que escriban bien esas palabras.

Martin se inclina hacia delante y la Colt 1911 se le marca en la camisa en la zona de los riñones, y a pesar de su expresión tranquila, el movimiento trasluce su fuerza física y amenaza. Viendo al director Green y a Martin uno



frente al otro, está claro que pesan lo mismo, pero mientras el director Green se sale de la silla, Martin está duro como una pared.

Turtle sabe que lo importante en esa reunión es demostrar la voluntad de afrontar lo que les preocupa. Pero al parecer Martin no.

—Yo creo —continúa Martin— que deberíamos dejar que Julia se las arregle con sus compañeros y con sus estudios como mejor le convenga. No pueden obligar a una niña a que sea extrovertida, no pueden obligarla a que vea a un terapeuta, y no pueden tratar su aburrimiento y su desencanto con un plan de estudios tedioso. En su lugar, también ustedes y yo estaríamos aburridos y desencantados. Así que no le diré, ni permitiré que nadie le diga, que necesita una atención especial. Entiendo que les preocupen las exigencias del bachillerato, pero no puedo evitar pensar que esas exigencias supondrán un cambio beneficioso con respecto a esta sarta embrutecedora de exámenes de ortografía y libros infantiles sin argumento. Mi hija estará a la altura de cualquier desafío que le plantee el próximo año. Sin embargo, soy consciente de su preocupación, y me comprometo aquí y ahora a dedicar más tiempo a ayudar a Julia con sus deberes y a enseñarle las técnicas de aprendizaje de las que ustedes creen que carece. Sacaré más tiempo para hacer esas cosas, cada noche y los fines de semana.

El director Green se vuelve hacia Turtle y le pregunta:

—Julia, ¿tú qué opinas de todo esto? ¿Te gustaría ir a ver a Maya?

Turtle se queda helada, una mano sobre la otra, a punto de hacer sonar un nudillo, y la boca abierta, y mira a su papi y luego a Anna. Quiere tranquilizar a ésta, pero no puede contradecir a Martin. Todos la observan. Al final dice:

—Anna es muy servicial, y creo que soy yo la que no deja que me ayude. —En el despacho todos parecen sorprendidos—. Creo que tengo que trabajar un poco más y dejar que Anna me ayude un poco más, hacerle más caso, tal vez. Pero no quiero ver a nadie.

Cuando terminan, su papi se levanta y le abre la puerta a Turtle. Caminan juntos hasta la camioneta, se suben y se sientan en silencio. Martin, con la mano en el arranque, da la impresión de que está pensando en algo mientras mira por la ventanilla. Luego dice:

—¿Ésa es toda tu ambición? ¿Ser un coñito analfabeto?

Arranca y salen del aparcamiento mientras Turtle repite las palabras «coñito analfabeto». Entiende lo que quiere decir su padre de golpe, como si liberase algo que estuviese metido en una lata. Hay partes de sí que Turtle no nombra ni examina, y luego él las nombra, y ella se ve reflejada con claridad en sus palabras y se odia. Su papi cambia de marcha con una furia serena, enérgica, y ella se odia a sí misma, odia esa hendidura sin terminar ni rellenar. Suben por el camino de grava y él aparca delante del porche y cierra de un portazo. Suben juntos los escalones del porche y papi va a la cocina, coge una cerveza del frigorífico y la abre contra el borde de la encimera. Se sienta a la mesa y se rasca una mancha con la uña del pulgar. Turtle se arrodilla, apoya las manos en sus Levi's, de un azul desvaído, y se disculpa:

—Lo siento, papi.

Mete dos dedos por las partes blancas deshilachadas y apoya el rostro de lado en la cara interior de su muslo. Él no la mira, sostiene la cerveza con el pulgar y el índice, y ella piensa desesperada qué puede hacer: una niñita con raja, con raja y analfabeta.

Su papi contesta:

—Ni siquiera sé qué decir. No sé qué decirte. La humanidad se está matando... Está cagando lenta, devastadora, colectivamente en el agua de su bañera, cagándose en el mundo sólo porque no puede concebir que el mundo exista. Ese gordo y esa perra no lo entienden. Se inventan aros para que pases por ellos y quieren que creas que ése es el mundo; que el mundo está hecho de aros. Pero el mundo no está hecho de aros, y no quiero que pienses que es así, nunca. El mundo es la bahía de Buckhorn y el arroyo Slaughterhouse. Ése es el mundo, y ese colegio no es más que... sombras, distracciones. No lo olvides nunca. Pero tienes que tener cuidado. Si tropiezas, te apartarán de mí. Así que... ¿qué te puedo decir? ¿Que el colegio no es nada pero que, así y todo, les tienes que seguir el juego?

La observa, midiendo su inteligencia. Después extiende la mano, le coge la mandíbula y añade:

—¿Qué pasa por esa cabecita tuya? —Le mueve la cabeza a un lado y a otro, mirándola fijamente. Al final dice—: ¿Lo sabes, darling? ¿Sabes lo que

significas para mí? Me salvas la vida cada mañana cuando te levantas de la cama. Oigo tus pasitos bajando por la escalera casi sin hacer ruido y pienso: «ésta es mi niña, la razón de mi existencia».

Permanece callado un instante. Ella sacude la cabeza, el corazón le estalla de rabia.

Esa noche espera en silencio, aguzando el oído, la fría hoja de su navaja tocándole la cara. La abre y la cierra sin hacer ruido, desplazando el mecanismo de bloqueo con el pulgar y bajándolo a su sitio para que no haga clic. Lo oye ir de una habitación a otra. Turtle se muerde las uñas. Cuando él se detiene, ella también. Está abajo, en la sala de estar, callado. Turtle cierra la navaja despacio, sin hacer ruido. Chasquea los dedos de un pie con el talón del otro. Él sube la escalera y la coge, ella le echa los brazos al cuello; bajan la escalera y cruzan la sala a oscuras hasta su dormitorio, donde las sombras de las hojas de aliso que proyecta la luna se enfocan y se desenfocan en el tabique, las hojas del verde céreo más oscuro contra el cristal de la ventana, la madera del suelo —de un negro herrumbroso— con grietas profundas como hachazos, la unión inacabada entre la madera de secuoya y el tabique una costura negra que se abre a los insondables cimientos, donde las grandes vigas de madera virgen desprenden su aroma a té negro, a piedras de río y tabaco. La tiende en la cama, los dedos dibujándole hoyuelos en los muslos, las costillas de Turtle abriéndose y cerrándose, cada sima en penumbra, cada cresta de un blanco inmaculado. Ella piensa: «hazlo, quiero que lo hagas». Yace esperándolo en cualquier momento, mientras mira por la ventana las nuevas piñas pequeñas y verdes del aliso, y piensa: «así soy yo»; sus pensamientos, tuétano gelatinoso y sanguinolento en el interior de sus fémures huecos y los dos huesos delicadamente curvos de sus antebrazos. Su papi se inclina sobre ella y con voz ronca de asombro dice: «joder, darling, joder». Le pone las manos en los cuernecillos de los huesos de la cadera, en el vientre, en la cara. Ella lo mira sin pestañear. Él repite: «joder», y le pasa los dedos, las yemas marcadas con cicatrices, por el enmarañado pelo, y después le da la vuelta, y ella se queda bocabajo y lo espera, y en la espera, unas veces quiere y otras no quiere. Su roce hace que su piel reviva, y ella lo guarda todo en el teatro privado de su cerebro, donde todo está permitido, las

dos sombras proyectadas en la sábana y entretejidas. Él le sube la mano por la pierna, le coge la nalga y dice: «joder, joder», y recorre con los labios las protuberancias de su columna, besando cada una de ellas, deteniéndose en cada una de ellas, la respiración ahogada por la emoción, diciendo: «joder», y ella abre las piernas para dejar al descubierto una hendidura que permite acceder a la negrura de sus entrañas, y sabe que él cree que ésa es su verdad. Su papi le aparta el pelo para que descansa en la almohada y poder verle la nuca, y repite «joder» con voz áspera, y juguetea con los pelitos rebeldes. Su cuello está contra la almohada, llena de hojas mojadas como de papel, como si ella fuese un frío rezumadero en otoño, el agua invernal escurriéndose por ellas, con sabor a pimienta y pino, hojas de roble y el sabor verde de la hierba silvestre. Él cree que el cuerpo de ella es algo que él entiende, e, insidiosamente, es así.

Cuando está dormido, ella se levanta y va por la casa sola, con una mano en el coño hinchado para retener el calor que se va extendiendo. Se acuclilla en la bañera, mirando los grifos de cobre, echándose el agua fría, la textura como de telaraña basta de la leche de papi entre sus dedos aferrándose incluso bajo el chorro de agua, al parecer incluso espesándose. Luego, en el lavabo de porcelana, se lava las manos, y son los ojos de su padre los que ve en el espejo. Termina de lavarse, cierra el grifo de cobre y escudriña ese azul rayado, bordeado de blanco, la pupila negra dilatándose y contrayéndose sola.

## 2

Cuando la niebla se levanta de la hierba aún humeante de rocío, Turtle descuelga la Remington 870 de los ganchos, quita el seguro y desliza el guardamanos para ver el cartucho de perdigones verde. Cierra de un golpe la escopeta, se la echa al hombro, baja la escalera y sale por la puerta de atrás. Está comenzando a llover. Las gotas caen golpeteando desde los pinos y descansan temblorosas en las hojas de las ortigas y los helechos. Turtle atraviesa el armazón del porche trasero y baja por la ladera, repleta de troncos podridos, tritones de piel rugosa y salamandras californianas; los tacones de sus botas rompiendo la costra viscosa de las hojas de mirto y levantando la tierra negra. Con cautela y zigzagueando, llega al nacimiento del arroyo Slaughterhouse, donde los culantrillos tienen el tallo negro y hojas como lágrimas verdes, las capuchinas cuelgan enredadas y desprenden su peculiar aroma vivificante y húmedo, las rocas tapizadas de hepáticas.

El manantial brota de un rincón recubierto de musgo en la ladera, y allí donde cae ha abierto una concavidad en la roca viva: una poza de agua fría, clara, con sabor a hierro, grande como una habitación y techada con troncos a los que el tiempo ha conferido el aspecto de plumas. Turtle se sienta en los troncos y, tras quitarse toda la ropa y meter la escopeta debajo, desliza los pies en la poza de piedra, porque es ahí donde busca consuelo a su manera, y es en ese sitio donde siente el consuelo que proporcionan los sitios fríos, de algo claro, frío y vivo. Aguanta la respiración, se sumerge hasta el fondo y, encogiéndose las rodillas contra el cuerpo, con el pelo ondeando a su alrededor como si fuesen algas, abre los ojos en el agua, mira hacia arriba y ve trazos

enormes en la superficie moteada por la lluvia, la silueta de los tritones con los dedos abiertos y el vientre rojo y dorado expuesto hacia ella, moviendo la cola con indolencia. Están torcidos y distorsionados, desdibujados, como lo están todas las cosas bajo el agua, y el frío le sienta bien, hace que vuelva a ser ella misma. Sube a la superficie, sale del agua y se tumba en los troncos, siente cómo va entrando en calor y contempla el bosque a su alrededor.

Se levanta y sube la ladera con cuidado, cruza el armazón del porche trasero pegando la puntera de un pie al tacón del otro, bajo una lluvia que arrecia, y entra en la cocina, donde la comadreja de cola negra se sobresalta y la mira, con una pata levantada sobre un plato lleno de huesos de carne.

Deja la escopeta en la encimera, va hacia el frigorífico, lo abre y se queda parada delante, mojada, con el pelo cayéndole por la espalda y la cara. Casca los huevos contra el borde de la encimera, se los echa en la boca y tira las cáscaras a la basura orgánica. Oye que Martin sale de su habitación y enfila el pasillo. Entra en la cocina y mira hacia la puerta abierta, a la lluvia. Turtle no dice nada. Apoya las manos en la encimera y las deja descansar ahí. En la escopeta hay gotas de agua, que se aferran a los cartuchos verdes acanalados de la canana del arma.

—Bueno, ratoncito —comenta, mirándola sin verla—. Bueno, ratoncito.

Ella mete los huevos en la nevera y de paso saca una cerveza; se la lanza y él la coge.

—¿Hora de acompañarte al autobús?

—No hace falta que me acompañes.

—Ya lo sé.

—No hace falta, papi.

—Lo sé, ratoncito.

Turtle no dice nada. Se queda parada junto a la encimera.

Bajan juntos por el camino bajo una lluvia que arrecia. El agua corre por él, llenando las roderas de agujas de pino. Se detienen al final del sendero. A lo largo del borde del irregular asfalto, la grama de olor y la avena silvestre asienten bajo el aguacero, las campanillas trepándoles por sus tallos. Escuchan el arroyo Slaughterhouse, que resuena en la tajea que discurre bajo la carretera que bordea la costa. En el océano de color gris níquel, olas de

espumosa cresta blanca rompen contra los farallones negros.

—Mira a ese cabronazo —observa Martin, y ella mira sin saber a qué se refiere: el golfo, el océano, los farallones, no está claro. Escucha el cambio de marcha del viejo autobús al doblar la curva—. Cuídate, ratoncito —dice, enigmáticamente, Martin.

El autobús se detiene con un chirriar de ruedas y, tras escucharse un jadeo de agotamiento y un chasquido de los perfiles de goma, abre las puertas. Martin saluda a la conductora, con la cerveza a la altura del corazón, sombrío al ver el gesto de burla de la mujer. Turtle sube la escalera y enfila el pasillo de goma acanalada, iluminado por luces en el suelo, las estrías llenas ahora de agua de lluvia, las caras borrones de un blanco apagado en sus asientos de vinilo verde oscuro. El autobús pega una sacudida y, con ella, Turtle se desplaza hacia un lado y cae en un asiento vacío.

Cada vez que el autobús frena, el agua se escurre hacia delante bajo los asientos y por las estrías de la alfombrilla de goma del pasillo y los alumnos levantan los pies, poniendo cara de asco. Turtle se queda mirando cómo le pasa el agua por debajo, arrastrando consigo una cascarilla de esmalte de uñas rosa que se ha despegado entera y flota boca arriba en el agua. Rilke está al otro lado del pasillo, con las rodillas apoyadas en el respaldo del asiento delantero, absorta en el libro que está leyendo, pasándose el pulgar y el índice por un mechón de pelo hasta llegar al abanico de puntas, el impermeable London Fog rojo aún perlado de agua. Turtle se pregunta si se lo ha puesto para ir al colegio pensando: «vale, pero tengo que cuidar bien este impermeable». No es normal que llueva en esa época, pero no se lo ha oído mencionar a nadie. Turtle no cree que nadie más que su papi se preocupe por esas cosas. Se pregunta qué pensaría Rilke si pudiera verla despierta por la noche, sentada bajo la bombilla pelada de su cuarto revestido de madera de secuoya, con su ventana en voladizo con vistas al monte Buckhorn, encorvada sobre el arma desmontada, manipulando cada parte con cuidado, y se pregunta: «Si Rilke pudiera ver eso, ¿lo entendería?». Piensa: «no, claro que no. Claro que no lo entendería. Nadie entiende a nadie».

Turtle lleva unos Levi's viejos sobre unos leotardos de lana negra Icebreaker, una camiseta que se le pega al vientre porque está húmeda, una

camisa de franela, un chaquetón militar de color verde oliva —que le queda demasiado grande— y una gorra de béisbol. Piensa: «daría cualquier cosa por ser tú. Daría lo que fuera». Pero no es cierto, y Turtle sabe que no es cierto.

—Me gusta mucho tu chaquetón —afirma Rilke.

Turtle desvía la mirada.

Rilke añade deprisa:

—No, o sea, que me gusta, en serio. Yo no tengo nada parecido, ¿sabes? O sea, viejo y guay.

—Gracias —contesta Turtle mientras se echa el abrigo por los hombros y mete los brazos por las mangas.

—O sea, me gusta este rollo militar tuyo, tipo Kurt Cobain.

Turtle repite:

—Gracias.

—Así que Anna te está machacando con esos exámenes de vocabulario —observa Rilke.

—Que le den a Anna, es una puta —responde Turtle.

El abrigo le queda enorme en los hombros. Tiene las manos, con los nudillos blancos, mojadas debido a la lluvia, metidas entre los muslos. Sorprendida, a Rilke se le escapa una carcajada y mira hacia delante por el pasillo y luego hacia el otro lado, hacia la parte trasera del autobús, el cuello larguísimo, el pelo cayéndole en mechones lisos, negros y brillantes. Turtle no sabe cómo puede tenerlo tan brillante, tan liso, con ese lustre, y entonces Rilke mira de nuevo a Turtle, con un destello en los ojos, y se tapa la boca con la mano.

—Madre mía —exclama Rilke—. Madre mía.

Turtle la observa.

—Madre mía —repite Rilke, inclinándose hacia ella en un gesto de complicidad—. ¡No digas eso!

—¿Por qué? —pregunta Turtle.

—Anna es muy maja, ¿sabes? —replica Rilke, todavía inclinada.

—Es una hija de puta —señala Turtle.

Rilke añade:

—¿Quieres que hagamos algo juntas algún día?



—No —responde Turtle.

—Bueno —replica Rilke después de una pausa—. Está bien. —Y vuelve a ponerse con el libro.

Turtle se desentiende de Rilke, clava la vista en el asiento de delante y después se pone a mirar por la ventana, por la que cae una cortina de agua. Un par de chicas llenan la cazoleta de una pipa de cristal soplado. El autobús vibra y traquetea. «Antes que ser tu amiga —piensa Turtle— te rajo desde el culo hasta ese cuello tuyo de putita.» Bien metida en el bolsillo lleva una navaja Kershaw Zero Tolerance a la que le quitó el clip para afianzarla al pantalón. Piensa: «si serás zorra, con las uñas pintadas, pasándote las manos por el pelo». Ni siquiera sabe por qué Rilke hace eso: ¿por qué se mira las puntas del cabello?, ¿qué hay que ver ahí? «Te odio —piensa Turtle—. Odio cómo hablas. Odio esa vocecita de zorra. Casi ni te oigo, con ese pito tan agudo. Te odio, y odio ese chochito viscoso que tienes entre las piernas.» Turtle observa a Rilke y piensa: «joder, si es que se está mirando el pelo como si de verdad en esas puntas hubiera algo que ver».

Cuando suena el timbre del almuerzo, Turtle baja de la colina al campo, chapoteando con las botas. Va hacia la portería de fútbol, las manos metidas en los bolsillos, mientras la lluvia barre el inundado campo en oleadas. El terreno está rodeado de un bosque que la lluvia ha teñido de negro, los árboles marchitos y retorcidos en esa tierra pobre, esmirriados como postes. Una culebra rayada se desliza por el agua, magníficamente de lado a lado, con la cabeza en alto y adelantada, negra con franjas alargadas verdes y cobrizas, la mandíbula amarilla y delgada, la cara negra, los ojos negros y brillantes. Cruza la cuneta inundada y desaparece. Turtle quiere irse, salir corriendo. Ganar terreno. Marcharse, adentrarse en el bosque, abrir el depósito de su vida y darle la vuelta y cerrarlo. Se lo ha prometido a Martin, una y otra y otra vez. Él no puede arriesgarse a perderla, pero Turtle piensa: «no lo haré». No lo sabe todo de ese bosque, pero sí lo suficiente. Se queda parada en el campo abierto, oteando el bosque, y piensa: «qué coño, qué coño».

Suena el timbre. Turtle se da la vuelta y mira el colegio, en lo alto de la colina. Edificios bajos, caminos cubiertos, una multitud de alumnos con

impermeables, bajantes atascadas por las que caen cortinas de agua.

# 3

Es mediados de abril, han pasado casi dos semanas desde la reunión con Anna. Las zarzas han trepado por los viejos manzanos y se entrelazan formando un dosel cuajado de flores. Las codornices se mueven con remilgo en grupitos nerviosos, el moño meneándose, mientras los pardales y los pinzones revolotean y se cuelan entre los árboles. Turtle sale del huerto y cruza el campo sembrado de frambuesas, cercado, hacia la caravana del abuelo. Por los cristales bajan regueros de moho, y el marco de aluminio de las ventanas está sellado con musgo. Entre la hojarasca crecen brotes de ciprés. Oye a *Rosy*, la vieja perrita del abuelo, cruce de salchicha y beagle, que se levanta con dificultad y se acerca a la puerta, sacudiéndose y haciendo tintinear el collar. Después, la puerta se abre y aparece su abuelo, que la saluda:

—Hola, guisantito.

Ella sube los escalones y deja el AR-10 contra la jamba. El arma es suya, un fusil de combate Lewis Machine & Tool con mira 5-25x44 de U.S. Optics. Le encanta, pero pesa una puñetera barbaridad. *Rosy* da saltitos, las orejas subiendo y bajando.

—¿Quién es una perrita buena? —le pregunta Turtle al animal.

*Rosy* se mueve nerviosa, meneando la cola.

El abuelo se sienta a la mesa plegable y se sirve dos dedos de Jack. Turtle toma asiento frente a él, saca su Sig Sauer de una funda oculta en los pantalones, le quita el cargador y deja la pistola en la mesa, con la corredera abierta, porque el abuelo dice que cuando un hombre juega a las cartas con su

nieta, ambos deben estar desarmados.

—¿Has venido a jugar a las cartas con tu abuelo? —le pregunta.

—Sí —responde ella.

—¿Sabes por qué te gusta jugar a las cartas, guisantito?

—¿Por qué, abuelo?

—Porque el juego al que jugamos, guisantito, es de zorrería animal.

Ella lo mira sonriendo un poco, porque no sabe bien lo que quiere decir.

—Ay, guisantito —añade él—, te estoy tomando el pelo.

—Ah —replica Turtle, y deja que su sonrisa le abarque toda la cara.

Después desvía la mirada un tanto y se toca los dientes con el pulgar tímidamente. Le gusta que el abuelo bromea con ella, aunque no entienda nada.

Él le está mirando la Sig Sauer. Estira un brazo, le pone la mano encima, la levanta. La corredera está abierta y el cañón a la vista; la escudriña para ver si está sucia y le pasa un dedo por si tiene grasa. A continuación la pone al trasluz, a un lado y a otro.

—¿Es papi el que se encarga de cuidar esta pistola? —pregunta.

Ella sacude la cabeza.

—¿Te encargas tú?

—Sí.

Desplaza la leva de desmontaje y deja caer el retén de la corredera. Cuando termina de retirarlo con cuidado pasa a inspeccionar los rieles.

—Pero nunca la disparas —apunta.

Turtle coge una baraja, la saca de la funda, corta, baraja y baraja de nuevo a la americana. Las satinadas cartas se deslizan con facilidad. Después cuadra la baraja con fuerza contra la mesa.

—Sí que la disparas —corrige su abuelo.

—¿Por qué es un juego de zorrería animal? —quiere saber Turtle mientras corta y mira las dos mitades que sostiene en las manos.

—Pues no lo sé —se excusa él—. Es lo que se dice.

Todas las noches, Turtle desmonta la pistola y la limpia con un cepillo de cerdas de latón y con discos de algodón. El abuelo sigue mirando los rieles limpios, desgastados, y luego pone la corredera en su sitio. Los dedos le

tiemblan mientras sujeta la corredera contra el muelle recuperador. Parece haber olvidado cómo se coloca la leva de desmontaje, se queda mirando los retenes y las levas como si dudara, como si por un instante estuviese perdido con el arma. Turtle no sabe qué hacer. Sigue con las mitades de la baraja en las manos. Luego, el abuelo encuentra la leva de desmontaje y hace dos intentos antes de lograr que la lengüeta de acero se inserte bien para que gire. Después la pone en su sitio, las manos temblándole, y deja que la corredera se deslice hacia delante. Por último aparta la pistola y mira a Turtle, que mezcla, baraja a la americana, cuadra las cartas con fuerza delante de él.

—Bueno —dice él—. No eres tu padre, de eso no hay duda.

—¿Cómo? —pregunta Turtle, curiosa.

—Nada —contesta el abuelo—, olvídalo, olvídalo.

Éste alarga una mano temblorosa y corta la baraja. Turtle une ambas mitades y reparte seis cartas a cada uno. El abuelo coloca las cartas en abanico y suspira, efectuando pequeños ajustes con el pulgar y el índice. Turtle se deshace de las cartas que no quiere. El abuelo suspira de nuevo y coge el whisky con una manaza y se queda así, haciendo girar despacio en el vaso la mezcla condensada, los cubitos de esteatita para enfriarlo chocando suavemente contra el cristal.

Se lo bebe de un trago, coge aire por la boca apretando los dientes y se sirve otro. Turtle espera en silencio. Él apura el segundo whisky y se pone un tercero. Lo hace girar lentamente. Por fin, coge dos cartas y las desecha. Luego corta y Turtle saca la carta inicial, la reina de corazones, y la pone boca arriba. Parece que el abuelo va a comentar que esa carta inicial ha determinado el destino de su mano, como si —a punto de efectuar esta observación— su complejidad lo hubiese dejado mudo.

—Los rieles de esa pistola —comenta al cabo de un minuto— están en buen estado.

—Sí —afirma Turtle.

—Están en buen estado, sí, señor —repite el abuelo, poco convencido.

—Los mantengo engrasados —explica ella.

De pronto, el abuelo recorre la caravana con la mirada, perplejo. Mira el techo, la madera de imitación, que se está despegando en algunos sitios, la

deprimente cocinita. Hay ropa sucia en el pasillo, tirada en el suelo, y el abuelo frunce el ceño con severidad, mirándolo todo.

—Te toca —advierde Turtle.

El abuelo coge una carta y la tira.

—Diez —dice.

Turtle tira un cinco y se anota quince.

—¿Abuelo? —dice.

—Veinte —cuenta él.

—Treinta —se anota Turtle, que tira una jota.

—Paso.

Turtle se anota un punto y tira una reina. El abuelo se descarta de un siete con aparente agotamiento. Turtle tira un tres y suma veinte. El abuelo tira un seis y dice:

—Toma, guisantito. —Se desabrocha el cinturón y saca de él su viejo cuchillo de caza. El cuero del cinturón está ennegrecido y brillante, desgastado por la funda, y le ofrece el cuchillo en la palma de la mano, sopesándolo—. Yo ya no lo uso —asegura.

Turtle pide:

—Déjalo en la mesa, abuelo. Aún no hemos terminado la partida.

—Guisantito —insiste el abuelo, ofreciéndole el cuchillo.

—A ver qué mano llevas —propone Turtle.

El abuelo deja el cuchillo en la mesa, delante de ella. El mango de cuero está viejo y negro de engrasarlo, la virola de acero es de un gris oscuro. Turtle estira el brazo, coge la mano del abuelo y se la acerca. Junta las cuatro cartas y las observa: el cinco de picas, el seis de picas, el diez de picas y la carta inicial, la reina de corazones.

—Bien —dice Turtle—, bien. —El abuelo no mira sus cartas, sólo la mira a ella. La boca de Turtle se mueve al contar—. Dos de quince, cuatro de quince, siete por pasar y once del mismo palo. ¿Me falta algo?

Se anota once puntos.

—Cógelo, guisantito —pide el abuelo.

—No entiendo, abuelo.

—Tienes derecho a una o dos cosas más.

Ella chasquea un dedo y luego otro.

—Lo cuidarás bien —vaticina él—. Es un buen cuchillo. Si alguna vez pinchas a un hijo de puta con esto, sabrá lo que es bueno. Cógelo, te lo regalo.

Ella lo saca de la funda. Los años han hecho que el acero sea de un negro ahumado. Oxidado, como le pasa al acero al carbono muy viejo. Vuelve la hoja hacia ella y ve una línea única continua, antirreflectante, sin muescas ni imperfecciones, el filo reluciente, pulido. Se pasa la hoja suavemente por el brazo y el vello dorado forma una línea.

—Ve por las piedras de afilar, guisantito —dice él.

Turtle va a la cocina, abre un cajón y saca la vieja bolsita de cuero con las tres piedras de afilar, que lleva a la mesa.

—Cuida bien estas cosas —le pide el abuelo.

Turtle se queda mirando el cuchillo, muda. Le encanta cuidar las cosas.

Rosy, sentada en el suelo entre ellos, se pone alerta y el collar tintinea. Mira hacia la puerta y acto seguido alguien llama con fuerza. Turtle se sobresalta.

—Será tu padre —aventura el abuelo.

Martin abre la puerta y entra. El suelo gime bajo sus pies. Abarca el pasillo entero.

—Dios, papá —dice Martin—, preferiría que no bebieras delante de la niña.

—A ella no le importa que me eche un trago —cuenta el abuelo—. ¿A que no, guisantito?

—Dios, Daniel —insiste Martin—. Pues claro que no le importa. Tiene catorce años. No es a ella a quien le tiene que importar, sino a mí; es cosa mía que me importe, y me importa. Y también debería ser cosa tuya, pero supongo que te da lo mismo.

—Es que no veo qué hay de malo en ello.

—No me importa que te tomes una cerveza —concede Martin—. Eso no me importa. No me importa que te sirvas uno o dos dedos de Jack. Pero no me gusta que te bebas media botella. Eso no está bien.

—Estoy bien —asegura el abuelo, haciendo un gesto con la mano.

—Vale —contesta Martin con frialdad—, vale. Vámonos a casa, ratoncito.

Turtle coge la pistola, desliza la corredera, introduce el cargador y guarda el arma en la funda. Luego se levanta, con el cuchillo y la bolsita con las piedras de afilar, y va hacia la puerta. Martin le pasa un brazo por el hombro. Ella se cuelga el AR-10 y se vuelve hacia el abuelo. En el umbral, Martin vacila, abrazando a Turtle.

—¿Te encuentras bien, papá? —le pregunta.

—Estoy bien —responde él.

—Supongo que no querrás venir a cenar, ¿no?

—Es que tengo una pizza en el congelador —aduce.

—Te invitamos a cenar. Nos gustaría que vinieras, papá. ¿Verdad, ratoncito?

Turtle guarda silencio, no quiere meterse, no quiere que el abuelo vaya a cenar.

—Bueno, como quieras. Si cambias de opinión, llama y te vengo a buscar con la camioneta —se ofrece Martin.

—Estoy bien, de verdad —insiste el abuelo.

—Y, papá —dice Martin—, echa el freno. Esta niña merece tener un abuelo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responde el abuelo con el ceño fruncido.

Martin sigue dudando en el umbral. El abuelo lo observa, la cabeza temblándole un tanto, y Martin se queda parado, como esperando a que el abuelo diga algo, pero el abuelo no dice nada, y Martin le aprieta el hombro a Turtle y se van juntos, siguiendo el viejo camino pedregoso que atraviesa el huerto. Él es una presencia grande y silenciosa a su lado. Cruzan el bosque vespertino, pasan por donde el abuelo aparca su camioneta. Estolones de zarza se han entretrejado en la mediana. La manzanilla se extiende por la grava.

—No te lo tomes a mal, ratoncito —empieza Martin—, pero tu abuelo es un grandísimo hijo de puta.

Padre e hija suben los escalones del porche juntos y entran por la sala de estar. Turtle se sienta de un salto en la encimera y deja el cuchillo a su lado.



Martin prende una cerilla en los Levi's para encender el fuego, coge una sartén y empieza a preparar la cena. Turtle se queda sentada en el borde de la encimera. Desenfunda la pistola, tira de la corredera y descerraja cuatro tiros a un único blanco. Martin alza la vista de la calabaza que está troceando y ve cómo su hija vacía el cargador. La corredera vuelve atrás, humeante, y él centra su atención de nuevo en la tabla de cortar, esbozando una sonrisa cansada y torcida, sonriendo para que ella lo vea.

—¿Es ése el cuchillo de tu abuelo? —Se sacude las manos, extiende una de ellas.

Turtle vacila.

—¿Qué? —inquire su papi, y ella coge el cuchillo y se lo da. Él lo desenvaina y rodea la encimera para estar a su lado, poniendo el arma a contraluz. Y cuenta—: Cuando era pequeño, recuerdo a tu abuelo sentado en su silla... Se ponía de mal humor, bebía bourbon y lanzaba este cuchillo a la puerta. Luego se levantaba e iba por él y se sentaba otra vez, y miraba la puerta y lanzaba el cuchillo. Se clavaba en la puerta y él iba por él. Se pasaba horas haciendo eso.

Turtle observa a Martin.

—Mira esto —dice él.

—No —contesta Turtle—, espera.

—No pasa nada —dice su papi.

Va hasta la puerta del pasillo, junto a la chimenea, y la cierra. Vuelve y se planta delante de la puerta.

—Mira esto —insiste.

—Este cuchillo no es para lanzarlo —objeta Turtle.

—Y una mierda que no —espeta él.

Se le agarra a la camisa.

—Espera —pide de nuevo.

—Mira esto —dice él, y da la sensación de que está calculando la distancia. Lanza el cuchillo al aire y lo coge por el lomo.

Turtle observa en silencio, llevándose los dedos a la boca. Martin se anima y lanza el cuchillo, que rebota en la puerta y golpea las piedras del hogar. Turtle se abalanza hacia el arma, pero Martin es más rápido, la aparta

de un empujón y coge el cuchillo de los cantos de río de la chimenea. A continuación se inclina sobre él, interponiéndose entre Turtle y el cuchillo.

—Bah, no le ha pasado nada.

—Devuélvemelo —pide Turtle.

Martin le da la espalda, inclinado sobre el cuchillo, mientras comenta:

—No le ha pasado nada, ratoncito, no le ha pasado nada.

—Devuélvemelo —insiste Turtle.

—Un momento —contesta él. Y al percibir una nota peligrosa en su voz, ella da un paso atrás—. Espera un puto momento —suelta él, sosteniendo el cuchillo a contraluz mientras Turtle espera, la mandíbula tensa, enfadada—. Hay que joderse —dice por fin.

—¿Qué?

—Es este puto acero al carbono, ratoncito, es como el cristal.

—Devuélvemelo —vuelve a pedir ella, y él accede. La hoja está mellada.

—No importa —asegura Martin.

—¡Joder! —se enfada Turtle.

—El acero al carbono no vale nada —asevera Martin—. Como te acabo de decir, es como el cristal. Por eso hacen cuchillos de acero inoxidable. Del acero al carbono no se puede fiar uno. Se afila de la hostia, pero se parte y se oxida. No sé cómo debió hacerlo el viejo para mantenerlo así durante toda la guerra. Con grasa, supongo.

—Joder —refunfuña Turtle, con la cara roja del enfado.

—A ver, dámelo, que te lo arreglo.

—Olvídalo —contesta Turtle—, no importa.

—Sí que importa. Sé que ese cuchillo te gusta mucho, cariño. Te lo arreglaré.

—No, me da lo mismo —porfía ella.

—Ratoncito —empieza él—, dame el cuchillo, no permitiré que te cabrees conmigo sólo porque ese chisme es tan frágil como un puto juguete. He cometido un error, pero te voy a dejar el cuchillo tal y como lo quieres, como nuevo.

—Hay que cuidar del cuchillo —le explica Turtle.

—Vaya por Dios —replica Martin, riéndose al ver lo enfadada que está

—, y yo que pensaba que se suponía que un cuchillo tenía que cuidarte a ti. Creía que ésa era la idea.

Turtle se queda mirando el suelo, con la sensación de que se ha puesto roja como un tomate.

—Dame el cuchillo, ratoncito. Una pasada por la afiladora y adiós a la mella.

—No —le resta importancia ella—. No importa.

—Se te ve en la cara que sí importa, así que dámelo y déjame que lo arregle.

Turtle le da el cuchillo y Martin abre la puerta, camina por el pasillo, deja atrás el baño y el recibidor y entra en la despensa, donde hay una mesa de trabajo de madera que ocupa todo lo largo de una pared, con abrazaderas y tornillos de banco, y encima, en la pared, un panel con ganchos lleno de herramientas. Las demás paredes están revestidas de armeros, armarios de acero inoxidable con munición recargable, cajas amontonadas de mil cartuchos de 5,56 y .308. Una escalera de caracol baja hasta el sótano, un cuarto con el piso de tierra húmeda y mohosa repleto de cubos de veinte kilos de alimentos deshidratados. Ahí abajo hay suficiente comida para mantener a tres personas con vida durante tres años.

Martin se acerca a una afiladora atornillada a la mesa de trabajo y la enciende.

—No, espera —pide Turtle, alzando la voz para hacerse oír con el ruido que produce la herramienta.

Martin calcula el ángulo del bisel a ojo.

—Bien —asegura—, quedará bien. —Pasa la hoja por la piedra de afilar, que chirría. Acto seguido la sumerge en una lata de café llena de aceite mineral, vuelve a la afiladora, sosteniendo el arma con firmeza, sumamente concentrado, la pasa por la piedra, que lanza una brillante cola de gallo de chispas anaranjadas y blancas, el filo tornándose de un blanco empolvado, marcas de calor extendiéndose por el acero. Levanta la hoja, la sumerge de nuevo en aceite, le da la vuelta en la mano y la pasa una vez más por la piedra. La examina de nuevo y la prueba contra el pulgar, asintiendo y sonriendo para sí. Apaga la afiladora y la piedra sigue girando, hay algún

problema con el mecanismo, porque el sonido que hace al ir ralentizándose presenta una ligera irregularidad, un fum-fum, fum-fum. Le da el cuchillo a Turtle. El efecto espejo del filo ha desaparecido, la hoja está rayada e irregular. Turtle pone el cuchillo a contraluz y la hoja despide una miríada de destellos de mellas y muescas en el borde.

—Te lo has cargado —afirma.

—¿Que me lo he cargado? —repite él, ofendido—. No, eso es porque... No, ratoncito, así está muchísimo mejor que como lo tenía el abuelo. Esa piedra de afilar le da un acabado perfecto a la hoja, un centenar de dientes microscópicos, eso es lo que de verdad hace que la hoja corte. El filo que tenías antes no es más que el reflejo de la vanidad de hombres pacientes; no servía para lo que es cortar de verdad, ratoncito, que es serrar las cosas. Un efecto espejo como ése... Eso sólo vale para hacer un corte por presión, ¿sabes qué es eso, ratoncito?

Turtle sabe lo que es un corte por presión, pero Martin no puede resistirse a dar la respuesta.

—Un corte por presión, ratoncito, es el tipo de corte más simple, cuando apoyas el cuchillo en un filete y empujas hacia abajo, sin deslizar la hoja. Pero uno no presiona el cuchillo sin más contra un filete, ratoncito, hay que deslizarlo. Lo que tenías antes era una hoja lisa a más no poder, pero en la vida uno desliza las hojas. Así es como se corta, ratoncito, con un filo irregular. El propósito de ese efecto espejo es distraerte de la función del cuchillo con su belleza. ¿Lo ves..., lo ves? Ese filo de navaja es bonito, pero la finalidad de un cuchillo no es ser bonito. Este cuchillo es para rajar gargantas, y para eso necesitas los dientes microscópicos que te da una piedra basta. Ya verás. Con el filo que tienes ahora, ese chisme cortará la carne como si fuese mantequilla. ¿Estás triste porque te he quitado la ilusión? Ese filo era una sombra en la pared, ratoncito. Tienes que dejar de distraerte con las sombras.

Turtle prueba el filo contra el pulgar, mirando a su padre.

—Lo que te acabo de dar es una puta lección de vida —asevera él. Ella hace girar el cuchillo en las manos, vacilante—. No me crees, ¿verdad?

—Te creo —contesta Turtle, y piensa: «eres duro conmigo, pero también

bueno, y necesito esa dureza tuya. Necesito que seas duro conmigo, porque yo no soy buena, y tú me haces hacer lo que quiero hacer pero no puedo hacer sola; y sin embargo, y sin embargo... A veces no eres cuidadoso; hay algo dentro de ti, algo que hace que no seas nada cuidadoso, algo casi... No sé, no estoy segura, pero sé que está ahí».

—Dame —dice él, quitándole el cuchillo y empujándola por el pasillo hacia la sala de estar. Entran y él le señala una silla—. Súbete ahí —ordena. Turtle lo mira y se sube a la silla. Martin señala la mesa, y Turtle se sube a ella, entre los botellines de cerveza, los platos sucios y los huesos de filetes.

—Esa viga —continúa.

Ella observa la viga.

—Quiero enseñarte una cosa —afirma él.

—¿Qué? —inquire Turtle.

—Agárrate a la viga, ratoncito.

—¿Qué me vas a enseñar?

—Hay que joderse —espetta él.

—No entiendo —alega.

—Hay que joderse —repite él.

—Ya sé que el cuchillo está afilado —razona Turtle.

—No parece que lo sepas.

—Que no —replica—, que te creo, de verdad. El cuchillo está afilado.

—Joder, ratoncito.

—No, papi, es sólo que era el cuchillo del abuelo, y se llevará un chasco.

—Pero ya no lo es, ¿no? Ahora agárrate a esa viga.

—Quería intentar cuidar el efecto espejo —aclarar ella—, quería intentar cuidarlo, eso es todo.

—Qué más da. Antes de que acabe el año a ese acero le saldrán manchas de óxido.

—No —dice ella—, no le saldrán.

—Nunca has tenido que cuidar una cosa así, ya verás. Y ahora cógete a la viga.

—¿Por qué?

—Joder, ratoncito. Joder.

Ella da un salto y se agarra a la viga.

Martin vuelca la mesa en la que estaba subida, tirando la baraja de cartas, los platos, las velas, los botellines de cerveza. Después la empuja con el hombro para quitarla de debajo de Turtle, llevándose por delante todo lo que hay en el suelo como si fuese un buldócer, dejando a Turtle colgada de la viga, suspendida en el aire.

Ella mueve los dedos y los vuelve a mover para que no le moleste el grano de la madera. Martin la observa desde abajo, haciendo una mueca casi de rabia. Camina hacia ella y se para entre sus pies, dándole la vuelta al cuchillo a un lado y a otro.

—¿Me puedo bajar? —pregunta Turtle.

Él se la queda mirando, la expresión cada vez más severa, la boca en tensión. Turtle lo mira a su vez y casi podría creer que lo cabrea verla así.

—No lo digas de esa manera —responde él. Entonces levanta el cuchillo y pone la hoja entre las piernas de Turtle, mientras la mira ceñudo. A continuación añade—: Aguanta ahí.

Turtle lo mira, muda y enfadada. Él sube más el cuchillo y ordena:

—Y ahora, arriba.

Turtle hace una dominada, apoya la barbilla en la astillada viga y aguanta así, con Martin debajo, el rostro desprovisto de afecto y bondad, rebosante de odio. El cuchillo le atraviesa el pantalón vaquero, y Turtle nota el acero frío a través de las braguitas.

Mira la viga de al lado, y la de detrás, hasta llegar a la pared, todas ellas llenas de polvo y con marcas que demuestran que por ahí han pasado ratas. Las piernas le tiemblan. Empieza a bajarse, pero Martin advierte «eh...» de manera brusca y amenazadora, con el cuchillo pegado a sus ingles. Turtle se estremece, no es capaz de subir del todo, así que pone la cara en el lado astillado de la viga y apoya ahí la mejilla. Se tensa, pensando: «por favor, por favor, por favor».

Entonces él baja el cuchillo y Turtle desciende al mismo tiempo, incapaz de hacer otra cosa, temblando y estremeciéndose por el esfuerzo de bajar tan despacio como él retira el cuchillo. Se queda colgada con los brazos totalmente extendidos y dice:

—¿Papi?

—¿Ves? De esto es de lo que te estoy hablando, joder —espeta él.

Y empieza a subir la hoja de nuevo, haciendo chascar la lengua a modo de advertencia. Ella hace una dominada completa, descansa la barbilla en la viga y se queda suspendida, temblando. Cuando empieza a bajar, Martin repite «eh...» para que pare, haciendo una mueca como para darle a entender que es una pena que las cosas sean así, y que él cambiaría la situación si pudiera, pero no puede.

Turtle piensa: «cabrón, puto cabrón».

—Van dos —cuenta él, y baja la hoja y ella desciende al mismo tiempo, y luego la sube, comentando—: Con un pequeño estímulo ya ves que puedes con esas dominadas, ¿eh?

La obliga a bajar con una lentitud angustiosa. Primero hace doce, luego trece. Se queda colgando temblorosa, los brazos agotados, y Martin levanta el cuchillo ejerciendo una presión lenta y amenazadora, y pregunta:

—¿Ya has acabado? ¿Estás muerta? Pues a ver cómo te las arreglas, ratoncito. Más te vale que se te ocurra algo. Vamos a por quince.

A Turtle le duelen los dedos, el grano de la madera se le clava en la carne. Tiene entumecidos los antebrazos. No sabe si podrá hacer otra.

—Vamos —insiste él—. Dos más.

—No puedo —admite ella, casi llorando del miedo.

—Ahora sí crees que el cuchillo está afilado, ¿verdad? —quiere saber él—. Ahora lo crees, ¿verdad? —Adelanta la hoja y ella oye cómo se rasga el vaquero. Se las arregla para reunir la poca fuerza que le queda, tratando de aguantar desesperadamente, y Martin aconseja—: Te conviene aguantar, ratoncito. No te conviene soltarte, mi niña.

Pero los dedos se le resbalan de la viga y cae sobre la hoja.

Martin aparta el cuchillo en el último segundo, que a pesar de todo le hace un corte en el muslo y la nalga. Ella cae sobre sus talones y se queda con las piernas abiertas, estupefacta, mirándose la ingle, donde no se ve nada salvo una raja en el pantalón. Martin sostiene en alto el cuchillo de caza, sin sangre ni marcas, y enarca las cejas asombrado, con una sonrisa asomando a sus labios.

Turtle se sienta y Martin se echa a reír. Ella se inclina hacia delante para mirar por el roto de la tela y exclama:

—Me has cortado, me has cortado. —Aunque no se nota ni se ve ningún corte.

—Tendrías... —empieza Martin, y para y se parte de risa. Mueve el cuchillo de caza en el aire para hacer que ella deje de hacer lo que está haciendo y él pueda recobrar el aliento.

—Tendrías... —resopla.

Turtle se echa hacia atrás y se desabrocha los vaqueros. Martin deja el cuchillo de caza en la encimera, le agarra el pantalón por el bajo y se lo quita de un tirón. Ella se queda tendida en el suelo, pero acto seguido se incorpora y dobla la espalda para intentar ver el corte.

—Tendrías... —dice él—. Tendrías... —Y los ojos se le achinan de la risa.

Turtle encuentra el corte y un hilo de sangre.

Y por fin Martin dice:

—Tendrías que haber visto la cara que has puesto. —Tuerce el gesto, imitando la expresión de traición en el rostro adolescente, abriendo los ojos de par en par, y después, moviendo una mano como para indicar que no le va a seguir tomando el pelo, asegura—: Estás bien, hija, no ha sido nada. Pero la próxima vez... ¡no te sueltes! —Al decir eso comienza a reírse de nuevo, sacudiendo la cabeza, los ojos cerrados y llorando de risa, y lanza una pregunta al aire—: ¡Por Dios! ¿Tengo razón? ¿Tengo razón? ¡Por Dios! ¡No te sueltes! ¿Acaso no tengo razón? ¡Joder!

Se arrodilla, le agarra el muslo desnudo, y cuando al parecer se percata por primera vez de la angustia que siente Turtle, la tranquiliza:

—No sé por qué estás tan asustada, pequeña, si sólo es un rasguño. Verás, no tenía ninguna intención de cortarte. Aparté el cuchillo, ¿no? Y si tanto miedo tienes, la próxima vez no te sueltes, ¡joder!

—No es tan fácil —contesta ella, escondida tras sus manos.

—Claro que sí, lo único que tienes que hacer es... no soltarte —repite él.

Turtle se tumba en el suelo. Quiere romperse en mil pedazos.

Él se levanta, enfila el pasillo y entra en el cuarto de baño. Regresa con



un botiquín y se arrodilla entre sus piernas. A continuación abre una esponjita jabonosa desechable verde y empieza a limpiar el corte con cuidado.

—¿Esto? ¿Esto es lo que te preocupa? Pues ya está, yo me encargo, ya está —la aplaca. Desenrosca la tapa del Neosporin y comienza a aplicar pomada en la herida. Cada vez que la toca, una oleada de sensaciones le asalta el cuerpo. Coge una tirita, se la pone en el corte y la alisa para asegurarse de que esté bien pegada—. Ya está, darling, mira, como nueva.

Turtle levanta la cabeza y los músculos se le marcan desde el monte de Venus hasta el esternón, como si fuesen una barra de pan. Observa a Martin y apoya la cabeza de nuevo en el suelo, cierra los ojos y siente que su alma es un tallo de hierbabuena que crece en los oscuros cimientos, que, ansiosa y privada de sol, se desliza hacia una rendija de luz que se abre en el suelo.

# 4

Es viernes, y los viernes tienen un ritual. Turtle va andando desde la parada del autobús hasta los dos bidones de casi doscientos litros cada uno en los que queman la basura. Están llenos de agua de lluvia, igual que se llena de agua, y se seguirá llenando hasta junio, cualquier cubo, barril o cacharro que se deje en el jardín, aunque el clima está siendo impredecible. Turtle coge el atizador, que dejaron atravesado en la tapa del barril, lo mete todo lo que puede en el agua color ceniza y saca una caja metálica de munición deslizándola por una guía de acero. La abre y coge una Sig Sauer de 9 mm y un cargador extra. Se supone que ha de tomar las precauciones necesarias para despejar la casa lenta y cuidadosamente, desde la puerta delantera y entrando en todas las habitaciones, descubriendo todos los objetivos. Pero Turtle ya se ha aburrido del ritual, así que sube los escalones del porche y abre de golpe la puerta de cristal corredera, con la pistola en ristre. Junto a la mesa de la cocina hay tres objetivos, soportes de contrachapado y láminas de metal con una silueta afianzada a ellos, y Turtle los derriba uno por uno, apartándose de la puerta hacia un lado mientras realiza dos disparos seguidos a cada blanco, uno tras otro, seis tiros en poco menos de un segundo, y en los tres objetivos los proyectiles se incrustan entre los ojos, ligeramente por debajo, tan pegados que los orificios se tocan.

Va como si tal cosa hacia la puerta del pasillo, se pega a un costado, en las piedras de la chimenea, y abre con suavidad. Salta al lado opuesto de la puerta rápidamente, describiendo un arco, retrocede tres pasos y se hace a un lado, de forma que el pasillo entra en su campo de visión poco a poco. Tumba

cada uno de los tres objetivos de contrachapado y metal conforme asoman por el quicio, dos disparos seguidos directos a la cavidad nasal, luego franquea la puerta y sale deprisa de la letal ratonera. Avanza sin hacer ruido pegada a un lateral del pasillo, entra en el cuarto de baño, despejado..., entra en el recibidor, uno de los malos, dos disparos, despejado..., entra en la despensa, despejada. Saca el cargador, lo sustituye por el de repuesto y se acerca a la puerta del dormitorio de Martin, al final del pasillo. No hay suficiente espacio para pasar al otro lado del pasillo, así que abre la puerta de sopetón y da tres pasos rápidos hacia atrás, abriendo fuego mientras lo hace: seis disparos, dos segundos, y cuando su radio de acción está despejado, avanza hacia la puerta otra vez y descubre tres blancos más, que abate uno por uno. Después reina el silencio, salvo por el latón caliente que rueda por el dormitorio y el recibidor. Vuelve a la cocina y deja la Sig Sauer en la encimera.

Oye que Martin sube por el camino de acceso. Aparca delante de la casa, abre con energía la puerta de cristal corredera, cruza la sala de estar y se deja caer pesadamente en el sofá tapizado. Turtle abre la nevera, saca una Red Seal Ale y se la lanza con fuerza. Él coge el botellín y abre la chapa con las muelas. Empieza a beber, dando tragos largos, satisfechos, y después la mira y le pregunta:

—¿Qué tal te ha ido en el colegio, ratoncito?

Turtle rodea la encimera y se sienta en el brazo del sofá, los dos mirando hacia la chimenea, llena de ceniza, como si en ella ardiese un fuego que absorbiera poderosamente su atención.

—El colegio es el colegio, papi —sentencia.

Él se pasa la uña del pulgar por la incipiente barba.

—¿Estás cansado, papi?

—Qué va.

Se sientan a cenar juntos. Martin no para de mirar la mesa, frunciendo el ceño. Siguen comiendo en silencio.

—¿Cómo te ha ido despejando la casa?

—Bien.

—Pero no perfecto, ¿eh? —inquire.

Ella se encoge de hombros.

Martin deja el tenedor y la observa, los antebrazos apoyados en la mesa. El ojo izquierdo le bizquea. El derecho, brillante, está abierto. Los dos producen un efecto de abstracción absoluta, sutil, pero cuando Turtle los mira bien, se le antojan inquietantes y extraños, y cuanto más atención le presta a su expresión, tanto más ajena le parece, como si la cara de su papi no fuera una sola cara, y como si estuviese tratando de defender dos ideas opuestas del mundo.

—¿Has comprobado la planta de arriba? —quiere saber él.

—Sí —responde Turtle.

—¿Has comprobado la planta de arriba, ratoncito?

—No, papi.

—Esto para ti es un juego.

—Claro que no.

—No te lo tomas en serio. Entras y te paseas disparando a los ojos. Pero ¿sabes qué? En un tiroteo de verdad no siempre puedes contar con que vayas a dar justo ahí, tal vez tengas que apuntar a la cadera (si le rompes la cadera a un hombre, Turtle, caerá al suelo y no se levantará), pero, claro, a ti no te gusta ese disparo, así que no lo practicas, porque no le ves la necesidad. Te crees invencible. Crees que no fallarás nunca... Entras tranquila y relajada, porque tienes demasiada seguridad en ti misma. Es necesario que alguien te meta miedo. Tienes que aprender a disparar cuando te estás cagando de miedo. Tienes que abandonarte a la muerte antes de empezar siquiera, y aceptar que tu vida es un regalo, y sólo entonces serás lo bastante buena. Para eso es el ejercicio.

—Me sale bien cuando tengo miedo. Sabes que sí.

—Te vas a la mierda, hija.

—Aunque mi agrupación de disparos se vaya a la mierda, papi, aun así es de cinco centímetros a casi veinte metros.

—No es la agrupación, ni lo fuerte que seas, ni tampoco lo rápida que seas, porque todas esas cosas las tienes, y crees que eso significa algo. Pues bien, no significa nada. Es otra cosa, ratoncito, es tu corazón. Cuando tienes miedo, te aferras a la vida como una niña asustada, y no puedes hacer eso;

morirás, morirás asustada y con la mierda resbalándote por las piernas. Tienes que ser mucho más que eso. Porque llegará el momento, ratoncito, en el que ser rápida y precisa no será suficiente. Llegará el momento en el que tu alma deberá ser una con tu convicción, y con independencia de cuál sea tu agrupación, y de lo rápida que seas, sólo saldrás airosa si peleas como un puto ángel caído en la puta tierra, poniendo todo el corazón y llena de convicción, sin dudar, sin titubear y sin temer, sin que estés dividida y una parte se enfrente a la otra; al final, eso es lo que te pedirá la vida. Nada de dominio técnico, sino implacabilidad, valor y un único propósito. Ya lo verás. Así que está bien que te pasees, pero el ejercicio no es para eso, ratoncito. No es para la agrupación. No es para la puntería. Es para tu alma.

»Se supone que tienes que llegar a la puerta y creer que te espera el infierno al otro lado, creer que esta casa está llena de pesadillas: todos los demonios personales que tengas, tus peores miedos. Eso es lo que persigues cuando recorres la casa. Eso es lo que te espera al final del pasillo. Tu puta peor pesadilla. No una silueta de cartón. Practica la convicción, ratoncito, deshazte del titubeo y la duda, entrénate para tener un único propósito, y si alguna vez tienes que cruzar una puerta para enfrentarte a tu infierno personal, tendrás una oportunidad de sobrevivir.

Turtle ha dejado de comer. Lo observa.

—¿Te gusta la *cassoulet*? —pregunta papi.

—Está rica —responde.

—¿Quieres algo más?

—He dicho que está rica.

—Dios santo —gruñe él.

Turtle se pone a comer de nuevo.

—Mírate —comenta su papi—, mi hija. Mi niña.

Aparta el plato y se queda mirándola. Al cabo de un rato, le señala con la cabeza la mochila. Turtle va por ella, la abre y saca el cuaderno. Después se sienta frente a su papi y lo abre.

—La primera. «Erinias.» —Turtle se calla y lo mira. Él pone una manzana llena de cicatrices en el cuaderno abierto, lo arrastra por la mesa y lo mira.

—A ver —dice—. Mira esto. «Erinias.»

—¿Qué es eso? —pregunta ella—. ¿Qué significa «Erinias»?

Martin levanta la vista y fija su atención en ella, la mirada rebosante de afecto y de algo íntimo.

—Tu abuelo —empieza, con cautela, pasándose la lengua por los labios—, tu abuelo era un hombre duro, ratoncito, lo sigue siendo: un hombre duro. ¿Y sabías que tu abuelo...? Joder, hay muchas cosas que tu abuelo no ha dicho ni hecho nunca. Hay algo roto en ese hombre, tremendamente roto, y esa rotura está en todo lo que ha hecho, en toda su vida. Nunca ha podido ver más allá. Y, bueno, darling, yo quiero decirte lo mucho que significas para mí. Te quiero. Hago cosas mal, lo sé, y te he fallado, y te volveré a fallar, y el mundo en el que te estoy criando... no es el mundo que me habría gustado. No es el mundo que yo elegiría para mi hija. No sé qué nos deparará el futuro a ti y a mí. Pero tengo miedo, eso sí te lo puedo decir. Aunque te hayan faltado algunas cosas, aunque no haya podido darte algunas cosas, siempre te he querido, mucho, ratoncito, con locura. Y quería decirte que llegarás más lejos que yo. Serás mejor y más de lo que yo soy. No lo olvides nunca. Bueno, vamos allá. La primera. «Erinias.»

Turtle se despierta en la oscuridad que precede al alba pensando en eso. Pensando en lo que le ha dicho su papi. No puede volverse a dormir. Se sienta en la ventana en voladizo y contempla el océano, las espinas del rosal arañando los cristales. ¿A qué se habrá referido con lo de que «hay algo roto en ese hombre»? El cielo está despejado. Piensa: «serás mejor y más de lo que yo soy», recordando su expresión, tratando de entender su significado. Ve las estrellas sobre el océano, aunque, cuando mira al norte, ve las luces de Mendocino reflejadas en las nubes. Se da la vuelta, apoyando los pies en el suelo, los codos en las rodillas, y mira su cuarto. Los estantes hechos con vigas y bloques de hormigón, su ropa bien colocada. Su cama, una plataforma de contrachapado atornillada a la pared, con su saco de dormir y sus mantas de lana dobladas. La puerta, el pomo de latón, el herraje de cobre, el anticuado bombín. Se pone los vaqueros y se mete el cuchillo del abuelo en el cinturón. Añade una pistolera oculta, diciéndose «por si acaso, por si acaso», y acto seguido va hacia la cama, mete la mano debajo y saca la Sig Sauer de su soporte. Se pone un jersey de lana grueso y una camisa de franela encima

y camina descalza por el pasillo mientras enfunda la pistola.

Baja la escalera, pero se queda en el último escalón, titubeando, empapándose en cierto modo de la soledad de la casa, como si tuviera algo que pudiera decirle; las generaciones de Alveston que han vivido en ella, y todos ellos, piensa, infelices; todos ellos criaron a sus hijos con mano dura, pero todos ellos tenían algo que ofrecerles.

Al final del pasillo, Martin descansa en su enorme cama de madera de secuoya, la luna proyectando las sombras de las hojas de aliso en el tabique, y se lo imagina ahí, fuerte, con una mano descansando en el enorme pecho. Turtle entra en la cocina y abre la puerta trasera sin hacer ruido. La noche es clara. La luz de la luna le permite ver. Camina por el armazón y se queda mirando los helechos negros. Percibe el olor del arroyo. Percibe el olor de los pinos. Percibe el olor de sus agujas, rizadas, grisáceas.

Zigzaguea entre mirtos y follaje marrón rojizo. Llega al pedregoso arroyo y camina por el agua corriente arriba, los pies entumecidos de frío. Los árboles se yerguen negros hacia la bóveda reluciente de estrellas. Piensa: «ahora mismo vuelvo. A mi cuarto. Se lo he prometido, una y otra vez, y él no podría soportar perderme». Hacia el este el riachuelo brilla cristalino en la oscuridad desatada. Se queda respirando, empapándose del silencio durante un buen rato. Después se va.

# 5

Turtle sale del arroyo Slaughterhouse y se adentra en un bosque de pinos obispo y arándanos que reconoce en la oscuridad por la cera de sus hojas y su maraña de ramas quebradizas; todavía faltan horas para que amanezca. A veces se aparta del bosque y sale a espacios abiertos iluminados por la luna llenos de rododendros, las flores rosas y espectrales en la oscuridad, las hojas correosas y prehistóricas. Hay una parte de sí misma, íntima, que Turtle mantiene cerrada a cal y canto, a la que sólo presta una atención difusa y acrítica, y cuando Martin invade esa parte de sí, juega con él al ojo por ojo, retirándose sin decir palabra y casi sin que le preocupen las consecuencias; de su cabeza no se puede apoderar nadie por la fuerza. Es una persona como él, pero no es él, ni tampoco es únicamente una parte de él... Pero hay momentos silenciosos, solitarios, en los que esa parte de ella parece abrirse como una flor nocturna, absorbiendo el frío del aire, y ella ama esos momentos, y se avergüenza de sentir ese amor, porque también lo ama a él, y no debería disfrutar así, no debería disfrutar de su ausencia, no debería necesitar estar sola, pero se toma ese tiempo a solas de todos modos, odiándose y necesítándolo, y se siente bien siguiendo esas sendas impenetrables entre los arándanos y los rododendros.

Camina kilómetros, descalza, comiendo los berros que crecen en los arroyos. Los pinos obispo y los abetos de Douglas dan paso a cipreses calvos, juncos, manzanitas, pinos contorta encorvados y vetustos de cientos de años de antigüedad que apenas le llegan al hombro a Turtle. La tierra, compacta y cenicienta, está tapizada de líquenes copetudos de un verde grisáceo, el



terreno tachonado de charcas embarradas, yermas.

Al alba, con el sol aún entre las colinas, Turtle salta una valla y atraviesa la pista de un pequeño aeropuerto, cerrado y en silencio, el asfalto para ella sola. Lleva andando poco más de tres horas, abriéndose paso por el monte bajo. Debería haberse calzado, pero tampoco es que importe mucho. Está tan acostumbrada a ir descalza que podría afilar una navaja en la planta de los pies. Salta la valla por el otro lado y llega a una carretera más grande. Se queda plantada en la mitad, en la doble línea amarilla.

Un conejo sale disparado de la maleza, un movimiento de un gris apagado que se recorta contra el negro. Turtle empuña la pistola, la amartilla con un gesto fluido y dispara. El conejo se desploma entre los arbustos de salal. Ella cruza la carretera y se planta delante de la delicada criatura, que mueve las patitas a sus pies y es más pequeña de lo que creía. La levanta cogiéndola por las patas traseras, una capa mínima de suave pelo sobre los pares de huesos, articulados y nervudos, balanceándose en su mano.

Llega a una vieja carretera festoneada de mahonias, cubierta de hojas caídas. Se para a contemplar la cuenca del río Albion. El sol se ha alzado unos centímetros por encima del horizonte, coronando las colinas orientales, haces de luz atravesando sesgados los atrofiados árboles. Más abajo, la carretera serpentea, siguiendo una elevación con frondosas quebradas a ambos lados. La sigue, deteniéndose a observar los agujeros cubiertos de seda de las arañas en el ribazo, escudriñando la hierba en busca de mantis verdes, dándole la vuelta a piedras que se encuentra al borde del camino. Le asalta la imagen de Martin en la cocina, cocinando tortitas para el desayuno de los sábados, tarareando y esperando que ella baje de un momento a otro. La idea le rompe el corazón. Martin se preguntará qué hacer mientras las tortitas se enfrían, e irá al pie de la escalera y la llamará: «Ratoncito..., ¿estás despierta?». Cree que subirá y abrirá la puerta, verá el cuarto vacío, rascándose la incipiente barba con el borde del pulgar, bajará y mirará los platos y las tortitas y la mermelada de frambuesa tibia que ha puesto en la mesa.

La mañana da paso a la tarde, nubes azules, algodinosas, planas, que arrastran sombras por las boscosas laderas. En un promontorio de tierra

yerma, la carretera gira y desciende hacia la más oriental de las dos quebradas, y ahí un mirador de tierra permite ver el valle. Roderas alargadas, secas. Una vieja furgoneta Volkswagen con los neumáticos pudriéndose en el suelo y lilas de California que crecen contra la aleta del lado del conductor.

Turtle deja el conejo en el suelo, abre la herrumbrosa puerta de la furgoneta y descubre que está repleta de alfombras persas. Saca una alfombra, la desenrolla y no ve más que cochinillas y tarántulas. Va hacia la parte delantera de la furgoneta. Abre la puerta del copiloto, se sienta dentro y mira atentamente a su alrededor. Hay un chirrido extraño, intermitente. Parece un muelle suelto en la tapicería, pero no es eso. Abre la guantera y encuentra mapas medio deshechos y algo que lleva podrido mucho tiempo. Se inclina y pasa los dedos por el suelo, donde la enmohecida tapicería se ha levantado y abarquillado. Saca el cuchillo de caza de su abuelo, raja la moqueta y tira de ella hacia un lado. Hay tres ratones recién nacidos, rosados, del tamaño de la punta de sus dedos, encamados en un pliegue abultado de la tapicería, con los ojos cerrados y las patas cerradas en puños diminutos, chillando con furia. Turtle vuelve a tapar a los ratones con la tapicería.

Baja de la furgoneta y va hacia donde está el conejo. Lo coge por las patas, lo abre desde el ano hasta la garganta, lo despelleja como si fuera un calcetín sanguinolento y tira el pellejo en la maleza. Después le saca las tripas y también las desecha. Acto seguido enciende fuego con hierba seca y madera muerta, ensarta el conejo en un palo y lo asa sobre la fogata mientras mira ya la lumbre, ya el valle.

Un ratón sale del chasis de la furgoneta y Turtle observa su deambular. Sube torpemente por el tallo de una hierba para llegar a las semillas en su cascarilla como de papel y lo dobla. Alarga el hocico, olisqueando, y finalmente abre la boca para mostrar el cincel de sus dientes. Tiene las orejas pequeñas y redondas, y el sol se ve rosado a través de ellas, con una única vena rosa, serpenteante en el centro de cada una, que atrapa la luz.

Turtle saca el conejo del palo y el ratón sale disparado, finta a la derecha y cambia de dirección en un intento desesperado por llegar a una piedra cercana. Pero sea cual sea el escondite que esperaba encontrar allí no existe, y da la vuelta a la piedra presa del pánico. Haciendo un último esfuerzo, el

ratón se pega contra la roca y permanece a la espera, jadeando. Turtle parte las costillas del conejo y roe la carne, dejando que el jugo le corra por los encallecidos dedos. Al cabo de un rato, el ratón regresa y deambula por el promontorio de tierra, levantando una patita para apoyarse en uno u otro tallo, moviendo los bigotes cuando olfatea. Turtle termina de comerse el conejo y lanza los huesos al precipicio, a los árboles de abajo. El fuego arde sin llamas. Turtle se queda contemplándolo, las manos entrelazadas.

Es preciso que se levante y se vaya a casa. Lo sabe, pero no se va. Quiere seguir esperando donde está, en ese promontorio de tierra que descuella sobre el valle fluvial, y quiere ver pasar el día. Necesita tiempo para examinar sus pensamientos, igual que examinaría un colador lleno de guisantes para escogerlos. No es así como lo hace Martin, que cuando trata de resolver un problema camina de un lado a otro pensando y pensando, y a veces gesticulando. Hace más calor, ya es media tarde, y Turtle sigue sin irse, sin moverse.

Entonces ve una araña. Agrisada como la madera que el mar arrastra hasta la playa y el sol blanquea. Aguarda, huraña, en su agujero, cerca de la entrada, los ojos ocultos tras una maraña de patas peludas. Las patas se extienden y asoman con cautela por la abertura, como dedos esqueléticos que tantearan el terreno. No le ve los ojos ni la cara, sólo el movimiento de pinza de los dedos. Avanza de manera reflexiva. El ratón está agazapado no muy lejos, encorvado sobre otra vaina, el abultado vientre sobresaliendo entre las patas. Cuando da buena cuenta de la semilla, baja la vista y se examina con atención los pelillos de la rosada barriga, luego se los revuelve con las patas en un gesto de búsqueda repentina y urgente, hunde el hocico en el vientre y los mordisquea a conciencia un instante.

La araña se mueve con tiento. Afligida, Turtle la observa, ve que rodea la mata de hierba, acercándose. Luego oye un ruido procedente de la carretera: alguien camina por la calzada, y le viene a la cabeza Martin. Es más que posible que haya logrado dar con ella. Ya lo ha hecho otras veces. Es hasta probable. Se levanta despacio, sin hacer ruido, desenfunda la pistola y desliza la corredera para ver el latón brillante que se aloja en la recámara, todos sus movimientos rápidos y sigilosos, pero después se detiene a observar.

Apareciendo detrás del ratón, la araña salva los últimos quince centímetros, se yergue y le hunde dos colmillos negros en el lomo. El ratón se agita espasmódicamente, una pata trasera pedaleando en el aire. Turtle oye más pasos, pero está cautivada viendo cómo la araña arrastra al ratón hasta el agujero, donde el animalito se queda atravesado en la sedosa tela de las paredes. Con los nudillos en la boca, Turtle ve que la araña saca medio cuerpo, los colmillos aún clavados en el lomo del ratón. Le da la vuelta al animal con sus diestras patas y lo lleva hacia la oscuridad, la rosada cola moviéndose.

Angustiada, Turtle se muerde los dedos. Los pasos se acercan y ella corre hacia el bosque agazapada, se pega al suelo detrás de un tronco. Un chico delgado, de pelo negro, viene por la carretera; debe de ser de su edad o quizá un poco mayor, quince o dieciséis años, no le ve los pies, lleva una mochila, un bañador de surfista y una camiseta vieja con una vela rodeada de un alambre de púas y una palabra que Turtle no conoce. Se detiene, oteando el promontorio de tierra, bebiendo agua de la boquilla de la bolsa. No tiene mucha experiencia. Ir en bañador es mala idea. Sus zapatillas de senderismo están intactas, la mochila es nueva. No sabe qué está mirando ni qué está buscando. Su mirada vaga sin más. Parece encantado.

Otro chico viene por la carretera detrás de él, éste con una mochila vieja de cuero y cordura que se cae a pedazos, y una lona azul enorme enrollada y afianzada con pulpos en un lateral. El segundo chico dice:

—¡Eh! ¡Tío! ¡Mira esto! ¡Una furgoneta! —Lleva en la mano un bote de queso fundido Easy Cheese, con el que recubre una barrita Butterfinger. Turtle pone el punto de mira en el bote—. ¡Tío, Jacob! —llama al chico del pelo negro—. ¡Tío, Jacob! ¿Quieres dormir en esa furgoneta tan guay? ¡Es una pasada!

Se mete la barrita en la boca y mastica. Su sonrisa es tan grande que la mandíbula se le adelanta y deja a la vista los dientes, manchados de chocolate. Le está costando comerse la chocolatina de un bocado, se le sale un poco de la boca, así que la empuja con el dedo índice. Turtle podría hacer que el bote saliera volando de su mano de un disparo.

Jacob sonrío, se acuclilla sobre los restos del fuego que ha encendido

Turtle y los remueve con un palo. Turtle conoce de vista a esos chicos, del año anterior, cuando estaban en octavo y ella en séptimo. El chocolatero es Brett. Ahora deben de estar en primero de bachillerato. Turtle no sabe cómo es que han llegado hasta ese sitio, seguramente están muy perdidos. Se pregunta qué estará pensando el del pelo negro. Duele mirarlo, el rostro agraciado e indefenso. Se habrán lanzado a vivir una suerte de aventura de fin de semana. Sus padres los dejaron donde fuera, iban a pasar una noche al aire libre y marcharse al día siguiente, o algo por el estilo. Jacob deja la mochila en el suelo y saca un mapa del bolsillo de malla. Lo alisa y comenta:

—A ver.

—Este queso —comenta Brett, levantando el bote, Turtle con el punto de mira en él— es una pasada. Es supercremoso, tío, lo puto más. —Coloca la mochila contra una de las ruedas de la Volkswagen y se tumba en el suelo, apoyando la cabeza en la mochila y echándose queso en la boca directamente del bote—. Sé que no me crees, pero es verdad, es la pura verdad.

Jacob, mirando ya el mapa, ya el valle, observa:

—Tío, esto se nos da de puta pena.

—Que esté en un bote no significa que no sea queso «de verdad», ¿sabes? —reflexiona Brett.

—Estamos muy, pero que muy... No quiero decir «perdidos», pero no estoy seguro de dónde estamos.

—Tienes prejuicios queseros, eso es lo que te pasa.

Jacob se tumba en la alfombra que Turtle ha desenrollado horas antes y añade:

—Nuestro sentido de la orientación es impresionante. —Abre la mochila y saca una cuña de queso Jarlsberg y una *focaccia* que aún está en su bolsa de papel de Tote Fête. Brett y él se van pasando la comida, apoyados en las mochilas, tumbados a lo largo en la alfombra persa, las pequeñas polillas de un gris empolvado pugnando por salir de la lanilla. Muerden directamente el queso.

—Podemos acampar aquí.

—No hay agua.

—Ojalá hubiera una chica —comenta Brett maravillado, mirando el cielo

—. Podríamos conquistarla con nuestro sentido de la orientación.

—Si fuera ciega y no tuviera ningún sentido de la orientación.

—Qué fuerte —contesta Brett—, muy fuerte, engañar así a una chica ciega.

—Yo saldría con una chica ciega —asegura Jacob—. Pero no sólo porque fuera ciega. Lo que quiero decir es que... no creo que me importase.

—Yo saldría con ella sólo por ser ciega —asevera Brett.

—¿En serio?

—¿Qué diferencia hay con cosificarla por su inteligencia?

—Su inteligencia no se puede abstraer de su personalidad, mientras que su ceguera es incidental a su persona y sí se puede abstraer —aclara Jacob—. Es decir, no es una chica ciega. Es una chica que, incidentalmente, es ciega.

—Pero —replica Brett—, pero ¡tío! Ella no es responsable de su inteligencia en ningún sentido. Qué superficial, tío.

—Tampoco es responsable de su ceguera —apunta Jacob, ofendido.

—A menos que se haya sacado los ojos en un ataque de ira.

—¿Saldrías con una chica que se hubiera sacado los ojos en un ataque de ira?

—Así sabes que es peleona. Lo sabes de verdad.

—«Peleona» es quedarse corto.

—Dame más, tío. Me encanta.

—Seguro que tiene un genio de mil demonios.

—Las chicas tienen que tener huevos, Jacob, o noveno grado las machaca.

Turtle está agazapada entre la maleza, con la mira en la frente de Brett y después en la de Jacob, y piensa: «pero ¿qué coño? Pero ¿qué coño?». Los chicos se tienden en la alfombra, partiendo trozos de *focaccia*.

Brett hace un gesto que abarca todo el entorno.

—Como dioses —afirma—, pero ojalá tuviéramos más Easy Cheese.

Cuando terminan de comer, se ayudan a levantarse mutuamente y, charlando, siguen las huellas del jeep hacia las secuoyas. Turtle se levanta y se queda parada un instante. Después se mete entre los árboles en pos de ellos. El camino apenas es mejor que el lecho de un arroyo. En el ribazo

sobresalen finas raíces marrones. Caminan durante horas y finalmente salen a un claro en el que se alza una cabaña construida con madera desechada. No se ve luz y la puerta está abierta. Turtle se acuclilla detrás de un tocón quemado, negro como el carbón, que el fuego ha convertido en una hélice cuajada de setas con el sombrero plano marrón y el pie como el cuello de una rana. Empieza a caer la noche. Todo está pintado de un verde vivo y un púrpura suntuoso. Turtle ve que los chicos salen al claro. Las nubes parecen velas consumidas en capas de cera azul.

—Eh, tío, ¿y si entras ahí... y hay un niño albino ciego deforme sentado en una mecedora con un banjo? —plantea Brett.

—¿Y nos hace prisioneros y nos obliga a leerles el *Finnegans Wake* a sus peyotes? —le responde Jacob.

—No le puedes contar a nadie que mi madre nos obligó a hacer eso. Ni se te ocurra —le recuerda Brett.

—¿Por qué el *Finnegans Wake*? ¿Tú qué crees? ¿Por qué no el *Ulises*? De hecho, ¿por qué no *La Odisea*? ¿O... o *Los hermanos Karamazov*?

—Porque, tío, si les lees mierda rusa a tus peyotes, seguro que el viaje es malo.

—Vale, entonces, *Al faro*. O... ¿sabes qué?, la gente muere con las oraciones subordinadas de ese libro. ¿Tal vez D. H. Lawrence? En plan subidón apasionado, de hacerle el amor al guardabosques.

—Tío, con la voz dices: «mira todos los libros que he leído», pero con los ojos dices: «ayúdame».

—¿Sabes qué estaría bien, de hecho? Harry Potter.

—Bueno, supongo que nunca sabremos lo que hay detrás de esa puerta —observa Brett.

—Ya lo sabemos, Brett.

—¿En serio?

—Una aventura —responde Jacob—. Detrás de cada puerta hay una aventura.

—Sólo si por «cada» te refieres a «algunas», y por «aventura» te refieres a «paletos sodomitas».

—Bah.

—Tío. Podría ser peligroso. Peligroso de verdad y en serio.

—No pasa nada —se envalentona Jacob, y sube la escalera y cruza la puerta.

—Físicamente arriesgado, Jacob —le grita Brett—, de una manera muy real y muy poco graciosa.

—¡Por favor!

Turtle bordea el bosque para acercarse a la parte trasera de la cabaña, deslizándose entre la maleza. Piensa: «tranquila, sin prisa». Sube al porche trasero, la madera crujiendo, y contempla el bosque. Al pie del porche hay grandes mangueras negras enrolladas y sacos de veinte kilos de fertilizante orgánico. También ve mangueras con abrazaderas y eslabones de unión tirados junto a un cubo bocabajo con una lata de café que hace las veces de cenicero. El porche tiene un cuarto de baño exterior con un inodoro y una ducha, el desagüe está recortado burdamente en las tablas de secuoya y un tubo de PVC va hasta una fosa séptica. Hay una lata de PBR junto al inodoro, y cuando la coge, Turtle oye el silbido del gas. Deja la cerveza en el suelo, abre la puerta y entra en una cocina vacía. Ahora ella está en la parte trasera de la casa y los chicos en la delantera, separados por un tabique divisorio y una puerta cerrada. Los oye.

—Tío —comenta Brett—, esto no me gusta.

—¿Crees que aquí vive alguien?

—Tío..., está claro que aquí vive alguien.

—Están leyendo *La rueda del tiempo*.

—Probablemente se lo lean a sus peyotes.

—Es lo más. Tú léeles los trece libros, cómete unos botones de peyote y, después, agárrate.

Turtle cruza una especie de sala de estar. Hay una mesa de trabajo con tijeras de poda de una y dos manos y un volumen de los ensayos completos de Thomas Jefferson, varias cajas cerradas de bolsas de basura Hefty apiladas junto a un Guanyin de madera de 1,80 metros profusamente tallado. El techo está entrecruzado de cuerdas de algodón para tender la ropa. Entra en un dormitorio en el que hay una cama grande con columnas, una cómoda con un tarro lleno de cogollos, un montón de novelas de Robert Jordan y un ejemplar



de *Supera tus traumas de la infancia*.

Turtle vuelve a la puerta trasera y la cierra de un portazo para asustarlos, cosa que consigue. Oye susurrar a Brett:

—¡Mierda! ¡Mierda!

Y oye que Jacob se ríe. Salen disparados de la casa. Ella contempla el bosque con la pistola en la mano.

El camino no continúa más allá de la cabaña, y los chicos, nerviosos, van hacia el sur, a campo traviesa por el valle fluvial. Turtle se queda un buen rato escuchando el silencio del claro. Luego los sigue. Caminan junto a una zarza alta en un claro donde crece heno blanco y grama de olor. Turtle se desliza sin hacer ruido entre los tocones de árboles viejos. Se detiene delante de un gran círculo de hormigón que se eleva en la hierba, y junto a él, la silueta de una bomba cubierta por una lona.

Oye a los chicos, pero no los escucha. Piensa: «paraos a mirar». Camina medio agachada, moviéndose deprisa entre la hierba alta, pensando: «por Dios, por lo que más queráis, paraos a mirar». Los ve delante, a la orilla de un arroyo en la linde del bosque, el riachuelo medio invadido por los helechos.

Abre la boca para llamarlos, pero entonces ve a un hombre al otro lado del arroyo, con pantalones de camuflaje y una camiseta de los Grateful Dead, un collar de cáñamo trenzado del que cuelga una gran amatista engarzada con alambre y una escopeta de palanca del calibre 20 a la espalda. Es un hombre bajo y con un barrigón tremendo, con la cara roja y brillante, curtida por años de sol. Tiene la punta de la nariz cérea y bulbosa, con venitas rojas. Sostiene una botella de zumo de limón y equinácea en la mano. Turtle alza la Sig Sauer y lo apunta con ella, poniéndole el punto de mira en la sien, pensando: «sólo si es necesario, sólo si es necesario».

—Hola, chicos —saluda el hombre—. ¿Qué tal estáis?

Brett estira el cuello y mira a su alrededor para localizarlo. Jacob lo ve y le responde:

—Estamos bien, un poco perdidos, ¿y usted?

Turtle avanza entre las hierbas, amartilla el arma. Piensa: «relaja, tranquila y despacio, perra, y no la cagues, tú ocúpate de hacer esto, cada

parte de esto, a la puta perfección, cada momento de esto; haz exacta y únicamente lo que sea necesario, pero hazlo bien y sin meter la pata, zorra».

—¿De dónde sois, chicos? —pregunta el hombre.

—Pues yo de Ten Mile, y él, de Comptche —replica Jacob. Y va hacia el hombre y le tiende la mano—. Soy Jacob y éste es Brett. —Se dan la mano, y Jacob añade—: Un placer conocerlo, amigo.

Turtle se arrodilla detrás de un tocón y apunta al hombre a la sien.

—Igual, igual —replica el hombre, asintiendo. Saca una lata de tabaco de mascar Grizzly, le da un golpe con el pulpejo, coge un pellizco enorme y se lo mete en la boca—. ¿Vosotros no mascáis? —pregunta.

—No —dice Brett.

—Sólo en ocasiones especiales —bromea Jacob.

—Ah —dice el hombre—, pues mejor no empecéis. Yo estoy tratando de dejarlo. Le ponen fibra de vidrio a esta mierda. ¿Os lo podéis creer? Así que, chicos, escuchadme bien, si acabáis mascando, y que conste que tiene sus ventajas, lo reconozco, pagad un dólar más y comprad tabaco orgánico. ¿Estamos?

—Sí —asegura Jacob—, es un buen consejo.

—Orgánico, es lo suyo —insiste el hombre—, no estos productos químicos. Yo creo en lo orgánico. Mejor aún, fumad sólo marihuana. De no ser por el nailon, sería lo único que fumaríamos.

—Ahora que lo dice —replica Jacob mientras se quita la mochila y la deja en el suelo—. ¿Podría vendernos un poco?

—Pues... —contesta el hombre, haciendo girar la lata de tabaco. Frunce el ceño.

—No se preocupe —lo tranquiliza Jacob—, sólo queremos darle un poco de vidilla a nuestra aventura.

—Lo entiendo —asiente el hombre—. A veces lo que uno quiere es ese algo que le haga olvidar la pesadez de tanto pateo y lo ayude a dar color a los detalles, ¿no? Así uno se fija en cosas que de otra manera ni vería.

—A eso exactamente es a lo que me refiero —aplaude Jacob—. Se nota, señor, que es usted un poeta y un erudito.

—Bueno, me sabría mal dejar tirado a un amigo —admite el desconocido.

—Así se habla —dice Jacob.

—Os echaré una mano —decide, después de dudarlo un poco.

«Pero ¿qué coño?», piensa Turtle. Está entre la hierba, apuntando al hombre con la pistola. Jacob le pasa un billete de veinte dólares, y el hombre abre una bolsita de lona que lleva en el cinturón y saca un bote de té. Le quita la tapa y se echa en la mano varios cogollos de marihuana que le pasa a Jacob. A continuación se saca una pipa hecha con la tibia de un ciervo, con una boquilla de madera tallada acoplada a un lado del hueso y una cazoleta vaciada en el extremo de la articulación. Empieza a deshacer un cogollo con los dedos y meterlo en la cazoleta, mientras comenta:

—Esto, esto sí que es la bomba. No como el tabaco, que es de lo más adictivo..., tan adictivo como la heroína, y te mata. Ni sé por qué empecé a fumar tabaco. Estoy intentando dejarlo. Por eso lo masco, ¿sabéis? El único problema con la marihuana es que, cuando la cultivas aquí, el abono no es bueno para el salmón, ni siquiera el orgánico, y eso me supera. Estoy buscando la forma de resolverlo. Y lo que también pasa es que tenemos roedores y bichejos que salen del bosque para roer los tallos de las plantas, y hay que envenenarlos o aguantarlos. Yo los aguanto, y por eso deberíais comprar a la gente de por aquí. Los mexicanos que plantan..., a esos tipos no les importa, ésta no es su tierra, ¿verdad? Ponen matarratas y es un horror, un horror, mata a los cacomixtles, a los mapaches, a las comadrijas, a todos esos animalitos. Por eso le tenéis que comprar la hierba a personas como yo. De por aquí. Se impulsa la economía y es mejor para el medio ambiente. ¿Adónde vais, por cierto?

—Pues estamos intentando encontrar un sitio para acampar —aclarar Jacob.

El hombre asiente mientras masca la bola de tabaco.

—Todo en orden, chicos, todo en orden. Yo os indicaré por dónde ir. —Mira hacia el oeste, entornando los ojos.

—¿Por qué fibra de vidrio? —pregunta Brett de pronto.

—¿Eh? —contesta el hombre—. ¿Cómo dices?

—Usted ha dicho que le echan fibra de vidrio al tabaco, pero ¿por qué?

—Ah, ya —replica el hombre—, lo que pasa es que la fibra de vidrio te

corta la boca para que el tabaco se absorba más rápido, lo hace más adictivo. Lo mismo que la comida envasada que venden, no os fieis nunca de una empresa, chicos, y sobre todo no os fieis de que una empresa os haga la comida que coméis. Yo por eso no tengo coche, ¿sabéis? No puedo tener coche y conciencia a la vez. No cuando he estado en Sudamérica, he vivido con tribus amazónicas y he visto los daños que está causando en ese sitio la industria petrolera. Todos deberíamos comer mucha más comida de la zona, fumar mucha más hierba y usar mucho menos el coche, eso es lo que creo. Y amarnos los unos a los otros. Yo creo en eso. La comunidad, chicos, es lo suyo. —Enciende la pipa de hueso y le da una calada larga. Echa el humo y le pasa la cachimba a Jacob. Y así se quedan un rato, asintiendo y pasándose la pipa.

—Bueno —opina Brett—, eso es admirable, pero yo tengo que ir en autobús al instituto. No hay otra forma de llegar.

—Yo igual —conviene Jacob—, aunque a veces voy en coche. Pero me ha dado usted algo en que pensar.

Turtle no sabe qué hacer. Los observa, relajando el dedo en el gatillo, pero no baja el arma. Después de un silencio roto únicamente por el vehemente mascar del desconocido y por el mechero que encienden los chicos, Brett pregunta:

—Y díganos, ¿adónde vamos ahora? Andamos algo despistados.

—Nuestro camino a la gloria ha sido raudo y ha estado libre de obstáculos, pero nuestro destino nos es esquivo —afirma Jacob.

El desconocido señala la quebrada con la cabeza.

—Por ahí, siguiendo el arroyo —dice, y luego se da la vuelta y les indica el camino por el que han venido—, o por ahí.

—¿El arroyo nos llevará a una carretera?

El hombre asiente, bien porque es así o bien porque aprueba la pregunta, Turtle no lo tiene claro.

—Por ahí abajo hay carreteras —afirma.

—Genial —exclama Jacob—, gracias por el consejo, amigo.

—Sí, tío, muchas gracias —asevera Brett.

—Bueno, pues hasta otra.

Brett y Jacob comienzan a bajar la ladera, siguiendo el riachuelo. El hombre vacía la pipa, se la guarda, da media vuelta y empieza a andar entre los helechos. Turtle lo sigue con la Sig hasta que desaparece. Luego mira hacia el sur, a la quebrada. «Éste no es un buen plan. Debería volver», se dice. Luego piensa «¿qué estará haciendo Martin? Esto no saldrá bien, pero que le den. Soy una chica a la que las cosas no le salen bien». Empieza a lloviznar, y Turtle extiende las manos y mira hacia el cielo, hacia las torres de gigantescas nubes deformes. Acto seguido la lluvia arrecia, empapándole el pelo, empapándole la camiseta, y piensa: «bueno, ahora sí que la hemos cagado».

# 6

Turtle se ha subido a un tronco caído, bajo el aguacero. Cinco o seis metros más abajo, el haz amarillo titilante de la linterna de Brett barre la corteza arrugada y fibrosa de las secuoyas, los helechos de espada, las zarzas, los troncos escamosos y estriados de las tsugas del Pacífico, al otro lado del arroyo crecidas y descollando en el ribazo. Turtle baja hacia ellos. Entre los rizomas nudosos de los helechos, arroyuelos del color del té por los taninos serpentean y cortan cascadas de agua mínimas, la tierra está sembrada de algo dorado que no es oro, laminillas minúsculas de partículas minerales que rodean las pequeñas pozas y reflejan la escasa luz que hay. La riada hace que los milpiés salgan de debajo de los troncos, algún truco de la corriente conduce a docenas de ellos hasta surcos fangosos, de modo que acaban amontonados, casi todos hechos un ovillo, azules y amarillos y de un negro brillante.

Turtle piensa: «estos chicos son unos inútiles, unos inútiles». Tiene que irse, tiene que largarse, pero los chicos están perdidos y no conseguirán bajar la ladera sin su ayuda. Así y todo, encontrar el camino de vuelta a su casa no es tan fácil como parece. Caminar a campo traviesa bajo una luna brillante y el cielo claro que precede al alba es algo completamente distinto de orientarse por esta negrura cubierta de nubes. Sería complicado.

A su lado, Brett comenta:

—No sé, tío.

—Ya. Yo tampoco, tío —coincide Jacob.

Turtle se estira en el tronco y retrocede sin hacer ruido hacia los helechos,

avanzando a gatas justo antes de que Brett vea el tronco, vaya hacia él y se apoye para aligerar un poco el peso de la mochila.

—¿Seguimos?

Jacob sacude la cabeza, pero ahí no se pueden parar, eso está claro. El terreno es un desastre. Turtle piensa: «di algo, diles algo, indícales el camino», pero por lo visto es incapaz de decir nada. La única luz es la fosforescencia traicionera de las luciérnagas, casi del mismo verde fosforito que las miras de tritio de su Sig Sauer, y ahora le pone la mano encima, pensando: «no me dan miedo estos chicos, y si tengo que abrirme paso en esta oscuridad, lo haré». Pero sí le dan miedo. Lo sabe porque está asiendo la reconfortante empuñadura de la Sig Sauer, esa empuñadura que dice: «nadie te hará daño nunca», porque está dispuesta a enfrentarse sola a esa oscuridad inundada. Así es como sabe que los chicos le dan miedo.

Jacob se ajusta la mochila y continúan bajando la ladera, siguiendo el arroyo, que se ha desbordado de su angosto cauce y ha inundado los ribazos cercanos, de modo que los chicos caminan chapoteando por un agua que les llega a los tobillos. Piensa: «esperaré a ver si llegamos a alguna carretera. Y si llegamos, no hará falta que haga nada: ellos se irán por un sitio y yo por otro. Pero si no hay ninguna carretera, me necesitarán».

Descienden hasta una hondonada en la que el arroyo forma una charca antes de rebasarla, las pantanosas orillas repletas de espadañas. La charca está llena de ranas, y cuando el haz amarillo claro de Brett ilumina el agua, Turtle ve los centenares de ojos, las claras protuberancias de las cabezas en la superficie.

—Vamos por ahí —propone Jacob, y señala hacia el oeste, rodeando la hondonada en lugar de atravesarla—. Si seguimos este arroyo, la pendiente será demasiado empinada.

—Tío —objeta Brett—, este arroyo nos llevará a la carretera. Es lo que ha dicho ese tipo. Y lo de improvisar en lo de orientarnos no se nos da muy bien.

—¿Qué motivo te he dado yo para que dudes de mi sentido de la orientación? —Los dos se ríen, y Jacob mira hacia la quebrada, asintiendo—. Está bien, tío, está bien, ¿quieres seguir el arroyo?

—Sí —afirma Brett—, nos ha dicho que fuéramos por ahí.

—Vale, ve tú del...

—¡Chsss! —exclama Brett, y casi ilumina con la linterna a Turtle, que está oculta entre los helechos, sonriendo.

«Hijo de puta —piensa encantada—. ¡Hijo de puta! ¿Qué me ha delatado?» Se lo nota en la cara; el placer que siente; los ojos entornados de alegría; piensa: «hijo de puta, ¿me has oído, me has visto, ha sido algún movimiento?». Está encantada consigo misma, y con él, por haber estado a punto de verla, y piensa: «vaya, vaya, el chico Easy Cheese no está tan ciego a fin de cuentas».

Jacob mira a Brett.

—Perdona, tío, ha sido, no sé, como un presentimiento..., no sé. He tenido un presentimiento —explica Brett.

—¿De qué?

—Ahí no hay nada —asegura Brett, y pasa la linterna por los goteantes helechos, por el enredo de espadañas, casi por encima de ella.

«Eres un cabrón —piensa Turtle, encantada con él—, un pedazo de cabrón.» Está que no cabe en sí de gozo.

Los chicos cruzan la charca con las mochilas en alto, por encima de la cabeza, abriéndose paso entre las espadañas. Salen a la embarrada orilla, la cascada derramándose junto a ellos, y contemplan la cañada. Turtle no ve lo que ven ellos, pero Jacob se asoma y observa:

—Eso parece muy empinado, tío.

Brett asiente.

Jacob responde:

—Está bien.

Se quita la mochila y rebasa el borde. Brett le pasa una mochila y luego la otra, y Jacob las deja con cuidado en la ladera. Después baja Brett. Se van ayudando con las mochilas, hasta que Turtle deja de verlos. Cuando han desaparecido de su vista, ella cruza el agua para seguirlos. El lodo del fondo de la charca es una maraña de tubérculos de nenúfar. Tan gordos como su brazo, la carne acanalada y escamosa, la textura casi como la de las piñas que aún no se han abierto. Las algas a la deriva parecen telarañas gruesas, empapadas. Llega al otro extremo y sale de la charca, con el agua cayéndole



como en cortinas. Abajo, la cañada está oscura a excepción de la luz azul de la linterna frontal de Jacob y el haz de la de Brett. A pesar del ruido de la lluvia y del torrente de la cascada, Turtle oye que hablan a gritos entre sí. Sus cabezas sobresalen entre los helechos como las de las ratas en el agua.

Brett se detiene y vuelve la cabeza hacia Turtle, que se agacha en la hierba. Jacob atraviesa la oscuridad con su linterna y Brett insiste:

—Te juro que he... que acabo de tener un mal presentimiento.

Ella se queda completamente quieta, mirándolos.

—¿De qué tipo?

—Algo —contesta Brett.

Jacob avanza en dirección a Turtle, moviendo meticulosamente la linterna.

—Aquí no hay nada —lo tranquiliza.

—Ha sido sólo un presentimiento, un susto.

Jacob se para y describe un círculo despacio, escudriñando la oscuridad. Luego mira a su amigo, sin saber qué hacer.

Brett zanja:

—Si no hay nada, no hay nada, y punto.

—Yo no veo nada.

—Espero que no sea ese tipo.

—No es ese tipo.

—Sólo espero que no esté siguiéndonos por la oscuridad.

La quebrada se vuelve más angosta y escarpada, entretejida por secuoyas caídas, aludes de barro abriendo cicatrices en los ribazos. Seis metros más abajo, por fin la frena un muro impenetrable de roble venenoso. La linterna de Brett palidece, pierde fuerza y, por último, se apaga. Él le da un golpe contra la palma de la mano y cobra vida un instante, un triste filamento se ilumina antes de morir. Turtle espera arriba, nerviosa, pensando: «hazlo, Turtle». Piensa: «no hay más remedio», pero aun así no es capaz.

Se tendrá que poner a gatas y suplicar el perdón de papi, suplicar, y puede que así la perdone.

Oye que Brett abre la linterna y deja caer varias pilas en las manos. Con ellas en las palmas, les sopla.

Jacob razona:

—Si hay una carretera, tenemos que estar a punto de llegar.

—Mierda —exclama Brett—, mierda.

—No hay alternativa.

—Hay mucho roble venenoso.

—La carretera tiene que estar justo al otro lado.

Brett se encorva sobre la linterna, susurrándoles a las pilas.

—Vamos, vamos, vamos.

En ese instante de silencio, lo único que escuchan es la lluvia, suave, tamborileando sobre las hojas, y el crepitar de la tierra mojada, el sonido del río.

—El hombre ha dicho —empieza Brett, sintiéndose traicionado— que si veníamos por aquí llegaríamos a la carretera.

—Debe de estar al lado —asevera Jacob—, debe de estar justo al lado, por huevos. —Empieza a descender con dificultad, agarrándose a helechos y brotes de roble venenoso, hundiéndose en el lodo.

Turtle ve que no conseguirá llegar al pie de la ladera, y antes de que lo pueda impedir, antes de que pueda vacilar, surge de entre la hierba, se sube a un tronco y dice:

—Esperad.

Los dos se vuelven y la buscan en la oscuridad, y de pronto la brillante luz LED de Jacob la envuelve, allí plantada, entre apio indio y ortigas, consciente de su fealdad, su cara de perra chupada y su pelo enredado, que huele a cieno y cobre, y se vuelve, dándoles prácticamente la espalda, para esconder el óvalo blanco de su rostro. Durante un momento, nadie dice nada.

Luego les pregunta:

—¿Estáis perdidos?

—Tanto como perdidos no, pero no sabemos dónde estamos —explica Jacob.

—Estamos perdidos —sentencia Brett.

—No creo que sea por ahí —sugiere Turtle.

Jacob mira la quebrada. Su luz peina la extensión de roble venenoso, el barro, el agua que empapa el suelo.

—No sé por qué lo dices —comenta Jacob.

—¿Estamos cerca de una carretera? —pregunta Brett.

—No lo sé —admite ella.

—¿Quién eres? —quiere saber Brett.

—Soy Turtle.

Baja y se planta delante de Jacob, que extiende el brazo. Se dan la mano.

—Jacob Learner —dice.

—Brett —se presenta, y se estrechan asimismo la mano.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Jacob.

—Vivo cerca —contesta ella.

—Entonces ¿hay una carretera por aquí?

—No —responde Turtle—, no lo creo.

Brett mira hacia la ladera que acaban de bajar, sorprendido.

—¿Por aquí vive gente?

—Claro.

Jacob la mira de frente y la deslumbra otra vez con la luz azul.

—Perdona —se disculpa, y aparta la luz—. ¿Nos puedes llevar hasta el río?

Turtle escruta la oscuridad.

—¿Qué pasa? ¿Sigue ahí? —pregunta Brett.

—Está pensando —le responde Jacob.

—¿La hemos cabreado?

—Es reflexiva.

—Sigue sin decir nada.

—Está bien: es muy reflexiva.

—Por aquí —afirma Turtle, y echa a andar atravesando la embarrada ladera, buscando un claro al otro lado.

—Hostia puta —suelta Brett—. Hostia puta. Mira cómo va.

—¡Eh! —la llama Jacob—. Espera.

Turtle los conduce a través de secuoyas caídas y baja hacia el río entre abetos gigantes por una elevación baja y en pendiente, la luz de Jacob proyecta su sombra por delante, los chicos la siguen como pueden.

El río se ha desbordado, y Turtle llega a una gran maraña de alisos a los

que el agua les llega por la cadera, largos látigos de ortiga mayor doblados por la corriente y meciéndose como algas, coles de pantano hundidas asomando por el torrente, montones de hojas secas apiñadas en todos los recovecos, remolinos negros girando con pegotes enormes de espuma.

—Hostia puta, puta hostia —dice Brett, y silba.

—Aquí no hay ninguna carretera —constata Jacob.

—Ni falta que nos hace —sentencia Turtle.

—Puede que a ti no —puntualiza Brett.

Jacob se queda parado, lleno de barro hasta la cintura, y se ríe.

—Tío —dice, alargando la palabra, logrando que su voz transmita un humor y un optimismo a los que Turtle no está acostumbrada, pasándose la lengua por los labios manchados de fango con alegría y diciendo de nuevo—: Jo, tío. —Y lo dice como si no se pudiera creer la tremenda buena suerte que tiene de estar tan completamente perdido junto a un río tan desbordado. Turtle nunca ha visto a nadie que afronte así su mala suerte.

—Jo, tío —dice asimismo Brett, pero de manera distinta. Y añade—: Estamos jodidos.

Turtle mira a uno y luego al otro.

—Estamos jodidos —repite Brett—. No llegaremos a casa nunca, pero nunca. Estamos jodidos.

—Sí —conviene Jacob con voz queda, extasiado, sopesando sus palabras con deleite—. Sí.

—Es irónico, porque hace un rato estábamos bien, teníamos el lugar perfecto para acampar, pero nooooo, necesitábamos agua —observa Brett.

—Y mira —contesta Jacob—. ¡*Hashtag* conseguido! ¡*Hashtag* ganamos!

—Necesitamos refugiarnos en algún lado —razona Brett, y se dirige a Turtle—: ¿Sabes dónde estamos? ¿Hay algún sitio donde podamos dormir? Está todo embarrado, ¿verdad? No hay ningún sitio que no esté lleno de barro.

Sigue lloviendo a cántaros, y todos, Turtle incluida, tienen frío, y alrededor no hay ningún lugar llano, no con el río desbordado. Y para encontrar un sitio donde acampar, tendrían que subir la elevación otra vez, y aunque Turtle podría, no está tan segura de que los chicos lo consiguieran.

—Tengo mucho frío —se queja Brett—, tío, menudo puto frío hace.

—Hace fresco, sí —señala Jacob con su gran sentido del humor, tratando de quitarse el lodo de los ojos. Está completamente quieto, como las personas cuya ropa está fría y para quienes cada movimiento hace que la piel entre en contacto con la tela áspera y mojada. Mira a Turtle y se le ocurre algo—. ¿Cómo nos has encontrado?

—Ha sido una coincidencia —miente ella.

Los chicos se miran y se encogen de hombros, como dando a entender que han oído cosas más raras.

—¿Nos puedes ayudar? —pregunta Brett.

Se encorva tiritando bajo el peso de la mochila. A su alrededor cae una especie de aguanieve. Jacob se da cuenta de que tiene una hoja de roble venenoso pegada en la mejilla, y la tira en la oscuridad, torciendo el gesto. Turtle se muerde los dedos, meditabunda.

—Joder —espeta Brett—, tú no sientes la necesidad acuciante de llenar los vacíos en la conversación, ¿eh?

—¿Qué significa eso? —pregunta Turtle.

—Nada —le resta importancia Brett.

—Pareces muy paciente —añade Jacob.

—Cada uno a su ritmo —aclara Brett.

—Reflexiva —recuerda Jacob.

—Reflexiva, sí, pensativa —coincide Brett.

—Del tipo ¿dónde estudiaste budismo zen?

—¿Y tu maestro zen fue el reptil vetusto y parsimonioso sobre cuyo caparazón descansa todo el universo, lo conocido y lo desconocido, lo sondable y lo insondable?

—¿Es eso lo que significa tu nombre?

—¿Es esto un *koan*? ¿Nos puedes ayudar? Y la respuesta es y siempre será: silencio.

—Te has pasado, tío.

A Turtle le sorprende que no paren de hablar cuando está cayendo un chaparrón de agua helada, pero entonces piensa: «están esperando por ti, Turtle. Están esperando por ti, y hablar les ayuda».

—Por aquí —decide, y vuelve a adentrarse en el bosque.

En la oscuridad, rodea los árboles más grandes con Jacob iluminándolos. Deja a los chicos acurrucados juntos y va hacia todas partes, y regresa sólo cuando no encuentra lo que busca. Tiene la esperanza de hallar una secuoya quemada por dentro, hueca, pero lo mejor que encuentra es un tocón talado hace tiempo, con muescas de hachazos allí donde se afianzó el arnés al tronco.

Mira hacia la corona del tocón, que no ve, y Jacob la observa, haciendo visera con las manos para ver con la lluvia, y sigue su mirada. Se ve un relámpago en Albion Ridge, al otro lado del río, y Turtle se para a contar: tres kilómetros antes de que se escuche el trueno, que retumba a lo lejos.

Trepa por la corteza y, alargando el brazo, se agarra a la parte de arriba. Después salta a un agujero profundo, circular, donde el corazón de la madera se ha podrido. La corona hueca mide tres metros de ancho y es lo bastante alta para sentarse dentro sin que se vea por el borde. Un único arándano crece por el centro en un círculo irregular de madera debilitada que filtra el agua. Lo agarra por la base, lo arranca y lo tira a la oscuridad. Después ayuda a subir a Brett y a Jacob, y los tres se ponen a retirar la hojarasca. A continuación, Turtle abre la mochila de Brett, encuentra treinta metros de cordón de paracaidista tal y como lo compró, sin abrir, lo desenrolla, lo divide en cuatro partes y corta las lazadas con el cuchillo para hacer cuatro cabos de unos ocho metros cada uno.

Desenrollan la lona azul y Turtle hace un as de guía con los cordones en los ojetes de las esquinas. Después Jacob y ella se bajan del tocón mientras Brett sostiene la lona. Turtle le lanza a Brett una vara central, que él coloca en su sitio. Turtle pasa el primer cabo alrededor de un tocón, lleva el extremo al viento y hace una vuelta redonda, un nudo que se desliza fácilmente y se puede asegurar en el cordón mojado, aunque se pregunta, mientras lo está haciendo, si no sería mejor un nudo Tarbuck. Va afianzando cada uno de los cordones, y cuando llega al último, descubre que Jacob se le ha adelantado y ha hecho la vuelta redonda. El agua corre por el cabo, se acumula justo por encima del nudo y cae en un único reguero. La luz azul de la linterna frontal sigue el agua que baja por el cordón de paracaidista. Turtle comprueba el

nudo con el pulgar y el índice y ve que está apretado y bien hecho. Jacob está a su lado.

—¿Ya sabías hacer este nudo? —le pregunta Turtle.

—No —admite él—, he visto cómo lo hacías tú.

Turtle tira del cabo: vibra. Mira a Jacob, pero no sabe qué decir, porque ha hecho bien el nudo, en la oscuridad, sin saber cómo se hacía, y cree que debería decirle lo bien hecho que está, lo poco habitual que es eso, pero no sabe cómo decir tal cosa. Deshace el nudo de Jacob y hace otro con ostentosa lentitud. Hace un nudo corredizo alto en el viento. Pasa el extremo alrededor de una rama, lo mete por el nudo corredizo y lo baja, creando una polea. Se cuelga del cordón hasta que le corta levemente las palmas. La polea tensa todos los cabos y la lona cruje. Turtle mira de nuevo a Jacob.

A éste el agua le corre por la cara, y se la quita de los ojos, asintiendo.

Ella alivia la tensión con cotes simples, que hace con una lentitud exagerada. Vuelve la cabeza para mirarlo otra vez y tira del cordón.

—Ah —dice él.

—La lluvia —aduce Turtle— afloja las cuerdas.

Él asiente de nuevo.

«Ésta es la diferencia entre Martin y yo —piensa ella—, ésta es la diferencia: que yo sé que la lluvia afloja las cuerdas y me importa, y Martin sabe que la lluvia afloja las cuerdas y no le importa, y no sé por qué, no entiendo cómo es posible que a alguien no le importe, porque es fundamental hacer las cosas bien, y si eso no es verdad, no sé qué lo es.»

Da la vuelta al tocón, comprobando cada tensor, asegurándolos y reforzándolos con cotes simples, pensando: «que le den a Martin y a cómo pagaré por esto, a cómo me arrodillaré para suplicar para no tener que pagar y a cómo pagaré de todas formas».

—Es como si ella viera en la oscuridad —apunta Brett.

—Es que ve —asegura Jacob—. Se nota.

—No, digo ver de verdad. Y no sólo un poco.

—Ya —le da la razón Jacob—. A eso me refiero.

—¿Dónde crees que está ahora?

—En su cabeza —contesta Jacob.

—Os estoy oyendo —tercia Turtle. Trepa por el lateral del tocón y ayuda a subir a Jacob.

—Es muy tranquila.

—No todos vamos por la vida atacados y a tope de cafeína, Brett.

—Eh —replica éste—, que es buena para el estómago. El café te quema las úlceras de la mucosa del estómago.

—¿De qué habláis? —pregunta Turtle.

—Del café —responde Jacob— y de cómo te mineraliza los huesos.

—¿Eso es cierto?

—No —niega Jacob.

Dentro del tronco han creado una suerte de gruta oscura y húmeda, de unos tres metros de ancho y poco más de uno de alto. Brett ha extendido en el suelo una lona impermeable de plástico resistente y ahora está aovillado en el extremo más alejado de la gruta, acurrucado en su saco de dormir, abrazándose el cuerpo, tiritando. Jacob está deshaciendo la mochila. Saca una bolsa de compresión de nailon con revestimiento de silicona y se la ofrece a Turtle.

—¿Qué es esto? —inquieta ella.

—Mi saco de dormir, toma.

—Ni de coña.

—Estás temblando.

—Tú también —constata ella.

—Yo haré la cucharita con Brett —decide Jacob.

—¿Cómo? —exclama Brett.

—Coge el saco —insiste Jacob.

—No —porfía Turtle.

—En primer lugar, estamos en deuda contigo —explica Jacob—. No habríamos encontrado un lugar seco sin ti. En segundo lugar, Marco Aurelio dice...

Brett refunfuña:

—Ojalá hubieran quemado el diario del emperador, como pidió él... ¿En serio crees que debemos seguir las reglas de un hombre cuya última regla fue que destruyeran las reglas que había dictado?



—Marco Aurelio dice —continúa Jacob— que «el hombre se alegra cuando hace lo que le es propio; por ejemplo, cuando es amable con los demás, desprecia los movimientos que causan las sensaciones, valora las buenas ideas y medita en la naturaleza universal y en lo que hace». Prestarte mi saco de dormir cumple todas esas cosas. Por favor, cógelo.

Turtle lo mira sin dar crédito.

—¿Qué pasa? —pregunta Brett.

—No sé —admite Jacob—. Quizá esté poniendo alguna cara.

—¿Cómo? —inquire Turtle.

—Por favor, déjame que te preste el saco.

—No.

Brett prueba a convencerla:

—Turtle, coge el saco de dormir. En serio. El contacto que tiene Jacob con la realidad pende de un hilo, en el mejor de los casos, así que discutir con él es peligroso. Nadie sabe qué cortará ese último hilo y lo mandará a la locura. Además, mi saco de dormir es de los que se pueden extender, como una especie de manta.

Turtle mira a uno y luego al otro, acepta el saco de dormir con vacilación y empieza a sacarlo de la funda. El nailon tiene una calidad tan alta que es suave como la seda. Es un saco hecho en casa, y no tiene cremallera. Turtle se mete dentro. La lluvia tamborilea sobre el techo de plástico, llenando el refugio de ruido. Nota que su aliento forma volutas húmedas y se frota las manos frías, los dedos arrugados como pasas. Oye a los chicos en la oscuridad, su respiración irregular, sus movimientos al acurrucarse bajo el saco de dormir.

—Jacob... —lo llama Brett.

—¿Sí?

—Jacob, ¿crees que es una ninja?

—No soy una ninja —aclara Turtle.

—Es una ninja, ¿verdad, Jacob?

—No soy una ninja —insiste ella.

—Mmm... —vacila Brett—. Mmm... Más o menos, sí, una especie de ninja, eso es.

—No.

—¿Dónde está tu escuela de ninjas? —pregunta Brett.

—No he ido a una escuela de ninjas —aclara ella.

—No puede contestar, juró guardar el secreto —observa Jacob.

—O, tal vez —aventura Brett—, tal vez la enseñaran los animales del bosque.

—¡Que no soy una ninja! —grita Turtle.

Escarmentados, los chicos guardan silencio un buen rato. Luego, como si el hecho de que Turtle lo niegue sea la prueba definitiva de una teoría que antes no era muy fundada, Brett asevera:

—Es una ninja.

—Pero ¿tendrá poderes preternaturales? —plantea Jacob.

Los chicos hablan de una forma que a ella le resulta inquietante y emocionante: fantástica, ligeramente solemne, tonta. Para Turtle, a la que le cuesta expresarse, con su cerebro introspectivo y circular, la facilidad de palabra de los chicos es vertiginosa. Se siente vivamente incluida en ese terreno de cosas que quiere, iluminada desde el interior por esa posibilidad. Aturdida y nerviosa, los observa, mordándose la punta de los dedos. Se le está abriendo un mundo nuevo. Piensa: «cuando vaya al instituto, estos chicos estarán allí». Piensa: «¿y cómo será tener amigos allí, amigos así?». Piensa: «levantarme y subirme al autobús todos los días sería..., ¿qué?, ¿otra aventura? Y todo lo que tendría que hacer sería abrir la boca y decir: “ayúdame con esta asignatura”, y me ayudarían».

Poco a poco los chicos se quedan dormidos. Turtle está acostada frente a ellos. Piensa: «lo amo, lo quiero con toda mi alma, pero... pero dejad que me quede fuera. Dejad que él venga por mí. Ya veremos lo que hace, ¿no? Éste es un juego al que jugamos, y creo que él sabe que es un juego: lo odio por algo, algo que hace, va demasiado lejos, y lo odio, pero no estoy segura de mi odio; me siento culpable y dudo de mí y me odio demasiado para guardarle rencor; así soy yo, una grandísima puta; así que infrinjo las normas de nuevo para ver si él volverá a hacer algo tan espantoso; es una manera de ver si está bien que lo odie; quiero saberlo. Así que te largas y te preguntas: ¿debería odiarlo? Y supongo que tendrás la respuesta cuando vuelvas, porque él

reaccionará al hecho de que te hayas ido de un modo que te pueda gustar o reaccionará de manera completamente irracional, y ésa será la prueba, pero siempre, Turtle, y lo sabes, te saca ventaja en este juego. Te mirará y sabrá exactamente hasta dónde puede llegar y te pondrá al límite, y después verá que ha llegado al límite y dará un paso atrás; pero quizá no, quizá vaya demasiado lejos, o quizá no sea tan calculador».

Nota que le pican los riñones. Se pasa la mano por la cintura de los vaqueros y encuentra una garrapata justo por encima de la goma de las braguitas. Toca al bichejo, suave como una perla.

—Brett... —susurra mientras se quita el cinturón, saca la funda de la pistola y la esconde en el fondo del saco de dormir—. Jacob...

—¿Sí? —contesta Jacob.

—¿Tienes unas pinzas?

—Brett tiene —afirma Jacob—, en la mochila. —Oye que Jacob se incorpora en la oscuridad. Revuelve en la mochila durante lo que parece mucho tiempo y da con ellas—. Aquí están —dice—. ¿Una garrapata?

—Sí, una garrapata —confirma ella.

—¿Dónde la tienes?

—En los riñones.

—Vale —replica él.

—Puedo quitármela sola —asegura Turtle.

—Está bien.

Se tumba bocabajo, se baja los pantalones y se sube la camiseta para dejar al aire los riñones. Jacob se acerca a ella sin hacer ruido, tratando de no despertar a Brett, que duerme. Turtle está tendida con la mejilla en el frío plástico negro del suelo. Jacob se arrodilla a su lado y enciende la linterna, que baña a ambos en su luz azul.

—Es la primera vez que hago esto —confiesa Jacob.

—Cógela por la cabeza —instruye ella.

—¿Y la retuerzo en el sentido de las agujas del reloj? —pregunta—. He oído que se clavan en la piel. Que su boca es un taladro.

—No. En cuanto empieces, echará el contenido del estómago. Si puedes, tira simplemente de ella —aconseja.

—Vale —contesta él. Le pone una mano en los riñones, dejando la garrapata entre el pulgar y el índice. Tiene la mano caliente y segura, a Turtle se le electriza la piel.

Ella sólo ve el plástico negro, sucio y lleno de pliegues, pero su atención está completamente fija en él, aunque no lo ve, inclinado sobre ella.

—Hazlo sin más, sin pensarlo —lo insta.

Jacob no dice nada, Turtle nota que las pinzas sujetan la garrapata, se le clavan en la carne, y después siente el tirón.

—¿Ha salido toda? —inquire.

—Toda —asegura Jacob.

—¿Entera, seguro?

—Enterita, Turtle.

—Bien —musita.

Se baja la camiseta y se pone bocarriba. Oye que Jacob aplasta la garrapata con las pinzas. La lluvia tamborilea sobre la tensa lona que los protege. Jacob apaga la luz y Turtle se queda escuchando a los chicos, que están en la oscuridad con ella.

# 7

Turtle se despierta sobresaltada, con el corazón acelerado, y permanece a la espera, aguzando el oído, con los ojos pitañosos por la deshidratación y la boca pastosa. Alguien ha tirado la vara central de una patada y la lona cuelga abombada y medio llena de agua, las hojas que han caído formando un círculo negro de restos en el fondo. Permanece a la espera, respirando, preguntándose qué la ha despertado, si Martin estará fuera, junto al tocón, con su escopeta automática. Despacio, sin hacer ruido, saca la Sig Sauer y se la pega a la mejilla, el acero tibio del calor que se ha acumulado en el saco de dormir. Escucha su propia respiración, pesada. Piensa: «cálmate», pero no puede calmarse, y empieza a respirar más deprisa, y piensa: «esto va mal, esto va muy mal».

Algo golpea el agua y Turtle pega un respingo. Ve que un objeto del tamaño de un puño atraviesa el agua hacia ella, toca la lona y se aleja. Permanece a la espera, con la pistola contra la cara, sosteniéndola con manos temblorosas. Es una piña, probablemente de pino obispo. Eso ha sido lo que la ha despertado: las piñas que caen al agua y golpean la lona. Respira hondo y se asusta cuando una segunda piña se estrella contra el agua y se hunde, perdiendo velocidad conforme avanza hacia ella. Toca la lona, sube y se aleja. En la superficie se dibujan ondas, y sus sombras bañan a los chicos, los sacos de dormir, las mochilas, el caótico refugio. Piensa: «me encanta todo de ellos por ser de ellos, y me gusta lo apiñados que estamos con tanto trasto, el jaleo y el desorden, todo húmedo y caliente», y piensa: «me encanta». Estira las piernas apoyando los pies contra el nailon mojado del saco de dormir de

Jacob. Se queda tumbada y los músculos relajándose, y, cuando puede enfunda el arma y permanece a la espera con las manos en la garganta, mirando el agua de la lona. Quiere sacar la pistola, pues no puede soportar estar ahí tumbada sin ella, pone la mano en la empuñadura y toca el martillo, pero piensa: «déjala, déjala», y quita la mano y se queda escuchando el agua y el bosque.

Piensa: «ha habido un momento en que estaba segura de que era él, y lo único que no sabía era hasta dónde llegaría y lo enfadado que estaría». Piensa: «siempre ha logrado sorprenderme». Cuando vuelve a estar tranquila, sale fuera, deslizándose como buenamente puede por una abertura entre la lona y el tocón. Se sienta en la corona, descalza, con los vaqueros empapados y pegados a los muslos, y bebe agua de la lona.

Se baja del tocón y se sienta en un tronco cubierto de setas translúcidas con forma de orejas deformes. Se saca el cuchillo y empieza a quitarse las espinas y las astillas de los encallecidos pies. A su alrededor crece jengibre silvestre entre las raíces de las secuoyas, las hojas de color verde oscuro y con forma de corazón; las flores púrpura, con el cuello abierto y los colmillos rojizos, sepultado en el follaje. Se apoya el puño en la frente. «Si les pasa algo —piensa—, ¿qué harás tú, Turtle? Se te está olvidando quién eres, piensas que puedes ser otra persona, y acabarás sufriendo y haciendo sufrir a Martin, y, Dios te ayude, harás sufrir a estos chicos, y eso es lo peor, pero en cierto modo no te importa mucho el riesgo que están corriendo por estar contigo. Al parecer, vale la pena correr ese riesgo, lo que demuestra que no piensas con claridad, porque ese riesgo no vale la pena, no para ellos, no si se lo preguntas a ellos, y no si pudieras explicarles hasta dónde podría llegar tu papi». Piensa: «sé que ha venido por mí, y la única cuestión es si podrá encontrarme, y apuesto a que sí, pero no lo sé». Piensa: «por lo visto no sé cuál es la respuesta a esa pregunta, porque a veces pienso en él, y me da que podría hacer cualquier cosa». «Podría hacerles daño a estos chicos», piensa. Lo sabe y piensa: «mejor no lo pienses».

Piensa: «ya hay suficiente luz. Podría regresar, y ni siquiera me costaría, sólo que... ¿a qué renunciaría si lo hiciera?». Piensa: «sabes exactamente a qué estarías renunciando, y la pregunta es: ¿qué riesgos estás dispuesta a

correr?». «Ya puestos —piensa—, estoy dispuesta a correr bastantes riesgos. Estoy dispuesta a poner en peligro a estos chicos, sólo por mí, y para ellos no significará nada, ni siquiera lo saben, y yo no se lo diré.» Piensa: «si se enteran, que se enteren, y correré el riesgo porque soy una zorra».

No pasa mucho tiempo antes de que Jacob salga del refugio y baje con dificultad por el costado del tocón. Se sienta junto a ella y le mira los pies, que son pequeños, con el arco de un alto que duele sólo con verlo. Parecen torneados, o trabajados, tendones articulados y huesos, sin ninguna suavidad. El contorno de la callosidad es como el lecho de un arroyo, su textura como de huella dactilar. Jacob los observa un rato. A Turtle le alegra verlo, y le alegra verlo sobre todo por los riesgos que está corriendo para que eso sea posible. Él no sabe en qué está metido, lo que hace que el momento en el tronco, junto a él, sea importante para ella.

—Vaya, qué agradable lo que estás haciendo, aunque pueda parecer extraño —comenta él, y señala con la cabeza la callosidad, donde ella está escarbando con la punta del cuchillo. Su voz es candorosa, pero está llena de humor, y Turtle sonrío a su pesar. No sabe si se está burlando de ella o de sí mismo, y entonces, inmediatamente después de sonreír, lo entiende.

Se pone rígida, encorvada sobre sus pies con el cuchillo en la mano, tensando la mandíbula, perfectamente consciente de su cara de zorra y su piel fea. Su blancura es fea y desigual, lo sabe, una blancura pecosa y semitransparente que hace que sus pechos, patéticamente pequeños y lechosos, sin broncear, casi sean azules. Se siente llena de imperfecciones, y quiere seguirle la corriente a Jacob, como si su repugnancia fuera una broma pesada que se hubiera gastado ella misma. Esboza una media sonrisa torcida, y mientras sonrío quiere partirse en mil pedazos, porque se ha dicho que no debe seguir la corriente a alguien cuando es cruel con ella, pero este chico la ha desarmado de tal forma que no es capaz de mantenerse firme.

Tiene una manera de mirarla que la hace sentir como si fuera lo más importante del mundo. Se queda como está, inclinada, pensando: «*coñito, coñito, coñito*», esa desagradable ranura alojada entre sus piernas, incompleta por descuido o voluntad, que da paso a su propia singularidad, su rendija y su seña; y ahora lo entiende: *el coñito es analfabeto*... Esa palabra la desnuda de

todo cuanto ha anudado y atado en sí misma; siente que se desmorona. Cada parte amarga, sucia de ella se desmorona y se vuelve idéntica a esa raja horrible.

—¿Y ahora por dónde, Mowgli? —inquire Jacob.

—¿Quieres que te ayude? —Sigue mirándolo, con ganas de dejarlo pasar, pero sin ganas de renunciar a su dignidad. Está pidiendo algo, y él se lo da todo con su expresión, que es abierta y generosa y arrepentida.

—Sí. Mucho.

—Todavía no te ha salido ningún sarpullido por el roble venenoso — observa.

—Se pondrá feo —afirma él.

—Sí —conviene ella—, te ayudaré.

—La verdad es que no es asunto mío... —empieza él.

—¿Sí?

—Pero no he podido evitar darme cuenta, justo ahora, de que tienes una pistola.

—Sí.

—¿Por qué? —pregunta él.

Ella se inclina y escupe en la hojarasca.

—Porque puedo.

—Bueno, eso es cierto —admite Jacob—, pero... ¿crees que podrías verte en la necesidad de dispararle a alguien?

—Es por precaución —puntualiza Turtle.

—¿En serio? —plantea él—. Si tienes un arma, es nueve veces más probable que te dispare alguien de la familia que un intruso.

Ella chasquea un dedo, como si nada.

—Lo siento —se disculpa él, ablandándose—. No te estoy desafiando, ni criticando, en absoluto, sólo quiero oír tu punto de vista. Eso es todo. La verdad es que no creo que te vaya a pegar un tiro un miembro de tu familia.

Antes de que pueda contestar, Brett refunfuña y se mueve, y acto seguido saca la cabeza por debajo de la lona.

Levantán el campamento. Jacob desata los vientos y pasa un mechero por los extremos deshilachados, haciendo girar el nailon entre el pulgar y el



índice para formar un pegote negro. Sacuden las lonas y ella y Brett las doblan hasta tener sendos rectángulos largos, que Jacob enrolla sobre los muslos. Turtle ata los bultos con cotes simples y los afianza a la mochila. Luego trepa por el tocón y les va lanzando las cosas, que ellos van metiendo en las mochilas.

Siguen la ribera norte del río, comiendo *focaccia* y trozos de queso, siguiendo amplias avenidas entre los árboles, la escorrentía haciendo que las agujas marrón rojizo formen ondas.

No tardan en llegar a una carretera asfaltada serpenteante, las grietas del pavimento selladas con alquitrán. Turtle piensa: «qué coño, sólo estoy retrasando el momento, pero el momento llegará, y entonces ya veremos, y él será justo conmigo, o será injusto, y si es justo, la cosa será difícil». Llegan ante un gran nudo de secuoya tallado en el que pone: «BALNEARIO RIVENDELL». No han visto ningún coche ni a nadie. El mundo es sólo suyo.

—Creo que mi madre da masajes terapéuticos en este sitio —comenta Brett.

—¿Quieres decir que estará ahí ahora? —pregunta Jacob.

—Es probable. Viene casi todos los días. Si la han llamado...

—¿Nos podría llevar en coche?

—Claro.

Siguen el desvío hasta llegar a un aparcamiento con lluvias de chispas de varitas mágicas en grandes calderos de barro azules y dorados y un portón de secuoya. Ven una docena de coches destartados. Brett abre un Ford Explorer con una llave escondida en la tapa del depósito y meten en él las mochilas. Del espejo retrovisor cuelga un atrapasueños, la consola central está llena de aceites, protectores solares, cremas de manos, bálsamos labiales de cera de abeja. En el salpicadero hay montones de facturas sin abrir. Jacob se quita la camiseta embarrada, la hace una bola y la tira al suelo en el asiento del copiloto. Luego se pone una Humboldt limpia.

—Bueno, yo os dejo —dice Turtle, y mira hacia el bosque. Sabe que ha llegado el momento de marcharse.

—Pero no te puedes ir —replica Brett.

—¿Por qué?

—¿Y si abrimos ese portón y todos son zombis? —sugiere Jacob.

—¿Cómo?

—Si nos vemos obligados a deambular por los desolados parajes postapocalípticos del norte de California, queremos que tú seas la reservada reina pistolera de nuestra hermandad.

—Creo que le haría falta una motosierra para el cuerpo a cuerpo —apunta Brett.

—Para los zombis —dice Turtle— me gustaría tener un .308, pero si de verdaduviéramos que ir a pata, podría conformarme con un 5,56.

—Pero, en serio, ¿no ves bien lo de la motosierra? —quiere saber Brett.

—Se le saldría la cadena —objeta Turtle.

—Una espada samurái.

—Si hablamos de zombis —razona Turtle—, yo escogería un hacha india, está claro. Y llevaría todo el peso que pudiera en munición de pistola para más 5,56.

—Una escopeta —propone Jacob.

—No podrías cargar con suficiente munición. Por cada cartucho de escopeta podrías llevar tres o cuatro cartuchos de rifle. Además, se tarda mucho en recargar las escopetas.

—¿No podrías conseguir una escopeta automática con cargador, como los de los rifles? —pregunta Jacob.

—Claro —asegura Turtle—, pero los cartuchos de rifle tienen una camisa de metal y funcionan bien en cargadores. Los de escopeta se deforman con la presión y se atascan si se meten en cargadores. Además, las escopetas automáticas son bastante delicadas. Cuando tienes que disparar mucho, cargar con el arma mucho tiempo y buscar munición, el 5,56 es el mejor.

—¿Lo ves? No sobreviviríamos sin ti. Ven con nosotros —invita Jacob—. Por favor.

—¿Por favor?

Ella sonrío.

—Claro que sobreviviríais.

—No, sin ti no.

—Sí que viene —dice Brett—, mírala.

—Vale, voy.

En la puerta, tocan el timbre y esperan, discutiendo cómo armarse para el inminente apocalipsis. Turtle va descalza, con los pantalones remangados hasta las rodillas y llenos de barro seco. Abre la puerta un hombre con el torso desnudo y pantalones de cáñamo, en el pecho el tatuaje de un Buda sobre unas olas rompientes, el pelo largo hasta la cintura, con rastas del grosor de un puro.

—Hola, hermano —saluda a Brett—. Se ve que el mal tiempo os pilló por sorpresa.

—Hola, Bodhi... Pues sí, nos sorprendió el mal tiempo.

—¿Quieres ver a tu madre?

—Queremos que nos lleve a casa.

—Y éstos, ¿quiénes son?

—Mi amigo Jacob, y ella es Turtle, la futura reina pistolera y aserradora de la América postapocalíptica.

—¿En serio? —responde Bodhi con cierto interés—. Bueno, Jacob, Turtle. Pasad.

Los lleva por una pradera, entre grandes pirámides de cristal, hasta un bosque de secuoyas con cabañas recubiertas de musgo y bañeras de secuoya con forma de tina llenas de agua humeante. En el aire flota un aroma mineral, procedente de un manantial de aguas termales cercano. Pasan junto a un grupo de mujeres desnudas. Jacob se siente sumamente violento, mira a los tejados de tejas, a los árboles, a cualquier otro lado. Pasan junto a otra tina en la que hay tres viejos desnudos, fumando una pipa de agua de marihuana.

Siguen a Bodhi hasta una cabaña de cuyos aleros cuelga barba de capuchino, el musgo creciendo entre las tejas, y entran a un espacio caliente, con una estufa de leña en un rincón. Una mujer desnuda está sentada a lo indio en un pedestal de madera, comiendo tomates cherry de un cuenco de madera lacada. Sorprendido, Jacob abre los ojos de par en par. La mujer tiene la piel aceitunada, el pelo negro y liso recogido con cordones de cáñamo, la cara bonita y de expresión franca, los pezones grandes, las areolas de un marrón suave y con piel de gallina, el vientre entre blando y firme, la piel de aspecto saludable pero fatigada. Del coño le cuelgan dos trocitos de carne. El

de Turtle es tan pequeño y cerrado como una anémona atrincherada para aguantar la marea.

—Chicos, ésta es mi madre, Caroline. Mamá, ¿te importaría...? —le pide Brett.

—¿Julia Alveston? —pregunta la mujer.

Brett y Jacob miran a Turtle, sorprendidos.

—¿Qué? —exclama Turtle.

—Mamá..., ¿te importaría... te importaría ponerte los pantalones?

—Mi niña. No te veía desde que eras así —observa Caroline, y levanta una mano a un metro del suelo—. Tu madre, Helena, era mi mejor amiga, y menuda era..., si lo sabré yo..., era una..., en fin.

Turtle siente una repugnancia inmediata. Piensa: «no hables de mi madre, puta, que yo a ti no te conozco de nada».

Después la madre de Brett se dirige a los chicos.

—Decidme, ¿qué ha pasado? —pregunta.

—Mamá, si no te importa...

—Claro —contesta ella, se levanta y se pone unos pantalones de cordón de cáñamo mientras los chicos le cuentan lo sucedido.

—Y Turtle como que apareció sin más —aclara Jacob.

—Estaba en la oscuridad, sin linterna, sin mochila, sin zapatos, nada, y tan pancha, como si pudiera ver en la oscuridad.

—Bajo el aguacero, como boca de lobo.

—Deberías verle los pies. Los tiene llenos de callos... Es una locura.

—Va a todos lados descalza.

—No siente frío.

—Ni dolor.

—Sólo justicia.

—Creemos que podría ser una ninja.

—Ella lo niega.

—Pero, claro, tendría que negarlo.

—Si dijera que sí, que sí es una ninja, sabríamos que no lo es.

—No diría que la teoría de la ninja es definitiva, pero es una posibilidad muy real.

—Pero bueno, nos ha sacado del valle de la sombra.

—Puede ver en la oscuridad.

—Puede caminar sobre el agua.

—Tiene su propio ritmo. Se para a observar y se queda ahí observando, y tú en plan: «¿qué estás mirando?», pero ella sigue observando, y tú: «mmm, ¿no estás ya aburrida?». Pero eso es porque es una maestra zen.

—Es muy paciente.

—Su ritmo de conversación no es lo que llamarías normal.

—Eh, que estoy aquí —tercia Turtle.

—Es pensativa, pero hay algo más, y más raro que eso.

—Es menos pensativa que observadora.

—Sí..., ¡eso! Observadora. Le preguntas algo y ella como que sólo te observa, y tú te pones en plan: «¿Mmm?», y si esperas lo suficiente te da la respuesta.

—Sabe hacer nudos, sabe orientarse en el bosque.

—Los animales hablan con ella y le cuentan sus secretos.

Cuando terminan, Caroline responde:

—Muy bien, chicos. Tenéis mucha imaginación. —Luego se dirige a Turtle—. ¿Qué tal está tu padre?

—Bien —replica ella.

—¿Trabaja mucho?

—No demasiado —confiesa Turtle.

—¿Está saliendo con alguien? —pregunta Caroline—. Apuesto a que sí.

—No —contesta Turtle.

—¿No? —se extraña Caroline—. Siempre ha sido de los que necesitan a una mujer en su vida. —Sonríe—. Era encantador de verdad, tu padre.

—No, no hay ninguna mujer en su vida —espetea Turtle, en un tono un tanto amenazador.

—Bueno, lamento oír eso; se debe de sentir solo en esa colina.

—No sé —dice Turtle—. Están el abuelo, el huerto y el arroyo; y también tiene a sus amigos del póquer.

—Bueno —aduce Caroline—, la gente cambia. Pero tu padre era uno de los hombres más atractivos que he conocido en mi vida. Apuesto a que

todavía lo es.

—Mamá —suelta Brett, exasperado—, eso es de mal gusto.

—Era un bombón —sigue Caroline—, e inteligente. Siempre creí que llegaría lejos.

—Pues no ha llegado a ningún sitio —espetea Turtle.

—Te ha criado a ti, y mira la chica fuerte en que te has convertido —objeta Caroline—. Aunque te tengo que decir que te veo algo asilvestrada.

Turtle no contesta a eso.

—Así que, Julia, ¿os encontrasteis a unos kilómetros de aquí? —pregunta Caroline.

Turtle asiente.

—Pues yo diría que más bien fue en el quinto pino.

—Salí a caminar —aclara Turtle.

—¿Desde dónde?

—¿Cómo? —Turtle hace pantalla con la mano en la oreja y se inclina hacia delante.

—¿Desde dónde saliste?

—Desde mi casa.

—¿Has venido andando hasta aquí desde Buckhorn? —pregunta Caroline.

—Sí, claro —responde Turtle—, subí por el arroyo Slaughterhouse, atravesé el aeropuerto y seguí por encima del Albion, como por detrás.

—Bueno, cariño, desde luego tienes toda la pinta de haberte dado esa paliza, no cabe duda. Habrán sido kilómetros y kilómetros. ¿Sin agua? ¿Sin comida?

Turtle mastica, abriendo y cerrando la mandíbula. Mira al suelo.

—Cariño, sólo estoy preocupada. ¿Qué hacías ahí fuera en plena noche? ¿A qué distancia crees que estamos de tu casa? —plantea Caroline.

—No lo sé —responde Turtle.

—Brett —dice Caroline—, ¿por qué no le enseñas a Jacob las pirámides de cristal?

Los chicos se miran, Brett mueve la cabeza para invitar a su amigo a que vaya con él y ambos salen de la cabaña. Turtle está en medio de la habitación,

estrujándose las manos y mirando la base del pedestal que ocupa Caroline.

—¿Sabías que estuve a punto de ser tu madrina? —cuenta Caroline.

Turtle chasquea un dedo, mira a Caroline, y casi es capaz de recordarla de un pasado borroso. Presiente que tiene que andar con pies de plomo y proteger su pequeña vida en el monte Buckhorn.

—Tu madre y yo solíamos poner el pueblo patas arriba, y que sepas que nos pateamos a base de bien ese bosque cuando éramos algo mayores que tú y lo único que hacíamos era besarnos con chicos y meternos ácido. Después de clase íbamos al cabo, y había un ciprés en los acantilados, entre las playas Big River y Portuguese. Nos sentábamos con los pies colgando en el acantilado y mirábamos las caletas escondidas y las islas y hablábamos sin parar, sin parar.

Turtle está callada. Piensa: «menuda zorra. Menuda zorra».

—¿Tienes buenas amigas en el colegio?

—No.

—¿Ninguna?

—No.

—¿Y te parece bien?

—Sí.

—Pero habrá alguna mujer en tu vida, espero...

Turtle no dice nada.

—¿Y Martin? Apuesto a que es una maravilla, que te ayuda.

—Sí que lo es.

—Podría explicar cualquier cosa, si quisiera.

—Sí.

—Se le dan bien las palabras, ¿verdad?

—Sí.

—Es la persona con más imaginación que conozco. ¡Diosa santa, cómo leía! ¡Y hablaba! ¿Verdad?

—Sí. —Turtle sonrío.

—Es un buen tipo —afirma Caroline—, pero cuando se enfada pega duro, ¿no?

Turtle se pasa la lengua por los dientes y contesta:

—¿Cómo?

Piensa: «eres una zorra, un putón. Es la clase de truco que la gente emplea con los niños: tratan de que contestes un montón de preguntas y luego te preguntan algo de tu familia». No es la primera vez que lo ve. Al final las mujeres siempre son unas cabronas. Empiecen como empiecen. Siempre tienen algún interés.

Caroline sigue sentada a lo indio en su taburete, observando a Turtle con una atención serena, y Turtle piensa: «eres una zorra. Un putón. Sabía lo que pasaría y ha pasado».

—Bueno —contesta Caroline, que al darse cuenta del error que acaba de cometer recula—, tenía mucho genio.

Turtle continúa plantada donde está.

—Recuerdo que, cuando éramos pequeños..., pues..., en fin, diosa santa, que tenía su genio. Eso es todo lo que digo, que a veces tenía mucho genio. Pero dime, ¿cómo es ahora? —quiere saber Caroline.

—Me tengo que ir. —Turtle se da la vuelta.

—Espera —pide Caroline.

Turtle logra que su cara no deje traslucir emoción alguna, pero su postura la traiciona un tanto, y piensa: «mírame». Piensa: «mírame. Sabes que me tomo esto en serio. Mírame. Si intentas quitármelo alguna vez, verás lo que es bueno».

—¿He dicho algo que no debía?

—No sé de qué me hablas.

—Julia, cariño, sólo me preguntaba cómo os van las cosas en casa. No sabes cuánto he pensado en ti a lo largo de estos años. Cuántas veces creí verte en Corners of the Mouth, o esperando delante de la oficina de correos o paseando por el parque Heider. Y nunca estaba segura, porque, claro, no te conocía. Y ahora que estás aquí... Pues claro que eres tú. Eres clavada a tu madre.

—Mi papi nunca lo haría —sentencia Turtle.

—Ya lo sé, cariño, sólo siento curiosidad —asegura Caroline—. Estaba tan unida a tu madre que tengo derecho a preocuparme un poco, ¿sabes? Tú y yo nos conoceríamos si ella siguiera viva, y Brett y tú habríais crecido como



si fueseis hermanos, pero, en vez de eso, no te conozco nada. No puedo evitar pensar que es un giro extraño del destino, ¿sabes?, que ella nos dejara y tú hayas crecido sin conocerme siquiera. Y diosa santa, mi niña, ¡necesitas a alguna mujer en tu vida!

Turtle mira a Caroline, pensando: «nunca he conocido a una mujer que me cayera bien, y cuando crezca, no seré como tú, ni como Anna; seré directa, dura y peligrosa, no una cabrona sutil, sonriente y tramposa como tú».

—Bueno —añade Caroline—, cariño. Deja que te lleve a casa. Me gustaría charlar con Marty. Hace mil años que no lo veo.

—No sé —duda Turtle.

—Vamos, cielo, no puedo permitir que hagas todos esos kilómetros otra vez. No puedo. Si lo prefieres, llamo a tu padre y le digo que venga a recogerte, pero le pilla a desmano, a una hora de distancia, y preferiría llevarte yo a casa.

Turtle piensa: «estaré metida en el coche con esta mujer, con las cosas que piensa de Martin». Pero quiere ver cómo habla Caroline con él. Quiere estar delante, una parte de ella quiere saber qué piensa Caroline, y otra, no.

# 8

Casi ha anochecido cuando llegan al desvío que lleva a casa de Turtle. Caroline sube con fuerza por la ondulada grava, poco más de quinientos metros, el Explorer dando sacudidas por las roderas. No para de decir:

—Mira esto, Julia, diosa santa, si supieras cómo estaba este sitio.

Los chicos tienen las manos y las caras pegadas al cristal y miran las praderas fascinados. El camino de acceso bordea el monte por la cara norte, y a la izquierda los pinos contorta descuellan sobre el arroyo Slaughterhouse, que discurre hacia el oeste más abajo. Arriba, en la cima de la colina, lo único que ven es la casa, con todas las ventanas a oscuras. A su derecha, los prados se extienden hasta toparse con el huerto, detrás del cual, y sin que lo puedan ver, están el campo de frambuesas y la caravana del abuelo. Un riachuelo se abre camino entre la hierba, sólo visible como una costura de zarzas y avellanas. Turtle piensa: «ya veremos cómo va esto, pero no será duro conmigo hasta que se vayan».

Caroline reduce la velocidad, mira los plumeros que crecen junto al camino y comenta:

—Daniel estaba más orgulloso de este prado que de cualquier otra cosa, creo. No sé cuántas horas se pudo pasar ocupándose de él, y eso que antes sólo había fleo, ¿sabes?, hasta donde alcanzaba la vista, fleo y nada más. Pero lo tiene muy descuidado, ¿no?

Unos ciervos que descansan en la grava recalentada se ponen en pie de un salto y corren hacia la hierba. Caroline mira a Turtle y observa:

—Estás creciendo en una selva, ¿no?

—¡Mirad! —exclama Brett—. ¡Mirad!

Ven una terraza plana en la ladera, no muy lejos del huerto, cubierta de tupida avena silvestre, en la que se alzan siete puertas en círculo, sin paredes ni marcos. Hay cuervos posados en los dinteles, que ladean la cabeza para ver cómo sube el Explorer por el camino.

Caroline mira a Turtle y luego a la casa, donde las rosas blancas han subido entre las ventanas y han llegado a la segunda planta, trenzadas con roble venenoso, que lanza al aire brotes verdes y rojos largos, rizados.

—Mirad eso —señala Caroline—. Mirad eso. Mirad cuántas rosas. La última vez que vine, no sé, hará más de diez años, todo esto era distinto, Julia. Esas rosas estaban podadas y afianzadas a celosías, y la casa recién pintada, y en ese campo no había ni una mala hierba, y este camino era de una grava nueva preciosa. No me puedo creer cuánto ha cambiado. Estas rosas, nadie sabe ni de qué variedad son. Una vez vino un experto en rosas, o algo por el estilo, para examinarlas y llevarse esquejes. Tu tatarabuela era una entusiasta de las rosas y tenía todo tipo de variedades, incluidas algunas que sólo se encontraban aquí, en Mendocino, y que se cree que ya no existen, aunque puede que se conserven aquí. Y había jardineras en el porche, jardineras enormes esmaltadas, llenas de lechugas, coles rizadas, cebollas y ajos, calabazas y alcachofas, y había... —señala el porche del dormitorio principal— había colmenas.

—Ah —observa Turtle—, el abuelo todavía tiene las colmenas. Están en el huerto.

—Y el huerto no estaba tan descuidado. ¿Todavía dan fruta esos árboles?

—La verdad es que no —contesta Turtle. Mira el huerto, los árboles con brotes sin podar una primavera tras otra, gigantes de mimbre en un mar de zarzas.

—En ese huerto había césped, me refiero a césped de verdad, que tu abuelo cortaba. Y míralo ahora. Mira. Esos árboles tienen una pinta espantosa. Me refiero a que dan pena. Ay, cariño.

Turtle se lleva los dedos a la boca. No le gusta lo que dice Caroline, como si fuera culpa de su papi que los árboles hayan dejado de dar fruta, como si fuera culpa suya que el campo esté lleno de hierbajos, y lo que no dice es que

el abuelo se gastó todo el dinero, y que su madre murió, y que Martin está criando a Turtle él solo, cogiendo los trabajos que puede, y no está en la misma situación en la que quizá estuviese el abuelo cuando la abuela vivía y estaba jubilado y tenía dinero.

Martin está sentado en una silla Adirondack con una cerveza Red Seal Ale en la mano, observándolos. Tiene su Colt 1911 del calibre 45 en el brazo del asiento, y, apoyada en el respaldo, una escopeta Saiga. La luz de la tarde atraviesa la colina desde el resplandeciente océano azul.

—Quedaos en el coche, chicos —pide Caroline a Jacob y Brett, que miran por los cristales tintados al hombretón que está en el porche.

Éste se levanta despacio, se mete la Colt en la cintura de los vaqueros y baja con cuidado los escalones. Caroline baja la ventanilla, y cuando llega al SUV, Martin se inclina, los hombros rebasando el cristal con creces. Apoya los codos en la puerta, haciendo que el vehículo se incline hacia un lado. Turtle lo mira con nerviosismo, el vello de brazos y piernas, del cuero cabelludo y la nuca se le eriza. Acto seguido un escalofrío le recorre el cuerpo. Él mira el interior, mira directamente a Caroline, que se queda callada un instante. Da la impresión de que está rumiando lo que está viendo antes de esbozar una sonrisa torcida.

—Hombre, Caroline —saluda—. Me alegro mucho de verte.

—Martin, he encontrado a tu hija.

—Ojalá hubieras encontrado a su madre... —espeta él. Al oír eso, Caroline abre y cierra la boca sin saber qué decir, pero Martin continúa; casi con amabilidad, casi como para tranquilizarla, señala con la cabeza a Julia y dice—: Esta niña. —Comparte una mirada pícara con Caroline, una mirada tan cómplice y rebotante de buen humor que ella sonrío a su pesar.

—Marty —menciona ella, tratando de parecer seria—, Julia estaba en Little River, casi en Comptche.

—Bueno —replica Martin—, para ella eso es sólo un salto, un brinco, un bote. Entre tú y yo, a esta niña no hay quien la frene, Caroline. La he visto recorrer casi cincuenta kilómetros a campo traviesa en un solo día. Es un cruce entre Helena MacFarlane y una gata salvaje, no hay quien la canse. Entre tú y yo, Caroline, casi es un personaje mitológico. Podrías maniatarla,

llevarla al corazón del bosque y dejarla tirada ahí, y al regresar descubrirías que ha hecho migas con los lobos y fundado un reino. Cuando no era más que una mocosa, iba andando hasta Little River Market. Te estoy hablando de una niña en pañales, descalza, y las cajeras le daban una barra de mantequilla para que se la comiera y me llamaban. Una vez, cuando era un poco más mayor, llegó hasta el río Ten Mile antes de que la encontrara. Pero si eres demasiado duro con ella por eso, sólo conseguirás alejarla, ¿no, mi niña? —Al oír que la llama así, Turtle sonrío y mira hacia otro lado de prisa. Martin está disfrutando con la parrafada. Continúa—. Dios, Caroline —dice, pasándose los dedos por el pelo—, estás igual que hace diez años, ¿lo sabías?

—Anda, para —responde Caroline, sonriendo a su pesar.

—Exactamente igual —insiste Martin.

—Con algunas canas más —puntualiza ella.

—Pero te sientan bien —la halaga Martin, centrando su atención en su melena de pelo liso y entrecano—. Es lo único que hace que no parezcas una veinteañera. Es este aire marino y esa tez aceitunada tuya.

—¿Cómo va todo?

—¿Estás segura de que no hay una fotografía tuya en algún lado —indaga Martin— que envejece y se vuelve más malvada con cada día que pasa?

—No hay tal cosa —se ríe Caroline.

—Será la buena vida, entonces. En cuanto a mí —prosigue Martin mientras desvía la mirada del coche y contempla el sol, que se pone sobre el océano—, nunca he estado mejor.

—Bueno —contesta Caroline.

—Bueno —repite Martin, captando algo que quiere dar a entender ella—, tengo a mi hija. Y, en fin, eso es más que suficiente para cualquiera. Como puedes ver, con ella no paro. Si no puedes ser feliz con una niña como ella, Dios santo, no creo que valga la pena vivir. Ella lo es todo para mí, Caroline. Mírala. Y además es un bellezón, ¿no?

—Sí que lo es —conviene Caroline, y parece que alberga sus dudas en cuanto a la belleza de Turtle.

—No se puede ser demasiado duro con esta niña, ¿sabes?, es como erais vosotras, sólo que, hasta ahora, sin chicos ni setas mágicas.

—Eso mismo le he dicho yo —confiesa ella, riéndose—. ¡Eso fue exactamente lo que le he dicho!

—Porque es verdad, mírala, espero que no hayas sido muy dura con ella —insiste Martin, y los dos adultos dirigen una mirada afectuosa a Turtle—. Pero me vendría bien algún consejo —reconoce.

—Te lo daré —asegura Caroline.

Martin contempla el océano y, amusgando los ojos como si describiera algo en la distancia, cuenta:

—A ratoncito —y se para un buen rato para elaborar su descripción— se le hace cuesta arriba el colegio. No todo, pero sí la clase de lengua. Las listas de vocabulario.

En el asiento trasero reina el silencio, un chirriar de muelles cuando Jacob se inclina hacia delante para enterarse de esa parte de la conversación. Turtle se muerde los dedos, no le hace gracia que saque ese tema delante de sus amigos.

—Bueno —replica Caroline, lanzando una mirada cómplice a Turtle—, esas listas se nos atragantan a todos.

Martin asiente, despacio y con gravedad.

—No se puede hacer nada, me he dado cuenta, más que ayudarlos a salir del paso, aunque diosa sabe que no es fácil. Martin, éste es mi hijo, Brett.

Brett se echa hacia delante y se dan la mano, Martin metiendo el brazo por la ventana y sonriendo a Brett con la mandíbula adelantada y la camisa de franela abierta.

—Vaya —aprueba Martin—, menudo muchachote guapo. —Mira a Caroline, que parece escudriñar su cara en busca de algo que no encuentra. Le da la espalda a Turtle, de manera que ella no sabe en qué está pensando, pero sí sabe que Caroline debe de estar haciendo teatro, que debe de estar preocupada e intenta averiguar algo. Turtle mira a Martin y se pregunta si él lo sabe, y al mirarlo cree que sí.

—Debería venir más a menudo, Martin. Me gustaría formar parte de la vida de la niña —propone Caroline.

—Claro —responde Martin.

—Sigo teniendo el mismo número de teléfono —invita Caroline.

—¿En serio? —se sorprende Martin—. ¿El mismo? Bueno, pues entonces lo tengo.

—Hasta sigo en la misma casa.

—¿En Flynn Creek Road? Me acuerdo muy bien de esa casa. ¿Sigue infestada de arañas ermitañas?

—Hay que sacudir la leña contra un poste antes de meterla en casa.

—Vaya —comenta, asombrado, Martin—. Bueno, pues tengo tu número, ya te llamaré.

—Me gustaría que lo hicieras —señala Caroline.

—Vamos, ratoncito —dice Martin, y Turtle abre la puerta y, tras enganchar algo que hay en el suelo con el dedo del pie y tirarlo a la hierba sin que nadie se dé cuenta, se baja. Mira a los chicos, cierra la puerta y se aparta del coche. Caroline dice adiós con la mano a Martin, da la vuelta al coche y enfila el camino de entrada, dejando a Turtle y Martin juntos, mirando cómo se alejan.

Martin, callado, vuelve a la silla Adirondack y se sienta. Coge el puro que ha dejado en el brazo del asiento, abre el Zippo y lo enciende. Da una calada y entorna los ojos por el humo. Da unas chupadas al puro y se lo pone entre dos dedos. Turtle sube los escalones del porche y se sienta en sus rodillas. Él la acomoda en la silla y la rodea con un brazo grande, que huele a tabaco, y le acaricia el pelo en el cuello; permanecen en silencio un buen rato. Martin hunde la cara en su nuca y aspira su olor. Con la mano en el hombro de Turtle, señala el monte, las praderas.

—Cuando no eras más que una mocosa —cuenta—, no creo que pesaras mucho más de veinte kilos, tu madre te dejó salir a jugar fuera. Estabas en la pradera, lejos, junto al huerto, y ese año la hierba estaba alta, tan alta como tú. Yo salí al porche a fumar, y cuando miré, casi no te podía ver. Estabas ahí abajo, con el monstruito ese de juguete que tenías, un Godzilla. Lo estabas haciendo caminar por la hierba y yo casi no te veía. Y a menos de diez metros de ti, medio escondido en el herbazal, estaba el puma más grande que he visto en mi vida. Agazapado, observándote. El hijo de puta más grande que he visto en mi vida, ratoncito.

La rodea con el brazo, y lo hace con suma delicadeza, pero Turtle siente

su fuerza. Coge aire con fuerza por la boca, apretando los dientes, sacudiendo la cabeza, como hace cuando algo le duele.

—Así que entré en casa por el arma, pero cuando salí al porche ya no veía al puto puma.

Ella lo huele, acurrucada entre sus brazos, contemplando los prados y pensando en lo que le está contando. Allí donde la pradera aún está sana, el fleo es de la misma altura, verde y mecido por el viento. La avena silvestre tiene las panículas arqueadas, las espiguillas moviéndose. Turtle sabe que muy pronto la pradera estará llena de malas hierbas. Mira la madera del suelo y ve las huellas de las botas de Martin, barro anaranjado y gris. Se queda mirándolas, y después centra su atención en el barro color ceniza que se ve en la suela de las botas. En su propiedad no hay ese barro, no que ella sepa.

Él la vuelve en el regazo para poder mirarla y continúa hablando:

—Joder, ratoncito. Salí al porche, y cuando me puse a mirar con el arma, no veía al animal. Era verano, y toda la hierba era del amarillo ese del que se pone, y el puma casi era del mismo color. Sabía que estaba allí, en alguna parte, pero era incapaz de verlo entre la hierba alta. Me quedé ahí parado, ratoncito, y sabía que el puto puma estaba ahí afuera, y si te llamaba quizá lo provocase e hiciera que fuese por ti. A ti sí te veía. Gateabas por la hierba, y yo me quedé pasmado y no... no sabía qué hacer.

Turtle le echa los brazos al cuello y apoya la oreja en la pechera de su camisa de franela. Nota la barba incipiente de su mentón, huele el humo de los Swisher Sweets, la malta de la cerveza. Hay barro en el borde del escalón en el que él se ha limpiado la suela de las botas, barro y hojitas quebradizas de arándanos.

—No estoy seguro de que entiendas lo que estoy tratando de decirte, darling —reflexiona Martin—. Porque creí que podía perderte. Y no sabía qué hacer. Pensé... pensé... ¿Sabes qué pensé? Pensé que no podía perderte nunca, que no podía dejarte marchar nunca. Eres mía. Pero puede que yo no esté siempre. Puede que no siempre sea lo bastante rápido o lo bastante listo. Y el mundo es un lugar feo. Es un puto lugar feo de verdad.

—¿Qué pasó al final?

—Te pusiste de pie —relata él—. Te pusiste de pie sin más y te quedaste



mirando la hierba, con ese puto juguete en la mano, y supe que estabas mirando al puma. Dios santo, debías de estar mirándolo a los ojos. Yo estaba en el borde del porche, pero era incapaz de distinguirlo entre la hierba. Era como si se hubiera vuelto invisible.

Coge aire por la boca, con los dientes apretados. En los bruñidos antebrazos se le dibujan venas abultadas, que le culebream por el dorso de las manos. Sus nudillos son nudos de cuero; los dedos, un entramado de cicatrices. Ella le mira las rodilleras de los Levi's manchadas de grasa y óxido, alarga un brazo y rasca un pegote de epoxi. En los bajos de los Levi's hay barro y hojas, y en un pliegue de la tela vaquera, una minúscula flor de manzanita urceolada, con su boquita de piñón rosa y su pedicelo tubular.

—Esos cabrones pueden pegarse al suelo y permanecer a la espera — explica—. Ese hijo de puta. Me puse de rodillas en el borde del porche, te localicé con la mira telescópica y te centré en la retícula. En un principio pensé que podría darle justo antes de que se abalanzara sobre ti, pero después pensé que prefería matarte yo a que te cogiera el puma. A que te arrastrara por la hierba y te destripara. Eso es lo que hacen. Te sujetan con la boca y las patas delanteras y te golpean con las traseras para destriparte. Y no estaba dispuesto a permitir que ocurriera eso, de ninguna manera. Si situaba esa retícula en tu sien, adiós muy buenas: puf, y una rociada de sangre. Mejor eso a que el puma te abriera en canal.

—¿Viste al puma, papi?

—No. Diste media vuelta, echaste a andar colina arriba y subiste al porche y supe que ese hijo de puta estaba ahí fuera, listo para separarte de mí. Llegaste y te me agarraste a la pernera del pantalón, y yo me quedé parado hasta que entraste en casa. Se hizo de noche, saliste y dijiste que tenías hambre.

—¿De verdad me habrías disparado?

—Eres mi niñita, darling. Lo eres todo para tu padre, y nunca, nunca te dejaré marchar. Pero no lo sé. Supongo que es difícil saber lo que está bien.

—Tú y yo —contesta Turtle— contra el mundo.

—Eso es —coincide él.

—Perdóname por haberme ido, papi.

—¿Adónde fuiste?

—Al este —afirma—. Al este, por encima del Albion. Hay secuoyas, papi.

Él asiente y mira hacia el este.

—Por esa zona hay gente que planta marihuana, y no creo que ninguno de ellos le vaya a hacer daño a una niña, no lo creo, pero tienen perros que sí. Y, ratoncito, son personas, y como pasa con las personas, no todas son buenas. Así que ten cuidado. Creo que es mejor que no te vuelvas a marchar así. Pero lo dejaremos pasar por esta vez.

—Papi —cuenta ella—, en una elevación, muy por encima del Albion, había una tarántula.

Él la abraza un rato y contesta:

—No, allí no hay tarántulas.

—Sí, papi, yo vi una. Grande como mi mano.

—Es imposible que vieras esa araña.

—Pero, papi...

—Darling —zanja él.

—Sí, papi.

Se quedan sentados en la Adirondack, Turtle en el regazo de su papi, él abrazándola, observando las nubes, que vienen hacia ellos en hileras. El sol poniente baña un océano aguamarina y púrpura. Los farallones son una silueta casi negra. En los salientes encalados, los cormoranes esperan con las alas extendidas hacia el astro. Turtle no abarca los bíceps de Martin con las manos, del pulgar al meñique. Las venas que los surcan son más anchas que las huellas dactilares de ella.

Se baja de un salto, y él se levanta, la mira y se le demuda el rostro. Apoya una rodilla en el suelo y la abraza.

—Dios —exclama—. Dios. Por todos los santos. Ten cuidado. Dios, ratoncito. Dios. —La estruja, y ella se queda quieta, sus brazos rodeándole la cintura—. Qué alta estás —observa—, qué fuerte. Darling, darling.

—Sí —replica ella.

—¿Sólo mía?

—Sólo tuya —asegura ella, y él arrima con fuerza la mejilla a su cadera,

se pega a ella con un gesto de urgencia, la mira, le rodea los riñones con los brazos.

—¿Me lo prometes? —pregunta él.

—Te lo prometo —contesta Turtle.

—¿De nadie más?

—De nadie más —afirma ella.

Él aspira hondo su olor, cierra los ojos. Turtle permite que la abrace. Como no dio con ella, Turtle pensó que no la había ido a buscar. Se figuró que se había quedado esperando sin más a que ella volviera. Pero ahora está entre sus brazos, viendo la suela embarrada de sus botas y pensando: «fuiste en mi busca y no me encontraste». Siempre había creído que él la encontraría fuera adonde fuese, que era capaz de anticipar todos sus movimientos mejor que ella misma. Piensa: «habría sido mejor que me lo hubieses dicho, papi, y nos habríamos reído juntos. Podrías haber bromeado al respecto. Podrías haber dicho: “qué alta y fuerte estás, y te mueves sin dejar rastro”». Piensa: «deberías haber dicho algo, en vez de dejar que viese este barro y sacara mis conclusiones, que dedujese que *fuiste por mí y no me encontraste*, así que tuviste que volver aquí a esperar». Piensa: «mi opinión de ti no habría empeorado si me lo hubieses dicho».

En algún punto de la noche se despierta y yace en silencio, mordisqueando el relleno de algodón de su saco de dormir. Luego se levanta, abre la ventana y se sube a ella, la luna iluminando sus desnudas extremidades. Sale por la ventana y se descuelga por los tallos del rosal, tan gruesos como muñecas huesudas, avanza por el embarrado jardín y, en la oscuridad, se adentra en el herbazal. Los sensores de movimiento hacen que las luces se enciendan con un clic, y ella se queda tumbada en la hierba, respirando el olor a mojado de los rábanos y la hierba dulce aplastados.

La puerta de la entrada del dormitorio principal se abre, y Martin sale y se queda en el pequeño porche de su habitación, en la cara sur de la casa, oteando la pradera. Lleva un arma al hombro, Turtle no sabría decir cuál. Con los reflectores iluminándola, es casi imposible distinguirlo en el porche, como si fuese una figura que estuviera justo a la derecha del sol. Permanece a la espera, despatarrado y paciente, y Turtle se figura que respira con calma

mientras escudriña el prado. Ella entierra la cara, hunde el blanco de los ojos en la hierba, y respira, esperándolo, sabiendo que no la verá nunca. Piensa: «había algo raro en esa anécdota del puma. Él no ve las cosas como son, no las ve con claridad».

Martin entra. Turtle oye que la puerta se cierra de golpe. Exhala nerviosa y reptar por la avena silvestre, palpando con los dedos hasta que encuentra lo que busca, lo que tiró discretamente a la hierba al bajarse del coche.

Lo encuentra, se lo lleva a la cara y respira hondo. Se da la vuelta, y los sensores encienden las luces de nuevo. Salva el espacio que la separa de la casa deprisa, se echa al hombro la camiseta que lleva para liberar las manos y sube por la pared. Rodea una ventana y se mete en el hueco que se abre entre las paredes del recibidor y la segunda planta, se encarama al tejado del recibidor y avanza por el lateral de la casa hacia su ventana. Oye que la puerta de Martin se abre de golpe, oye que él sale al porche meridional. El recibidor le impide verlo. Sobre su cabeza, la ventana en voladizo sobresale un metro de la pared. Turtle se agarra a los tallos del rosal que crecen al lado y debajo de ella, mira hacia arriba y escucha los pasos de Martin, se impulsa hacia arriba y hacia fuera. Se coge del alféizar y se queda suspendida de una mano, con los pies colgando. Pone la otra mano en el alféizar, se escurre por la ventana y baja al suelo, manchada de barro. Coge la prenda de algodón. Martin sale al jardín. Ella se asoma por la ventana, jadeando. Él se para junto al bidón de la basura, escudriñando la hierba, y se da la vuelta para mirar la casa. Cuando desaparece, ella se deja caer al suelo resbalando por la pared.

Es la camiseta de Jacob Learner. Tiene una vela en el centro, rodeada de un alambre de púas. Sobre ella un arco de estrellas. En la camiseta pone: «AMNISTÍA INTERNACIONAL». Se queda sentada, mordisqueándose los dedos, las desnudas piernas abiertas en el frío suelo de madera, a su alrededor huellas de barro de sus talones. Pone las manos en la camiseta.

# 9

Al dejar atrás el campo de frambuesas, Turtle oye que *Rosy* se levanta con dificultad y se acerca a la puerta, sacudiéndose y haciendo tintinear el collar. Acto seguido el abuelo abre y la mira.

—Guisantito, ¿me echas una mano con esta pizza? —pregunta.

Ella deja el rifle contra la jamba, saca la pizza hábilmente del horno y la pone en una tabla de cortar. Coge el cuchillo cebollero que le da su abuelo, comprueba el filo con un dedo y parte la pizza en porciones.

—Bien —aprueba él, observando el cuchillo, con queso pegado—, bien.

—Abuelo, tienes que comer otras cosas, no sólo estas pizzas —aconseja ella.

—Bah, no pasa nada —afirma él—, no pasa nada. Hace mucho que dejé de preocuparme por mi salud, guisantito. —Van a la mesa—. No es habitual que vengas a cenar —comenta el abuelo, y lo dice como si fuera una pregunta.

—No —responde Turtle.

El abuelo tiene en una mano un vaso de bourbon con cubitos de esteatita para enfriarlo. Las mejillas le cuelgan, y da la impresión de que está frunciendo el ceño. Turtle se saca la Sig Sauer, retira el cargador, desliza la corredera y deja el arma en la mesa. Huele a pólvora. En el cañón, que queda a la vista, hay restos de pólvora; el armazón humea, ella tiene los dedos negros, el que aprieta el gatillo del color del latón. Saca las cartas de la funda, las cuadra deprisa, baraja.

—Bueno —observa él—, dime que no has ido con eso al colegio.

—No he ido con eso al colegio —contesta ella, y corta, baraja y da.

El abuelo coge sus cartas, que tiemblan en su mano como si fuesen de papel.

—Los pinos del lado norte de la quebrada han empezado a morir — cuenta—, y hacia el Albion, a lo largo de la carretera, en la curva, están muriendo más. Puede que sea ese escarabajo del pino del que habla todo el mundo, no lo sé, guisantito.

Turtle se descarta. Esos pinos llevan mucho tiempo muertos.

El abuelo toca y ordena sus cartas con una mano temblorosa.

—Casi estamos a finales de año —dice.

Ella lo mira. No sabe a qué se refiere. Él coloca las cartas.

—¿Qué estaba...? —inquire al cabo de un momento.

—No sé.

Tiene los ojos amarillos. Se pasa la lengua por los labios.

—Pero bueno, ¿qué estaba diciendo?

—Los pinos, finales de año, pero no estamos a finales de año, abuelo.

—Bueno, eso ya lo sé —asevera él. La partida se interrumpe mientras se para a pensar. Luego añade—: Las abejas se están muriendo. Seis colmenas, guisantito, y cinco de ellas muertas.

Turtle no dice nada.

—No sé por qué. —Frunce el entrecejo—. Algún parásito o algo. Puede que sea culpa mía.

—No es culpa tuya —lo tranquiliza ella.

—Puede que... —gesticula— se me olvidara hacer algo.

—No se te ha olvidado hacer nada.

—Seis colmenas —repite— y cinco de ellas muertas, las larvas atrapadas en las celdas. Las obreras no vuelven, no sé por qué. Debe de ser por algo que hice.

Ella espera a que su abuelo se descarte.

—No se me ocurre qué puede haber sido. Ay. Ay. ¿A finales de año no se hace algo?

—Abuelo, estamos en mayo.

—Algo que se hace a finales de año —insiste él.

—No sé de qué me hablas —admite Turtle.

—La graduación —recuerda el abuelo.

—No es la graduación —corrige ella, porque eso es en el instituto. El baile es el 16 de mayo, dentro de menos de dos semanas. El último día de clase es el 10 de junio.

—Vale, bien —replica el abuelo, y se descarta. Turtle corta la baraja, el abuelo saca la carta inicial, una jota, por lo que Turtle se anota dos puntos. La partida se ha reanudado—. Bien —repite él—, vale, bien. —Coge sus cartas y tira un ocho.

Turtle tira un siete, de manera que suma dos puntos.

El abuelo tira un nueve y se anota tres por la escalera de 7-8-9.

—Entonces ¿vas a ir al baile?

Ella se ríe. Señala con la cabeza la Sig Sauer, en un gesto muy de Martin.

—No me puedo creer que te deje ir por ahí con eso —comenta sorprendido.

—¿No? —replica Turtle.

—No me puedo creer cómo te está criando ese hombre.

—Me quiere —asegura Turtle.

El abuelo cabecea.

—Me quiere mucho —insiste Turtle.

—No hagas eso, guisantito.

—¿Qué? —dice Turtle.

—No tergiverses así las cosas. No puedes decir una cosa por otra así, guisantito, conque no empieces.

Ella chasquea los dedos, pensando: «perdona, lo siento».

—Éste es nuestro pueblo. Éste es tu pueblo. La gente de aquí es tu gente. Y vas por ahí con ese chisme.

Agarra con fuerza su vaso de whisky, la mirada endureciéndosele más y más, su expresión cambiando muy poco o nada, pero insinuando de algún modo una lenta consolidación de su amargura. Echa mano de una botellita de Tabasco y adereza la pizza. Luego coge una porción, la mantiene en las temblorosas manos y la deja donde estaba. Toma sus cartas y la partida continúa en silencio. Turtle se lo ve en la cara, ve que no es capaz de entender

nada y que está ahí sentado deseando poder hacerlo.

Al cabo de un rato inquiere:

—Y dime, ¿no hay ningún chico?

—No hay ningún chico.

El abuelo levanta la cabeza y le dirige una mirada inquisitiva.

—¿Cómo que no hay ningún chico?

—Que no hay ningún chico. Eso es todo.

—¿Se te está haciendo cuesta arriba el colegio? ¿Se meten contigo?

—No —contesta Turtle.

—Me alegro.

Se sirve más whisky. Descubren las cartas, anotan los puntos, enseñan la mano y proceden a efectuar el recuento. El abuelo recoge las cartas con dificultad. Las baraja. Juegan una mano. Se sirve más whisky, lo mira fijamente. Desechan cartas, suman puntos.

—Si fueras al baile, ¿qué te pondrías? —se interesa él.

—No voy a ir —asevera ella.

—No me gusta eso de que no vayas a ir.

—Bueno, abuelo, entonces tendré que ir al baile.

—Ah —responde él—, ¿hay un chico?

—Claro —afirma Turtle—. Claro que hay un chico.

El abuelo sonrío encantado y se le forman arrugillas alrededor de los ojos. No puede dejar de sonreír. Se rasca la cara, intentando dejar de hacerlo, porque sabe que parece bobo, y Turtle ve que no quiere fastidiarla pareciendo bobo, pero él no puede dejar de sonreír, de manera que finge que no sonrío y mira el whisky encantado, entornando los ojos.

—Mira tú, el cabroncete... —suelta el abuelo.

—No lo conoces. Es muy majo.

—Es un cabroncete —repite el abuelo. No puede dejar de sonreír al whisky. Se rasca la cara de nuevo. Deja de sonreír un instante, pero la sonrisa le vuelve a asomar en el lado izquierdo de la cara, y hace girar el vaso, el cristal humedecido por fuera.

—Pues en ese caso te hará falta un vestido, guisantito.

—Nada de vestidos —zanja ella con la baraja partida en dos, una mitad



en cada mano. Tiene la sensación de que podría pasar cualquier cosa. Tiene la sensación de que el mundo podría abrirse.

Entonces el abuelo dice:

—Martin no te ha..., no te ha puesto nunca la mano encima, ¿no?

—No —contesta Turtle.

—Claro que no. Claro que no. —Él levanta el vaso, mira las luces, que atraviesan sesgadas el whisky, lo apura. Deja el vaso en la mesa. Da la impresión de que se ha olvidado de la partida.

—Pídele que te lleve a comprar un vestido.

—Un vestido —repite ella, y se ríe.

—Un vestido. Esto es lo que le vas a decir, así es como lo vas a hacer — empieza el abuelo, y asiente—. Le gustará. Tú le dices: «Quiero ir al baile». Él te contestará lo que sea, y tú le pides: «Papi, llévame a comprar un vestido». Luego te callas y listo, no lo vuelves a mencionar y haces como si hubieses renunciado a la idea, hasta que te lleve a comprar un vestido, y después no dices nada del baile, ni dices nada de ningún chico. Se trata únicamente del vestido, de ti y de él. Luego, cuando sea el baile, vas sin más. Sin pedirle permiso. Vas y punto. Y cuando vuelves, no dices nada, y es como si el baile fuera entre tú y él y no hubiera habido ningún chico.

Turtle baraja, reparte, se queda mirando las dos manos. Ni el abuelo ni ella levantan las cartas. Turtle piensa: «qué coño, puede que hasta funcione, pero no hay ningún chico y no habrá ningún vestido», y acto seguido piensa: «se te está olvidando cómo es tu vida, Turtle, y no se te puede olvidar. Tienes que ser consciente de tu realidad, porque si alguna vez sales de ésta, será porque prestaste atención, te moviste con cuidado y lo hiciste todo bien». Y después piensa: «salir de ésta, mierda, tienes la cabeza podrida y no puedes confiar en ti misma, y ni siquiera sabes qué creer excepto que lo amas, y todo lo demás parte de esa base».

Cogen las cartas. Las de Turtle no son buenas. Esperará a ver qué puede hacer con la carta inicial, pero las cartas en sí no son buenas. Tal vez les saque partido si juega bien, pero cuando la mano no es buena, siempre se pasa la partida arrepintiéndose, porque puede que necesite lo que desechó, y no hay manera de saberlo de antemano, pero no hay forma de evitarlo. Las

mira bien para ver si puede sacarles provecho y se pregunta qué podrá hacer con la carta inicial. El abuelo hace girar el whisky despacio, los cubitos de esteatita chocando suavemente contra el cristal. Turtle espera a que juegue, pero no juega.

Esa noche, cuando sale del huerto y va hacia la casa, ve que hay otra camioneta aparcada en la entrada, además del escarabajo anaranjado de Wallace McPherson. Se acuclilla entre la hierba y echa mano del arma. Ve las sombras de los hombres en torno a la mesa y piensa: «estará de malas, estará de mal humor seguro». Arranca un poco de acederilla y se sienta a masticar las ácidas hojas. Luego se levanta, sube al porche y entra por la puerta de cristal corredera. Martin está sentado a la mesa con Wallace McPherson y Jim Macklemore, hay botellines de cerveza por toda la mesa, porros y puros aplastados en ceniceros. Martin reparte, están jugando al póquer. La miran y Martin estampa la mano en la mesa, el sonido como un disparo.

—Hombre, por fin has vuelto —observa.

—Estaba con el abuelo —replica Turtle.

—Con el abuelo —le dice Martin a Wallace McPherson—. Estábamos preocupados porque no venía, pero resulta que sólo estaba con su abuelo. Con su querido, su queridísimo abuelo. No debería haberme preocupado. ¿Qué puede haber de malo en que uno pase todo su tiempo libre con un psicópata sin remordimientos? ¿Un hombre sin imaginación encerrado en una caravana lúgubre y pestilente? ¿Una caravana que huele que apesta a Jack Daniel's y sus sueños ponzoñosos, las pobres emanaciones de un cerebro de mosquito amargado y rebosante de odio? Sólo estaba pasando el tiempo con su querido abuelo mientras él se mata bebiendo.

Wallace McPherson mira a Turtle como pidiéndole disculpas. Está echado hacia atrás en la silla, en equilibrio sobre dos patas, la barba negra perfectamente cuidada y el bigote encerado.

—Su querido abuelo —le sigue diciendo Martin a Wallace—, el mejor de los hombres, en realidad. La clase de hombre cuyo trato todo el mundo querría que frecuentara su hija. —Golpea la mesa otra vez y mira a Turtle—. Y ahora ¿qué piensas hacer?

—Irme a la cama.

—¿A la cama? Bien.

—Ése es un rifle muy grande para una niña pequeña, ¿no? —comenta Jim Macklemore.

Turtle lo mira con cara inexpresiva.

—Y menuda..., ¿qué clase de mira es ésa?

Turtle no cree que tenga sentido contestarle.

—¿Sabes disparar ese chisme?

Ella no responde.

—¿Eres capaz de darle a algo?

Turtle se queda plantada donde está, masticando la acederilla.

—Bueno —replica el hombre, sacudiendo la cabeza despacio—. Puede que sí, puede que no.

Martin no dice nada.

Turtle sube a su cuarto con sigilo. Baja su caja de herramientas, extiende una toalla y se sienta con las piernas cruzadas a lo indio. Coge la Sig Sauer, retira la corredera y deja ambas cosas en la toalla. Después extrae el muelle recuperador. A continuación saca un destornillador de la caja de herramientas y quita las cachas de polímero para dejar a la vista el pasador del martillo y el muelle principal. Abajo, oye que Wallace se levanta y se despide:

—Bueno, yo creo que me voy a casa.

Luego bromas en voz baja, que no oye, risas, el sonido de Wallace al ponerse el abrigo, el silbido y el doble deslizar de la puerta de cristal corredera, los pasos de Wallace al bajar la escalera y pisar la hierba, el arrancar del escarabajo, y Wallace dando la vuelta en el camino. Turtle se inclina sobre su toalla, retirando partes de la pistola con los dedos negros de pólvora. Se recoge el pelo en una coleta alta, tirante, y sigue extrayendo lentamente cada leva y cada resorte. Sabe qué es cada cosa, lo va poniendo todo con cuidado en la toalla. Abajo, Jim y su papi están hablando. Las voces le llegan amortiguadas e interrumpidas por largos silencios. No es capaz de distinguir las palabras, pero capta el tono perfectamente. Se levanta y echa a andar por el pasillo. Se tumba boca abajo y se arrastra hasta el rellano, que no tiene barandilla, tan sólo un marco de tablas de secuoya agrietadas,

ennegrecidas por el tiempo y el aceite. Repta hasta la viga, apoya la mejilla en ella, y escucha.

—Esa hija tuya...

—Dios santo —responde Martin.

—Anda que no está asilvestrada.

—Dios santo —repite Martin.

—Es igual que su madre —apunta Jim.

—Y no se parece en nada a mí —confiesa Martin.

—Son los ojos —asevera Jim. Permanecen un buen rato en silencio mientras los dos rumian esas palabras. Después añade—: Esos ojos azules fríos, llenos de muerte y vitriolo.

Se ríe de su propia gracia, y Martin golpea la mesa y ríe también. Los dos hombres se quedan callados. Turtle se tumba boca arriba, aguzando el oído, mirando al techo.

—Su madre decía que se la folló un puma.

—¿Qué?

Otro largo silencio. Turtle oye el ruido que hace Martin al abrir y cerrar la boca, cuando va a hablar, pero no es capaz de decir nada. Después, con una risa que es como un murmullo, explica:

—Contaba que estaba dormida en la habitación y yo estaba fuera, cortando tablas para revestir el dormitorio de arriba. El dormitorio principal tiene una entrada y un porche. Decía que yo me dejé esa puerta abierta.

—¿En serio?

Silencio. Martin tal vez asienta. Se escuchan los ruiditos que hace con la boca, como si chascara la lengua cuando está pensando o absorto en sus recuerdos.

—Así que decía que, cuando se despertó, el puma estaba en la cama con ella, dos metros y medio de largo, de la cabeza a las patas.

—Nunca he visto un puma tan grande —reconoce Jim—, claro que yo no vivo en medio de la nada como vosotros.

—Un bicho grande de verdad.

—Le gustaba tomarte el pelo.

Más silencio, y luego:

—Decía que el puto bicho se le subió encima y la montó allí mismo, en la cama, por detrás; decía que tenía como una especie de garfio, un arpón, como una púa en la polla.

Jim se ríe, dando manotazos en la mesa.

—Joder. Menuda fresca, ¿eh?

—Para morirse de risa —espete Martin con sequedad.

Se hace otro silencio largo y Jim afirma:

—Es hija tuya, no hay duda, hasta la puta médula. Esa niña ¿qué pesa?, ¿cincuenta kilos?, es pura energía y puta furia asesina. Es hija tuya, no hay duda.

Otro silencio largo, y Martin responde:

—Dios santo.

—¿Sabes qué? —observa Jim—, sobre todo me preocupan las niñas que crecen en este mundo, ¿no?, ¿no? Lo que les puede pasar no es lo mismo que a los niños. Pero con esa hija tuya... —Coge la baraja de cartas con un raspar como de papel y le da contra el borde de la mesa—. Con Julia. Con esa niña. Algún gilipollas, ¿no? Y lo que te da... te da pena ese capullo y lo que está a punto de descubrir. —Jim se ríe y tose.

—Yo no creo que tenga ninguna gracia —espete Martin.

—Lo sé, lo sé —se apresura a contestar Jim.

—Son los capullos como tú —replica Martin, la voz muy baja—. Capullos gordos que nunca han visto pasar nada malo y creen que con ser buena persona es suficiente. Pero lo cierto, Jim, es que las cosas pueden salir de cualquier manera, y a veces da lo mismo lo bueno que seas.

—Lo sé, y es la pura verdad —conviene Jim.

—Así que no tiene gracia. Hago todo lo que puedo por ella, pero sólo es una niña de catorce años, Jim.

—Lo sé, y lo siento —se disculpa éste.

—Nunca se sabe cómo van a salir las cosas —asegura Martin—. Nunca se puede estar seguro del resultado.

—Claro que no, lo siento, Marty.

—Y, Dios santo, la preocupación te quita el sueño. Te preocupa el tipo de mundo en el que está creciendo, y qué será de ella. Dios santo, es terrible. Y

ojalá fuese como tú dices. Pero la verdad es que da lo mismo lo duro que seas.

Turtle, tumbada en el suelo, escucha a su papi, la voz rebotante de dolor, mirando las tablas del techo. Encajan una en la otra, y así sucesivamente, tabla tras tabla, a lo largo de ese techo que casi está envuelto en la oscuridad, y todas ellas son un milagro por su rareza y su peculiaridad, y Turtle piensa: «la vida es algo raro. Si miras a tu alrededor, si observas, casi puedes perderte en ella», y piensa: «para, estás pensando como Martin». Abajo se hace otro silencio largo.

—Eso fue un puto horror —opina Jim poco después.

—Dios santo —responde Martin.

—Joder, Marty, no te metas con ella ahora.

—Dios santo —repite Martin—. Casi podría olvidarlo a veces.

—No te metas con ella. Ya pasó.

Un ruido cuando Martin mueve la silla. La mesa cruje cuando apoya en ella los antebrazos, quizá se eche hacia delante.

—Y te tienes que parar a pensar qué le dices a una niña, qué le dices del mundo, qué le dices de la vida. ¿Qué le dices?

—Joder, Marty, yo qué sé.

—Puede que las temperaturas suban seis grados en las décadas siguientes, y eso no es sólo una «subida de las temperaturas», es un cataclismo. ¿Crees que podemos detenerlo? La gente no cree en la obesidad, y eso sí que se puede ver en un puto espejo. Es incapaz de cuidar su puto cuerpo. ¿Cuánta gente crees que muere de infarto por culpa de la placa que tiene en las arterias? Mucha. ¿Cuánto es...? El setenta por ciento de los norteamericanos tiene sobrepeso. La mitad de ellos son obesos. ¿Y tú crees..., es capaz esta persona, este americano medio, de cuidar algo? No. Claro que no, joder. Así que la naturaleza, que no pueden ver con todas sus carreteras y gasolineras y colegios y cárceles, la puta naturaleza, que es más importante y más bella que cualquier cosa que haya visto o entendido en su puta vida este americano medio, la naturaleza morirá, y vamos a dejar que muera, y no hay manera de salvarla. Joder.

—¿Y el optimismo?

—A la mierda el optimismo —espeta Martin—. Un día pregunta, pregunta a alguien qué haría si llegara el final. Tú ve y pregunta, y de aquellos a los que preguntes habrá algunos que te dirán que morirían, sin más, y de entre los que no te digan eso, habrá más que lo piensen. La gente se conforma con vivir si la vida es fácil. Si dejara de ser fácil... pues... —Silencio. Permanecen sentados un rato, y luego se escucha un raspar, y Martin continúa, la voz ronca y grave, pasando las uñas por la madera—: Pues te diré que lo que quiere decir esa pregunta es: ¿qué harás cuando la cosa se complique? Y la vida se complicará, de eso puedes estar seguro. La vida se complicará, y decir que no lucharás por ello..., en fin. ¿Qué relación puedes tener con esa gente? Pues ninguna. Su vida es una farsa que se rige por las circunstancias, su supuesta intercesión es perfidia, una mentira social, y considerarlos personas es ceguera. Así que ¿cómo quieres que haya optimismo? Si no están dispuestos a luchar por ellos mismos..., ¿tú crees que lo harán por el mundo? ¿Un mundo que cuesta imaginar, que cuesta entender? Ni siquiera tienen el lenguaje necesario para entenderlo. No ven belleza en él. ¿Y sabes cuál es la prueba? Que el final se acerca y aquí estamos todos... esperando, tocándonos los cojones.

—Joder, Marty, no sé.

—¿Sabes qué creo? Que a ésa le importaba todo una puta mierda. Las cosas se complicaron de mala manera, las putas jaquecas empeoraron y se rindió.

—No te metas con ella —pide Jim.

—¿Por qué no?

—Tú mismo dijiste que podía pasar cualquier cosa. Pudo ser algo al azar. No fue algo que ella quisiera que pasase. Y lo sabes.

—Yo no sé una mierda, joder.

—No hablemos de ella.

—Supongo que no es algo que pueda saber nadie —admite Martin—, pero es inevitable que uno se haga preguntas, coño.

—Fue un accidente, y si no lo fue, tampoco creo que importe.

—Sí que importa.

—No, Marty, no lo creo.

—Eres un buen tío, para ser un soplapollas. ¿Lo sabías, Jim?

—No soy un soplapollas.

—Ser un maricón republicano que se odia no hace que seas menos maricón, Jim. Sólo hace que seas maricón y además un cabrón ciego que se engaña a sí mismo.

—Qué raro que no tengas más amigos.

Turtle espera que continúen hablando, pero no dicen más. Se aparta del rellano, se levanta y entra en su habitación sin hacer ruido, mordiéndose los dedos. Se acuesta y mira el recuadro de la ventana que la luna proyecta en el suelo. Piensa: «no sabes lo que has oído, no lo sabes, así que no lo pienses, y no sabes a qué se referían, así que no, Turtle, no lo pienses».



# 10

Apenas ha amanecido. Los tallos largos, húmedos de la cañuela se inclinan sobre Turtle. Está tendida en el suelo, observando por la mira. Pegada al arma, huele la grasa y los restos de pólvora. A su alrededor, la pradera está cubierta de rocío, la neblina retirándose ladera abajo. Conforme empieza a hacer calor, los largos tallos, vencidos por el peso del rocío, se desenredan de pronto y se yerguen, con las espigas meciéndose. Todavía no hay nubes en el cielo salvo una, lenticular, lejana, que la brisa deshilacha. Turtle calibra la distancia y permanece tendida, la mejilla adherida a la culata. Da la impresión de que el blanco, en su soporte, está muy lejos. Piensa: «no le daré ni de coña. No hace falta ni que lo intente. A quinientos metros, lo suyo es levantarte y largarte. Apuesto a que mucha gente cree que puede acertar a quinientos metros y apuesto a que hay muy pocos que de verdad lo pueden hacer. Así que levántate, lárgate y resígnate». «Claro que no siempre puedes hacer eso», piensa. Baja la intensidad de la luz, la retícula pasa de líneas rojo láser a negro. Aprieta el gatillo. El arma lanza a la hierba el casquillo caliente. Se escucha un sonido metálico en el blanco, que se bambolea con furia en el soporte. Turtle sonrío al ver la suerte que ha tenido al acertar a la primera. Dispara otra vez, y se escucha el mismo sonido metálico y el blanco se vuelve a mover, y ella espera a que se detenga y abre fuego otra vez y el blanco oscila de nuevo. Turtle sonrío, los casquillos .308 echando humo en la hierba húmeda. Escucha una risita a su espalda y se da la vuelta. Martin sube por la pradera, los vaqueros empapados hasta las espinillas, contra el pecho una cerveza. Llega y se tumba a su lado.

—Joder —exclama despacio, complacido. Y sacude la cabeza, se toca los labios secos ensimismado y mira el blanco desde todos los ángulos. Listo para hablar de ello, pero sin que llegue a hacerlo, un momento en el que las cosas que quería se han hecho realidad, y allí, en compañía de ellas, le vienen a la cabeza todas las dudas, todo lo que le ha costado llegar hasta ese punto, todos los gastos, y Turtle ve cómo se ensombrece el momento—. Joder — repite él, mirando hacia la falda de la colina, más allá de la línea del sol, hasta donde las resplandecientes olas se encabritan y rompen contra los guijarros de una playa que no se ve.

—¿Cómo murió? —pregunta Turtle.

Él se vuelve hacia ella, la desolación escrita en la cara.

—¿Cómo murió? —Sacude la cabeza, haciéndose preguntas para sus adentros, sorprendido, sobre ella, sobre el momento, sobre ese blanco perfecto, tocándose los labios con el pulgar—. ¿No lo sabes? ¿Cómo es posible que no lo sepas? Tengo la sensación de que te lo he contado cien veces. *Mil* veces.

—No —afirma ella.

—Joder. —Hace una pausa, pensando en esa respuesta—. ¿En serio?

—No me lo has contado nunca.

—Joder, está bien —accede él, e indica con un gesto el poco sentido que tiene hacerlo. Dobla un tallo verde, empieza a arrancarle las espiguillas, las húmedas vainas pegándose a los dedos. Al cabo cuenta—: Pues... se fue a bucear para coger orejas de mar y no volvió.

—¿En serio? —pregunta Turtle.

—Ahí mismo. A Buckhorn Cove. —Señala con la cabeza la parada del autobús, el océano, los farallones negros, bordeados de rompeolas—. Salió sola, temprano. Hacía un día precioso. No había muchas olas. A eso de mediodía, bajé a la playa y vi su barca. Fui nadando hasta allí, pero ella no estaba.

—¿Qué le pasó?

Martin se palpa la mandíbula.

—¿Bajó y ya no subió?

—Así es.

—¿Pudo ser un tiburón?

—Pudo ser cualquier cosa.

Bebe un trago de cerveza, inclinándola con dificultad debido a la postura.

—Lo siento, ratoncito. Si tenía que ser uno de los dos, habría preferido ser yo. Ojalá hubiera sido yo. Ella era todo lo que tenía. Bueno. No todo.

Se levanta y se va. Turtle apoya la cara en la hierba. Luego se pone de pie como puede, se mete el cargador extra en el bolsillo trasero y lo sigue hasta la casa. Suben juntos los escalones del porche y él lanza el botellín de cerveza al campo. Turtle va a la nevera, saca una Red Seal y se la lanza baja por la encimera. Él la coge y la abre contra el borde de la encimera. Con la puerta de la nevera abierta, Turtle se casca unos huevos en la boca, termina el cartón, lo tira. Esperan en silencio. Él le ofrece la cerveza. Ella le da un trago, se limpia con la manga.

—¿Hora de irte?

—No hace falta que me acompañes.

—Ya lo sé, ratoncito. Ya lo sé.

Ella asiente. Bajan juntos. Esperan en el arcén de grava.

—No hace falta que te quedes esperando, papi.

—Mira ese océano, ese grandísimo hijo de puta, ratoncito. —Los cormoranes descansan en las rocas pintadas de blanco con las alas extendidas, de cara al sol. Por el bufón de la isla Buckhorn sale espuma—. Nada tiene sentido —reflexiona, y ella no sabe por qué habría de tenerlo, ni por qué habría de buscarlo, y no entiende por qué habría de querer que fuese algo distinto de lo que es, o por qué habría de querer que estuviese relacionado con uno. Está ahí, sin más, y para ella eso siempre ha sido suficiente.

El autobús jadea al tomar la curva, se detiene en el arcén de grava y abre sus puertas con perfil de goma. Martin saluda a la conductora con la cerveza, y Margery mira al frente, a la carretera. Turtle avanza entre los asientos de vinilo verde. Nadie la mira, y ella no mira a nadie.

No espera a que el autobús continúe hasta el colegio. Turtle se levanta con los chicos que van al instituto y se baja cuando el autobús efectúa su primera parada en el pueblo. Echa a andar colina abajo, hacia los cabos. No

sabe adónde va, tan sólo que no puede ir al colegio, que su vida es un desastre y que necesita alejarse y aclarar las ideas. Lo que quiere, más que nada, es estar perdida otra vez en las laderas embarradas que descuellan sobre el Albion. Una chica que viene corriendo en sentido contrario se detiene delante de Turtle, apoya una mano en las rodillas y se quita las gafas de sol con la otra. Después se seca el sudor de la frente con el brazo. Es Anna, tratando de recobrar el aliento, con unos pantalones cortos rosas y una camiseta azul, el pelo recogido en una coleta.

—¿Julia? —saluda—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Mierda —suelta Turtle.

—¿Julia? —repite Anna, sorprendida.

—Hay que joderse —espeta Turtle.

—¿Te encuentras bien?

—¿Qué está usted haciendo aquí? —pregunta Turtle.

—Corro —responde Anna.

—Pero ¿no debería estar en el colegio?

—¿No deberías estar *tú* en el colegio? —apunta Anna—. No tengo clase hasta las doce y media, pero tú deberías estar en mates con Joan Carlson, ¿me equivoco?

—No —admite Turtle.

—¿Qué pasa? —indaga Anna.

—Nada..., estoy bien —asegura ella.

—¿Estás bien? —insiste Anna, que se acerca y la mira con atención.

—Por una puta vez las cosas podían salir bien —contesta Turtle.

—¿Cómo? —Anna no entiende.

—¿Por qué debería ir al colegio? —plantea Turtle—. ¿Por qué debería molestarme en ir?

—¿Cómo? —repite Anna.

—¿Por qué debería ir? ¿Acaso he aprobado uno solo de esa puta mierda de exámenes que nos pone? Me lleva aparte y me suelta lo de: «Ay, Julia, ¿por qué no has aprobado el examen?», pero ¿es que no es evidente por qué no he aprobado el puto examen? ¿Qué quiere que le diga? Me está pidiendo que le mienta, y no me gusta mentir. Creo que hay buenas razones para *no*

mentir, y no me gusta que en su clase me pida que haga exactamente eso. Necesito alejarme, pero *cómo no*, me topo con usted y me suelta: «Ay, ¿por qué no estás en el colegio, Julia?». Vete a tomar por el culo, puta de mierda. La cago en el colegio porque soy una inútil, Anna. Por eso. Ahí está su respuesta. —Levanta las manos en un gesto de impotencia y las deja caer—. Lo he intentado, una y otra vez, y no apruebo ni aprobaré nunca.

Anna sigue sin aliento, con las manos en las caderas. Turtle huele a esa mujer, un olor a sudor limpio, de alguien sano, la camiseta pegada al vientre mojado. Anna se limpia la cara de nuevo, jadeante, al parecer rumiando lo que Turtle le ha dicho. Acto seguido pregunta:

—¿Por qué crees eso, Julia?

—Cómo no —replica Turtle—, cómo no. *Cómo no* iba a decir eso. Odio estas preguntas. ¿Por qué lo creo? Porque es verdad. Es tan evidente, está tan sumamente claro, que no entiendo por qué lo pregunta. Sólo lo pregunta porque no tiene nada más que ofrecer que esas preguntas abiertas, y eso no ayuda nada, no sirve de nada. ¿Que por qué lo creo? Lo creo porque es verdad. Y usted sabe que es verdad.

—¿En serio crees que es verdad?

—Hay que joderse, es que hay que joderse —suelta Turtle—. ¿Se puede saber qué coño le pasa?

Anna se pone roja como un tomate. Hasta las orejas se le tiñen de rojo. Desvía la mirada, hacia el océano, con la boca abierta, como si estuviera asombrada. De la coleta, alta y tirante, se le han salido algunos mechones de pelo rebelde, en cuya punta se forman pequeñas gotas de agua.

—Tienes razón, Julia —reconoce—. He metido la pata; me has dicho lo que no te gusta, y yo voy y lo hago.

La carretera arranca del pueblo, donde se ven edificios bajos blancos con el tejado de tablillas de madera a dos aguas y chillas ornadas, depósitos de agua de un negro pardusco por causa del tiempo. Ante el pueblo se extiende una pradera costera que llega hasta los arbustos coyote, los cipreses encorvados y desgredados, el océano, los farallones áridos, tapizados de aves. Anna respira hondo, por lo visto no sabe qué decir. Turtle la observa, tiene la sensación de que no puede soltar el aire, el pecho hinchado y tirante. Está

lista para que Anna la cague, y parece que Anna está recobrando la compostura y diciéndose: «no la cagues, Anna». Turtle piensa: «estoy jodida. He hablado demasiado y estoy tan jodida que ni siquiera tiene gracia, y lo he echado todo a perder, y ella llamará a Protección del Menor».

—¿Sabes qué es lo que creo, Julia? —dice Anna al cabo. Turtle mira hacia otro lado, violenta, y Anna continúa, sonrojándose—. Es una pregunta retórica, no una pregunta de verdad. Lo que quiero decir, Julia, es que te equivocas en lo que crees que pienso. No nos hemos entendido. Te observo a diario y sé que eres lista. Sé que no dices lo que piensas y que no te aplicas, y por eso te cuesta..., pero eso no significa que seas estúpida. Significa que, por lo menos en clase, eres nerviosa y tímida.

—Eso usted no lo sabe —aduce Turtle—. Soy un desastre. Soy un desastre en todo. No puedo con ello. Es como decir que soy buena en mates, sólo que no puedo con ellas. No soy lista, Anna.

—Si le echaras narices en esa clase...

—Le echo narices —asegura Turtle.

—No quería decir eso —corrige Anna deprisa—, ésa no es la expresión adecuada, no era eso lo que quería decir. —Mira a su alrededor, poniendo los ojos en blanco, y al ver el gesto, Turtle se asombra y piensa: «¿está poniendo los ojos en blanco por lo frustrante y estúpida que soy o porque quiere que esto salga bien y se siente violenta por haberse equivocado?». Turtle no lo sabe. Anna prosigue—: Julia, escúchame, vienes a clase y te quedas ahí sentada mirando por la ventana. No prestas atención. No estudias. No tienes amigos y no te sientes segura. Y llegas a la primera pregunta del examen y tienes la sensación de que no te sabes la respuesta y no pasas de ahí, te paras, y piensas: «no me la sé», y te quedas pasmada, odiándote, así se ve desde fuera. Ésa es mi teoría. Pero creo que la mitad de las veces o más sí que te la sabes, y te la sabrías mejor aún si estudiaras, y podrías hacer esos exámenes si superaras ese instante de miedo. Me dices que te has esforzado al máximo y que lo has intentado, pero no es cierto... —Se detiene, a sabiendas de que ha metido la pata.

Turtle se queda parada, sin saber qué decir.

—Siento haber dicho eso, lo que quería decir es que...

—Sé lo que quería decir —la corta Turtle.

—Bueno, pues no quería decirlo —recalca Anna—, no me he expresado bien... Lo que quiero decir es que, si lo intentas, puedes con esto. Sólo tienes que ponerle ganas.

—¿Eso es lo que cree?

—Te irá bien. Tú inténtalo.

—Ya lo intento.

—No es verdad —niega Anna, y se muerde los labios nada más decirlo—. Rayos —gruñe—, lo que quiero decir es que...

—No, no pasa nada —interrumpe Turtle.

—Sí que pasa, perdona, Julia... ¡Cielos, hoy no es mi día! Lo que quería decir es que tienes que volcarte en ello, en lugar de frustrarte o dejarlo. Porque pienso que vienes al colegio y crees que se te da mal el colegio, y entonces se te da mal. Pero no se te da mal. —Obedeciendo a un impulso, Anna le coge las manos. Se las aprieta y la anima—: Tú inténtalo. *Inténtalo*.

—Vale —accede Turtle.

El instinto le dice a Anna que le suelte las manos.

—Perdona —se disculpa.

—No pasa nada.

—Perdona —insiste Anna—. Se supone que no debo tocar a los alumnos.

—Es usted una zorra. ¿Lo sabía?

Anna parece más dolida de lo que Turtle pensaba que pudiera estarlo. El rostro se le demuda, y Turtle lo siente en el alma.

—Ya —responde Anna—. Bueno, tú a mí me caes muy bien, Julia.

—¿Le puedo preguntar algo? —inquire Turtle.

Anna va hasta una de las vigas tratadas que bordean la carretera y se sienta. Apoya los codos en las rodillas, contempla la pradera y contesta:

—¿Qué?

—¿Sabe si puedo llevar al baile a alguien del instituto?

—¿Cómo?

—Que si puedo llevar al baile a alguien del instituto.

—Claro —afirma Anna—. Tiene que ser menor de diecisiete años y tus padres te han de dar permiso.

—Hay un chico al que me gustaría invitar al baile —cuenta Turtle, y se agacha, coge un tallo de acederilla y se lo mete en la boca. Está agrio y crujiente, se escucha el sonido que hace al masticarlo.

—¿Quién es?

—¿Y mi padre sólo tiene que firmar un papel?

—Sí —contesta Anna, y observa a Turtle con atención.

—Usted cree que mi padre me pega —añade Turtle.

—Me preocupas. Hay muchas señales de alarma típicas. Control. Aislamiento de los compañeros. Misoginia.

—¿Qué es misoginia?

—Odio a las mujeres.

—Mi padre no me pega —recalca Turtle. Observa a Anna para ver si la cree, y ella lo cree, y no soporta que haya gente en el mundo que piense lo contrario.

—¿Sabe usted que mi madre murió?

—Sí.

—Murió, y supongo que mi padre no lo ha superado.

Anna la mira fijamente. Turtle piensa: «no recuerdo ni una sola vez que me haya hecho daño», y es verdad. Piensa: «¿y qué fue lo del cuchillo?». Y piensa: «eso no fue nada, y el cuchillo no era importante, no es más que un cuchillo, y eso no dice nada de lo cuidadoso que es uno o de la persona que acabarás siendo».

—Yo sé cómo es —asevera Turtle—. Sigue dolido. Y sufre mucho. Pero nunca me ha puesto la mano encima.

—Está bien —acepta Anna.

—Sé que cree que me ha hecho daño —prosigue Turtle—, y me cuesta mucho hablar con usted porque sé que piensa eso.

Turtle piensa: «no sé si la muerte de mi madre me hizo daño». Piensa: «si me lo hizo, no soy capaz de sentirlo, y no soy capaz de sentir la pérdida. No la echo de menos y no la quiero a mi lado, y no soy capaz de sentir nada al respecto, nada de nada, y si estoy dolida es por culpa de Martin, pero casi podría pensar que es por la tragedia y no por su crueldad». Después piensa: «estás corrompiendo quien eres, y una vez empieces a mentir, seguirás



mintiendo, y comenzarás a ver las cosas como mejor te convenga, y una vez hayas llegado a ese punto, será difícil volver atrás. Eso es lo que dice siempre el abuelo. Puede que empieces a tergiversar las cosas y ya no seas capaz de dar marcha atrás. Puede que pase como con tu oído, que no lo recuperas, y cada día quedará menos de ti».

Anna está mirando muy atentamente a Turtle, y ésta ve que es casi como si estuviera diciendo la verdad, y que Anna no sabe qué decir. Se le da bien observar a una chica y calarla, pero Turtle prácticamente lo ha borrado todo de su cabeza, y es como si fuera verdad, y esta verdad sorprende a Anna. La verdad y la forma en que lo ha dicho.

—Ay, Julia. Lamento mucho oír eso. Debe de ser muy duro.

—Pensé que debía saberlo.

—Julia, eres increíble.

Turtle no dice nada.

—Eres muy diferente, ¿sabes? —añade Anna—. Tienes un cerebro muy poco corriente. Está bien, está bien, Julia, tienes razón; tienes razón, y es normal que te ofenda que alguien desconfíe. Eres tremendamente lista. Se ve que quieres a tu padre, y es normal que te ofenda que alguien desconfíe. Yo quiero que puedas hablar conmigo, y quiero poder ser tu profesora. Así que te entiendo, tu padre está desconsolado y las cosas son complicadas en casa, pero nadie está haciendo nada malo. Te entiendo y lo respeto. Pero déjame que te diga...

—No.

—Déjame que te diga una cosa —insiste Anna.

—No.

—Si alguna vez pasa algo malo, puedes contar conmigo. Llámame o ven a verme a cualquier hora del día o de la noche. Llámame desde donde sea y te voy a buscar, sin hacerte preguntas. ¿De acuerdo? Y puedes quedarte conmigo todo el tiempo que necesites y no te haré ninguna pregunta hasta que tú no quieras hablar, ¿de acuerdo?

—No me está escuchando —advierte Turtle—. Eso no pasará nunca.

—Espero que no —confía Anna—, pero estaré ahí para ayudarte. Me estás escuchando, ¿verdad?

—La estoy escuchando —confirma Turtle—. ¿Y usted a mí?

—Yo también te estoy escuchando, y creo que me estás diciendo la verdad. Pero si por alguna razón me estuvieses mintiendo, si sintieras la necesidad de mentirme, no tendrías por qué estar avergonzada. Podrías llamarme igualmente y nunca creería que eres menos por eso.

Turtle piensa: «eres una zorra desconfiada. Lo que te acabo de contar es verdad, todo es verdad, hasta yo creo que es verdad», y al pensarlo sonrío a Anna. Nota que esboza una sonrisa afectuosa, porque siempre siente afecto por la gente que le pone las cosas difíciles, sonrío y chasquea los dedos, y Anna vuelve a decir:

—Te estoy escuchando. —Calla un instante, y luego mira de soslayo a Turtle e insiste—: De día o de noche, estaré a tu lado, Julia.

Turtle sigue como si tal cosa, odiando a esa mujer, pensando: «menuda zorra», pero sonriendo, consciente de la fea expresión que tiene en su cara chupada de zorra.

—¿Quieres que te lleve al colegio? —se ofrece la profesora.

Turtle mira a su alrededor, violenta.

—Sí —contesta.

Enfilan la carretera en un silencio casi absoluto. Hace aire, y la hierba y los arbustos coyote se mecen con el viento. El coche de Anna es un Saturn azul con una baca para kayak y un kayak encima, el espejo del lado del copiloto afianzado con cinta americana. En el capó se ha posado una garza azulada, de más de un metro de alto, azul grisácea, con el pecho greñudo y las alas limpias, aerodinámicas. Cuando las ve, el ave levanta el vuelo, se eleva y surca el aire sobre los cabos.

Anna entra primero y hace algo para quitarle el seguro a la puerta del copiloto. Turtle tiene que levantar un escurridor lleno de uvas rojas del asiento mientras Anna aparta montones de libros y papeles. Después Turtle se sube y cierra la puerta, pero no encaja bien. Anna coge un pulpo afianzado al suelo y lo pasa por las piernas de Turtle hasta un cáncamo que hay enroscado en la puerta. Del retrovisor cuelgan distintos amuletos, piedras envueltas en hierbas y pulseras de cuero que chocan entre sí. Los asientos delanteros están protegidos con toallas de playa; el trasero, abatido y con una funda de

plástico, y hay un traje de neopreno medio seco estirado entre montoncitos de arena negra. Anna prueba a arrancar varias veces hasta que lo consigue. Luego mete la marcha atrás, pisando a fondo el embrague, y esperan.

—¿Qué pasa? —pregunta Turtle.

Después oye cómo entran las marchas, el coche da una sacudida y va hacia atrás a trompicones. Anna mete primera y salen del aparcamiento, lleno de baches, el coche pega botes y avanza bruscamente, con el motor haciendo ruidos repentinos. Anna sube por Little Lake y aparca en las plazas reservadas a los profesores. Se quedan en el coche un momento, Turtle con el escurridor en las rodillas. Está echando un vistazo al coche. Piensa: «es un poco como la casa, descuidado», y acto seguido piensa: «no es verdad, porque en este coche uno se siente como en casa, y no estoy segura de que eso suceda en casa, no exactamente, y este coche parece vivido, y tampoco estoy segura de que la casa transmita esa sensación». Piensa: «es extraño, ¿no? Me gustan las cosas bien cuidadas, pero esto es distinto». Piensa: «¿a qué viene esto de aferrarse a esta tartana que se cae a pedazos?». Piensa: «esto también me gusta». Al cabo, Anna comenta:

—Bueno, no me gusta que hayas hecho pellas, pero me alegro de que hayamos podido hablar.

Turtle frunce los labios y mira a Anna, que agarra el volante, lo suelta, lo vuelve a agarrar.

—¿Cómo? —pregunta Turtle.

Suena el timbre del recreo, y las puertas se abren de par en par y los niños salen corriendo. Turtle no ve el patio desde donde está, pero imagina a los alumnos quitándose la mochila, sentándose a comer y charlar. Otros van a la biblioteca o al campo o a las canchas de baloncesto.

—Anda —dice Anna—, vete al recreo.

—¿Cómo? —dice Turtle otra vez.

Anna suspira. Después mira a Turtle y comenta:

—Es una tontería, pero ¿sabías que a Rilke la están acosando?

Turtle asiente.

—Es nueva aquí, y un poco sabelotodo y pelota. —Anna suspira de nuevo, y Turtle la observa. Le sorprende pensar que lo que ven los alumnos

también lo pueden ver los profesores. Anna sigue—: A veces sólo haría falta que alguien dijera: «Eh, que eso no está bien».

Turtle mira a Anna de arriba abajo, sin dar crédito, y Anna desvía la mirada y luego mira nuevamente a Turtle y dice:

—Me da pena, porque si tú pudieras..., bueno, si saliera de ti plantarte en medio, a veces, y decir: «Eh, dejad de hacer eso». Esas niñas son unas cobardes. No creo que hayas hablado nunca con tus compañeros. No creo que te importen, pero te respetan, Julia. Es un no sé qué que tienes. Sé que no tienes amigos, no de verdad, pero saben que existes. Es tu actitud. Tienes un..., una especie de... A ti nadie se atrevería a acosarte. Tienes presencia, supongo. Creo que podrías pararlo con una sola palabra. Y necesitas que alguien te eche una mano con la ortografía, y Rilke podría echártela. Es una buena oportunidad.

Mira de nuevo a Turtle.

Que no tiene nada que decir.

Esa noche, Turtle está sentada a lo indio con el AR-10 desarmado delante, el grupo de funcionamiento fuera del receptor, brillando rojo a la luz de la lumbre, sin el perno, la leva y el percutor. Ha vertido el disolvente de carbono en un vaso bajo. Es del mismo color que el whisky. Turtle moja un trapo en él, pensando: «¿y si Anna tiene razón y me da miedo el fracaso?». Piensa: «es curioso que Anna me diga lo mismo que Martin: que me da miedo el fracaso y que por eso me da demasiado miedo intentarlo. Es curioso que vean lo mismo en mí, mis dudas, esa inseguridad que me paraliza». Piensa: «los errores son inevitables, y si no quieres cometerlos, nunca serás capaz de lanzarte a hacer nada, tienes que dejarte de miedos, Turtle. Tienes que practicar ser rápida y decidida, o un día de éstos las dudas te joderán viva».

A la mañana siguiente baja la escalera, va a la cocina y se come unos huevos, y cuando ve a Martin por el pasillo, abrochándose la camisa de franela, le lanza una cerveza por encima de la encimera. Él la coge, la pone contra el borde de la encimera y hace saltar la chapa.

—No hace falta que me acompañes —asegura Turtle.

Él bebe, exhala y pone el botellín a la altura del corazón.

—¿Va todo bien en el colegio?

Ella abre otro huevo, se lo echa a la boca y tira la cáscara a la basura.

Durante la hora de estudio, en la clase del señor Krebs, va tocando las letras de las palabras del vocabulario con un percutor, que hace girar entre el pulgar y el índice. Detrás de ella, Rilke lleva puesto el impermeable London Fog, aunque hace demasiado calor. Elise está delante, inclinada para hablar con Sadie, ambas rubias y con un brillo de labios color cereza, las miradas maliciosas, los vaqueros con bordados y la camiseta igual: la de Elise roja, la de Sadie azul.

—Es una auténtica zorra —comenta Elise—. O sea, perra no, lo siguiente. Y por si te hacen falta razones, punto número uno: su padre es poli; punto número dos: su nombre debería pronunciarse Rilkey; y punto número tres: se echa en el pelo miel, o sea, y *aceite de jojoba*, a ver. Yo es que no puedo...

Turtle espera a oír qué es eso que Elise no puede, pero la cosa se queda ahí. Elise no puede. Turtle se siente perdida. Más que nada perdida, y le da lo mismo, es como ver una frase de vocabulario que no tiene sentido: «Rilke se echa en el pelo aceite de jojoba y Elise no puede». Turtle piensa: «¿qué es una jojoba? ¿Algún tipo de ballena?». Elise está poniendo el nombre de Rilke en una nota que acaba de escribir, que dice: «Se los rellena. Es que se *ve* que se los rellena. O sea, su madre le compró ese sujetador *push-up* para que les guste a los chicos, porque su madre no se da cuenta de que no le cae bien a *nadie* y de que todo el mundo ve que esas tetas rellenas de palo son feas y de palo». Dobla la nota, pasando el pulgar por el dobléz, se pone un poco de brillo en los labios y le stampa un beso, con gesto burlón, encantada. «Se pasea por ahí con su sujetador con relleno dándose tono, como si fuera una princesa. Pero yo se las he visto, y no son *nada*. Son tristes. Son tetitas de niña pequeña, encogidas y asquerosas, con pelos negros alrededor de los pezones». Sadie se está riendo a carcajadas, tapándose la boca con las manos. «Y todo el mundo sabe que se pasa las noches en vela llorando porque en el colegio la gente es mala con ella y cepillándose los pelos de los pezones con aceite de jojoba, probablemente, para que estén suaves como la seda cuando

Anna se los chupe.» Turtle lleva la Sig Sauer en los riñones, y por eso se ha puesto la camisa de franela. La nota, que sostienen entre dos dedos, como si fuera un cigarro, pasa de mano en mano hasta que llega a la parte de atrás de la clase, donde Rilke la desdobra, se inclina sobre ella y la lee. Se inclina más y más y no hace ningún ruido. «Lleva el impermeable puesto —piensa Turtle — por vergüenza.»

Por la tarde Turtle está de pie en el último escalón del porche, con la recámara de la escopeta abierta y humeante. En el jardín hay clavados palos con cartones espaciados, cada uno con su racimo de perdigones. Martin está sentado en la Adirondack.

—Me gustaría ir al baile —comenta Turtle.

Martin se pasa el pulgar por la mandíbula, sin dejar de mirarla.

—Me gustaría que me llevaras a comprar un vestido —añade.

Lo mira y piensa: «espero que entiendas lo que tú y yo tenemos juntos, los dos aquí, en la colina, y espero que sea suficiente para ti, espero que sea suficiente para ti, porque para mí lo es todo».

Él no dice nada, y Turtle deja el arma en la baranda y sale al jardín. Coge los cartones y los lleva al porche. Se inclina sobre ellos y mide la agrupación de disparos con un metro, anotando los resultados en una libreta, la agrupación y la distancia en incrementos de cuatro metros y medio. Martin la observa con un libro abierto en las piernas. Cuando termina de apuntar los números, Turtle coge la libreta y la escopeta, entra en casa y sube a su cuarto. Cierra la puerta y se apoya en ella. Saca la camiseta de Jacob y la extiende en el suelo. «No tiene nada —piensa—, es lo que es.» La camiseta está dura allí donde hay barro seco, y huele a zarza verde frondosa y, también, a Jacob. Y piensa: «tengo una única intención y un único propósito», pero no sabe ni la mitad de lo que hace, ni por qué lo hace, y no conoce su propia cabeza.

Turtle sueña que cae. Cae, y la escopeta se dispara en sus manos, y esa sensación, esa sacudida, la despierta de golpe. Se sienta en la cama, muda, la respiración acelerada, escuchando un pitido lejano, el sonido de sus células auditivas al morir. La casa huele a madera húmeda y eucalipto. El saco de dormir está arrugado y sudoroso, negro de grasa en algunas partes. Permanece a la espera, echándose de nuevo en la cama, despacio y sin hacer

ruido. Él abre la puerta, y Turtle pone buen cuidado en no moverse. La luz de la luna proyecta el rectángulo de la ventana en el suelo.

Él se acerca para cogerla en brazos, las manos callosas y secas, y Turtle se revuelve, soltando un pequeño maullido. Él la agarra, le quita el saco de dormir, la deja en el suelo, y allí se queda. Él no dice nada durante un rato, no la toca ni lo intenta, sino que se arrodilla a su lado en la oscuridad.

Turtle nota que él está magnificando y malinterpretando su resistencia, como suele hacer siempre, dándole más importancia de la que tiene, pero ella está callada por motivos odiosos e imprudentes, pensando: «que le dé toda la importancia que quiera, que crea que es más de lo que es». Se queda donde está, viendo cómo evoluciona el suelo, la luz de la luna que entra por la ventana y la tenue luz del fuego que entra por la puerta. Él se levanta, cruza la habitación y se queda junto a la ventana, contemplando la oscura ladera de la colina.

Turtle no sabe qué le pasa, pero lo nota, y se niega a admitir que no sabe qué es lo que le causa esa sensación, ni si está bien, así que sigue tumbada, muda e inmóvil, aferrándose a un motivo de queja que no es capaz de expresar, que ni siquiera es capaz de conservar en la cabeza. Le gustaría poder decirle a Anna que él no la ha convertido en lo que es. Que no la ha vuelto asustadiza, que no la ha aislado ni ha hecho que odie a las chicas.

—¿Qué pasa? —pregunta él. Y se da la vuelta, apoya una rodilla en el suelo y le mete el pelo detrás de la oreja—. ¿Qué pasa?

Ella aprieta los dientes.

—Vamos —dice él, con la voz peligrosamente impaciente, lo cual no hace sino reforzar la determinación de Turtle—. Háblame —le pide, todavía arrodillado. Ella permanece inmóvil—. Ratoncito —advierete—, no juegues a esto conmigo.

Como Turtle no responde, él se pone de pie y se acerca a la cama. Las armas en la pared, en sus soportes. Las mantas de lana bien dobladas. El saco de dormir con la cremallera abierta. Él coge el saco de dormir, coge las mantas, sopesándolos en las manos. Rodea la cama, se sienta a los pies. Abre el baúl. Turtle se incorpora, alarmada.

—Aja —exclama él, apretando los labios. Se inclina, revuelve en el baúl

y saca la camiseta. La sostiene como si no supiera qué es, se la lleva a la cara y la huele.

Turtle lo mira desde donde está, en el suelo. Él se yergue y sale por la puerta, con la camiseta en el brazo, y durante un instante Turtle no hace nada. Después se levanta de un salto y sale corriendo detrás de él, chillando:

—¡No, papi, no!

Salen al embarrado jardín. Los sensores de movimiento encienden las luces, iluminando el encharcado camino de acceso y la negrura que se extiende más allá, el barro saliéndole entre los dedos de los pies, la hierba helada. Su padre va hasta los bidones de casi doscientos litros en los que queman la basura, mete la mano en uno de ellos, lleno a rebosar, y saca el atizador, el brazo manchado de agua cenicienta. Sostiene el goteante atizador con el brazo completamente extendido y la camiseta enganchada en la punta. En la otra mano tiene un bote de butano, con el que rocía la camiseta de arriba abajo, sin decir nada, y Turtle corre hacia él y se le echa encima, dándole puñetazos en el pecho. Él planta los pies y aguanta los golpes mientras la camiseta se empapa de gas. Después abre el Zippo y acerca la flama al sucio trapo blanco. La camiseta se prende con un chasquido. Turtle para y ve cómo se ennegrece la tela, pedazos calcinados elevándose en el aire a su alrededor, envolviendo pequeñas pavesas brillantes. Giran un momento y caen, ensuciando la hierba y el barro, apagándose deprisa. La camiseta no se ha quemado del todo. Él sacude el atizador con desdén y la prenda cae al agua. Permanece un instante en la superficie y se hunde.

—Eres *mía* —afirma, y blande el atizador y le da en el brazo, y ella cae boca abajo en el barro, con el brazo izquierdo entumecido y la sensación de que se ha fracturado el hombro, e intenta ponerse en pie, se apoya en una mano para incorporarse, pero él le planta la bota en los riñones y la aplasta contra el suelo. Levanta el atizador, y ella piensa: «apártate, apártate, Turtle, por lo que más quieras, apártate», pero la bota no la deja moverse, y piensa: «tienes que apartarte..., tienes que apartarte», pero no se puede mover, y él le da con el atizador en los muslos, y ella pega una sacudida, sufre espasmos—. *Mía* —repite, la voz quebrándosele.

Turtle araña el barro, trata de incorporarse a pesar de la bota, pero no es



capaz. No puede permitir que la golpee con el atizador otra vez, no puede. Tiene el cuerpo dolorido. Es lo único en lo que puede pensar, y en su cabeza lo repite una y otra vez: «no, no, no, no», y lo único que existe es su impotencia, que le bloquea el cerebro, llenádoselo de un pánico absurdo, y a él ni siquiera parece importarle, inclinado sobre ella, aplastándola con el tacón.

—Eres mía —repite—, ¿me oyes, putita?, eres *mía*.

—Por favor, papi —suplica ella, uniendo las manos como si rezara, con la cara en el barro—, no, por favor, no, por favor, papi, no. —No puede verlo bien por el rabillo del ojo, encorvado, vacilante, y ella espera y piensa que ha terminado, pero entonces lo ve alzar el brazo de nuevo, y el terror ahora es como morder un cable de baja tensión, insoportable, y él le estrella el atizador con fuerza en los muslos, y el cuerpo de Turtle se tensa y se retuerce.

—Por favor —pide.

—Escúchame, Julia Alveston. Escúchame —contesta él, y lanza una estocada de tal modo que la punta le queda debajo de la mandíbula, y utiliza el gancho para levantarle la cara del barro—. Si crees que no me he dado cuenta de que estás *rara*... Si crees que no he notado cómo te apartas... Si crees que no he tenido mis sospechas...

—No —niega ella.

—Eres mía, darling —reitera él, y lanza el atizador al agua cenicienta y se aparta de ella—. Arriba —ordena. Turtle lo intenta. Apoya una mano, una rodilla—. Levántate de una puta vez —susurra. Turtle no cree que vaya a poder hacerlo, pero entonces piensa: «mete los pies debajo del cuerpo, Turtle. Mételos debajo». Se pone de pie, agarrándose al bidón de la basura, con todas sus fuerzas.

—Así me gusta, con los putos pies en el suelo —observa. Ella se pone recta—. Vete a tu cuarto —escupe—. Y si volvemos a tener esta conversación, si veo una sola pizca de duda en ti, de vacilación, créeme, te *follaré* con el atizador. —Turtle echa a andar, cojeando. Consigue llegar a duras penas a los escalones del porche, y Martin añade—: Y, darling...

Ella se detiene. No es capaz de darse la vuelta. Apenas puede mantenerse en pie.

—No vuelvas a caerte así nunca, ¿entendido? Como si te atropella un puto camión, me importa una mierda. Caes de pie. ¿Me has oído, darling?

Ella asiente, cansada. Entra por la puerta de cristal y sube la escalera, apoyándose en la pared con el hombro bueno, dejando escapar suaves gemidos de dolor. Va hasta su habitación cojeando, cierra la puerta y se tumba muy despacio en la cama. Cierra los ojos y la oscuridad se vuelve roja y dorada tras sus párpados. Piensa: «ésta soy yo. Ésta soy yo. Así soy yo y aquí es donde vivo». Piensa: «mi papi me odia». Después piensa: «no, no estoy siendo justa». Se queda dormida con ese pensamiento.

Cuando el alba toca su ventana con una luz grisácea, Turtle se levanta con dificultad. Se agarra al baúl, doblada en dos, respirando dolorosamente por la boca, con los dientes apretados, pero logra ponerse de pie. Piensa: «no me voy a caer». Camina acompasadamente, a duras penas, hasta la puerta. Baja la escalera haciendo un esfuerzo supremo, paso a paso, haciendo una mueca de dolor. Martin está en la puerta de la cocina, abierta, mirando hacia el porche trasero, cuando ella entra en la cocina. Turtle abre la nevera y saca su cartón de huevos y una cerveza. Se da la vuelta y le lanza la cerveza. Él la coge y la abre con los dientes, haciendo una mueca al morder la chapa. Bebe de pie, sosteniendo el botellín contra el pecho. Turtle levanta un huevo, lo casca, se lo echa en la boca y tira la cáscara a la basura. Martin se acerca y le ofrece la cerveza. Ella bebe y se limpia la boca con la manga. Se la devuelve, y él bebe un trago y suspira satisfecho. Turtle va por la mochila, cada paso un suplicio, se arrodilla y, con gran dificultad, se pone las viejas botas militares. Le cuesta abrir la puerta de cristal corredera, usando sólo la mano derecha, y enfila el camino de acceso para coger el autobús. Él la sigue hasta el arranque del camino. Se quedan parados juntos al lado de la carretera.

—No hace falta que me acompañes —observa ella.

—Ya —contesta él.

En el silencio casi absoluto de la mañana, Turtle se apoya en el buzón, sorbiéndose la nariz y haciendo muecas de dolor. Cuando por fin llega el autobús, su cojera atrae miradas de ambos lados del pasillo. Se mueve con cuidado, apoyando las manos en el respaldo de los asientos. Pasa junto a Rilke, que se da la vuelta, la mira y le pregunta:

—Julia... ¿Estás bien?

Turtle se detiene, el odio acumulándose en su interior, odia que Rilke, que es guapa, que tiene un precioso pelo liso, suave y brillante por la miel y el aceite de jojoba, cuyos padres la quieren y que tiene horquillas y brillo de labios y todo cuanto pueda necesitar; Rilke, para la que todo es tan fácil; Rilke, que irá al instituto, sin lugar a dudas, y que fascinará a Jacob y a Brett y a todos los demás con su deslumbrante cerebro y sus bolígrafos brillantes y su manera cuidadosa, esmerada de hacer las cosas; esta Rilke, que tiene una vida de ensueño, que tiene la suerte de estar por encima de Turtle en virtud del inescrutable orden de las cosas; Turtle odia que esa Rilke la vea débil y cansada, que vea que su papi la odia, que vea que Turtle no tendrá novio nunca, que no tendrá nada nunca, así que se vuelve despacio y mira a Rilke, en su cara un rictus de repulsión y desprecio, y espeta:

—Qué sabrás tú de nada, tetona.

Una carcajada recorre el autobús, los que estaban escuchando, y Turtle ve cómo la confusión da paso a la ira y luego al dolor, y Rilke se abraza el cuerpo, subiéndose el impermeable rojo por los hombros, y se inclina sobre su libro, abriendo la boca como para decir algo, pero sin que se le ocurra nada que decir.

Turtle da media vuelta, sigue andando, y piensa: «ésa no soy yo, yo no soy así, así es Martin, eso es algo que hace Martin: el don que tiene para averiguar lo que odias de ti misma y ponerle nombre». Piensa: «Dios, eso ha sido mucho más propio de Martin, su desdén, su condescendencia, que de mí». Se aleja por el pasillo, cojeando, se sienta y pega la cara al asiento de vinilo de delante. Piensa: «eso es lo que más odio de él, lo que critico, y cuando me hizo falta utilizarlo, me salió con facilidad». «Dios —piensa—, Dios.» Y después piensa: «¿y qué?, ¿y qué si soy misógina? De todas formas nunca me han caído bien las mujeres».

Anna, delante de la clase, dice:

—Número uno. «Exacerbar.» Deletreadla, definidla y utilizadla en una frase, por favor.

Turtle se pone a escribir. Piensa: «esto no se te da bien», y después piensa: «¿y si nunca te tirasen al suelo y siempre hicieras todo lo posible por

estar de pie y en vez de ser una zorra opusieras resistencia?». Y piensa: «tienes el cuchillo del abuelo, y él no te lo habría dado si no pensara que eres una luchadora y no una cobarde, aunque hayas sido una cobarde y lo vayas a volver a ser, quizá no seas solamente eso, ¿y qué pasará si no permites que nadie te tire al suelo nunca?», y piensa: «haría falta muchísimo valor para llegar a ser más de lo que Martin cree que puedo llegar a ser. Quizá no tenga por qué ser lo que él cree que soy, y quizá él me odiase de todos modos. Quizá me odie y me ame haga lo que yo haga, y no importe mucho. ¿Para qué estás pensando? La diferencia estriba en que hoy has estudiado y estás lista para hacer frente a esto, y antes no habías estudiado, y el heroísmo no llevó nunca a nadie a ningún sitio a menos que se lo hubiese currado». Piensa: «pobre Turtle, qué difícil es la vida que tienes. ¿Por qué no lloras?». Piensa: «¿por qué no te vas y te echas a llorar y no haces nada para mejorarla y no vuelves a ver a Jacob? Así podrás quedarte llorando y llorando como la putita que eres». Se pone a escribir:

1. Exacerbar. Empeorar un problema. Ser una zorra cobarde no hace sino exacerbar la situación.

Sonríe mirando el papel y después mira a Anna, todavía sonriendo. Turtle piensa: «¿lo ves?, lo único que tienes que hacer es dejar de fracasar». Piensa: «te va a gustar esta frase, Anna. Te va a gustar mucho».

Ante la clase, Anna continúa:

—«Recalcitrante.» Deletreadla, definidla y utilizadla en una frase.  
Recalcitrante.

Turtle escribe:

2. Recalcitrante. Obstinado, aferrado a una opinión. Soy una alumna recalcitrante y eso no me ha servido de mucho, pero en otras cosas sí me ha ayudado, y ello ha hecho que me cueste dejar de serlo.

Durante el resto de la prueba, Turtle escribe concentrada y con ganas. Cuando terminan, intercambian los exámenes. Turtle le pasa el suyo a Taz y, en la primera pregunta, Taz alza la mano y dice:

—Anna... No sé si esta frase es apropiada. —Mira a Turtle—. No sé si

vale.

Anna, delante de la clase, enarca las cejas, esperando a oírla.

—No sé si la debo leer —vacila Taz.

Anna se acerca a Taz, se sitúa detrás y mira el examen. Se echa a reír. Mira a Turtle.

—Sí, Taz. Ya veo a qué te refieres. Ha utilizado bien la palabra, así que la daremos por buena. Y, Julia, quiero que te quedes después de clase.

Turtle sabe desde ya que no lo hará. Si se queda, Anna se dará cuenta de lo maltrecha que está.

—¿Qué ha escrito? —pregunta Elise.

—Sí —inquire Rilke—, ¿cuál es la frase?

Anna levanta la cabeza, mira a sus alumnos y responde:

—Da lo mismo. Siguiendo palabra. «Recalcitrante.» ¿Alguien?

Turtle no deja de mirar a Taz para ver cómo lo hace, observa mientras Taz, con la boca fruncida, pone una C de «correcto» junto a cada palabra y, en la parte superior, escribe 15/15. Turtle mira a Anna, una mirada rápida, triunfal, y piensa: «¿lo ves?, perra, puta», pero lo deja ahí, porque Anna siempre ha creído en ella y era la propia Turtle la que no creía en sí misma, y aunque a Turtle no le caiga bien Anna, no piensa decir mentiras de ella. «Bueno —piensa—. Supongo que tenías razón, pero eso no significa que me caigas bien.» Cuando suena el timbre, Anna recoge los controles y vuelve a su mesa; se inclina sobre el montón, leyendo y sonriendo. Mientras todos los alumnos se ponen de pie y sacan las mochilas de debajo de las mesas, Turtle se levanta, se mezcla con ellos, cojeando, y se marcha antes de que Anna se lo pueda impedir.

Esa noche está tumbada en la alfombra persa ante la lumbre, apoyada en un codo, leyendo las palabras del vocabulario de la semana siguiente. El fuego es el corazón del cuarto, los bordes oscuros para los ojos deslumbrados de Turtle, hay un hueco de cinco centímetros entre las piedras del hogar y el suelo, porque la casa, sobre sus pilares de secuoya, se ha ido alejando de la chimenea con el tiempo. Descollando sobre ella, Martin contempla las llamas. Su atención está fija, las pupilas sendos alfileres, la cara tan curtida como un nudo de árbol vetusto.

Turtle se centra de nuevo en la ortografía. Después deja de hacerlo y se vuelve para observar a dos salamandras marrones, con motas doradas, que salen del fuego. Avanzan con cuidado, torpemente, por las piedras del hogar, lentas y al parecer ilesas. Turtle mira a Martin y luego a las salamandras. Las coge, húmedas y resbaladizas, sale con ellas por la puerta y cruza el campo hasta el montón de leña protegido por lonas. Se agacha y las deja entre los troncos, donde siguen reptando. A su alrededor, en la quebrada y en el campo, las ranas cantan a coro. Observa la casa, donde la lumbre ilumina débilmente la ventana, y mira hacia el océano oscuro y la carretera, que la curva de la colina le impide ver.

Turtle ve al abuelo esperando en el lateral de la secretaría del colegio, apoyado en la madera, con sus vaqueros, sus pequeñas pantuflas de cuero con pequeñas borlas de cuero y su gran chaquetón Carhartt, en el bolsillo una botella de Jack en una bolsa de papel. Una riada de alumnos está pasando por delante de camino al jardín delantero, adonde llegarán los autobuses. Rilke salva corriendo la distancia que separa la biblioteca del autobús, seguida de gritos: «¡Eh, tetona!». Turtle va hacia su abuelo, cojeando. Se hallan entre dos edificios, en medio de la corriente. Él la mira, le pasa una mano por los hombros y la estrecha contra sí. Turtle hace una mueca de dolor, respirando contra su pecho, la camisa de franela grisácea, los calzoncillos largos. Tiene una mancha de café en la pechera, en la parte izquierda. En el bolsillo de la camisa, los caramelos de tofe que le gustan. Ha pasado una semana desde la paliza, pero los moratones siguen ahí, y Turtle se avergüenza de ellos. Su abuelo lleva una gorra de béisbol que pone «VETERANO», y ella se estira, se la quita y se la pone.

—Hola, guisantito —saluda él.

—Hola —responde ella, mirándolo, sonriendo, subiéndose la visera de la gorra y ladeándola.

No le sorprende verlo, pero, así y todo, es mala idea. Eso es lo que hace el abuelo cuando ella no va a la caravana. Va a la licorería, al Village Spirits, con su pequeña fachada de tablillas, a los pies de la colina, y después al colegio, y la espera junto al muro, porque tiene que pasar por delante por fuerza para coger el autobús. Su abuelo nunca permite que se aleje mucho

tiempo.

La lleva hasta la herrumbrosa Chevy, que ha dejado en el aparcamiento reservado a los profesores. Turtle cojea. El abuelo no dice nada. *Rosy* pega un salto y asoma su cara feliz, estúpida, por la ventanilla del copiloto. «Ay, viejita», comenta el abuelo, y abre la puerta mientras *Rosy* corretea por el asiento, lamiéndose su propia cara. Turtle sube y deja la mochila a sus pies. En los portavasos, el abuelo tiene un vaso Big Gulp lleno de pipas de girasol y una botellita de Tabasco. *Rosy* se sube torpemente al regazo de Turtle, meneando el rabo por la emoción. Tiene las uñas sucias y largas.

—¿Qué tal en el colegio? —pregunta el abuelo.

—Bien —responde ella.

El abuelo mete primera y salen del aparcamiento. Enfilan la calle Little Lake, bajo setos de ciprés, giran a la izquierda en el cruce y cogen la carretera que bordea la costa. Turtle se inclina hacia el suelo y saca los cables de arranque, jerséis viejos y, debajo, un revólver .357 en una funda de cuero. Abre el tambor, lo hace girar, mira por el cañón y lo cierra. El abuelo se abre el chaquetón y saca el Jack en la bolsa de papel, lo sujeta entre las piernas, desenrosca la tapa y bebe un trago.

—¿Llegaste a invitar a aquel chico al baile?

—No —contesta ella.

El abuelo la mira.

—¿No?

—No —confirma Turtle.

—Pues muy mal —se lamenta él.

—La cagué —confiesa Turtle.

Salen del pueblo, cruzan el puente del Big River y continúan por la Carretera 1, dejando atrás la playa Van Damme. Van a Buckhorn Cove. Son poco más de seis kilómetros, seis minutos en coche, pero a ellos les llevará más. El abuelo coge las curvas despacio, la bolsa de papel entre las piernas. Siempre conduce despacio cuando está borracho. En la playa, una única chica con traje de neopreno está arrastrando un kayak por los guijarros, y a Turtle le viene a la cabeza Anna.

—¿Cómo la cagaste? —pregunta él, mirándola.



—No tengo narices —responde ella.

—Pues claro que tienes narices. Puede que otra cosa no, pero narices tienes.

—Me rajé.

—¿Todavía estás a tiempo?

Turtle se asoma por la ventana. El baile es dentro de una semana. El pelo latiguea, se enreda y ondea formando serpentinas. Dispara tres veces contra una señal que advierte de la presencia de ciervos; dos de ellos dan en el cuerpo negro del animal, y el tercero cerca.

—No dispires desde el coche, guisantito —pide el abuelo, sin acalorarse.

—¿Cómo era Martin cuando tenía mi edad? —pregunta ella.

—Un salvaje. Siempre andaba metiéndose en líos, y no había quien lo parara. Pero déjame que te diga una cosa: quería a tu madre, sí, señor, la quería más que a nada en el mundo. Esa muchachita pálida. Helena. Pues sí. *Helena*, y todo mundo la llamaba Lena. —El abuelo le da un sorbo a la botella.

Dejan la carretera y se detienen en el arcén, a los pies del monte Buckhorn, justo en el arranque del camino que lleva a su casa. El abuelo tira del freno de mano y apaga la camioneta. Se baja y le abre la puerta a *Rosy*, diciendo: «vamos, vamos», mientras la perrita lo mira boquiabierta y se mueve con nerviosismo cada vez que dice «vamos».

Turtle coge un cubo naranja de la caja de la camioneta y baja con el abuelo por el sendero de arenisca hacia la playa, los acantilados recubiertos de aguileñas, el tallo fino y encorvado. El arroyo Slaughterhouse sale por una tajea a una depresión enfangada en la que los quelpos que se han quedado atrapados son incoloros y blandos como *noodles* pasados. En el agua, las grandes piedras azules redondas que llaman bolas de bolera entrechocan.

El abuelo tiene que engatusar a *Rosy* para que baje a la playa, se da con las manos en las rodillas y exclama: «¡Vamos, pequeña!». Cada vez que lo hace, *Rosy* da un salto hacia delante, pero cambia de opinión. Cuando por fin deja el sendero y pisa la arena, da una vuelta alrededor de los dos, veloz y nerviosa.

Camina por la arena trabajosamente. Frente a la cala hay una isla

cubierta de alforfón y castillejas, socavada de cuevas marinas, de la que brota un bufón que lanza agua blanca al aire. El abuelo y ella llevan yendo a esa playa desde que a Turtle le alcanza la memoria. Ahí murió su madre, y en algún lugar sus huesos se desmoronan entre las piedras. Turtle mira al abuelo. El viento le levanta el fino cabello gris, despeinándolo. Frunce el ceño de mala manera, no porque esté enfadado, sino porque las mejillas le tiran de la cara.

Suben a una calzada de piedra que se adentra en el mar, justo por encima del agua. La piedra tiene las marcas negras del hierro fundido, y las pozas de marea han dejado anillos de sal costrosos. De los peñascos de arenisca que se yerguen a su alrededor brotan manantiales que esculpen senderos de algas verdes greñudas, en los que ranas diminutas contemplan el océano. En la punta, un bosque de palmeras de mar que les llegan por la rodilla remata el largo brazo de piedra. Caminan hasta llegar a un pozo profundo excavado en la roca y lleno de agua revuelta que se une al océano por angostos pasadizos subterráneos.

La poza mide casi dos metros de ancho y tiene una profundidad de más de cinco. La habitan peludas algas coralinas color púrpura y mejillones arracimados, las grietas atestadas de cangrejos, el mayor de los cuales mide unos quince centímetros de ancho y el más pequeño es del tamaño de una moneda de diez centavos, con rayas negras y pinzas rosas, las articulaciones de un amarillo cartilaginoso. Cuando las olas los dejan al descubierto, hacen chascar la boca amarilla barbada y expulsan burbujas de agua.

El abuelo y Turtle se sientan en el borde de la poza y se quedan contemplando su espectral profundidad. Rosy da la vuelta a la roca un instante y después, exhausta, se tumba junto a Turtle, dejando a la vista el vientre color rosa, cubierto de pelo hirsuto. Turtle se pone a espulgarla, coge los bichejos y los tira al agua, donde permanecen rizando la superficie azul ginebra y trazando minúsculos círculos espásticos con las patas hasta que un cabracho emerge de la oscuridad invisible y los engulle. Parece tan viejo como el mundo mismo, con su boca enorme y desagradable, las articulaciones destacando en la estructura de la cabeza, los ojos enormes y reflexivos, medio velados. Turtle se pregunta si notará la fría corriente que

fluye bajo las cuevas, y, de ser así, si alguna vez habrá seguido esos túneles oscuros que descienden hasta la negrura, donde las anémonas alargan sus tentáculos pegajosos, levemente luminosos, y donde podría ver la terrible, oscura estructura que conforma la base de su mundo.

El abuelo extiende una mano.

—¿Cómo está el cuchillo, guisantito? ¿Te está cuidando?

Turtle mira la poza un buen rato, con expresión huraña. Al cabo saca el cuchillo, lo lanza al aire para agarrarlo por la hoja en lugar de por la empuñadura y se lo ofrece al abuelo por el mango. Él se inclina, lo coge y examina la hoja de acero, mellada por la afiladora. Lo prueba contra el pulgar.

—Vaya, vaya. Vaya, vaya. —Hay marcas de óxido en el acero.

Ella quiere que él entienda que aprecia el cuchillo y que tenía intención de cuidarlo. Quiere que lo sepa.

—Siento lo del filo —se disculpa.

El abuelo se encoge de hombros, como si no importara, el rostro refleja de manera sutil su dolor, se siente herido y desilusionado, de manera resignada y compleja. La mira sin verla, contemplando las olas, abriendo y cerrando los ojos como un viejo.

Turtle se plantea contarle que Martin se lo quitó y lo afiló, pero no dice nada, porque no hay nada que pueda decir, y porque a su abuelo nunca le han gustado las excusas y las explicaciones. Sospecha que, viendo el cuchillo, es posible que sepa más o menos lo que pasó. Sigue acariciándole la barriga a Rosy, que levanta una pata para facilitarle las cosas, la pata moviéndose un tanto.

—Menuda vieja pelleja, Rosy, no tienes dignidad, ¿verdad que no? —comenta el abuelo—. Mírala. Mírate, Rosy, menuda puta estás hecha; date la vuelta, anda. —Rosy alza la cabeza, mueve los ojos para mirar a Turtle e intenta lamerle el brazo dos veces antes de volver a tumbarse.

El abuelo le devuelve el cuchillo, ofreciéndole la empuñadura. Turtle lo guarda, humillada a más no poder. Luego se levanta y coge el cubo. El abuelo se queda sentado, mirando la poza, y observa:

—Escucha, guisantito, no importa, lo importante es que... Dios mío, mira

qué *bicharraco*.

Turtle se vuelve y sigue la mirada del abuelo. En la poza hay un cangrejo enorme, grande como un plato, que se mueve con dificultad por el fondo cubierto de algas, agitando las erguidas pinzas en el agua.

—Por Dios —dice el abuelo—, ¿alguna vez has visto un cangrejo así?

Turtle se quita la camiseta, se desabrocha los pantalones, se deshace de ellos y se zambulle en la fría agua. Oye que el abuelo le grita, pero se sumerge, la presión y los remolinos cada vez mayores. Nota las corrientes de agua fría que succionan pasadizos que se abren en la roca a su alrededor. Mueve las piernas laboriosamente, bajando, y abre los ojos a esa oscuridad verde que le provoca escozor. Distingue a duras penas el cangrejo, en sombra y distorsionado, avanzando de lado por la roca, y va tras él, sin parar de mover los pies para mantenerse en el fondo. Acto seguido agarra el frío, firme caparazón, da una voltereta en el agua y se impulsa hacia arriba envuelta en el penacho de su pelo, adentrándose en un pasadizo de roca negra salpicada de aberturas sinuosas que escupen o succionan agua, las algas moviéndose rítmicamente, entrando y saliendo, con esa respiración trabajosa, una ilusión óptica convirtiendo la superficie de la poza en un espejo movedizo, y aunque debería mirar hacia arriba y ver a su abuelo inclinado sobre la poza, no es capaz de hacerlo. Sólo ve el túnel oscuro que sube y sube y se abre como a otro mundo, un aro de plata que sube y baja y salpica, tan ajeno a Turtle como el núcleo de una estrella. Es como si ese aro reflectante fuese una escotilla por la que pudiese salir a otra vida.

Cierra los ojos y sube a tientas, valiéndose del recuerdo de lo que ha visto, recreando en su cerebro esa lámina de plata móvil, y poco después la atraviesa, coge aire en el soleado día, rodeada por todas partes de roca negra, y a lo lejos, el océano resonando contra los acantilados y las piedras puliéndose con el oleaje. Arriba, el abuelo y *Rosy*, juntos, están inclinados sobre el borde, ambos con expresiones idénticas de sorpresa y miedo, las cejas enarcadas y las bocas abiertas, los dos con los ojos como platos, moviéndose inquietos.

—Aquí, guisantito, aquí —advierte el abuelo, y le ofrece el cubo. Turtle echa en él el cangrejo, respirando hondo, esbozando una sonrisa torcida—.

Madre mía, mira eso —halaga el abuelo, dando un paso atrás, y Rosy también se aparta del borde—. Menudo bicho, tiene un montón de carne.

Turtle tiene el cuerpo dentro de la agitada agua, el pelo pegado a la cabeza, lustroso como el de una foca. Le duelen las piernas. Se agarra al lateral de la poza y mueve los pies lo menos posible, sumergida lo bastante para que el hombro morado y verde permanezca bajo el agua.

El abuelo la mira y le pide:

—Coge unos mejillones y ya tenemos la cena.

Le pasa el cuchillo, y Turtle lo coge y se lo lleva a la boca, mordiendo el lomo y sosteniéndolo así. Agarra los mejillones con una mano y corta las barbas con la otra. Cuando tiene llena la cuarta parte del cubo, se lo da al abuelo, y a continuación toma impulso y sale de la poza, chorreando. Se queda de pie con sus braguitas rosas, el cuchillo aún entre los dientes.

El abuelo se levanta con paso vacilante, las rodillas cediéndole, y le pide:

—Julia, date la vuelta.

—¿Cómo? —contesta ella.

—Julia, ¿qué es esto? —Se acerca a ella y le toca el brazo allí donde el moratón del atizador es una línea negra y verde, el primer golpe que le dio Martin para tumbarla.

—Sólo es un cardenal, abuelo —le quita importancia ella.

—Date la vuelta —insiste.

—Abuelo —replica ella.

—Que te des la vuelta, guisantito —repite.

Hace lo que le pide, y el abuelo exclama:

—Cielo santo.

—Sólo son cardenales.

—Cielo santo. Cielo santo —se alarma él.

—No es nada, abuelo, no importa.

—Cielo santo —repite mientras se vuelve a sentar, temblando.

Turtle va por sus vaqueros, los coge y los desdobla. Empieza a ponérselos con movimientos bruscos.

—¿Cómo te has hecho esos moratones? —quiere saber.

—Sólo son cardenales —aduce ella.

—¿Cómo te los has hecho?

—No es nada —contesta Turtle—, en serio.

—Por Dios, es como si te hubieran dado con una vara de hierro.

—No importa.

—Cielo santo —sigue diciendo él.

Turtle se abrocha los pantalones y se sube la cremallera.

—Abuelo —dice—, a mí no me importa, no es nada. En serio.

—¿Cómo te los has hecho?

—No es nada —asegura ella—, no importa. De verdad.

—Está bien, guisantito —se da por vencido el abuelo, levantándose con dificultad—, te llevaré a casa.

Van por la camioneta, Turtle cojeando de mala manera, los vaqueros pegándosele a las piernas mojadas, la silueta de las empapadas braguitas marcándose en la tela vaquera, el cubo con agua golpeándole las rodillas. Rosy corre delante y vuelve con ellos, se para delante, con las patas agarrotadas y una sonrisa bobalicona.

—Ay, viejita —comenta el abuelo.

Suben por el sendero que los lleva de vuelta a la carretera, y Turtle mete el cubo, lo deja en el suelo, ante el asiento, y sube. El cangrejo consigue encaramarse a los mejillones. El abuelo logra engatusar a Rosy para que se suba a la camioneta y después se monta él. Arranca, se queda sentado con el motor al ralentí, se retrepa en el asiento y coge y suelta el volante, diciendo:

—Santo Dios.

Salen a la carretera y, al cabo de unos cinco metros, suben por el camino de grava lleno de baches que lleva a la casa, la camioneta dando bandazos y sacudidas en las roderas, el cangrejo entrechocando con el cubo mientras Rosy se aovilla, exhausta, y mira a Turtle enarcando las cejas, como si suplicara. El abuelo bebe un trago largo de Jack Daniel's y conduce con una mano, mirando de vez en cuando a Turtle, que está sentada con las manos unidas entre las piernas, contemplando la pradera y los pinos contorta por la ventanilla del copiloto.

Cuando llegan al cruce en el que arranca la pista de tierra del abuelo, justo por debajo del manzanar que lleva al campo de frambuesas y el otro

camino conduce a la casa, el abuelo se detiene. Turtle coge el cubo y se baja. El abuelo se inclina hacia ella y le dice:

—Dile a Martin que iré a cenar.

Turtle se queda parada junto a la camioneta. Que ella recuerde, el abuelo no ha ido a cenar nunca. Se limita a asentir.

Después él se aleja, y Turtle se queda con el cubo en las manos, viendo cómo se marcha. Coge las botas, atadas por los cordones, y se las cuelga del cuello. Luego empieza a subir la colina, cojeando, el cubo dándole en la pierna, pensando: «eres una perra imprudente, imprudente, imprudente».

# 12

Hay marcas verdes del agua en la porcelana de la bañera, enorme y con patas con forma de garra. Los grifos y las tuberías, de cobre, están embutidos en agujeros toscos practicados en las tablas de madera de secuoya, aperturas irregulares devenidas en nidos de araña cubiertos de telarañas y llenos de sacos de huevos del tamaño de bolas de algodón y restos de arácnidos, habitados por una enorme viuda negra, tan hinchada que, cuando camina por el suelo, arrastra su mole tras ella y va dejando una estela en el polvo, una criatura a la que a Martin le gusta llamar: «*Virginia Woolf*, esa perra odiosa».

Sobre la bañera, un ventanal da al arroyo Slaughterhouse, los pinos cubiertos de líquenes, las zarzas que trepan desde los helechos de espada. La ventana está mal sellada, el dintel abombado y negro de podredumbre. A lo largo del alféizar crecen setas rojas, el sombrerete salpicado de blanco allí donde está roto.

Turtle oye a Martin, que deja las bolsas de la compra en la mesa de la cocina y después entra en el cuarto de baño. Se sienta en la silla de madera que hay junto al lavabo con dos botellines de Old Rasputin cogidos como si tal cosa con una manaza. Turtle se hunde en la bañera de forma que sólo le quede fuera del agua la cabeza, escondiendo el hombro verde y morado.

Él lanza un suspiro, pone la chapa de los botellines contra el brazo de la silla y abre uno y después el otro dando un golpe con la palma de la mano. Acto seguido apoya las botas en el borde de la bañera y mira más allá de Turtle, hacia los pinos del arroyo Slaughterhouse. Sujeta una cerveza entre los muslos y le ofrece la otra a ella. La anima a que la coja señalándola con la



cabeza. Turtle la acepta y bebe del botellín, mirándolo de soslayo, resentida. Él está ordenando sus pensamientos, pasándose los dedos por la barba incipiente, con un raspar discontinuo.

—La cagué, ratoncito. ¿Vale?

Ella se sumerge más en la bañera y lo observa.

—Darling..., a veces no soy una buena persona. Lo intento, por ti, ¿sabes?

—Entrelaza y suelta las manos, le enseña las palmas.

—¿Por qué no eres bueno? —pregunta Turtle.

—No sé, ratoncito, supongo que lo llevo en la sangre.

Ella bebe otro trago de cerveza y se aparta de la cara mechones de pelo mojados. Lo ama. Cuando está así, y Turtle ve cómo lo intenta por ella, incluso el dolor es algo valioso para ella. No soporta que nada lo decepcione y, si pudiera, lo envolvería en su amor. Deja la cerveza entre las setas. Se lo quiere decir, pero no es capaz de reunir el valor para hacerlo.

—El abuelo dice que quiere venir a cenar —informa.

—Ah, bien, me alegro —replica Martin—. He traído unos huesos de vaca, y he visto los mejillones y ese cangrejo enorme. Hay suficiente para darnos un banquete.

Turtle se echa champú en la mano y se lava con él el pelo.

—Ratoncito —añade él—, eres un ser humano de una belleza brutal. Mírate.

Turtle se ríe, mirándolo con la melena hecha un ovillo en la cabeza, llena de espuma. Papi le indica que se acerque, ella obedece y él le pone los fuertes dedos en el pelo y le masajea el cuero cabelludo. Turtle cierra los ojos, la cara hacia el techo, del que cuelgan cortinas de telarañas.

—Dios, darling —exclama mientras la enjabona con el champú—, eres la cosa más bonita del mundo. ¿No te lo he dicho nunca? La más bonita. —Ella levanta los brazos, se estira, y el agua le baja en gotas trémulas de los antebrazos a las axilas, y piensa: «qué buenos son el placer y la comodidad».

Martin termina de lavarle el pelo y Turtle se queda con el cuello apoyado en el borde de la bañera, mirando al techo, y él se inclina y le besa un párpado y luego el otro.

—Adoro este párpado, y éste —afirma. Le besa el caballete de la nariz—.

Y esta nariz. —Le besa la mejilla—. ¡Y esta cara! —Ella le echa al cuello los brazos llenos de espuma, el rasposo mentón de él contra su suave barbilla.

Después Martin se separa y se disculpa:

—Ay, ratoncito, lo siento mucho, muchísimo.

—No pasa nada, papi —asegura ella.

—¿Podrás perdonarme?

—Sí —responde Turtle—, te perdono.

Se vuelve a hundir en el agua, pensando y estremeciéndose por dentro al imaginar lo que puede pasar si el abuelo trata de contar lo que vio, y sabe que debería sacar a relucir el tema. Los defectos de Martin son un secreto entre los dos, y Turtle tiene la sensación de que ha vulnerado esa intimidad. No puede soportar que nadie más vea algo que él ha hecho mal. Se pone de pie en el agua y se escurre el pelo por mechones.

Sale de la bañera y ve su figura reflejada en el ventanal, Martin detrás de ella, inclinado hacia delante en la silla, entornando los ojos, rascándose el lateral de la mandíbula con el pulgar, y los dos mirándola, las largas piernas con moratones negros y verdes. Coge una toalla del toallero, se envuelve en ella y pasa por delante de él, cojeando y dando pasos cortos. Él se vuelve para mirarla, el ojo izquierdo al parecer más triste que el derecho, la cara surcada de arrugas de amor y preocupación, y ella sube la escalera para vestirse, cada poro lleno de su amor, grande y feliz con él, y pensando, vengativa: «que sea lo que Dios quiera». Tiene que inclinarse para coger la ropa de las baldas, exhala despacio, dolorida, y se viste con parsimonia, tardando bastante tiempo, y cuando termina, se queda mirando por la ventana, mordiéndose el labio. Piensa: «no, no llegará la sangre al río». Contempla la colina, en algunas partes una exquisita extensión de fleo y avena silvestre; en otras, tomada por plumeros y árboles invasivos, junto al camino los rábanos en flor, morados y blancos. Es incapaz de concebir que su vida pueda cambiar, es incapaz de concebir que lo que suceda esa noche pueda influir en algo, es incapaz de concebir que pueda salir mal. Toda su vida, el curso de su vida, la gente que forma parte de ella, se le antoja inmutable, y puede que haya dificultades y puede que haya palabras, pero eso no cambiará nada.

Baja la escalera y Martin no está en la cocina. Lo encuentra en la

despensa, entre los armeros, los paneles de las paredes llenos de herramientas, los estantes de acero con cajas de munición, cajas de cartuchos, un palé con platos de barro para practicar el tiro contra la pared. Apoya la cadera en la jamba. Martin mete la mano en el cubo del carnicero, el agua sucia, rosada, saca los sanguinolentos huesos de vaca, que chorrean agua, y los deja junto a la sierra de mesa. Enciende la sierra, que traquetea y acaba soltando un rugido, y Martin va pasando por ella un hueso tras otro, empujándolos con cuidado hacia la hoja con el pulgar y el índice, entornando los ojos debido al polvillo blanco y el agua sanguinolenta que saltan. Los huesos se parten en dos y llenan la mesa, y Martin no apaga la sierra hasta haberlos cortado todos a lo largo. Después los lleva a la cocina, les quita el polvo bajo el grifo, los coloca en una bandeja y los mete en el horno. A continuación coge el cangrejo vivo con unas pinzas y lo mete también en el horno. Turtle oye cómo corre el cangrejo por la bandeja. Martin echa el cubo de mejillones en un colador esmaltado azul y empieza a arrancarles las barbas, cogiéndolos de dos en dos y frotando los sellados labios en diagonal, uno contra el otro, como si de un tosco remedo de besos se tratase, el ceño fruncido, tranquilo. Es la máxima expresión de felicidad que Turtle le conoce, de cuando en cuando mirándola y sonriéndole encantado. Echa nata y caldo de pollo en una sartén, que pone al fuego. Pica cebolleta en la tabla de cortar, muele pimienta negra en grano con un molinillo antiguo, corta en cuatro y exprime un limón. Añade los mejillones del colador a la sartén, se apoya en la encimera y observa a Turtle. Tapa la sartén con otra sartén para hacer los mejillones al vapor. Oyen al cangrejo, que corretea por el horno.

Encuentra un cuchillo de pan con manchas de óxido y se queda quieto, apoyado en la encimera, mirándolo.

—Hay que joderse —exclama—, mira, ni siquiera he utilizado esta mierda y está oxidada.

Turtle frunce la boca, y Martin tuesta el pan en una sartén de acero inoxidable. Prepara una ensalada con rábanos, ajo, cebolleta y perejil, que aliña con zumo de limón, aceite de oliva y sal marina. Esperan en silencio, papi viendo cómo se abren los mejillones y Turtle sentada a lo indio. Al cabo de un rato, abre el horno, saca la bandeja y, con ayuda de unas pinzas,

dispone en forma de rejilla los huesos en la tabla de cortar. Luego retira el cangrejo aovillado y muerto del fondo del horno y lo pone boca arriba junto a los huesos. Sirve el pan tostado encima y lleva la tabla al centro de la mesa. A lo largo de los cortes de los fémures, la grasa se ha chamuscado, formando una película de color marrón grisáceo, mientras que el tuétano del interior está aceitoso y líquido, burbujeante, haciendo que la piel se ondule y se mueva como si fuese algo vivo.

—Limpia esta mierda —ordena a Turtle, y ella se levanta y empieza a retirar los botellines de cerveza, los casquillos, los ceniceros y los distintos libros que hay en la mesa: *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, *El ser y el tiempo* y *Los presocráticos*, de Barnes.

En la cocina, Martin pasa los mejillones a una ensaladera y Turtle coge los desaparejados cubiertos de plata y los pone en la mesa. Martin baja los platos y los cuencos de Bauer de un estante alto. Tienen una gruesa capa de grasa y polvo. Los limpia con un trapo, diciendo, absurdamente:

—Que no se diga que no saqué la porcelana fina para nuestro distinguido patriarca, darling, que no se diga.

—Has cocinado un montón, papi —comenta Turtle.

—Sabe Dios que sí —conviene él.

En otra parte de la casa se abre una puerta. No la de cristal corredera de la sala de estar, que da al porche, la puerta por la que entran y salen Turtle y Martin, sino la enorme puerta principal, de roble, con los remaches de hierro fundido, que da al recibidor, con el techo abovedado y oscuros paneles de secuoya, la araña antigua, las paredes adornadas con cráneos de oso. Al fondo del pasillo, una cabeza de alce al que se le ha caído un ojo. Oyen cómo el abuelo atraviesa el recibidor, camina por el pasillo y aparece en el umbral.

—Daniel —saluda papi—, creo que es la primera vez que utilizas la puerta principal.

—Escúchame, Martin... —empieza el abuelo.

—Siéntate —invita papi, señalando una silla de la mesa—. Te he preparado estos mejillones. Y la próxima vez, papá, entra por la puerta de la sala de estar, ¿de acuerdo?

A Turtle no le resulta extraño que el abuelo haya entrado por la puerta

principal. Es una formalidad que entiende, y Martin también lo entiende, pero se ha burlado de ello, como si fuera un error y no una formalidad, y Turtle se queda mirándolo, esperando que no se burle del abuelo, viendo, también, que él quiere que todo salga bien, que no quiere que el abuelo se ande con formalidades con ellos, y Turtle siente miedo.

El abuelo mira a papi y luego a Turtle, y papi dirige a Turtle una mirada cómplice, burlona. A Turtle no le gusta la cara que está poniendo el abuelo en la puerta. Piensa: «pasa». Piensa: «no seas demasiado duro, pasa, abuelo, y déjalo estar». Sabe que el abuelo es incapaz de dejarlo estar, sabe que lo perdería todo a ojos de ella si lo dejara estar, pero es lo que Turtle quiere que haga. Los dos sabrían que ninguno de los dos tiene narices, pero no pasaría nada. Es lo que Martin dijo que le pasaba a Turtle, y lo que Anna dijo que le pasaba: que tiene miedo, que tiene dudas, pero, aun sabiéndolo, Turtle está dispuesta a que las cosas sigan así, a que ése sea su defecto y que el abuelo tampoco tenga narices. Que la cosa se quede así, los tres cenando juntos.

—Martin —empieza el abuelo.

—Por Dios, papá, siéntate y come algo —insta Martin—. He pensado que así es como más te gustaban los mejillones.

—Empezad sin mí. —Lo dice serio y en tono acusador, y Turtle se da cuenta de que no va a dejar estar las cosas.

—Pero qué coño..., siéntate, come un poco de tuétano.

El abuelo retira una silla, se sienta. A Turtle le da la impresión de que se ha pasado toda la vida confiando en que el abuelo fuese el hombre que ella creía que era, y no el hombre que Martin creía que era, y ahora sólo quiere que se siente y no diga nada. Martin le señala la rejilla de huesos, los cóndilos estriados como volutas de madera tallada, el tuétano reptando en el interior, los tendones pegados al hueso.

—Come tuétano —invita de nuevo mientras coge él un poco con el cuchillo y lo unta en el pan tostado. Después pincha algo de rábano y perejil y se lo lleva a la boca.

—Martin..., escúchame —comienza el abuelo, echándose hacia delante, apoyando los brazos en la mesa.

—¿No quieres tuétano? ¿Te apetece una cerveza?

—No quiero cerveza.

—Tómate una cerveza —insiste papi—. Siempre procuro tener algún botellín de la que te gusta. Sé que te gusta esa mierda barata e insípida. Buen whisky y cerveza aguada, así es Daniel Alveston.

—Siéntate, joder —espeta el abuelo.

Martin va a la nevera, la abre y mira a ver si hay la cerveza que busca. Regresa con un botellín de Bud Light y comenta:

—Ves, siempre tengo la que te gusta, Daniel.

La abre de un golpe contra el borde de la mesa y el abuelo lo mira fijamente, las manos cruzadas sobre la barriga, las mejillas haciendo que su mirada ceñuda pase a ser de un descontento insondable. Martin se queda de pie, ofreciéndole la cerveza al abuelo, y la espuma se sale y corre por los lados del botellín, pero el abuelo no la coge.

—No quiero tu cerveza, Martin.

Papi deja la cerveza junto al plato del abuelo, retira su silla, se sienta.

—Bueno, ya veo que el tuétano no ha tenido mucho éxito, pero lo he intentado —observa.

—No es el tuétano —contesta el abuelo, que mira el cangrejo, con las patas muertas hacia arriba.

—Puedo hacerte un sándwich de queso fundido.

—No he venido a cenar contigo, Marty. Escúchame.

—¿Que te escuche? Que te escuche, y una mierda. Tómame la cerveza, papá. Pareces tonto, con el botellín ahí delante y sin tocarlo.

—Martin, quiero que sepas que ésta no es manera de criar a una niña.

—Hijo de puta —estalla Martin—, hijo de puta. ¿Crees que no lo sé? Pedazo de cabrón. ¿Vienes *aquí* a decirme que ésta... que ésta no es manera de criar a una niña?

El abuelo intenta coger la cerveza, pero se le cae, rueda por la mesa y va a parar a las piernas de Martin, que la agarra torpemente y suelta:

—Pero ¿qué co...? —Y consigue que el botellín espumeante se quede en el regazo, intenta ponerse de pie y tira la silla, y a punto está de caer hacia atrás con ella. Después se levanta, la cerveza chorreándole por las mangas y la camisa, el botellín dando vueltas como loco por el suelo, chocando contra

la encimera y derramando su contenido. Martin se sacude las manos mojadas, exclamando—: ¡Dios santo! ¡Dios santo! —Va a la cocina furibundo, coge las toallitas azules, extiende una tira, la corta, se seca la camiseta empapada, las piernas mojadas, se quita la camisa de franela y la lanza sobre los platos que hay en la encimera.

—Ésta no es manera de criar a una niña, así no —insiste el abuelo.

—Dios santo —gruñe Martin, mirándose.

—Martin —dice el abuelo.

—¿Qué? —espeta.

—Ésta no es manera de criar a una niña.

—Dios santo, papá —replica Martin, y abre la nevera y saca otra cerveza. La abre de un golpe—. Dios santo —repite—. Dímelo otra vez, papá. Dime otra vez que ésta no es manera de criar a una niña.

—Quiero que lo sepas, Martin.

—Ya lo sé —afirma Martin, y se acerca a la mesa y deja la cerveza—. Dios santo, papi —dice, aún sacudiéndose espuma de las manos, mirándose la camiseta empapada.

—Hay que joderse, Martin —suelta el abuelo—. Por una puta vez, escúchame.

—Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, Daniel. Lo mejor que puedo, joder.

—Escúchame, Martin —apremia el abuelo—, esto no puede seguir así.

—¿Ah, no? —Martin se está recomponiendo—. ¿En serio, papá? —Lo dice con un sentido que Turtle no entiende, así que mira hacia otro lado deprisa y repite para sus adentros, en silencio, imitando su cara, su expresión, el tono: «¿En serio, papá?», tratando de averiguar el significado, y los mira de nuevo.

—Mírate, Marty —observa el abuelo—. Y mira a tu alrededor. No creo que quieras que tu hija acabe así.

Martin mira a su padre, uno de los ojos más cerrado que el otro.

—Podría ser una señorita —apunta el abuelo.

Martin abre la boca, desvía la mirada, se toca la mandíbula.

—Martin...

—Ya lo sé, papá.

—Podría ser...

—¡Papá! Que ya lo sé, joder. ¿No crees que es por eso por lo que estoy luchando, coño? ¿No crees que es eso lo que me digo cuando me levanto por la mañana? Cuida a esta niña y tendrá más de lo que tú tienes, Martin, llegará a más en la vida. Su vida no será como la tuya. Hazlo bien con ella y todo será suyo, el mundo, todo.

El abuelo hace una mueca de burla.

—¿Acaso crees que no lo sé? ¿Crees que no lucho por eso? Con los pocos recursos que tengo, joder, papá. Con todo lo que tengo, papá. Y sé que no es perfecto, sé que ni siquiera es suficiente, no es lo que se merece, pero no sé qué coño quieres que haga. La quiero, y eso es más de lo que tú me has dado a mí nunca, nunca.

—Escúchame... —replica el abuelo—. La niña tiene los muslos llenos de moratones. Moratones. Negros. Moratones, Martin, y tiene toda la pinta de que le diste con una vara de hierro. Pero dímelo tú. Dímelo tú, Martin.

—Cállate —escupe Martin.

El abuelo frunce el entrecejo, la cara amarillenta, las mejillas cortinas de carne vieja, casi como cortezas.

—No estoy dispuesto a seguir permitiendo que críes a esta niña, y si sabes lo que es bueno para ella, la...

—Cierra el puto pico —lo corta Martin. Rasca el borde de la mesa con el pulgar y mira al abuelo—. No sabes de qué coño...

—Tiene moratones... —insiste el abuelo.

—Cierra el puto pico.

—Da la impresión de que...

—Vete a tu caravana, viejo. —Martin señala a Turtle—. No tienes ni idea. —La mira fijamente. Todos esperan a que continúe—. Al parecer... yo tampoco. Y apostaría a que ella tampoco. Ah, le caes bien. Te quiere. ¿O no, darling?

Turtle no dice nada.

—Darling..., ¿quieres a tu abuelo?

Turtle oye cómo crujen las patas del cangrejo a medida que se van



enfriando.

—¿Darling?

—Lo quiero, papi.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Pero no tienes derecho a venir aquí, apestando a whisky, a venir a mi casa a decir que tiene moratones. No tienes derecho.

—Marty, seguro que quieres algo distinto para Julia. No esto, Marty. Esto no.

Martin se pasa los dedos por la incipiente barba.

—Pues..., joder. Veo que darling tiene tu cuchillo. —Extiende la mano y Turtle se saca el cuchillo del cinturón y se lo pasa. Lo sopesa y comenta—: ¿Sabes cuántas gargantas rajó con este cuchillo?

Turtle mira su plato.

—Cuarenta y dos, ¿no?

—Cuarenta y dos —confirma el abuelo.

—Corea, darling. Y al final lo pusieron a trabajar en la zona desmilitarizada, localizando a infiltrados, y esos pobres diablos, esos pobres diablos no tenían ni idea de qué puto psicópata sanguinario llegado de una tierra salvaje del otro lado del mundo, un hombre cuyos antepasados cazaban indios en el Salvaje Oeste, estaba ahí, esperándolos entre la maleza. ¿Cómo vas a entender algo así? Fue cuando más te has divertido en la vida, creo.

El abuelo no dice nada. Le tiembla la mandíbula.

—Le gustaba acercarse por detrás a un pobre diablo, un pobre diablo al que el gobierno y la aplastante presión socioeconómica habían obligado a luchar en la guerra, y Daniel se le acercaba por detrás y prácticamente le arrancaba la cabeza con este cuchillo. ¿No es cierto? Le rodeabas el cuello con el brazo, le levantabas la barbilla y le rajabas las arterias grandes del lado izquierdo. ¿No es cierto?

—Era una guerra, Martin.

—Y luego te dan una escopeta y te mandan a Vietnam. ¿No es cierto? Éste es un hijo de puta al que le gusta acercarse, dispararte en los riñones con una calibre doce y ver cómo tratas de arrastrarte, y después arrodillarse encima de ti y cortarte la puta garganta. La M12 era una buena escopeta, ¿no? Una antigualla por aquel entonces, pero la mejor que se ha fabricado nunca.

El abuelo no dice nada.

Martin golpea la mesa con las manos.

—¿Para qué? ¿Una guerra *para qué*? ¿Te importaba una mierda? ¿Te importaba o sabías por qué estabas luchando? ¡Una mierda! Está claro, clarísimo que no. Te gustaba, sin más.

—Claro que sabía por qué estaba luchando, Martin.

—Es posible.

Martin deja el cuchillo en la mesa, con fuerza, y Turtle lo coge.

—En ese mango de cuero hay mucha sangre que no se irá nunca, ¿verdad?

El abuelo pega la cabeza al pecho como si descansara, las mejillas colgándole de la cara y acentuando su mirada ceñuda.

—Bueno —continúa Martin—, seguro que ratoncito estará orgullosa de tener ese cuchillo. Un auténtico tesoro familiar. Y, Daniel, tal vez deberías plantearte que la dureza es cosa de familia. Tal vez deberías plantearte qué forma adopta esa dureza en tu nieta. —Martin se inclina y escupe en el suelo.

Turtle mira la grasa y la nata que nadan en su plato.

—Nada de eso importa —subraya el abuelo.

—¿Nada de eso importa? —repite Martin, sin dar crédito—. ¿Nada de eso importa? Lo que estoy diciendo es que yo a ella siempre la he querido. Y eso es algo que tú a mí me has negado siempre.

—No puedo permitir que estés con esta niña. No puedo.

—Vamos a hablar de esto —propone papi—. ¿Lo que te preocupa son los moratones?

—Los moratones y toda esa mierda del fin del mundo.

—No es ninguna mierda, papá —corrige Martin.

—Es una mierda, y no es manera de criar a una niña, fingiendo que el mundo se va a acabar sólo porque tú preferirías que fuese así.

—¿Que no es manera de criar a una niña? Si no crees que el mundo va mal, papá, es que no te enteras de nada. Los alces, los osos pardos, los lobos... han desaparecido. Los salmones, casi. Las secuoyas. Hectáreas de pinos muertos en pie. Tus abejas están muertas. ¿Por qué trajimos a Julia a este lugar de mierda? ¿A estos restos agonizantes, destruidos, podridos del

mundo que debería haber sido? ¿Cómo exactamente se cría a una niña que crecerá con los cabrones egocéntricos que dilapidaron y destruyeron el mundo en el que *debería* haberse criado? ¿Y cómo se puede entender con esa gentuza? Es imposible. No hay negociación posible. No hay alternativa. Están matando el mundo y lo seguirán haciendo, y nunca cambiarán ni pararán. Nada de lo que yo pueda hacer, ni de lo que ella pueda hacer, hará que cambien de opinión, porque son incapaces de pensar, de ver el mundo como algo al margen de ellos. Tal y como lo ven todo, se sienten con derecho a ello. ¿Y tú me dices que la ira que me inspira esa gente, esa sociedad, es una mierda? Me dices que ésta no es manera de criar a una niña, y sí, lo sé. Pero ¿qué más puedo hacer?

—Joder, Marty, no puedes seguir... —Se detiene.

—No puedo seguir ¿qué? —lo provoca Martin, que lanza a Turtle una mirada desquiciada. El abuelo quiere hablar, pero no encuentra la palabra que busca. Turtle, boquiabierto, se lleva la palma de la mano a la boca y muerde con fuerza. Nota que tiene una sonrisa en la cara y piensa que eso es horrible. Martin se inclina hacia delante e insiste—: ¿Y bien?, ¿sabes qué quieres decir, papá?

—Sí —responde el abuelo—. Sí.

—Pues di, ¿qué?

—Pues estaba diciendo...

—¿Sí?

—Nada, olvídale —decide el abuelo.

—¿Cómo?

—Bueno, lo que... lo que quería decir... —empieza de nuevo el abuelo.

Martin mira a Turtle. El abuelo arrastra las palabras.

—¿Papá? —lo pincha Martin.

—Olvídale —asegura el abuelo—. Nada..., nada..., olvídale.

—¿Qué? ¿Qué?

El abuelo mira a Turtle y luego a Martin con el ojo bueno, el derecho cerrado, y se retrepa en la silla con dignidad. Abre la boca, y se ve que le cuesta hablar:

—Creo..., sólo decía que... ésta no es manera de... de... de... —Se detiene.

—¿De qué, papá? —apremia Martin.

—De...

Esperan.

—Nada, olvídalo —repite, enfadado, el abuelo—. Olvídalo.

—¿De criar a una niña? —pregunta Martin—. ¿No es manera de criar a una niña?

—Sí —replica el abuelo, y no dice más.

Escupe al hablar. Turtle lo mira fijamente. Da la impresión de que se le está durmiendo el lado derecho de la cara. Tiene el párpado cerrado. Se abre una vez, adormilado, dejando a la vista la medialuna blanca de la esclerótica, y cae igual de adormilado y así se queda. Papi espera, inclinado hacia delante, mirando al abuelo.

—Una... una... —arranca otra vez, pero por lo visto no encuentra la palabra que busca.

—¿Una niña? —lo ayuda papi.

—Bah —contesta el abuelo—, bah, olvídalo. —Le tiende una mano a Turtle sobre la mesa y prueba—: No... —Y sea lo que fuere lo que quiere decir, no es capaz de hacerlo—. No... —Repite, y es evidente que está haciendo un esfuerzo, moviendo la boca.

—Pero ¿qué coño?, papá —espeta Martin.

—Iba a... —intenta el abuelo—. Iba...

—¿Qué cojones? —escupe papi.

El abuelo se levanta, tirando la silla, se inclina violentamente hacia un lado, y Martin se levanta de un salto, intentando coger a su padre por la camisa, y el abuelo cae y se da un fuerte golpe contra el suelo.

—Ratoncito —pide papi—, llama a una ambulancia. Ahora.

Turtle se queda petrificada, mirando espantada a su abuelo, tirado en el suelo, medio enredado en la silla. Forcejea un poco y logra ponerse de lado. Mira a Turtle. Tiene la parte derecha de la cara floja, la piel colgando en cortinas de carne vieja, como de cera amarilla fundida.

—Guisantito... Guisantito... —Intenta ponerse de pie, sin fuerzas.

—Llama a una ambulancia, ratoncito. —Martin rodea la mesa y se arrodilla junto al abuelo. Sus botas crujen.

Turtle se levanta y va hacia el teléfono, en la pared, lo coge y marca. Martin está ayudando al abuelo a quitarse de encima la silla.

—Hijo de..., valiente hijo de puta... Hostia puta, Daniel. Hostia puta.

Alguien dice:

—911, dígame cuál es la emergencia, por favor.

—Mmm —replica Turtle—. ¿Cuál es la emergencia, papi?

—Un infarto —contesta éste.

—Espera..., espera..., espera, Julia... —no para de decir el abuelo. Abre la boca, buscando la palabra.

—¿Espera *qué*? Papá. Espera... ¿*a qué*?

—Nada, olvídalo.

—¿Qué ves? —pregunta Martin.

Turtle le quita la mano al micrófono y dice:

—Espere.

—Espero —responde el operador.

—¡Un infarto! —le grita Martin.

—Un infarto —repite Turtle.

—Y usted está en... —Y el operador le da su dirección.

—Sí —confirma Turtle.

—Ay, Martin —se queja el abuelo—. Iba a decir... a decir que..., lo que quería decir era que...

Papi, arrodillado, cogiendo de las manos al abuelo, mirándolo, inquiere:

—¿Qué? ¿Daniel? ¿Decirme *qué*? ¿Qué era?

Turtle nunca ha visto a su padre tan desesperado.

—Señorita... —dice el operador—. ¿Señorita?

—Espere —insiste Turtle. Quiere que todo el mundo se detenga. Quiere que todo vaya más lento. Necesita más tiempo—. Espere —repite.

—¿Puede decirme qué ha pasado exactamente?

—¡Cállese! —exclama Turtle—. ¡Y espere!

—Señorita...

Turtle se pega el teléfono al pecho y observa. Martin le sostiene la mano al abuelo y quiere saber:

—¿Qué es, Daniel? ¿Qué me querías decir? ¿Qué ves? Dime lo que ves.

Turtle deja caer el teléfono, se acerca a la mesa y se sienta junto a Martin, que sigue arrodillado junto al abuelo, diciendo:

—Dime qué está pasando, papá. Dime lo que ves.

En el rincón, el teléfono cuelga del cable mientras el operador continúa hablando:

—Señorita... ¿Señorita? No cuelgue, por favor.

El abuelo se vuelve para mirarla, levantando la cabeza del suelo. Turtle se acerca más. Abre la boca, buscando su nombre, no lo encuentra, abre y cierra la boca. Dice:

—Julia..., no puedo...

—¡Hostia puta, Daniel! ¿Qué es? ¿Qué? ¿Qué?

Martin coge al abuelo de la barbilla, y ambos se miran.

—¿Qué querías? ¿Qué ibas...? —insiste Martin.

—Julia... —musita el abuelo.

—Ratoncito, sube a tu cuarto —ordena Martin.

—Lo siento —se disculpa ella, mirando al abuelo a los ojos—. Lo siento mucho. Lo siento.

El abuelo la mira. Lo que sea que quiere decir es un misterio para ella. Se le está yendo, dice cosas sin sustancia, está diciendo lo que suele decir, pero no lo que quiere decir, y no es capaz de hacerlo.

—¡Vete! —grita Martin, y ella se levanta y sube corriendo la escalera, pensando: «no será nada. Seguro que se sale de ésta».

Entra corriendo en su habitación, se apoya en la pared, sin aliento, aguzando el oído. Abajo Martin insiste:

—Dime lo que ves, papá. Dime qué querías decir.

Turtle espera sumida en un silencio insoportable, tratando de calmar su respiración. Le da miedo perderse lo que pueda decir el abuelo por culpa del sonido de su corazón, del sonido de su respiración, pero necesita aire, a toda costa. Abajo, un carraspeo, movimiento, y Turtle deja de respirar, escucha.

—Ah, ya veo... Ya veo... —dice el abuelo, arrastrando las palabras, y se escuchan sus pies arañando el suelo, moviéndose en el sitio, y Martin dice:

—Daniel, mírame... Soy... Soy yo, Martin. Soy Martin. Mírame.

—Bah, olvídalo —repite el abuelo.

—¿Qué? ¿Qué? —pregunta Martin, sin dar crédito.

Se hace un silencio largo, Turtle intentando dejar de respirar a trompicones, aguzando la oreja para no perderse nada de lo que ocurra abajo, pero no se oye nada. Poco después escucha a Martin, la voz áspera, grave, acallada por el miedo, o por otra cosa.

—Cabrón —espetá—. Cabrón de mierda.

Después, un silencio largo, Turtle, con la espalda contra la puerta, escuchando, controlando la respiración para calmarla. A continuación oye la ambulancia, ve que sube por el camino. Abajo hablan unos hombres desconocidos. Dicen números que Turtle no entiende, hablan entre sí, y Turtle se pasea por su cuarto, va a la ventana y ve cómo sacan al abuelo en una camilla y lo suben a la ambulancia en el jardín embarrado. Papi habla con los hombres y acto seguido se sube a su camioneta y sigue a la ambulancia por el camino. Turtle se queda sola, acomodada en el alféizar de la ventana, los rosales y el roble venenoso encuadrándola en un marco enmarañado.

# 13

Por la noche, tarde, la camioneta de Martin sube metiendo ruido por el camino de grava. Turtle sale de su ensimismamiento en la ventana, abrazándose los hombros, con la piel de gallina. Desciende con cuidado del alféizar, baja la escalera y sale al porche. Martin sube los escalones, dándoles patadas, y se sienta. Coge un paquete de tabaco, saca un cigarrillo con un golpecito, lo enciende. Se pone a fumar. Ella se sienta a su lado, y él le pasa el cigarro y se saca otro.

—Ha llegado muerto —cuenta—. Ha fallecido durante el traslado. —Se aclara la garganta y, con la voz baja y el tono afectado del médico, explica—: «Daniel sufrió un ACV hemorrágico masivo en la arteria cerebral media izquierda. Empezó como un infarto isquémico, lo que significa que había un coágulo de sangre alojado en la arteria que irriga el hemisferio izquierdo del cerebro y las áreas responsables del habla y el movimiento. No sabemos de dónde salió el coágulo. Sin embargo, los vasos sanguíneos del cerebro de un alcohólico son muy frágiles, y posteriormente se produjeron una rotura y una hemorragia en el tejido cerebral.» Al parecer ha sido doloroso pero rápido. No es que él haya podido decírselo, claro. El primer infarto, el isquémico, no le ha dolido. No sabía qué estaba pasando. Pero el segundo, el hemorrágico, ha sido doloroso, pero para entonces ya no tenía palabras para expresarlo. Se ha quedado encerrado en su cabeza con la madre de todas las putas jaquecas, aunque fuera breve. El médico ha dicho: «Como un golpe de Dios». —Martin echa el humo por un lado de la boca—. Hijo de puta.

Se quedan sentados uno al lado del otro. Él coge piedrecitas entre las



tablas y las lanza al camino, invadido por la achicoria y el cenizo. Turtle guarda silencio e imagina a la ambulancia subiendo por la carretera de la costa, dejando atrás ya bahías, ya cabos, y ella allí, esperando. Piensa: «lo he matado yo». La idea la asalta tan deprisa y es tan dolorosa que la hace temblar de asco, los dientes le rechinan, y piensa de nuevo: «lo he matado yo». Su propia insignificancia le resulta opresiva: que haya sido ella la que ha acabado matando al abuelo, cuando no lo hicieron tantas otras cosas, y se le antoja que su relación con el abuelo era superficial comparada con la que éste tenía con Martin, y si la relación que el abuelo tenía con ella era menos problemática, sólo se debía a que era menos profunda. El abuelo era duro con Martin porque éste sacaba lo peor de él, igual que Turtle saca lo peor de su padre. Y Martin necesitaba algo de su padre. Una pregunta que había quedado sin respuesta.

Papi se levanta, se vuelve y le da otra patada a la contrahuella del porche.

—¡Joder! —grita. Se da la vuelta, mira hacia la ladera y chilla—: ¡Joder!

Después entra en casa con pasos pesados, y Turtle se queda sola en el oscuro porche hasta que él vuelve con una lata de veinte litros de gasolina. Se detiene un instante y echa a andar por el camino del huerto, hacia la caravana del abuelo, en el campo de frambuesas.

—Espera —pide ella.

Él se vuelve, la mira y se le suaviza la cara, el ceño fruncido de dolor, plantado con la lata de gasolina en una mano, los hombros caídos, el ojo izquierdo más cerrado que el derecho, y dice, la voz muy baja, con mucho énfasis:

—Ay, ratoncito. Ay, darling. —Deja la lata en el suelo y va hacia ella. Turtle sigue en el porche, desolada. La abraza.

—Me quiero morir —asegura ella.

—Ay, darling —repite él.

—Me odio. Me *odio* —afirma Turtle.

—No, no —contesta Martin, estrechándola con fuerza. Le pasa los dedos entre las costillas, siguiendo los surcos, que se ensanchan y ceden a su roce. Se siente pequeña en sus brazos. Nota que su cara deja traslucir dolor y pérdida, e insiste:

—Me quiero morir.

—Ay, darling —musita él, contra su cuello. Coge aire con los dientes apretados, un sonido doloroso, que pone de manifiesto su pena—. Se ha matado él solo. Espero que lo entiendas. Se ha matado él solo, y no había nada que pudiéramos hacer ni tú ni yo. Joder, lo odio por eso.

—No lo hagas —pide ella con dulzura, su propia voz sorprendiéndola por el esfuerzo.

Él se estremece, la abraza. Turtle tiene la cara enterrada en su hombro, y él la abraza así, con una mano en la nuca.

—Ojalá hubiera sido distinto, joder —afirma—. Ojalá hubieras tenido el abuelo que merecías y no el que tenías. Pero ahora sólo estamos tú y yo, pequeña. Vamos.

La suelta, la coge de la mano y la lleva por el huerto hasta la caravana, y cuando llegan, Rosy aparece en la ventana, ladrando nerviosa. Martin abre la puerta y entra, y Rosy corretea con torpeza por el suelo de linóleo. Turtle sube los peldaños tras él y se queda parada en el umbral. Ahora, al mirar la caravana, las cosas del abuelo tienen sentido y cobran significado para ella: es como si él estuviese presente en ellas, y al mismo tiempo han empequeñecido, son horribles y dolorosas en su descuido. Mira la mesita plegable, con su tablero de crib barato, las fichas de plástico siguen ahí desde la última partida que echaron, la baraja de cartas en la mesa, y mira la bolsa de papel que el abuelo usaba para reciclar, con montones de cajas de pizza congelada dobladas. Repara en el horno minúsculo, de un feo color mostaza. Mira la habitación desde el pasillo, las sábanas de rayón mohosas, orín negro en el marco de la ventana, de aluminio corroído, con su hoja de plástico translúcido. «Joder —piensa—, ¿esto siempre ha sido tan feo?» Se acerca a los armarios y abre uno. Ve una botella de Jack Daniel's, dos vasos bajos y un vaso de agua de plástico y nada más, el forro del armario levantado en algunas partes, dejando a la vista el aglomerado barato de debajo. «Joder», piensa. Abre la nevera y ve un cartón de leche enriquecida y unas pilas AA. «Joder», piensa de nuevo, cada vez con más dolor. Se apoya en la encimera. El dolor llega en oleadas sordas, seguido de la certeza de que el abuelo ha muerto, una certeza que parece estar dotada de capas y profundidad, una

certeza en la que podría hundirse, como si se tratase de un agua cada vez más profunda, la presión aumentando. El dolor está en su estómago y en sus pulmones, y la llena de asco y odio hacia sí misma. De pie en la destartada caravana piensa: «me quiero morir. Me quiero morir de verdad. Lo único que me impide hacerlo es mi cobardía».

Mira a Martin, sacude la cabeza.

—No puede haberse ido —dice Turtle.

Martin tensa la mandíbula. También mira a su alrededor. Gesticula.

—Durante toda mi vida —empieza él— fue un hombre con mayúscula. Era mi padre. Pero mira este sitio. Siempre fue un personaje. Siempre me dijo que yo nunca estaría a su altura. Me lo decía. Mira esto.

Martin, que se tiene que agachar para franquear la puerta, se queda parado en la habitación, jugando con la puerta de aglomerado barato. Estira un brazo, mete la mano en un hueco que se abre entre la pared y el techo y despega el tablero de aglomerado, dejando al descubierto el aislante barato de debajo. Quita de la pared el tablero roto, deja caer los brazos, mira a Turtle y comenta:

—No sé qué te pudo decir, pero nos dejarás atrás a los dos. Serás más de lo que él fue nunca. Y más que yo. Nunca dejes que nadie (nadie, ni yo, ni el abuelo, ni tú misma) te diga lo contrario. Mira esto.

Levanta la lata de gasolina de veinte litros y desenrosca el tapón.

—No —advierde ella.

Él la mira, sacude la cabeza y rocía la cama con gasolina. Camina hacia atrás, agachando la cabeza, y sale de la habitación, vertiendo gasolina por la alfombra. Llega a la cocina y moja la mesa, las sillas, los armarios y la encimera.

Turtle agarra a *Rosy* del collar y la saca de la caravana, el animal nervioso, mientras Martin echa más gasolina al suelo. Turtle se arrodilla entre las frambuesas, reteniendo a *Rosy* por el collar, y ve cómo Martin baña el lugar de gasolina. Después él baja y se pone a su lado. Se mete las manos en los bolsillos, buscando el encendedor, y se ríe, amarga, calladamente.

—¿Qué?

—¿Sabes, ratoncito?, viví media vida aterrorizado por ese hombre. Joder.

—Lanza un grito ahogado, un sonido extraño e inesperado, como un hipo. Encuentra el encendedor y lo saca, se queda mirándolo en la mano y acto seguido busca a su alrededor algo a lo que prenderle fuego—. Pero contigo era bueno, ¿no?

Turtle asiente.

—Sí —asegura, y las tripas se le encogen por lo inadecuado de su respuesta.

Martin sacude la cabeza.

—Dios santo. Eso está bien, supongo. Está bien. No sé por qué te dejaba venir a verlo a este sitio. Una niña debe tener a su abuelo en su vida, supongo. Dios santo. Habría dicho que había perdido la capacidad de hacerme daño, pero era otra cosa, sí, verlo contigo era otra cosa. Te diré qué. Creces con un padre así y te tienes que pasar gran parte de tu vida convenciéndote de que no tiene nada que ver contigo, porque, déjame que te diga una cosa: no fue precisamente bueno conmigo. Era el cabrón más sádico que te puedas imaginar, ratoncito. Así que convencerse es difícil. Y cuesta trabajo, porque lo más natural es pensar que tu padre te odia por algún motivo. Casi quieres creerlo. En cierto modo es más fácil que pensar que su odio es inescrutable. Eso no tiene sentido para un niño. La cosa tiene su intrínquilis, lo que yo te diga. Y, sin embargo, lo he visto ser el hombre más paciente contigo, ratoncito. Y lo odiaba por eso. ¿No es extraño? Años y años después. Habría dicho que ya no tenía capacidad para hacerme daño. En fin.

Se da la vuelta. Coge un puñado de hierba, abre el encendedor y lo acerca a ella, pero la hierba no arde. Humea y se ennegrece, retrocede ante la llama y no arde. Mira a su alrededor. Turtle está a su lado.

—Debería haber traído papel.

Se asoma a ver la alfombra, empapada en gasolina.

—Bueno —dice.

Se acerca a ella y la llama del encendedor se apaga. Mete medio cuerpo en la caravana con cuidado, apoyando una mano en la encimera y acercando el encendedor a la mojada alfombra. Lo chisca y da un salto atrás, esperando que la alfombra se prenda y brote una llamarada. Pero no pasa nada. Se toca la mandíbula, frustrado y cabreado, vuelve a abrir el Zippo y lo enciende y lo

lanza dentro, a un charco de gasolina. El encendedor se apaga en pleno vuelo, aterriza y se escucha un chapoteo.

—Menuda mierda —espeta Martin. Entra en la caravana, recupera el encendedor y lo sostiene entre el pulgar y el índice, sacudiéndole la gasolina.

—Yo no usaría ese encendedor, papi —aconseja ella.

Él sacude la cabeza con un gesto cómico mudo, amargo.

—Es de puta coña —espeta.

Baja de la caravana, va a la parte de atrás y Turtle lo sigue, con *Rosy*. Allí detrás, entre altos arbustos de frambuesas, Martin se mete debajo del chasis y echa mano de una bombona de propano de veinte litros acoplada al regulador de gas de la caravana. Suelta del regulador la bombona de propano, la lleva a la parte de delante y la mete dentro. Hay dos bombonas más de propano guardadas debajo de la caravana, y vuelve por ellas. Las coge y las deja en fila en la entrada. Después se une a Turtle, se saca la Colt .45 del cinturón, la amartilla con el pulgar y dispara.

La bombona de propano emite un sonido metálico, la bala dejando una marca visible, reluciente en la pintura blanca. Cabreado, Martin dispara otra vez, y otra más, los proyectiles dibujando pequeñas muescas brillantes en el acero. Martin deja de disparar. Mira a Turtle, que está arrodillada entre las frambuesas, abrazando a *Rosy*.

Entra de nuevo en la caravana, que gime bajo su peso. Se acerca al propano, esquivando los charcos de gasolina, y abre la llave, pero no se escucha que salga gas. Se muerde los labios, y acto seguido se da con la mano en la cabeza.

—La válvula —cae, refiriéndose a la válvula que impide que salga gas de la bombona a menos que esté unida a una goma.

Sale, se vuelve a meter debajo de la caravana, agarra el regulador de gas y, tras sacar su cuchillo Daniel Winkler, corta la goma de un tajo. Entra en la caravana y acopla el regulador a la bombona, de cuya goma cortada empieza a salir propano. Sale deprisa, saltando el surtidor de gas, y le indica a Turtle que se aleje. Ésta ve cómo las nubes de propano llenan la caravana y salen por la puerta.

El gas que escapa empieza a formar charcos de escarcha por el suelo,

produciendo un embudo desde donde está la goma cortada en la alfombra, y después la goma se encabrita en el aire y rocía las encimeras. La escarcha trepa por los muebles, y el frío arruga la madera de imitación, que se comba y se desprende del aglomerado. Ahora Martin está limpiando el Zippo con la camisa, quitándole la gasolina, y Turtle se aleja, tirando de *Rosy* por el collar. La perrita lanza varios ladridos nerviosos y mira a Turtle, enarcando mucho las cejas y sonriendo. Martin abre el Zippo y el encendedor entero se prende.

—Mierda —exclama—, ¡mierda! —Lo lanza a la caravana, da media vuelta y echa a correr hacia la hierba, sacudiendo la mano quemada.

Durante un instante, no pasa nada. El propano se derrama por la puerta abierta en nubes de vapor blanco.

—Es de coña, de puta coña —espeta Martin.

Acto seguido el fuego sale por la puerta y arrolla la hierba en una oleada baja. Martin se tapa los oídos con las manos. Las ventanas estallan, y del marco se desprenden tiras del revestimiento. Se produce una segunda explosión, y el fuego sube hacia el cielo. Algo sale disparado por la puerta abierta, y por un instante Turtle cree que es un cuervo que huye de las llamas y va directo a ella. Martin se abalanza hacia Turtle, tapándose aún las orejas con las manos, y la tira al suelo cuando algo pasa silbando. Las llamas bajan y dejan únicamente la estructura de la caravana, que se sigue quemando. Turtle ve una lámina de acero en el umbral: el cilindro sin abrir de una bombona de propano. Detrás de ella, distingue la parte superior del cilindro, que ha salido de la bombona como si fuese una bala de cañón. No oye nada. Mira a Martin. Le está hablando. Después, en el oído izquierdo, escucha un pitido fuerte, agudo. En el derecho, nada. Se lleva la mano a él. Mira de nuevo a Martin, tapándose la oreja derecha con la mano, y sigue hablando. Se ríe como un loco. Mira hacia abajo y ve que *Rosy* está ladrando como una posesa, con las patas rígidas, mirando la caravana y alejándose de ella. Se quedan juntos viendo cómo arde, los tallos verdes de las frambuesas enroscándose y apartándose ennegrecidos. La hierba se prende a trozos. Turtle mira a su papi y después a la caravana. El fuego embarga la atención de los dos un buen rato. Luego ella empieza a oír a su papi, a pesar del pitido. Empieza a oír las llamas. Se nota mareada. Es como si tuviera el oído derecho

vacío, silencioso, como si lo hubiera perdido para siempre.

—Me quiero morir —repite Turtle, y se escucha de manera distorsionada, como si estuviese debajo del agua. Abre y cierra la boca, tocándose la articulación de la mandíbula, junto a las orejas, pero nada.

Martin se aparta para dejar de mirar el fuego, pero es como si no pudiera quitarle los ojos de encima. Turtle se sienta, todavía tapándose los oídos. El calor que desprende el fuego le seca la piel. Si las frambuesas no fuesen tan húmedas, arderían. En algunos sitios la hierba está en llamas. A Martin no parece importarle. Los armarios, los tableros de aglomerado y el aislante desprenden un olor tóxico al quemarse. Se sientan juntos en la hierba. Él habla, y ella lo oye vagamente, pese al agudo, odioso pitido. Rosy ladra, corre en círculos, da saltos. Se aleja y vuelve.

—Ven aquí, ratoncito —pide él.

Turtle se le acerca. Él la observa, estudiándola. Lo que dice después ella no lo oye, y lo mira sin entender. El sudor traza surcos en el polvo que le cubre la cara.

—¿Ya te has hartado de tu padre, darling?

—No —contesta ella.

—Menuda perra estás hecha —espeta él. Le sujeta la mandíbula con fuerza, clavándole los dedos—. ¿Qué estás pensando, detrás de esa mascarita tuya?

A ella le cuesta distinguir sus palabras. Lo mira a la cara, le lee los labios. Siente náuseas. En el cráneo, en el oído, siente algo muy parecido al dolor, pero que no es exactamente dolor. Abre y cierra la mandíbula.

—Joder —continúa él, mirándola fijamente a la cara. Ella no se lo oye decir, pero ve que su boca forma la palabra «joder». La contempla a la luz del fuego, como si estuviera asomado a un pozo—. ¿Qué eres? ¿Qué eres? ¿Qué hay en esa cabecita tuya de zorra? —Turtle se limita a cabecear, temblando entre sus opresoras manos. Martin la tiene agarrada como si pudiera aplastarle el cráneo, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Qué hay en esa cabecita tuya? —insiste—. ¿Y cómo lo voy a saber yo?

Ella cierra los ojos. En la negrura, los colores corretean tras sus párpados. Ve una débil imagen roja de la caravana en llamas. Manchones rojos y

anaranjados. E, imponiéndose a todo lo demás, el pitido agudo, incesante. Podría mantener los ojos cerrados y perderse en ese monótono ruido, carente de emociones e incesante. Martin le aprieta el cuello y ella abre los ojos.

—Esa introspección tuya es terrible —comenta—. Mírate. Eres una *cosita* bonita de verdad, joder. Tus putos ojos. Los miro y no veo... nada. Dicen que si se mira a alguien a los ojos es posible conocerlo, que los ojos son la ventana del alma, pero miro los tuyos y sólo veo oscuridad, ratoncito. Siempre he visto oscuridad. Si hay algo dentro de ti, no se puede leer, no se puede conocer. Tu verdad, si es que existe, se encuentra al otro lado de un vacío epistemológico infranqueable e irreductible.

—Lo siento, papi —se disculpa ella. Se esfuerza por escucharlo a pesar de ese tono agudo, incesante. Por dentro, toda ella está hueca. Por el oído izquierdo la voz de Martin suena metálica, lejana.

—Ni siquiera creo que la conozcas tú —añade él, soltándola, reculando.

Turtle se siente desgarrada, sin nada en su interior ni nada que decir, incapaz de pensar en nada, incapaz de sentir nada. No sabría decir si siente dolor en su interior. Es como si le hubieran arrancado algo de las entrañas, con raíces y todo, un aliso, y en el lugar que ocupaba éste ahora se abre un vacío que le provoca náuseas, pero eso es todo lo que siente, ni dolor ni nada. Sería capaz de infligir un daño terrible si quisiera. Podría hacer cualquier cosa, y el daño que podría infligir no conoce límites, sólo que ahora quiere cerrar los ojos y pasearse por ese vacío como se pasea la lengua por el hueco que deja una muela al sacarla. Si pudiera, detendría ese pitido espantoso, incesante.

—He renunciado a todo por ti —cuenta Martin—. Te lo daría todo, darling. Pero ¿eso es lo que quieres? ¿Que se me echen encima? Porque lo harán. Si esa profesora tuya se diera cuenta. Si el puto gordo del director llegara a enterarse, si alguien empieza a hacer preguntas, si alguien llegara a averiguarlo. ¿Eso es lo que quieres?

Ella lo mira y le da lo mismo. Casi no lo oye, no está segura de lo que dice. Lo mira a la cara y sabe que la cosa es grave, pero no es capaz de sentir esa gravedad, y no es capaz de convencerse de ella.

—Lo siento, papi.



—¿Eso es lo que quieres?

—Me quiero morir —afirma.

—Y aunque no se lo cuentes a nadie, aunque no des a entender nada, aunque no digas ni mu, si alguien, quien sea, me vuelve a abordar y se atreve aunque sólo sea a insinuarlo, te abriré ese cuellecito tuyo, y será una puta preciosidad. Y ya veremos si pueden tenerte. Entonces lo sabremos. Piénsalo. Estamos en el mismo barco, putita. Veremos qué luz hay en tus ojos, qué chispita inefable podrían perder. Veré cómo se secan tus putas córneas como si fuesen escamas de pez.

Turtle no entiende lo que dice. Su cabeza está en otra parte. Piensa: «¿era esto lo que quería al pasar por el espejo reflectante de la superficie y salir a este otro mundo? ¿Quería abordarlo de un modo que no pudiera rehusar y del que sería difícil, tremendamente difícil, hacerme responsable? ¿Era eso lo que quería?, y ¿lo sabía? Y, de ser así, ¿qué parte de mí es ésta, y quién es ella para mí, que separa lo podrido de lo firme y atisba estos vacíos de mi cerebro, los atisba únicamente? ¿Sigue aquí conmigo?».

Casi no lo oye. Si no lo mirase, no lo oiría. Pintada en su visión, la ilusión óptica de la caravana ardiendo. La oscuridad de su cabeza está iluminada con esas cosas; viva, también, con el pitido agudo, incesante.

—Por Dios —prosigue él—. Darling, estoy enfermo de ti. De esa verdad tuya inalcanzable. Ahí, bajo la superficie. Y cuando te miro... hay momentos... en los que casi, *casi...* Dios. Dios.

Ella espera en la hierba, con la sensación de que todos sus pensamientos están guardados e inarticulados en su interior. Martín se levanta y se marcha. Turtle baja la cabeza y deja que el calor le seque la piel, escuchando el pitido, con *Rosy* aovillada a su lado.

La brisa llega de madrugada y perla de rocío la grama de olor, y ella abraza a *Rosy*, las dos tiritando de frío, y Turtle no se quiere levantar, la perrita entre sus brazos. *Rosy* es huesuda; el vientre, suave; el pelo, corto. Los árboles que bordean el claro están envueltos en una triste luz rojiza. Cuando se pone de pie, entumecida, cogiendo a una perezosa *Rosy* y dejándola en la hierba, Turtle huele a plástico quemado. Se tapa la oreja derecha con la mano, la destapa, apenas nota la diferencia.

—¿Hola? —prueba. Su voz le suena lejana y extraña—. ¿Hola? —Se queda parada en el claro, abriendo la mandíbula, moviendo la boca. Rosy la mira. Ella repite—: Hola. —Y Rosy da un saltito, como si fuera a pasar a la acción, pero luego, sin saber qué hacer, se queda mirando a Turtle, que no sabe exactamente lo alto que está hablando, pero que se escucha. Piensa: «no sé cuánto habré perdido». Rosy la observa con las cejas muy arqueadas. La perrita se detiene, bosteza, mira a su alrededor, se sienta, mira a Turtle, que sigue plantada en el claro, mirando la caravana devastada, la línea del huerto, el bosque, el cristal ennegrecido en un círculo alrededor del esqueleto. Mira al cielo, despejado y azul. Se quiere morir.

Turtle se vuelve y echa a andar trabajosamente por la hierba, humedecida por el rocío. Llega a la casa y sube la escalera del porche con dificultad. Abre la puerta de cristal corredera y se encuentra a Martin sentado en el sillón tapizado, los pies apoyados en el suelo, los brazos en los brazos del asiento. Tiene la mirada fija en la chimenea, llena de ceniza, un libro abierto en el regazo. Turtle pasa junto a él, confiando durante un instante en que diga algo y su voz le permita juzgar el estado de su oído, pero no dice nada. Rosy se queda en el umbral. Turtle abre la boca para preguntarle algo, sólo para oír su voz, pero cambia de idea.

Va al cuarto de baño y Rosy va detrás, vacilante, las uñas haciendo ruiditos en la madera del suelo, mirando tímidamente a su alrededor. Turtle abre el grifo de la ducha y Rosy se queda junto a la bañera. Cuando corre la cortina de plástico, la perrita gimotea. Turtle inclina la cabeza bajo la alcachofa y escucha el agua. Imagina el agua corriéndole por el tímpano roto y entrando en la espiral del oído interno. Rosy da varias vueltas en círculo y se tumba en el suelo, con la cabeza en las patas delanteras, observando. Turtle piensa: «¿de verdad dijo todas esas cosas? ¿O lo oí mal?». Lo recuerda agachado junto al abuelo, pidiendo: «dime qué ves». Piensa «¿de verdad hizo eso, dijo eso o algo parecido?». No se acuerda. Se queda con las manos pegadas a los costados, el agua cayéndole en la cabeza, y piensa: «ojalá pudiera sentir algo». Está llena de picaduras de pulga.

Cuando sale de la ducha, Martin está al teléfono. Le lee los labios, está diciendo: «... por su interés. Hoy no iré. Sí. Sí...». Y añade algo que Turtle no

logra entender. Debe de estar hablando con el colegio. Habrán llamado para preguntar a qué se debe que no haya ido. Se queda parada, moviendo la boca como él para averiguar qué está diciendo, y Martin se da cuenta, se aleja de la pared, con curiosidad, la frente fruncida, y le pregunta: «¿se puede saber qué coño estás...?», y ella da media vuelta, coge a *Rosy* en brazos y sube la escalera, la perrita inquieta, moviendo las patas, Turtle sintiendo frío en todo el cuerpo.

Enciende una vela. Cierra la puerta. Espulga a *Rosy* y echa las pulgas con dos dedos en el charquito de cera caliente que se ha formado. La cera le quema la punta de los dedos, y las pulgas flotan, puntos negros aprisionados. *Rosy* bosteza abriendo mucho la boca, dejando a la vista unos dientes amarillentos. Turtle se despierta en algún punto de la noche, la perrita está lloriqueando y arañando la puerta. La lleva abajo y la saca al jardín, pero *Rosy* echa a andar, atraviesa el huerto, moviendo el rabo con nerviosismo, abriéndose paso por la hierba con dificultad con sus patas cortas, jadeando, hasta que sale al claro y se queda parada, bostezando, mirando a Turtle, y ésta dice:

—Ay, *Rosy*, ay, viejita. —La coge en brazos y la lleva de vuelta a casa.

Al día siguiente, *Rosy* baja la escalera con ella y se queda en la cocina mientras Turtle saca huevos del cartón y se los come. Martin sale de su habitación, abrochándose la camisa de franela. Turtle le lanza una cerveza y él la coge y la abre de un golpe contra la encimera. Caminan juntos por las roderas, *Rosy* detrás, moviendo el rabo y lloriqueando. Se detienen en el arcén de grava y contemplan los farallones y el horizonte. No dicen nada. Al cabo se escucha el resoplar exhausto del autobús, las puertas que se abren con el chasquido de los perfiles de goma, Martin que saluda a la conductora, enorme con su mono de trabajo y sus botas de faena, Turtle, ya en clase, que intenta escuchar y es incapaz de escuchar, pero copia todo lo que Anna escribe en la pizarra, cada palabra, sentada donde termina el campo, mirando los árboles, analizándose para ver si siente algo y no encontrando nada, y Turtle por fin en el autobús de vuelta a casa, en los asientos de vinilo verde, contemplando el océano interrumpido por bosques de quelpos, los bulbos y las frondas agitando la superficie, asombrándose de su extrañeza, de la que a

veces se olvida, porque está ahí día sí, día también, pero Martin tenía razón en esto, en lo de su extrañeza.

Turtle sube por el camino de grava cuando el autobús llega a su destino. Rosy no está en la casa, y Turtle camina por la hierba, deja atrás la vieja bañera con patas con forma de garra, atraviesa el huerto, sale al claro, junto a las frambuesas, y ve a Rosy tumbada en la hierba. La coge y la lleva de vuelta a la casa. Turtle se sienta frente a Martin, con el raspar de los platos, Rosy lloriqueando en un rincón, y Martin mira a la perrita y Turtle comenta:

—Compraré comida para perros.

Y Martin, que sigue mirando a la perrita, al cabo dice:

—No, yo me encargo.

Todos los días Turtle va por la pradera, atraviesa el huerto y ve a Rosy en el claro, esperando, y todos los días lleva a Rosy a casa. Y un día Martin vuelve de Mendocino con un saco de comida para perros, y llenan un cuenco, y Rosy se queda con la cabeza inclinada sobre el cuenco y vuelve con Turtle, la mira con cara de pena y vuelve al cuenco, e inclina la cabeza sobre él, afligida, y vuelve de nuevo con Turtle, en silencio, con la cabeza gacha, levantando la mirada, dejando a la vista el blanco de los ojos, y Turtle pregunta:

—¿Qué vamos a hacer contigo, Rosy? ¿Qué vamos a hacer contigo?

Martin lleva a casa papeleo, que absorbe su atención durante el resto de la cena, se toca una ceja con el pulgar, pero no se queja, rellena una línea de cada vez, sentado frente a ella a la mesa, en la sala de estar iluminada por la lumbre, en un plato azul de Bauer un filete sanguinolento que ha apartado, y esa noche Turtle pregunta:

—¿Lo van a enterrar o a incinerar?

Él levanta la vista de los papeles, las manos apoyadas en la mesa, la espalda enorme, y contesta:

—Lo que quería tu abuelo era que lo echaran a un hoyo y pudrirse dentro. Así que...

De madrugada, Turtle, a la que han despertado los arañazos de Rosy, está en el porche con los reflectores encendidos, practicando el tiro al plato con la deslumbrante luz de los halógenos, tirando con fuerza del cordón del

lanzaplato y acto seguido acomodándose la escopeta superpuesta en el hombro, la satisfactoria detonación del arma y el plato convertido en una lluvia de polvo anaranjado bajo el resplandor de los halógenos. Se vuelve y ve a Martin apoyado en el umbral, el rostro inescrutable, y se da cuenta, sin estar segura de desde cuándo es así, de que el pitido que tenía en el oído izquierdo ha desaparecido. Cuando Martin da media vuelta y se va a su dormitorio, Turtle se abre paso entre la alta hierba, fría y humedecida por el rocío, y ve a Rosy en el claro, junto al esqueleto calcinado de la caravana. Coge a la perrita y la lleva a su cuarto, y esa noche se despierta otra vez cuando Rosy araña la puerta, y Turtle no la baja, y Rosy no deja de arañar y lloriquear.

Un día Martin va a buscar a Turtle al colegio y la lleva al cementerio de Little River. Aparcan a un lado de la carretera, entran por la herrumbrosa verja y ven cómo bajan el féretro a la tumba. Los laterales son de tierra arenosa costera, rugosos como una galleta rota. El ataúd es sencillo. A Turtle le duelen las muelas por el frío.

—Yo lo que quería era un ataúd de cartón —comenta Martin.

El hombre encorvado que maneja el cabrestante que baja el féretro levanta la vista mínimamente.

—La ley obliga a elegir un féretro, y ninguno es barato —aclara Martin.

El ataúd está muy barnizado, y a Turtle le impresiona lo sombrío que resulta, pero no es de ninguna manera como debería ser el ataúd del abuelo, y no puede ni quiere creer que él esté ahí, y se queda mirando cómo desciende el féretro hacia la lúgubre tierra negra.

—No me está permitido hacerle un ataúd a mi padre —cuenta él—. Hay todo un proceso de homologación para fabricar un ataúd legalmente, pero me habría gustado poder hacerlo yo. Aquí no entierran a nadie hace tiempo. Ya no hay sitio, pero tu abuelo tenía esta parcela desde hace mucho. Y ésa... — Señala con la barbilla la lápida negra de al lado. Turtle se arrodilla y lee: «VIRGINIA ALVESTON», y Martin dice—: Ésa es tu abuela, ratoncito.

La parcela está cubierta de dientes de león. La brisa marina peina la hierba, que parecen yerbajos, como toda la hierba costera, y Turtle espera junto a la lápida y no le encuentra sentido. Y mira a Martin, que le dice:

—No te preocupes. No te pareces en nada a ella, y si la hubieras conocido, no te habría caído bien. Esa mujer tenía el corazón de hierro. Tú eres como tu madre, de los pies a la cabeza, y si hay algo de Virginia en ti, es ese puritanismo que te sale a veces. Lo ahorra todo y no tiraba nada. Fregaba el suelo echándole un cubo de agua. Las patas de las mesas se acabaron pudriendo. Habría estado orgullosa de ti, supongo, de haberte conocido.

Turtle se aparta de la lápida y observa la tumba del abuelo. Martin le pasa un brazo por los hombros, y ella nota cómo se dilatan y se contraen sus costillas con la respiración, y mira hacia arriba y ve las arterias culebreando por el gran tronco de su cuello, como cables, palpitando con los latidos del corazón. Son las dos únicas personas que asisten al funeral. La neblina se cuele entre la línea de árboles que conforma la linde occidental del cementerio. Cuando terminan de bajar el ataúd, Turtle se inclina y tira las aguileñas que ha cogido junto a la verja. Martin la mira, se arrodilla con cuidado en el borde del hoyo y echa un puñado de tierra. Sacude la cabeza, se pone de pie, le pasa un brazo por los hombros y se alejan juntos. Turtle no es capaz de imaginar al abuelo con una esposa. Siempre fue un hombre solitario, y Martin también. No es capaz de imaginar a ninguna mujer en el hogar de los Alveston, excepto a sí misma. Se pregunta quiénes eran esas mujeres, cómo eran. «Virginia Alveston —piensa— es un nombre bonito, una mujer con el corazón de hierro.» Piensa: «una mujer que fregaba el suelo y mantenía limpia la casa. Yo no sabía quién era y he estado comiendo en sus platos».

Martin deja la camioneta en el camino de acceso y ella se baja sin decir palabra, enfila el sendero, deja atrás la bañera, atraviesa el huerto y vuelve a ver a Rosy junto a la caravana. Está tumbada en la hierba con la cabeza apoyada en las patas, rascándose de tanto en tanto, cuando le pican las pulgas. Turtle se sienta con ella, se queda mirando la caravana quemada y rasca a Rosy bajo el collar. La perrita arquea mucho las cejas, sin levantar la cabeza, pero mirando con cariño a Turtle. Al cabo levanta la cabeza y abre la boca, deja la lengua colgando y le sonrío, y Turtle dice:

—¿Qué vamos a hacer contigo, Rosy, viejita?

Luego llega el último día de colegio, y después de la fiesta de fin de curso Turtle se baja del autobús en el arranque del camino que lleva a su casa. Ve que *Rosy* está dormida en la pradera, junto al esqueleto de la caravana. No muy lejos los cuervos se reúnen en los árboles, graznando y observando a la perrita. Turtle se arrodilla junto a *Rosy*, que mueve las patas, se sacude en sueños y se queda quieta. Su respiración se le antoja acelerada, le pone una mano en el costado y contempla los árboles. No tiene valor para volver a llevarla a casa, y no tiene valor para despertarla, así que vuelve a casa sola, y descubre que la camioneta de Martin no está. Cruza la sala de estar vacía, sube a su cuarto y se sienta en la cama. Piensa: «la viejita estará bien ahí, por ahora».

Se pasa la tarde esperando. Se frota el empeine de un pie con el arco del otro. Tiene la piel seca y áspera, y cuando arquea el pie, la planta se le arruga. Es una piel granulada, como un nudo de pino, y en los callos hay agujeritos como los que crea el agua al pasar por la arena en la playa. Se abandona al silencio, y cuando despierta está oscuro y él aún no ha regresado. Ha vuelto a casa todas las demás noches de su vida, y Turtle sabe, se lo dice el instinto, que la ha abandonado. Mató a su abuelo con su cobardía y su egocentrismo, y ahora su padre la ha dejado por esas mismas razones. Se sienta con la espalda contra la pared, mordisqueándose los nudillos, escuchando la casa, escuchando para asegurarse, pero está segura. La brisa entra por la ventana abierta y agita el roble venenoso. Allí donde se han colado por el dintel, las enredaderas son oscuras y nudosas como las patas de un mirlo. El aire se arremolina en la habitación a oscuras en la que está Turtle, que tiritita, asustada. Quiere levantarse y recorrer la casa, pero no lo hace. Espera. Abajo el viento abre de golpe la puerta de atrás, que se estrella contra el lateral de la casa. Turtle oye cómo corretean las hojas de aliso por el suelo de la cocina.

Cuando Turtle era pequeña y salía a caminar con su abuelo, le preguntaba: «¿Qué es esto?», y él respondía: «Dímelo tú», y ella se lo decía. Se pasaba una espiga de avena silvestre por la mano, las semillas idénticas, con dos dientes en la punta y sendos bigotes negros largos, torcidos. A ellos su bonita forma les recordaba a los dardos, abombándose antes de la punta, estrechándose después. La mitad inferior de cada semilla estaba envuelta en una pelusilla suave y dorada, profundamente evocadora, ligera como la



vellosidad de los abejorros, pero que se amoldaba con delicadeza al vientre de la semilla. Las largas aristas negras eran ásperas al tacto. A Turtle le gustaba cómo se descascaba el cascabillo en su mano. El abuelo decía: «Cuando un guisantito sabe cuál es el nombre de algo, cree que lo sabe todo de ese algo y deja de observarlo. Pero un nombre no es nada, y decir que sabes el nombre de algo es decir que no sabes nada, menos que nada». Le gustaba decir: «No pienses nunca que el nombre es la cosa, porque lo único que existe es la cosa en sí, y los nombres son sólo trucos, meros trucos que te ayudan a recordarlas». Se acuerda de ellos dos, Turtle corriendo, deteniéndose y volviendo atrás mientras el abuelo avanzaba laboriosamente por la hierba y el terreno desigual. Sólo después de que ella se saliese con la suya y le dijese dónde crecía y qué era, le contaba él cosas, la desgranaba entre los dedos, diciendo: «Esto, guisantito, es la espiguilla, y éstas son las glumas. ¿Ves lo largas que son? Ésta es la arista. ¿Ves cómo abajo tiene forma de espiral y arriba está torcida? Tú sigue mirando atentamente. Sigue así, mirando como si no supieras nada, mirando para averiguar lo que es en realidad. Esto es lo que hace que un guisantito siga siendo bonito y silencioso mientras camina por la hierba. Miras las cosas para averiguar lo que hay ahí fuera, guisantito, siempre, siempre». Pero se equivocaba con lo de los nombres. O al menos en parte. Sí que significan algo. Significaba algo que la llamara guisantito. Para ella lo era todo.

Piensa: «debería ir por la perrita». Acto seguido piensa: «bah, déjala». Espera, y su espera y su silencio son disciplina en lugar del verdadero dolor, y así y todo se sumerge en él, la mejilla contra el suelo, respirando despacio, las horas pasando, cada una como la primera, cada respiración como la última, observando el deambular de los pecelillos de plata por las grietas llenas de pelusas de la madera, una sensibilidad que ha mantenido en suspenso desde hace tiempo despertando en ella, y Turtle lo siente, siente ese dolor que se va acumulando, pero juega a acercársele cuando está de espaldas, y cuando lo mira, está muy lejos e inmóvil, pero cuando su cerebro se detiene, tendida en el suelo y mirando la madera, pero sin pensar, nota que se acerca y la asalta, el dolor invadiendo por completo el desatendido vacío de su cabeza como rábanos silvestres una parcela baldía. Ha encontrado

partes enteras de ella que no sabía que tenía.

Por la mañana, Turtle camina insegura por los pasillos y habitaciones desiertos, las piernas doloridas ahora que vuelve la sangre a ellas. Le duele la espalda de estar sentada. Se queda parada en la sala de estar, mira los sofás, la puerta abierta de la cocina, la casa en silencio, en todos los objetos el peso de la presencia de su padre. Sale y deja la puerta abierta. Los pinos se mecen en la elevación, los manzanos del huerto tiemblan, el viento vence la hierba del prado. Camina descalza por el huerto, sale al claro y ve la caravana, envuelta en ceniza. Los cuervos se han abierto paso en la hierba y *Rosy* está en medio de ellos, con las patas traseras abiertas. Cuando Turtle se acerca, las aves graznan y levantan el vuelo con dificultad. Le han estado sacando los intestinos a la perrita por el ano. *Rosy* tiene el pelo apelmazado y feo, y a su alrededor hay una nube de moscas. Le han sacado los ojos. Turtle se arrodilla en la hierba y se tapa la boca con el faldón de la camisa. Los cuervos observan desde los árboles. Es como si la hubiesen destripado a ella. Los intestinos de *Rosy* son cintas del color de los gusanos secándose al sol.

Esa noche, al bajar una lata del armario, se encuentra una semilla de hierba encima. Baja latas envueltas en trozos de papel de periódico para protegerlas, las etiquetas mordisqueadas, apestando a pis. Las apila en la encimera. El nido está en el rincón trasero del mueble. Lava las latas en el fregadero, abre una, se sienta y se come las alubias directamente de la lata, dolida, desconsolada. Espera oír la camioneta subiendo por el camino de un momento a otro, y cada instante le trae únicamente el silencio de la casa vacía. Espera en su cuarto, la barbilla apoyada en las rodillas, las manos abrazándose las piernas, los ojos cerrados. «Me quiero morir —se dice—. Me quiero morir.»

Baja la escalera y le grita a la casa oscura:

—¿Papi?

Grita otra vez, pero él no está, y ella enfila el pasillo y abre la puerta de su habitación. Enciende la luz, se queda en el umbral, mirando. Las sábanas están arrebuajadas. Hay ropa tirada por el suelo. Se sienta en la cama. Le viene a la cabeza la caravana del abuelo en llamas. Piensa: «tú tienes la culpa. Tú tienes la culpa de eso». No está segura de a qué se refiere. Aquello no parecía

una despedida; parecía un exorcismo. La mesita está repleta de botellines de cerveza a medio beber y cigarrillos aplastados en las chapas. Sostiene un botellín a contraluz: dentro flotan moscas muertas. Piensa: «crees que sabes algo. Te sabes el nombre de alguien y crees que sabes algo de él, o te resulta familiar y dejas de observar porque crees que ya lo has visto antes. Eso es ceguera, guisantito. Sigue mirando atentamente. Sigue así, mirando como si no supieras nada, mirando para averiguar lo que es en realidad». Deja el botellín de cerveza donde estaba. Martín creía en los nombres. Los dos estaban muy equivocados. Los dos. Tira los botellines, las chapas y el cenicero a la papelera. Se levanta y quita las sábanas arrebujadas. Las manchas que no se van, como de café, están secas, formas irregulares con el centro descolorido. Por qué pasará eso, es algo que desconoce, tal vez sea por la misma razón por la que las pozas de marea dejan la sal en anillos concéntricos. Tal vez todo busque su borde, huya de su centro y muera así. El cascabillo de los botellines, de la ropa tirada y andrajosa, de esta habitación silenciosa, de esta casa vacía. Tira del colchón hasta sacarlo de la cama. Las vigas están llenas de telarañas. Se acerca a la estantería y saca un libro de entre los demás, la parte de arriba llena de polvo. Abre las amarillentas páginas. Las zarzamoras han echado raíces en sus entrañas, los alisos, la milenrama y la hierbabuena rastrillados desde la negrura como les sucede a las semillas, los estolones de las zarzas entretejiéndose en la celosía de sus pulmones, y si abriese la boca, podría vomitar los tallos en una maraña fibrosa. Siente una tristeza que no tiene nombre. Piensa: «sigue mirando, guisantito. Sigue mirando así, como si no lo supieras». Empieza a sacar libros del estante. Tira de la librería, pero no se mueve. Echa a andar por el pasillo, vuelve con una barreta, la mete detrás de la estantería y hace palanca. Los tacos salen del yeso como raíces primarias, los clavos galvanizados doblándose y gimiendo. La librería cae de bruces en medio de un oleaje de libros.

Vuelve al pasillo, va a la despensa y coge la sierra eléctrica del suelo. Al entrar en el dormitorio la arranca con fuerza, de un único tirón. Acerca la hoja al estante y atraviesa la preciosa, oscura madera de cerezo, los largos tirabuzones de cereza saltan hasta las sábanas hechas un rebusco. Atraviesa las

vigas y el montón de libros de debajo. El aire está lleno de confeti de papel triturado que cae revoloteando desde arriba. Turtle lleva la humeante sierra a la cama de papi, toca con la hoja el bastidor y la cama se parte en dos y se desploma. Después, sosteniendo la sierra con una mano, tira del cabecero para separarlo de la pared y lo corta de arriba abajo. Suena el teléfono y Turtle va hasta él y lo arranca de la pared. Se queda parada en la habitación, respirando agitadamente y mirando los muebles que ha destrozado, las sábanas hechas un rebujo. Apaga la sierra y la deja a sus pies.

Baja al sótano por una pala y un azadón, cruza con ellos el recibidor y sale por la puerta. Lo reflectores que bordean el perímetro se encienden con un clic. Camina entre alisos y saúcos, los reflectores saltando conforme se adentra en cada nueva extensión de oscuridad, los halógenos iluminándolo todo con su resplandor. Abre un agujero entre los pinos, ramas y árboles enteros muertos por alguna plaga desconocida. Corta las nudosas raíces con el azadón, cavando incesantemente y con cuidado, descansando para apoyar las manos en las rodillas. Cava durante mucho rato. Sólo es preciso que el hoyo sea lo bastante grande para lo que quiera que quede: las ruinas, las cenizas, los restos fundidos de muelles y tornillos. A veces se detiene para rotar los hombros y masajearse una mano con los dedos de la otra. Después se pone a ello de nuevo. Cuando termina se sienta en el borde, echa salsa de habanero en una lata de alubias refritas, la mezcla con el cuchillo y come directamente de la hoja. Limpia el cuchillo en el muslo y lanza la lata al hoyo.

Saca las sábanas y el colchón. Saca el armazón partido y el cabecero. Saca el escritorio y los estantes de madera de cerezo. Los cortes brillan en la penumbra. Abre el baúl, que está lleno de fotos de su madre y de ella, lo vuelca y revuelve las fotos con la hoja del cuchillo. Las mete donde estaban y saca el baúl. En un cajón encuentra un talonario de cheques en el que quedan doscientos cinco dólares y tres sobres llenos de efectivo: fajos de cien, de cincuenta y de veinte. Lo cuenta, hay cuatro mil seiscientos veinte dólares, y lo deja junto al talonario en la encimera de la cocina. Las facturas, los extractos bancarios, los documentos, todo lo lleva al hoyo. Va por una carretilla roja que está entre la hierba alta, infla la rueda y lleva la carretilla a

la cocina. Echa en ella los platos de la encimera y vacía todos los cajones, que deja, ya sin nada, contra la pared. Saca las sartenes y la cazuela de hierro, las lleva a la chimenea y las amontona en la ceniza, luego arranca las hojas de *Los hermanos Karamazov*, hace una bola con ellas, las apila y dispone la leña en forma de tipi. A continuación se agacha y sopla hasta encender las brasas.

Va al sofá que hay junto a la chimenea, se tumba en él y pasa las manos por la tapicería. Luego se levanta, coge el hacha del suelo y, reluciente de sudor, la arenosa tierra pegada a sus vaqueros y a sus botas, deja caer el hacha con fuerza sobre el respaldo del sofá. Trabaja con determinación, acompasadamente, hasta que el mueble se parte, y acto seguido pasa el cuchillo por la tapicería. Corta y rasga, levantando la tela de las grapas hasta que el armazón queda al descubierto. En el cobertizo, extrae cuarenta litros de gasolina del depósito subterráneo, los saca y se encarama a la pila que ha amontonado, y, de pie en el arrugado colchón de su padre, vacía las latas de acero de gasolina, pisoteando estantes destrozados, los restos del baúl y de la cama. Le prende fuego al montón, que arde lanzando enormes llamaradas negras, grasientas, al aire mientras ella mira.

Trabaja toda la noche. Por la mañana, arrodillada ante el hogar de piedras de río, saca las sartenes de la chimenea con el atizador. Están recubiertas de una ceniza roja costrosa y parecen inservibles, arrasadas por el fuego y herrumbrosas. Revuelve la ceniza caliente, las va pescando una a una y las deja en las piedras. Teme que el fuego las haya oxidado. Saca una sartén Griswold del número 14, la deja en el porche y, tras coger la manguera, le echa un buen chorro de agua. La grasa quemada cae a pegotes. Debajo, el acero está reluciente y limpio, sin rasguños ni bollos, como el primer día. Levanta la sartén y la pone a contraluz.

# 15

Hay seis kilómetros al norte por la carretera de la costa desde la casa de Turtle hasta Mendocino, donde ella va a diario en busca de Jacob. Camina siguiendo la carretera, por el terraplén, comiendo diente de león y lengua de vaca. Arranca cardos y, cogiéndolos con los faldones de la camisa de franela, les quita las espinas y mordisquea los tallos de manera reflexiva, retirándoles la tierra de las retorcidas raíces con el pulgar. Los coches se le acercan para preguntarle si está bien, para preguntarle si quiere que la lleven a algún sitio, y ella se queda quieta, pasando una bota por el asfalto y chasqueando los dedos, y responde que ha quedado con sus amigos y que le gusta andar. Un tipo, que se inclina hacia delante para hablar con ella por la ventanilla del copiloto, inquiera:

—¿Te estás... comiendo un cardo? —Turtle lo mira fijamente, y él añade —: ¿Tiene eso sustancia? —Ella sacude la cabeza para decir que no, en realidad no. Él la mira atentamente. Turtle se separa de la puerta de la camioneta y sube al bosque por el terraplén. El tipo le grita algo, pero ella no lo oye.

Al cruzar el puente del Big River para entrar en Mendocino se detiene y recorre la playa con la mirada, buscándolos. Remolinos de agua clara han excavado hoyos arenosos en la pedregosa ribera meridional del río, y, en el fondo de esos pozos, el agua descansa, densa como gelatina y de un azul zafiro, bajo las capas movedizas de la superficie. Hay algunas personas caminando por la playa, pero los chicos no están allí. Sigue la carretera hasta el pueblo y se queda parada en la alta acera de hormigón, delante de la

librería Gallery, observando la calle. La calle principal da a los cabos, donde las zarzas se extienden contra la cerca, y al otro lado el heno blanco florece con el púrpura más suave y delicado que se puede imaginar, las flores blancas de angélica suspendidas en el campo. Turtle se pone de puntillas, sube y baja, mirando la calle.

Por la tarde regresa a casa y pone a hervir ortiga mayor en la cazuela de cobre, las hojas apiñándose, y se sienta a lo indio en el porche comiendo quelpo, que ha traído de la playa en cajas, limpiado con la manguera y dejado secar en tendederos de acero inoxidable. Con unos palillos chinos separa una hoja de ortiga de las demás, la enrolla lentamente en el agua, manejando los palillos, y la saca de la cazuela, goteando. Sentada con las piernas cruzadas en la encimera, sopla la humeante hoja, espera y se la mete en la boca.

En el silencio de la casa, las maderas crujiendo, el viento lamentándose en las tablillas, las rosas arañando la ventana, su cerebro está completamente vacío, y cuando no lo está y no es capaz de vaciarlo, se repite breves frases para sus adentros, una y otra vez, para ahogar los pensamientos. «Sonríe y aguanta», piensa, una y otra vez, hasta que las palabras dejan de tener sentido. Abre su Noveske y saca el grupo de funcionamiento, con las manos manchadas de grasa como un mecánico. El percutor está sucio, tiene restos de pólvora, y se lo mete en la boca, succionando el acero hasta limpiarlo, moja un trapo en el disolvente del color del whisky y extrae el perno, negro debido a la pólvora, pensando: «sonríe y aguanta, sonríe y aguanta, sonríeyaguanta, sonriaguanta, sonriaguanta». La bomba del pozo se apaga. Luego, una noche, las luces titilan. Mira hacia arriba. Se apagan. Se escucha un chillido crepitante como de soldadura eléctrica. Turtle echa mano de la escopeta y, tras encender la luz del arma, va por el oscuro pasillo a la despensa. Abre el cuadro eléctrico y lo barre con la luz. La mayoría de los fusibles han sido sustituidos por centavos ennegrecidos, corroídos. Son antiguos y tienen una gruesa costra blanca. Uno humea, el cobre fundido chorreando en gotas alargadas. Baja el interruptor principal, cortando toda la corriente. Acto seguido coge el extintor, va hasta la oscura sala de estar y se queda esperando, preguntándose qué hará si el aislamiento se incendia. Pasa largas horas en el cobertizo donde está la bomba, con sus dos cisternas verdes,

sacando agua a mano dándole a la palanca de aluminio, subiéndola del pozo, que se hunde en la quebrada, hasta los depósitos que abastecen las tuberías por gravedad de la casa. Se sienta sola, descalza en el suelo de hormigón, accionando repetidamente la palanca. Se sienta en las rocas de la playa Buckhorn, abriendo erizos de mar y sacándoles las vísceras, descalza, contemplando el océano, enjuagando las gónadas anaranjadas en un colador. Lanza puñados de caracoles marinos como si fuesen dados, sosteniendo uno en equilibrio entre el pulgar y el índice, esperando a que se relaje, y cuando lo hace, introduce el percutor por el pie negro, similar a una oblea, atravesando el musculoso cuerpo, y lo saca de la concha, el animal retrayéndose. Lleva los demás a la casa, improvisando una bolsa con los faldones de la camisa, se detiene y desenfunda el cuchillo para desenterrar un bulbo de hinojo grande y blanco. Al hervir, las conchas repiquetean contra el fondo de la cacerola. A veces, cuando se despierta en la hora más fría de la noche y sale del saco de dormir para sentarse ante la ventana, la asalta un miedo cerval, y se dice: «la soledad es buena para ti, amiga, esto ni siquiera es soledad, es otra cosa». Se sienta a lo indio en la ventana y la fría brisa del océano le carcome las partes muertas.

Tras pasarse una semana buscándolos, va hasta la playa Portuguese, en el extremo occidental de la calle principal, en Mendocino, y los ve. Jacob camina por el agua mientras Brett observa desde la arena, echándose en la boca chorros de nata montada del bote. Turtle baja a la playa por la escalera, dejando atrás letreros del Servicio de Parques que alertan del fuerte oleaje. Los prominentes acantilados de arenisca están repletos de coles silvestres y engalanados con guirnaldas de capuchinas que se entremezclan con agua de manantial. Turtle sube por la playa siguiendo una sinuosa línea de medusas muertas y se sienta junto a Brett.

—Hola —saluda.

—¡Hostia puta! —exclama Brett, encantado.

Jacob se vuelve a mirar y exclama asimismo:

—¡Hostia puta!

—¡Es Castor!

—¡Es Turtle! —corrige Jacob.



—¡Turtle! —Brett se le echa encima, y Turtle se ríe cuando la placa, diciendo—: ¡Eh! ¡Eh! —La tira a la arena—. ¡Eh! —repite.

—¿Dónde te has metido? —pregunta Jacob.

—¿Te llamaron los Vengadores?

—¡Estás guapísima!

—Pero flaca.

—¿Cómo va el verano?

—Te hemos echado de menos.

—De verdad, tía, en serio.

—En casa —responde ella—, he estado en casa.

Los dos llevan bañador de surfista y van descalzos, con el torso desnudo. Brett tiene la nariz, las mejillas y las orejas quemadas; en las espinillas, los dos, pegotes de arena, el pelo revuelto. Turtle ve que han dejado en un tronco un poco más arriba los zapatos, los libros, las camisetas.

—Venga ya —comenta Jacob mientras sale pesadamente del agua—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Turtle no lo sabe.

—¡Tío! Desde, no sé, mediados o finales de abril hasta el día que sea hoy —calcula Brett.

—Siete de julio.

—¿Podríamos no hablar de eso? —pregunta ella.

—Claro. Como cuando vimos a la madre de Brett sentada en un pedestal, desnuda.

—Y *nunca* hablamos de eso.

—Que tal vez haya sido lo mejor.

—Porque ¿qué hay que decir?

Jacob se enciende un porro, le da una calada y se lo pasa a Brett. Se sientan contra un tronco de secuoya rebozado de arena, astillado, de cara al océano, que resplandece, y el agua deslumbra de tal forma que los tres entornan los ojos. El cielo está despejado, y es como si pudieran ver todo el Pacífico.

—Y, bueno, ¿cómo estás? —Brett aguanta el humo en los pulmones, asintiendo, y se lo pasa. Ella lo mira.

—Bien. Estoy bien —asegura.  
—¿Quieres hablar del tema? —pregunta Jacob.  
—¡Tío! Te lo acaba de decir.  
—Pero bien... ¿bien?, ¿te puedo preguntar eso?  
—Claro —replica ella.  
Jacob coge el porro y la mira amusgando los ojos.  
—¿Estás comiendo y tal?  
—Oye —se queja ella.  
—Oye —conviene Brett.  
—Yo sólo pregunto.  
—Escápate con nosotros, Turtle —propone Brett.  
—¿Qué?  
—Turtle. Esto del instituto es algo... un poco... sólo un poquito coñazo.  
—No... —suelta Jacob escandalizado.  
—Sí —corroboraba Brett—. Un auténtico coñazo.  
Turtle no dice nada.  
—El instituto es una pasada —opina Jacob.  
—Mmm... —observa Brett—. Mmm... ¿En serio?  
—Brett quiere que nos escapemos y nos hagamos piratas.  
—¡Tío! No lo sabes decir bien.  
—¿Cómo que no?  
—Suena tonto cuando lo dices así.  
—Vale, entonces ¿cómo se debería decir?  
—¡Así no! Suena infantil. Turtle pensará que soy un crío.  
—A ver, ¿cómo lo dices tú?  
—Quiero que nos escapemos *y nos hagamos piratas*.  
—Tienes razón. Así suena mucho menos infantil.  
—¿Tú qué opinas, Turtle?  
—Que no —contesta ella.  
—Qué fuerte, chicos. Qué fuerte.  
—Me gusta esto —afirma Turtle.  
—Jacob, cuéntaselo.  
—Cuéntaselo tú.

—¿Contarme qué? —se interesa Turtle.

— Cuéntaselo, por favor, Jacob...

—¿Qué? —insiste ella.

—En el océano Pacífico —empieza Jacob— hay una isla flotante de basura inmensa, del tamaño de Texas. Un vórtice de botellas de plástico, neveras de poliestireno, virutas de embalaje, bolsas de plástico amontonadas en el casco de barcos medio hundidos. Brett quiere que vayamos allí y nos hagamos piratas.

—No lo sabes decir bien.

—Brett quiere que vayamos allí y *nos hagamos piratas*.

—Dime que no suena flipante.

—No suena flipante —objeta Turtle. No sabe por qué alguien querría irse de Mendocino. Tampoco ha entendido nunca a los turistas. No le ve el sentido.

—Aunque... —empieza Jacob.

—Verás... —dice Brett.

—*Construir una nación* —apunta Jacob— tiene cierto atractivo, ¿no?

—No —niega Turtle—, no lo tiene.

—Fundar una república gloriosa —se crece Jacob.

—Mmm. —Turtle alberga sus dudas—. Probablemente sea difícil.

—Reclamar los restos de una civilización desaparecida y levantar una utopía a partir de las cenizas.

—Mis padres eran utópicos —asegura Brett—. Ahora están divorciados y mi madre está cansada todo el tiempo. Dice que está agotada, tal cual: «Brett, cariño, estoy agotada». Le duelen las manos. Es masajista terapéutica. Pero tiene artritis. Lo que yo te diga, ésa no es la manera. *Piratas*. Ésa es la manera.

—Podríamos criar gusanos de la harina —sugiere Jacob, y comienza a entusiasmarse con la idea— en nuestros desiertos de poliestireno. Esos gusanos pueden subsistir comiendo únicamente plástico. Me veo, nos veo: criando nuestros gusanos de la harina de día y de noche leyéndonos Platón en voz alta bajo las constelaciones de un cielo extranjero, acompañados del vasto masticar de un continente entero de botellas de plástico agitándose en el

agua y de los susurros etéreos de las bolsas de supermercado al deslizarse por las dunas de plástico amontonado.

—Creo que estáis viendo la isla de basura más interesante de lo que es —objeta Turtle.

—Si de verdad tuvieras ciento sesenta kilómetros de gusanos de la harina, apuesto a que los oirías de noche. Masticando. Y masticando —se ríe Brett.

—Podríamos criar peces en redes enormes hechas de bolsas de plástico tricotadas.

—Nos estoy viendo: una tribu salvaje y bárbara de ecopiratas espadachines, tan toscamente guapos como visionarios, cruzando los eriales de gusanos de la harina a lomos de nuestras iguanas de guerra gigantes.

—¿Iguanas de guerra?

—Iguanas de guerra, *obvio*.

—Si lo piensas, probablemente ya haya iguanas allí, residiendo en esas Galápagos yermas y posmodernas, cada generación con más colores de bolsas de supermercado que la anterior.

—Tío.

—Y si utilizáramos la rizofiltración, podríamos capturar residuos nucleares del océano y aislarlos en tetraedros gigantes de vidrio laminado que calentarían lentamente el agua alrededor de nuestra isla para que pudiésemos criar más peces.

—Imaginaos las fecundas lagunas calentadas con uranio, abundantes en langostas y quelpos de criadero, patrulladas por bancos de salmón e iluminadas desde el fondo por misteriosas pirámides que emiten una luz verde, suspendidas de enormes cadenas de ancla chirriantes, mientras en las costas de plástico de arriba toman el sol nuestros nobles aunque tempestuosos corceles reptiles.

El viento le saca a Trurtle mechones de pelo rebelde de la coleta que le azotan la cara. Se le pegan a los agrietados labios. Ella se los aparta, se los mete detrás de la oreja. Si de verdad hay una isla de basura del tamaño de Texas, será un lugar de mierda y no habrá manera de salvarlo. Pero no hace falta que les diga eso a los chicos.

Suben por la calle principal analizando si se podría montar en una iguana

si fuese lo bastante grande, si sería apropiado llevar un tridente y si los tetraedros gigantes de vidrio laminado llenos de residuos nucleares podrían alterar las corrientes de todo el océano y ocasionar una extinción masiva. Entran en Lipinski's Juice Joint, y cuando ve los precios escritos con tiza en la pizarra, Turtle empieza a chasquear los dedos. Jacob se saca la cartera y, mientras desdobra los billetes, dice:

—Pago yo, Turtle.

—La película que harán sobre nosotros se podría titular *Un puñado de gusanos de la harina* —apunta Brett.

—Oye, Dean, estamos fundando nuestra propia república, ¿te interesa? —pregunta Jacob.

Y el camarero, con barba y dilataciones, contesta:

—¿Habrá turistas?

—No —asegura Brett.

—¿Habrá hierba? —quiere saber el barista.

—Al ser piratas, es evidente que nuestro principal estupefaciente será el ron, pero sí —responde Brett.

—Criaremos bostezadores psicotrópicos en lagunas poco profundas calentadas por residuos nucleares, y podrás lamerlos para colocarte —asevera Jacob.

—¿Cómo? —exclama Dean.

Como Turtle no pide nada, Jacob decide por ella:

—Tomará un falafel. Por lo menos eso creo. El capitalismo la dejó muda.

—Son los puñeteros turistas —aduce Dean—. La cosa siempre ha estado mal, claro, pero volvemos a salir en el *New York Times*. He leído que, en Mendocino, con cien dólares sólo puedes comprar cosas por valor de unos ochenta y dos dólares.

—Eso no tiene sentido. Ninguno —rebate Brett—. Por definición, con cien dólares se pueden comprar cosas por valor de cien dólares.

—Son los puñeteros turistas —insiste Dean.

—Vale, Dean, no te gustan los turistas, lo pillo, pero no les puedes echar la culpa de cosas que son, por definición, imposibles —razona Brett.

Se sientan a una mesa de madera en la terraza, a la sombra de una torre de

agua. La cerca está cuajada de campánulas. Dean saca tres frappes de café, con las dos manos, los vasos sudando trocitos de hielo, el café batido tan espeso como el helado. Se comen los panes de pita con pepino y falafel, poniéndolo todo perdido y debatiendo si de verdad se podría criar salmón en tanques gigantes de botellas de plástico soldadas, y si se los podría alimentar a base de gusanos de la harina criados exclusivamente con plástico. Lo difícil, no para de decir Jacob, es que lo de los gusanos de la harina es buena idea, pero cuando crecen se convierten en escarabajos venenosos. Turtle no ha tomado café nunca, y le tiemblan las manos. La pita se le deshace y tiene que chuparse los dedos constantemente, mirar a los chicos para seguir la conversación.

Jacob mira a Turtle.

—¿Quieres venir a dormir a mi casa?

—Sí —acepta ella.

—¿Hace falta que llames a tu padre?

—La verdad es que no —contesta.

—¿No? —se extraña Jacob.

—No —confirma Turtle.

A las cinco quedan con la hermana de Jacob, Imogen, que trabaja en un café en el pueblo, y los lleva a casa de Jacob. Siguen teniendo los pies y las espinillas cubiertos de finas capas de arena. Los dos chicos se suben atrás, y Turtle va delante con Imogen, que la mira con curiosidad. Jacob se inclina hacia delante entre los asientos para presentarlas.

—Turtle, Imogen. Imogen, ésta es la que fue y será reina de la América postapocalíptica, budista zen, pistolera y aserradora.

—Encantada —responde Imogen mientras sale del aparcamiento.

—Su reino será duro, pero justo.

—En nuestro papel de consejeros, abogaremos por la justicia.

—Pero nadie puede templar por completo la dureza estoica que constituye su naturaleza esencial.

—¿Y cómo conociste al idiota de mi hermano?

Turtle no dice nada.

—Venga, va, ¿cómo os conocisteis?

Turtle mira a Jacob. Los chicos están leyendo; Brett, apoyado en la puerta del lado del copiloto, *Tropas del espacio*; Jacob, sentado recto, *La Ilíada*.

Pasan un rato en silencio.

—Entonces, Jacob..., ¿ésta es la chica que salvó vuestra patética vida cuando os perdisteis en el bosque?

—No nos perdimos.

—Pues yo diría que estabais perdidos. Superperdidos, vamos.

—No es verdad. Sabíamos dónde estábamos. Lo que no sabíamos era dónde estaba la carretera.

—Vamos, que... perdidos.

—No estábamos perdidos.

—Y, eh... Turtle, ¿te gusta el colegio? —pregunta Imogen.

—Está bien.

—¿Dónde vives?

—En Little River.

—Anda, así que al sur de aquí. ¿En el interior o junto al mar?

—Junto al mar.

—¿Te gusta?

Turtle no contesta.

Cruzan el río Noyo y atraviesan la ciudad de Fort Bragg, unos quince kilómetros al norte de Mendocino. Pasan el Parque Estatal MacKerricher, cruzan el río Ten Mile y dejan la carretera. Están a una larga jornada de marcha del monte Buckhorn. La casa de Jacob es una moderna construcción de secuoya que se alza al final de un largo y sinuoso camino negro. Da a la ribera norte del río y está rodeada de pradera costera.

—¿Vives en una mansión? —pregunta Turtle.

—No es una mansión —corrige Imogen.

—¡Eh! —advierte Brett—. Eh, Turtle. Yo vivo en una casa móvil de ancho doble. Así que revisa tus privilegios, señorito.

—¿Mis qué?

—Hay, qué, cinco dormitorios, tíos.

—¿Qué me has llamado?

—Cierra el pico, Jacob. Es una mansión.

—¿Me acabas de llamar «señorito»?

—Te investigamos, señorita —aclara Brett—. Hace varios años, una propiedad contigua a la tuya de unos mil quinientos metros cuadrados se vendió por 1,8 millones de dólares. Tú tienes casi 250.000 metros cuadrados con vistas al mar en uno de los mercados inmobiliarios más caros de Estados Unidos.

—Técnicamente no es uno de los más caros... —aduce Jacob.

—Pero es el mejor —exclama Brett—. ¡El mejor!

—Pero... —empieza Turtle.

—¡Cállate!

—Sí —dice Jacob—. Sí. Y *no* es una mansión.

—Cállate, Jacob.

Entran en un garaje para cuatro automóviles grande, limpio, vacío.

—Vale —dice Imogen al salir—. Divertíos con... lo que quiera que sea esto.

Jacob le enseña la casa a Turtle. Para él no es nada; todo le resulta familiar. Para Turtle es increíble. En cada habitación, ventanales de suelo a techo dan a acantilados barridos por el viento y al estuario del Ten Mile. En la cocina hay encimeras de granito negro y una isla también de granito negro, estantes suspendidos del techo acogen utensilios de cocina de acero inoxidable, tablas de cortar de madera de arce. Todo está muy limpio. Turtle lo quiere todo.

—¿Dónde están tus herramientas y esas cosas?

No ha visto ninguna en el garaje.

—¿Herramientas?

—Sí..., las herramientas —insiste ella.

—Ah, hay un montón de herramientas en el taller de mi madre. Sopletes de acetileno y cosas por el estilo.

—Y, entonces, ¿qué hacéis cuando se rompe algo? —quiere saber ella.

Jacob la mira sonriendo, como si esperara a oír el resto de la frase. Después dice:

—¿Te refieres a..., me estás preguntando a qué fontanero llamamos? Podría preguntarle a mi padre.



Turtle se lo queda mirando.

Van por un pasillo en el que se ve una vitrina de suelo a techo con cestas de los indios pomo.

Turtle se queda mirando las apretadas cestitas con los distintos dibujos hasta que Brett y Jacob llegan al final del pasillo y se vuelven para esperarla. En la sala de estar, una enorme escalera de caracol con peldaños de roble anclados directamente a un tronco de pino barnizado lleva a las habitaciones de Jacob e Imogen. Una librería ocupa una pared entera de su cuarto, con una escalerilla para alcanzar los estantes superiores. Apilados contra las paredes y amontonados en las mesitas hay más libros, algunos abiertos, con la esquina de algunas hojas doblada y repletos de anotaciones. La alfombra, beige, tiene partes claras y oscuras en el pelo, lo que delata que le han pasado la aspiradora esa mañana.

Turtle se sienta en la cama y mira a su alrededor.

—Lo sé, ¿verdad? —dice Brett.

—Sí —responde Turtle.

—¿Qué? —pregunta Jacob.

—Sí —repite Turtle, de manera elocuente.

—Su padre patentó un proceso para detectar errores en microchips de silicio.

—¿Qué son microchips de silicio?

—Ya sabes..., en el móvil. —Jacob sostiene en alto el suyo.

—Ah.

—Su madre hace tías desnudas.

—¿Qué?

—Esculpe desnudos —aclara Jacob—. Recuerdan a Rodin en su pronunciada corporeidad y en lo exagerado de su idiosincrasia humana. En algunos ha sustituido el sistema vascular por clemátides.

—Están fuera todo el tiempo. Brandon en Utah, donde hacen las obleas de silicio (no sé por qué, porque a nadie le importa una mierda Utah, supongo), e Isobel en distintos lugares del mundo, donde hay rollo artístico.

—No están fuera *todo* el tiempo.

—Creen que Imogen lo cuida.

—Y sí que me cuida.

—No es cierto. Le deja coger el coche para ir al colegio, y eso que no tiene carné. Se tiene que hacer la comida. Gachas de avena aguadas. Básicamente es Oliver Twist.

—A veces me lleva mi hermana.

—Van al mismo instituto y ni siquiera lo lleva.

—Porque los martes y jueves tiene clase más tarde que yo.

—Es maltrato infantil.

—Mentiras. Son todo mentiras.

—Imogen lo obliga a sentarse en los cruces con un letrero de cartón que pone: «Niño abandonado. Cualquier ayuda es buena». Luego, por la noche, le quita todo el dinero y se compra brillo de labios y música.

Jacob pone los ojos en blanco.

Más tarde, cenan con los padres de Jacob en una mesa de caoba con las patas con forma de garra. Las ventanas dan a la playa, donde un círculo de gaviotas se eleva y desciende y los quelpos se enredan en el agua. Brett está sentado con una pierna doblada y metida debajo de la otra, medio fuera del asiento, como si estuviese listo para levantarse y salir en busca de algo. Turtle no deja de mirar a Brandon e Isobel Learner y después su comida. Brandon, delgado y silencioso, lleva una camisa blanca y pantalones de vestir. Al comienzo de la cena, se remanga con cuidado. Turtle se recoge el pelo, se saca el percutor de la boca y atraviesa con él la coleta. Isobel Learner, que mira con ojo crítico su copa de vino tinto, lleva puesta una túnica con un cinturón sobre los vaqueros y la camiseta. Tiene el pelo negro con mechas grises y luce unos pequeños pendientes de plata con piedras azules.

—Y dime, Turtle, ¿qué tal tu verano? —pregunta Isobel.

Están comiendo atún sobre un lecho de arroz salvaje y bimi a la plancha.

—Bien —contesta ella.

Isobel, que ha terminado de trabajar y pensar por ese día, bebe vino, se retrepa en su silla y siente una curiosidad amable. Tiene las manos manchadas de negro, como si fueran restos de pólvora, pero es otra cosa.

—¿A qué se dedica tu padre?

—¿Cómo? —Turtle se echa hacia delante para oír.

—Tu padre... ¿trabaja en algo?

—¿Perdón?

—Mamá —tercia Jacob—, estás farfullando y la copa te tapa la boca.

—Ah. —Deja la copa en la mesa—. ¿A qué se dedica tu padre, Turtle?

—Pues... —empieza—. Trabaja de carpintero. Pero lee mucho.

Isobel inclina hacia delante la copa, comparando el vino tinto con el blanco de la servilleta.

—Mira esto —observa—. Turtle, cariño. Ven aquí. ¿Ves esto? ¿El menisco? El menisco es... ¿Has estudiado física? Bueno, ¿ves ese anillo tan delgado donde el vino se pega a la copa?

El vino es de un rojo oscuro intenso. A lo largo del borde, un óvalo fino como una cuchilla se dibuja en la copa, como el borde finísimo, arenoso de una charca, y donde se atenúa, el anillo es de color del té. Turtle mira con atención a Isobel para ver lo que dice.

—¿Ves que es amarronado, igual que la pulpa blanca de una manzana se vuelve marrón cuando la dejas fuera?

—Sí —afirma Turtle.

—Eso es la oxidación. Es producto de la edad del vino.

—¿Es óxido?

—Como óxido, sí.

Isobel deja el vino en la mesa, se pone en pie bruscamente y vuelve de la cocina con más copas, que lleva entre los dedos, por los pies. Las reparte y sirve vino en ellas.

—Cariño —apunta Brandon—, ¿crees que esto es buena idea?

—Sí. —Isobel le pasa una copa a Brett y después a Turtle, Jacob e Imogen. Turtle levanta la suya, la compara con el mantel blanco. Mira a Isobel, que le enseña cómo agitar la copa y oler el vino—. ¿Qué opinas? —pregunta.

—¿De qué? —inquire Turtle, oliendo el vino.

—¿Qué fruta hueles? —Isobel sonrío a Turtle, se echa hacia delante. Tiene un diente montado, y cuando sonrío, se le ve.

—Ah —dice Jacob, mientras mueve su propia copa—. Moras grandes, que han madurado durante el verano y crecen contra una cerca blanca en

Napa, el viticultor acaba de salir al porche con una taza de café tostado...

—*Niet!* —lo interrumpe Isobel—. Sé lo que estás haciendo, caballere. Y ella puede cuidarse sola. —Centra su impresionante mirada en Turtle, que tiene la copa delante, y después en Brett—. ¿Tú qué opinas, Turtle? Me encanta el nombre. ¿Turtle? ¡Turtle! Genial. ¿Te vino durante una búsqueda espiritual o te lo pusieron al nacer?

—Mmm —replica Turtle.

—No pasa nada. Agita la copa, cariño.

Turtle mueve la copa.

—¿Qué hueles?

—No sé.

—¿Fruta de huerto: manzanas, peras, drupas? ¿Frutos negros: moras? ¿Frutos rojos: frambuesas, fresas? ¿Cerezas? ¿Cuero? ¿El suelo del bosque? ¿Olores animales?

—No le gusta ser el centro de atención —intercede Jacob.

—No es el centro de atención. ¿Frutos azules: arándanos? ¿Agrios? ¿Fruta fresca de frutería? ¿Lleva un par de días en el mostrador? ¿O tipo mermelada, cocida en una tarta?

Isobel espera su respuesta. En ella no hay nada amenazador.

—Uvas —prueba Brett—, uvas fermentadas.

—Frutos negros —aventura Turtle—, pero frescos. Moras frescas. Picotas. Un poco de eso... Como... una flor de capuchina —añade.

—¡Pimienta! ¡Sí! Frutos negros y especias —apunta Isobel, acomodándose en la silla—, un poco de madera de cerezo, ¿la notas? Como si mordieses una astilla de cerezo verde. —Hunde la cara en el vino e inhala. Las expresiones se persiguen sutilmente por los ojos y cejas, una expresión mordaz de humorista, sabe exactamente lo divertida que está siendo, y lo disfruta.

—Muy bien —dice Brandon, que intenta coger la copa de Turtle—, ya podemos quitarle el vino.

Jacob retira el suyo antes de que Brandon logre echarle mano.

—Vamos, deja que la niña lo pruebe, Brandon —pide Isobel.

Brandon deja caer las manos, mira a Isobel. Turtle siempre ha sabido que

otras personas han crecido de manera distinta a ella. «Pero no tenía idea — piensa—, de que fuese *tan* distinta.» Levanta la copa, prueba el vino. Sabe más fuerte de lo que huele. Como si le llenara la boca. Isobel la mira atentamente. Turtle arruga la nariz. Percibe la mora ahí, en el centro, luego le saca una textura, como mencionó Isobel, como si hubiera mordido el borde de una estantería de madera de cerezo.

—¿En el paladar? —pregunta Isobel.

—Puaj —contesta Turtle—, puf.

—Bueno —concede Isobel, retrepándose, sonriendo—, todavía tiene tiempo.

Esa noche, Brandon la acompaña a su habitación, en la que hay una cama de caoba enorme con un edredón de lino. Le enseña el cuarto de baño, dentro del dormitorio, y se inclina sobre la bañera para explicarle cómo va la ducha y dónde están el champú y la pasta de dientes. Al fondo del pasillo se oye a los chicos, que se están dando almohadazos y riendo.

—Jacob dice que has avisado a tu padre de que estás aquí, ¿verdad? — pregunta Brandon.

—Sí —replica Turtle—. Claro.

—Bien. Bien.

Esperan en silencio.

Brandon añade:

—No eres muy habladora, ¿no?

Turtle no lo sabe.

—Eso está bien —sonríe.

Turtle sonríe también.

—Jacob nos ha contado que tu situación en casa era un poco, eh, liberal —comenta mientras salen del cuarto del baño. Turtle no sabe a qué se refiere—. Lo que nos ha dicho es, en fin, nos ha dicho que no te demos la brasa con ello, porque eres un Ismael en los vastos mares azules de tus años de adolescencia. Y yo sólo quería decirte que esta habitación siempre estará aquí, ¿sabes?, por si te hiciera falta un ataúd de Queequeg para mantenerte a flote, ¿sabes?

Quizá no entienda las palabras de Brandon, pero es capaz de analizar

todas y cada una de sus intenciones con tan sólo recrear su expresión en su cabeza.

—No es eso —asegura ella.

—Ya, claro que no —responde Brandon. Se siente violento. Da unos golpecitos en la cama—. Es viscoelástica. Lo mejor, supuestamente. Y, bueno, siempre serás bienvenida aquí, de todos modos. Todos lo hacemos lo mejor que podemos, supongo.

Esa noche Turtle está tendida en la cama, escuchando la casa. Abajo se oye el programa de algún electrodoméstico, el descalcificador o la nevera. Mira el techo de escayola. Supone que los chicos siguen despiertos, charlando, pero no los oye. Quita el edredón de la cama y lo tiende en el suelo. No soporta estar en una cama tan cómoda. Se tumba en la alfombra, con la cabeza apoyada en el pliegue del brazo.

Por la mañana, Imogen los lleva a Mendocino y pasan el día en la playa. Van a Lipinski's y comen en la terraza, pasándose un porro y bebiendo frappes de café. Así pasan los días, Turtle vuelve a casa andando o la lleva Imogen, queda con ellos en la playa Big River o en la playa Portuguese por la mañana. A veces Caroline los lleva de Mendocino a la casa móvil de ancho doble de Brett, en Flynn Creek Road, donde los lavabos de plástico, la ducha y los inodoros tienen costras de mugre mineral y el agua apesta a azufre y calcio. En la sala de estar hay una pajarera con tres loros juntos que observan a los humanos cuando cenan en una mesa de formica atestada de facturas y publicidad, una máquina de coser vieja y un único tarro de conservas lleno de botones.

Caroline no para de mirar a Turtle mientras comen.

—Mamá, deja de mirarla —espeta Brett.

—No la estoy mirando —contesta Caroline.

Están comiendo un guiso.

—Es sólo que me alegro de que esté aquí —aduce Caroline. Luego se inclina hacia delante—: Y dime, ¿cómo está Martin?

—Bien —contesta Turtle.

—¿Tiene algún proyecto?

—Esto... —vacila Turtle—, no, la verdad es que no.

—Daba la impresión de que *siempre* tenía un proyecto. Antes. Construir algo. Investigar algo. ¿Qué ha estado haciendo?

Turtle se muerde el labio, mira a su alrededor.

—Leyendo, más que nada.

—Bueno, *siempre* le gustó mucho leer. Me alegro de que estés aquí, ¿sabes? Empezaba a pensar que no te volveríamos a ver. Tu padre no me llamó. Aquella noche, cuando te llevamos a casa, dijo que me llamaría, pero no he sabido nada de él —cuenta Caroline— y el número que yo tenía no da señal.

—¿En serio? —se sorprende Turtle. Sabe que es así.

—Pues sí —confirma Caroline—. ¿Habéis cambiado de número?

—Los cables del teléfono —explica Turtle— pasan por el huerto, a veces una rama los daña, o a veces les entra agua.

—Ah —dice Caroline—. ¿Se lo ha comentado a la compañía telefónica?

—Es esporádico —alega Turtle.

—¿Qué te está dando de comer últimamente?

—Mamá —tercia Brett.

—Mucha infusión de ortiga —responde Turtle— y dientes de león.

—La infusión de ortiga —dice Caroline— está llena de vitaminas y minerales y también es un abortivo suave, claro, pero supongo que eso no te preocupa demasiado. Pero dime, ¿sigue cultivando?

—¿Cultivando? —se extraña Turtle—. No.

—Espera —pide Jacob—, ¿un *qué* suave?

—¿Cultivando? —repite ella.

—¿Te cuida? —se interesa Caroline—. ¿Va todo bien?

—Espera..., ¿*cultivaba*? —pregunta Turtle.

—No, claro que no... Yo... no —contesta Caroline—. Lo que quería decir es que... ¿Dónde ha estado? Si vas a venir aquí, me gustaría hablar con él, por lo menos. Alguna manera habrá de ponerse en contacto con él. ¿Ya habéis hablado de qué asignaturas escogerás el año que viene?

Turtle sacude la cabeza.

Le gusta que Imogen y Jacob la lleven a casa por la noche. Siempre es el final de un día largo, y está cansada. La mayoría de las noches va a casa.

Isobel no se entera. Está demasiado absorta en otras cosas. Le importa mucho la opinión de Turtle, hablar con Turtle, pero no se ha percatado, o no parece haberse percatado, de que pase nada raro en casa de Turtle, y le da lo mismo que Turtle regrese a ella o no. Brandon, sin embargo, presta atención sin decir nada. Y Caroline también. Y, además, los chicos la agotan. Le gusta esperar a que hierva la infusión y estar a solas con los pensamientos que afloran. Le caen bien, pero su compañía la extenua. Nunca ha pasado tanto tiempo con otras personas. Ellos se alimentan del entusiasmo del otro, pero a Turtle la agotan. No está muy segura de cómo se siente, cuando sube los escalones sola, de vuelta en su casa oscura, de vuelta al consuelo, en cierto modo, y a la comodidad... pero también al remordimiento. La casa se le antoja extraña cuando vuelve a ella. Es la misma casa, y lo sabe, pero nunca se le ha antojado tan distinta. Se sienta con las piernas cruzadas en las piedras del hogar, alimentando el fuego, comiendo tiras de quelpo seco y escuchando el silencio mientras la luz de la lumbre se yergue ante ella y se escurre por el suelo de la sala de estar vacía.



# 16

Al día siguiente, cuando oye el 4Runner subir por el camino, Turtle se pone los vaqueros, afianzando el cuchillo al cinturón, una camiseta y una camisa de franela. Luego dobla las mantas, las deja junto a las piedras del hogar y abre la puerta. Es Jacob, sin Imogen esta vez. De pie en el porche, echa un vistazo, y Turtle ve que mira el suelo de madera fregado y las encimeras relucientes, la chimenea limpia, las sartenes colgando de ganchos en la pared de la cocina. La sala de estar huele a disolvente en polvo y a aceite.

—Me gusta el lugar. Sobrio —aprueba.

—No es sobrio —objeta ella.

—Vale —responde él—, un poco minimalista.

—Así es como es la sala de estar —puntualiza ella.

—Vale —contesta Jacob—, me gusta.

—Debería.

—¿Y el capitán Ahab?

—Ha salido.

Él levanta una bolsa de papel, enrollada en la parte de arriba, y cuenta:

—Mis padres creen que estoy donde Brett. Él está en casa de su padre, en Modesto. He traído cosas para hacer un pícnic.

—¿Has probado las anguilas?

—No sabía que aquí había anguilas, pero ahora que lo sé, me pregunto por qué no estamos comiendo anguilas ya mismo.

En la cocina, Turtle coge una sartén y saca una barra de mantequilla templada de la medio averiada nevera. Sale al porche y echa mano de una lata

de gasolina y un cubo. Bajan la colina, junto a una grieta profunda que se abre en la hierba por la que discurre un agua clara, sobre la que se inclinan grosellas y moras. De la hierba saltan ranas al agua. Caminan por una arboleda de alisos, y Jacob se estira para coger una hoja y la camiseta se le sube, dejando a la vista el bronceado estómago. Entre las crestas de los huesos de la cadera, dos cuencas aluviales, la parte superior de una V que se adentra en los pantalones. Esas cuencas hacen que Turtle sienta un deseo insoportable, la sensación de algo que está a punto de suceder, como al bajar de un escalón al siguiente. Durante un instante no puede apartar la mirada.

Se agachan para pasar por la alambrada, cruzan la carretera y bajan a la playa Buckhorn, una amplia medialuna de guijarros negros y espuma blanca, calzadas de piedra azul con intrusiones de cuarzo, olas verdes entre jardines de rocas grandes y redondas. La isla Buckhorn se halla a treinta metros de la playa, entre los dos salientes de tierra que forman la cala, y el reflujó de las olas que se baten en retirada entra por la cueva de la isla, donde se topa con el agua que llega, haciendo que la isla retumbe como un tambor, lanzando al aire chorros de agua blanca por el bufón, engalanando de espuma los pinos de la isla, el agua lamiendo las rocas. En el brazo meridional de la cala se alza una mansión de secuoya, y un jardinero va y viene con un cortacésped. Ésos serían los vecinos más cercanos de Turtle, a quince minutos a pie de su casa. No los ha visto nunca. El cielo es tormentoso. Más allá de la seguridad de la cala, las olas rompen blancas en las islas peladas, rocosas, que salpican la costa.

Dejan la bolsa de pícnic detrás de un tronco que el agua ha llevado a la arena y Jacob se quita los zapatos, se remanga los pantalones y va con el cubo a las rocas. Cuando las olas rompen en la isla, el agua entra en las pozas, sube y se retira. La marea no es lo bastante baja para que haya mucha agua en los charcos. Cada vez que levantan una piedra, las anguilas salen corriendo entre canales, pozas, praderas marinas, Turtle y Jacob metiendo las manos en los cuellos de botella llenos de caracoles negros. Cuando saca su primera anguila, la cabeza del animal asomando entre sus dedos, la boca abierta, a Jacob se le escurre de la mano derecha. La atrapa con la izquierda, se le escapa y se va, culebreando a toda velocidad por la roca. Jacob se lanza

tras ella, pero la criatura ya está debajo de la siguiente piedra. Le aplica el hombro y Turtle lo ayuda. Apartan la piedra y, debajo, la tranquila agua se riza cuando las anguilas salen disparadas en todas direcciones. Turtle coge puñados, que echa en el cubo, y Jacob se hace con una en un callejón sin salida. Es un pez enorme, de un negro aceitoso y medio metro de largo, grueso como una manguera. Lo saca de la poza y se le resbala de la mano, y él cae de rodillas, abalanzándose hacia ella, agarrándola de nuevo y perdiéndola. La criatura aparece una vez más en las resbaladizas piedras azules y desaparece debajo de una roca del tamaño de un barril de vino. Jacob la empuja con el hombro, pero no es capaz de moverla.

Las anguilas son negras, con rayas atigradas marrones, como los quelpos, y cara de perro, la mandíbula prominente. Turtle ya tiene una docena en el cubo. Jacob y ella encuentran ciempiés de un verde iridiscente, limones de mar cornudos con sus branquias como de encaje desplegadas, incrustaciones de porcelana de gusanos tubulares en espiral. Levantan más rocas. A veces el agua de debajo está en calma, los caracoles repiqueteando por las alfombras de madreperla, los cangrejos ermitaños replegando las patas rosadas y azules en su turbante cornudo rosado y azul, los hoscros chupapiedras pegados a la piedra, ellos mismos del color de la roca. Otras veces, la poza escupe los lomos espinosos de las anguilas. Jacob persigue a una por un canal, palpando entre las lechugas de mar, atrapándola contra la pared y perdiéndola, cogiéndola con una mano, perdiéndola en un charco que le llega por las rodillas lleno de erizos de mar.

—Vamos —lo anima Turtle—, ya verás como esta vez coges una.

—Debe de ser como la alegría que sienten los profanadores de tumbas cuando abren un ataúd para ver qué hay dentro.

—¿Qué? —pregunta Turtle.

—Ya sabes, mover las piedras es como... es como abrir una escotilla que lleva a lo desconocido. Podríamos apartar una de estas rocas y encontrar... cualquier cosa.

—¿Cómo? —repite Turtle—. No. Tú te quedas ahí, yo las guío hacia ti.

—¿Cómo se deben de sentir?

—No se sienten de ninguna manera —asegura Turtle—, son anguilas.

—Puede que, técnicamente, no sean anguilas.

—Está claro que son anguilas.

—Es verdad.

Jacob se agacha junto a una entrada y Turtle levanta una piedra. Debajo, las anguilas salen en todas direcciones, Turtle las guía, corriendo, culebreando, hacia Jacob. Van directas a la entrada, Jacob intenta cerrarles el paso, y atrapa una, la saca del agua en una mano, la cabeza sacudiéndose. Después, con un sonido de succión y un borboteo, toda el agua desaparece de la poza.

Los dos se quedan mirando, perplejos. Jacob blande la anguila, Turtle piensa: «¿qué acaba de pasar?». Entonces tiene un mal presentimiento y levanta la mirada. El océano a su alrededor ha desaparecido. Se ha retirado detrás de la isla, los bosques de quelpos y las pozas de marea crepitando y al descubierto. Cada sima y cada racimo de bolas de bolera sorbe ruidosamente conforme el agua se retira hacia el océano.

—¡Turtle! —grita Jacob, que se yergue y sale corriendo.

Turtle, descalza, sale tras él, resbala en una roca mojada y cae sobre las manos y las rodillas. Jacob se para, vuelve la cabeza y la ve. Levanta la vista. Acto seguido Turtle está bajo el agua, arrastrada por el lecho rocoso. Tiene una sensación abrumadora de sorpresa. Todo esfuerzo y todo pensamiento desaparecen. Liberada de su cuerpo, se vuelve vasta, enorme y sin límites, mientras a su alrededor se despliegan y cuelgan hacia arriba hojas de quelpos. Rayos de luz atraviesan la superficie, muy por encima. El agua parece inmóvil, uniforme y azul, pero en los haces de luz sesgada, Turtle ve arenilla y cangrejos de las algas arrastrados por la corriente.

Lo que impele hacia delante a Turtle se ralentiza. La presión aumenta en sus oídos. La luz se vuelve tenue. Está atrapada en la corriente, que afloja. Nota que empieza a cambiar a medida que el agua abandona la anegada cala y vuelve al mar. La corriente levanta arena del fondo en largas cintas onduladas. Turtle piensa: «ponte a nadar, perra». Pero el agua tira de ella, sin que pueda evitarlo, la arrastra por el suelo rocoso, las bolas de bolera saliendo despedidas y rebotando tras ella. El rugido es tan tremendo que los sonidos aislados se pierden.

Sube desesperadamente hacia la superficie, emerge entre cortinas cremosas de agua blanca y se llena los pulmones de aire. Ve la pared negra de la isla Buckhorn al lado, aterradoramente cerca, los mejillones con su azul brillante adheridos a la roca como un millar de navajas de porcelana. Si roza esa pared, lo sabe, puede que no sobreviva. No ve a Jacob por ningún lado, pero delante de ella la playa ha desaparecido, la madera a la deriva estrellándose ruidosamente contra los acantilados. Es imposible que Jacob haya logrado escapar. Está ahí, en alguna parte, pero no lo ve. El agua sigue retirándose, aun cuando llegan más olas a la playa, de modo que la cala entera está repleta de corrientes turbias, complicadas. Se encabrita y cabecea como el agua que se lleva en un cubo.

Turtle se sumerge. El pedregoso fondo está cerca: se hallan en unos tres o cuatro metros de agua. Ve a Jacob en la superficie. Flotando, laxo, la sangre saliéndole como si fuesen serpentinatas. Lo agarra del pelo y tira de él hacia arriba.

—¡Respira! —grita—. ¡Respira!

Él coge aire y vomita en el acto. Turtle lo sostiene. La isla Buckhorn está justo al lado. El agua los arrastra hacia ella. En la cala ha entrado una cantidad ingente de agua, que ahora está volviendo al mar, sobrepasando la isla, por los angostos canales rocosos que normalmente protegen la cala. Jacob y ella tienen que llegar a la playa. Si la corriente los atrapa, acabarán en el desprotegido jardín esculpido de retorcidas rocas negras que salpican la costa.

Arriba, en la cuidada punta con la mansión de secuoya, el jardinero sigue yendo y viniendo con el cortacésped.

—Jacob, ¿sabes nadar?

Asiente. Turtle se sumerge y él la sigue. Juntos agitan los pies con fuerza por el fondo de piedras azules, dejando atrás grandes fustas de algas. La corriente les impide avanzar. Turtle sale a la superficie, casi sin poder respirar. Acto seguido una ola los arrolla, y Jacob grita y es engullido por el túnel de piedra de la isla. Turtle se zambulle y lo sigue al interior de la cueva que hay bajo la isla. Emergen juntos. Las olas les lanzan agua a la cara. Turtle boquea. Coge aire. Se mecen arriba y abajo, escuchando el eco del chapaleo

del agua y de su respiración, y Turtle mira hacia arriba. Están en el interior de la isla, en la cueva que ha excavado el agua.

Turtle ve los luminosos semicírculos de la entrada a cada lado, bloqueados por olas intermitentes. Uno da a la playa; el otro se abre a mar abierto. El agua se arremolina contra las paredes y gotea, resonando, del abovedado techo. Les llega por la cintura, y es del color del cristal viejo. La boca del bufón se abre sobre ellos, por ella cuelgan guirnaldas de capuchinas, las flores de un rojo oscuro. El suelo está alfombrado de hojas marrones de quelpos, y enormes estrellas de mar anaranjadas se aferran a la roca por todas partes. Los bosques de quelpos se balancean adelante y atrás con las corrientes opuestas.

—Mierda —exclama Jacob, y ella se vuelve. Un muro de agua está entrando por la boca de la cueva.

—No —replica ella. Vuelve la cabeza y mira detrás: un segundo muro de agua se está abriendo paso por la otra entrada, y los dos van a confluír. Uno es la ola que llega del océano y el otro es el reflujó de la playa—. No, no, no —repite ella.

Está aterrorizada. Piensa: «vamos a morir», los sollozos le provocan espasmos. Jacob la coge de la cintura, y Turtle apoya la barbilla en su hombro. Piensa: «vamos a morir, vamos a morir ahora mismo». El agua sube a su alrededor, les llega por el pecho, y la ola golpea a Turtle, que se desliza por los quelpos y sale despedida milagrosamente por el aire, entre arañas de agua que se elevan y grandes trenzas colgantes de capuchinas en flor. El pánico hace que le duelan el cerebro y las entrañas. Saca la mano con el objeto de prepararse para el impacto y se estrella contra la pared. Se le rompen los dedos, se le doblan los brazos y pasa por nueve metros de roca, rodando de un lado al otro, protegiéndose la cara con los antebrazos y golpeándose con fuerza contra la piedra, escuchando el crujido de los mejillones al romperse. Algo le está hablando, alguien que está justo detrás de ella le susurra al oído: «no vas a morir, aguanta, no vas a morir», y la propia Turtle piensa: «a ver, perra, a ver, coñito, aguanta, no te rindas, no te rindas nunca».

De pronto están fuera de la cueva. Turtle nada con energía. El agua le

pasa por encima de la cabeza y las olas rompen a su alrededor. La playa, la cala y la isla Buckhorn están a su espalda. En torno a ellos el mar se ha convertido en montículos verdes que se estrechan y rompen en sinuosas rocas negras. Frondas de quelpos emergen del verde indescifrable, más anchas que las manos de Turtle, pintadas con relucientes brochazos de color marrón oscuro y dorado. Jacob y ella han sido arrastrados al laberinto de isletas y rocas negras que se alzan frente a la costa. Turtle se abre paso por el agua moviendo los brazos con furia. No hay dolor, ni sensación de esfuerzo. Logra entrever arena, guijarros, paredes azules de roca. Es un islote, un peñasco sin nombre a cien metros de los acantilados con un entrante arenoso esculpido en la cara occidental. Pugna por llegar hasta él, y una ola la eleva y la arrastra hasta las ásperas piedras azules de la playita del farallón. Se impulsa hacia delante y sale del agua que se drena, da media vuelta y regresa a ella para ayudar a Jacob.

Suben juntos por la playa hasta el pie rocoso del islote y trepan a la desesperada para alejarse del agua, una subida de seis o siete metros, las húmedas rocas azules desprendiéndose a su paso, las grietas enlechadas con un sinfín de cucarachas temblorosas. Turtle se desploma sobre un colchón de hierba esponjosa, densa, y vomita. La cima del islote son nueve metros de maleza repleta de huesecillos descoloridos de pájaros. Avanza con los codos hasta el borde y echa un vistazo. El islote es de la misma altura que los acantilados. Entre el uno y los otros, casi cien metros de rocas negras cubiertas por el mar y sombras de rocas que se extienden bajo el agua azul verdosa. Entre cada serie de olas, casi da la sensación de que podrían llegar a nado a la costa, pero cuando las olas rompen en esos canales, la cosa cambia. Turtle se queda tendida en la hierba, pensando: «estamos jodidos». Luego piensa: «no estamos jodidos. Si alguien sabe manejar esta situación, eres tú. ¿Y tus agallas?».

Jacob está tumbado a su lado, boca abajo, las manos entrelazadas bajo el pecho, tiritando y vomitando. Tiene una conmoción, está segura. Ella ha tenido varias y sabe lo que se siente. Sangra abundantemente por la cabeza. Tiene sangre en la cara y a su alrededor, en la hierba. Es la hemorragia profusa que Turtle asocia a heridas en el cuero cabelludo. No le pasará nada. No puede decir lo mismo de ella.

—¿Podemos llegar nadando hasta allí?

Turtle lo mira. Ni siquiera sabe si podrá ponerse de pie.

—No, eso pensaba.



Hay una única nube en el cielo, deshecha en hilachas blancas. Turtle separa las manos de pliegues sanguinolentos de la camisa y se las mira. Tiene las uñas rajadas, desprendidas de la carne. Y un corte profundo en la palma de la mano derecha. Se ha roto los tres dedos más pequeños de la mano izquierda. Todos menos el índice. Se mete las manos en las axilas y se tiende protegiéndolas contra el cuerpo. Le duele respirar.

—¿Qué hacemos, Turtle?

Jacob tiene arena pegada en media cara, los dientes manchados de sangre. Se ha vomitado encima.

—¿Turtle?

—¿Sí?

—¿Estamos bien?

Ella tiene la boca llena de arena.

—Tenemos que colocar mis putos jodidos dedos —contesta.

Él empieza a vomitar otra vez. Turtle se queda tumbada en la hierba y observa la única nube, que gira y se desplaza. Al cabo él dice:

—Creo que sería mejor que lo hiciera un médico.

Ella no dice nada.

El viento barre la cima del islote. Jacob está poniendo a prueba sus objeciones mentalmente. Turtle ve cómo lo hace. Él tiritita bruscamente.

—Vale —termina aceptando.

—¿Sí?

—Sí.

—Necesitamos unos palos para entablillarlos —pide ella—. Tiras de algodón grandes, de unos dos centímetros y medio de ancho y entre veinte y treinta de largo.

Jacob se pone de pie, tambaleándose. Turtle se queda muy quieta, haciendo una mueca de dolor. Jacob recorre el islote. Camina con paso vacilante. Al cabo informa:

—Aquí no hay muchos palos. —Turtle oye cómo prueba varios de los huesecillos que hay desperdigados por la hierba, pero están descoloridos y son frágiles. Al final propone—. ¿Qué te parece un boli? Tengo uno en el bolsillo.

—¿No lo has perdido?

—Bueno, salí con tres.

—Coge mi cuchillo.

Jacob se acerca a ella, que sigue completamente inmóvil. Él suelta el cierre del cuchillo y lo saca de la mojada funda. Parte el bolígrafo en dos y comenta:

—Era mi boli de la suerte. Con él escribí un trabajo muy bueno sobre Angela Carter.

—Ahora vamos a necesitar varias tiras de algodón.

Se incorpora y sacan las tiras de la camisa de franela.

Turtle retira de la axila la mano rota, con cuidado, y la extiende.

—Ostras —exclama Jacob.

Los huesos forman protuberancias angulares en la piel. Es evidente que tiene una luxación en el dedo anular.

—¿Cómo es que no estás flipando?

—¿Qué?

—¿Que si no estás, no sé, alucinando?

—Jacob.

—Necesitas ver a un médico.

—Necesito que tires del dedo con seguridad y firmeza, en línea recta.

—Madre mía.

—No te andes con miramientos. Tira a lo bestia.

Jacob le agarra el meñique roto y dice:

—Madre mía, esto tiene mala pinta, ay, madre, tiene muy mala pinta, creo que lo que voy a hacer está mal, muy mal.

Turtle mira al cielo. Se acalora al pensar en lo que se avecina, y nota que se le pone la piel de gallina y el vello de punta.

—¿Ya?

—Sí, ya.

—Vale —contesta él.

—¡Espera! —exclama ella.

Él la mira. Turtle respira hondo. Está temblando de miedo.

—No seas flojo, Jacob —aconseja ella.

—No sé qué es eso.

—Tú hazlo bien a la primera.

—Lo intentaré.

Turtle echa el aire apretando la boca, tiritando y temblando.

—Vale. Voy.

Jacob tira con fuerza y el dedo se endereza con un crujir de huesos audible. Turtle silba apretando los dientes, y Jacob grita cuando el dedo se endereza.

—¡Hijo de puta! —espeta ella. Resopla, sudando—. ¡Hijo de puta! — repite, mirándolo casi con necesidad. Jacob pone una mitad del bolígrafo contra el dedo recto, lo envuelve con cuidado con una tira ancha de franela y ata la tela.

—Tienes suerte de no haber muerto.

—Ya lo sé.

—Lo digo en serio, Turtle.

Lo mira con cara inexpresiva, tratando de entender cómo podría no tomárselo en serio.

—Tal y como te arrastró el agua por las rocas...

—Lo sé.

—No me puedo creer que estés viva.

Ella no dice nada.

—Eres una persona muy fuerte.

Después, Turtle se tumba en la hierba, recuperando el cerebro. Con el dolor que ha sentido cuando él le enderezaba los dedos, le ha dado la sensación de que su parte racional se iba, y la necesita de vuelta.

—He estado observando la playita de ahí abajo. Creo que es bastante segura. Creo que podríamos bajar. Las olas no llegan muy lejos. Hay troncos y corchos de pesca con trocitos de nailon y algas y unas cuantas botellas de plástico. Creo que podemos hacer una balsa.

—La marea sigue subiendo —objeta ella.

—Entonces esperaremos.

Turtle cierra los ojos del dolor.

—Tengo mis dudas —comenta él mientras otea el trecho de agua que han

de salvar—. Si hacemos una balsa, tendremos que tomar una decisión difícil.

—Yo estaba pensando lo mismo. Si vamos hacia los acantilados, justo enfrente, no podremos llegar a la playa con la marea alta, porque el agua se la habrá tragado y los acantilados nos destrozarán. Pero con la marea baja no podremos pasar por las rocas. Así que tendremos que intentar volver a Buckhorn Cove. Pasando la isla.

Jacob se pone a pensar.

—Claro..., está eso. Pero también, ¿tú eres Jim y yo soy Huck? ¿Tú eres Huck y yo soy Jim? Estas analogías son complicadas, y podría ser difícil resolverlas. Porque, a ver, en cierto modo yo soy prisionero de una mentalidad capitalista limitadora y coercitiva, pero tal vez tú seas prisionera literal y propiamente hablando. Así que es difícil decidir. Vamos a tener que hablarlo.

—¿Qué?

—A ver, lo que digo es que... Olvídalo.

—¿De qué estás hablando?

—De nada. Estaba siendo ingenuo e infantil. Por eso no tengo Twitter.

—¿Qué?

—Sólo... Será mejor que me calle.

Por la tarde, cuando la marea baja, van a la playa, y Turtle se sienta en un tronco de cara al oeste. La playa, de arena áspera y salpicada de piedras, se encuentra en un pequeño entrante de la cara occidental del islote y está enmarcada por paredes de arenisca azul inclinadas, de seis metros de alto. La playa apenas mide tres metros de ancho. Sale del agua en un desnivel pronunciado. Con cada ola que se retira, las piedras se desplazan y ruedan las unas sobre las otras, sonando como si el mundo rechinara los dientes. El viento sopla en diagonal en la boca del entrante y se arremolina contra las paredes de roca. En ráfagas, esos remolinos lanzan espuma al aire y la baten, convirtiéndola en tornados larguiruchos que se tambalean por la playa. En la pared de arenisca grauvaca que conforma la espalda del entrante se abre una grieta triangular, la boca de una cueva. Debe de atravesar el islote, porque a veces se escucha un inesperado batir de agua de mar. Jacob mueve con los pies la madera que el agua ha arrastrado a la playa, anunciando a Turtle lo

que va encontrando.

—¡Una lata de Sprite! —Luego—: ¡Turtle! ¡Una botella de cola de dos litros!

Se acerca y se sienta junto a Turtle, que tiritita. A él le castañetean los dientes. A pesar de que hace sol, no son capaces de sacudirse el frío, que parece haberseles metido en los huesos. Los dos siguen mojados.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé.

—¿Qué podemos hacer con esto?

—No lo sé —repite ella.

—Bueno, ¿qué es lo siguiente que tenemos que hacer?

—Fuego.

—Vale. ¿Por qué?

—Porque hoy no volveremos a casa. A no ser que alguien venga a buscarnos, y nadie vendrá a rescatarnos, no lo creo. Y si queremos superar esta noche, necesitamos fuego.

—¿No crees que vayamos a superar esta noche?

—Cómodos, no. Necesitamos agua, Jacob. Y con fuego podemos hacer agua dulce. Además, con lo expuestos que estamos, pasaremos frío. No tanto como para morirnos, pero sí lo suficiente para pasar una noche horrorosa.

—¿No podemos hacer fuego frotando dos palos?

—Todo está mojado.

—¿Podríamos usar el cuchillo y sacar chispas contra estas piedras?

—Quizá podamos hacerlo con un taladro de arco.

—¿Qué probabilidades hay de que funcione?

—Pocas —admite ella.

—Pues habrá que intentarlo.

—Tenemos que pensar. Tenemos que estar seguros. Antes de hacer nada, tenemos que estar seguros.

—Me hace ilusión.

Turtle no dice nada.

—Tenemos que intentar hacer algo. Y como tu literalidad parsimoniosa no nos permitirá arrancarle chispas a tu corazón de pedernal, deberíamos

probar con una solución real y efectiva.

—Vale.

—Genial.

—No soy de una literalidad parsimoniosa.

—Lo sé.

Turtle se sienta en una medialuna de sol en la playa, con las manos metidas en las axilas, y explica lo que necesitan para hacer un taladro de arco mientras Jacob le lleva madera para que la examine.

—Necesitamos una vara flexible para el arco en sí y la ataremos con una tira de tu camiseta. También madera de una dureza que sea compatible para el taladro y una base. Y un trozo de madera para la mano..., esto importa menos.

—Le indica cómo hacer los ballestrinques para atar el arco, apuntando—: Más flojo. Más aún. Ahí. La cuerda del arco se enrollará en el taladro, y tú harás girar el taladro moviendo el arco hacia delante y hacia atrás.

—¿Vale?

—Así que el arco debería doblarse bien sin que se parta.

—¿Ahí?

—Ahí. Ahora átaló con otro ballestrinque.

Parte del hueso se desplaza en su dedo anular, y Turtle aprieta los dientes, sudando.

—¿Estás bien?

—Necesitamos el taladro. Un palo seco.

Lo ve revisar la madera.

—No sé si están secos —confiesa mientras se mira las manos, demasiado arañadas y llenas de arena para sentir la humedad.

—Póntelos en la cara.

Se lleva un trozo de madera a la cara, la mira con cara inexpresiva: no lo sabe.

—Eres un inútil —espetea ella, alzando el mentón.

Él le pega la madera a la mejilla y se defiende:

—No soy un inútil.

Turtle cierra los ojos para concentrarse.

—Muy húmedo. Pero todo está húmedo.

—¿Y éste? —dice él, al tiempo que coge otro.

—Es secuoya.

—¿Y?

—Hace falta un grano fino y apretado. Métele la uña. Mira, ¿ves lo blanda que es esta mierda? No sirve.

—Vale. Esto va bien. Sigue hablando.

Turtle le señala con la barbilla un trozo que ha escogido.

—El taladro se sujeta con la base y el trozo de madera para la mano. El extremo superior del palo es una punta afilada que gira libremente contra el trozo de madera, como la punta de una peonza. Y el inferior debería ser redondeado y encajar todo lo posible en la muesca de la base. Esa punta redondeada del taladro, que gira hacia un lado y hacia otro en la muesca de la base conforme mueves el arco, es lo que forma las brasas.

Jacob coge el taladro y comienza a moverlo.

—Virutas —advierde—. Más como cortar las uñas que un trabajo de carpintería.

Jacob se limpia la sangre de los ojos.

—Así. Bien.

—Esto es genial —exclama él.

—Cállate y concéntrate.

Ve cómo afila el taladro y abre una muesca en la base con la punta del cuchillo. Jacob pone lo que queda de su camiseta y de la camisa de franela de Turtle en un tronco y, raspando la tela con la hoja del cuchillo, saca pelusilla para usarla de yesca. Arranca astillas de los troncos y las pone rectas para que se sequen. Cuando quiere terminar, está cayendo la tarde, la luz entra sesgada en su pequeña playa, las medusas y los quelpos suspendidos en las claras olas azules y recortándose contra el horizonte. La marea ha seguido subiendo. Una ola única se desliza sobre las demás y, con un chisporroteo, llega a la playa, hasta los pies de Turtle. El estómago se le encoge, aunque la vea desvanecerse en la arena.

—¿La marea?

—La marea.

Suben a la cima del islote y se acurrucan juntos en la maleza. La cima

está expuesta, y el viento les atraviesa la ropa húmeda. Son las seis de la tarde, diría ella, o por ahí, y la marea probablemente llegue a su punto más alto justo después de que se ponga el sol, alrededor de las nueve o las diez. Los dos están tiritando. La marea va a subir mucho. Las olas más grandes ponen sumamente nerviosa a Turtle.

—¿Intentamos hacer el fuego ahora? —pregunta Jacob.

—No con este viento.

—Creo que tenemos que hacer una balsa.

—Tal vez —responde ella.

El sol se funde con el horizonte, la luna despunta por el sureste, gibosa creciente, faltan uno o dos días para que sea llena, se eleva en el cielo casi en el lado opuesto al sol. Hace frío. El viento amaina al atardecer y después arrecia. Jacob se queda dormido, un sueño irregular, respira con dificultad y tiembla, y Turtle se pega a él en busca de calor, respirando el aire húmedo y caliente que exhala, las manos le duelen, pero no puede dormir. El viento le roba todo el calor del cuerpo, y se queda tendida en silencio, aguantando con amargura cada momento, tapándose a veces la oreja con la mano, el dolor bajándole hasta el caracol, hasta la mandíbula, dándole náuseas. No puede dormir, pero su cabeza cae en imaginaciones febriles que no la liberan del tormento del frío. Abrazándose con fuerza y en posición fetal, con la espalda palpitando y el frío apoderándose de todo su cuerpo, se siente despojada de todo, sin nada. Se arrastra por la hierba y mira la playa. Al subir, la oscura agua se ha tragado la arena. Los troncos son como rodillos contra los acantilados. Le llega la espuma de allí donde las olas rompen en el islote. Se queda tendida, soltando imprecaciones para sus adentros. La espalda, con cortes profundos donde el agua la estrelló contra los mejillones, le vibra y está hinchada. La sensación le es familiar, la inconfundible hinchazón de una herida que no mejora, sino que empeora. Los cortes deben de estar sucios, con trozos de algodón, conchas de mejillones, algo. Necesita refugiarse del frío, del viento, entrar en un cuarto limpio, caliente, iluminado por la lumbre. Vuelve con Jacob y, apretándose contra él, absorbe todo el calor que puede. Pasan horas así. Al cabo, cuando Turtle se percata de que las olas ya no rompen estruendosamente en los acantilados, sino que susurran y se deslizan,



lo despierta.

—Jacob.

—¿Qué? —responde él.

—Tenemos que protegernos del viento.

—Turtle —objeta él—, ¿y si otra ola...?

—No puedo —admite ella, los dientes castañeteándole. Lo guía, Jacob agarrado de su codo mientras bajan con cuidado a la playa, los pies entumecidos y ensangrentados. La marea sigue estando aterradoramente alta. La arena está mojada—. Jacob —añade—, estoy muerta de frío.

—Es el viento —aduce él—. Podría soportarlo de no ser por el viento y la humedad.

—Tenemos que encender fuego.

Él guarda silencio un buen rato. Turtle está en cuclillas, abrazándose el cuerpo. Mira a Jacob y ve que está poniendo a prueba y descartando sus propias preguntas.

—Vale —afirma él—. Dime qué debo hacer.

Enseña a Jacob a sujetar la base con el dedo gordo del pie para que no se mueva, a sostener el taladro con la madera de la mano contra la base, ejerciendo presión con cuidado y a un ritmo constante con la mano, a mover el taladro con el arco para que gire, adelante y atrás, adelante y atrás. Luego se sienta con él, dándole instrucciones.

—Más despacio..., con calma, sin parar. No te aceleres ni vayas más despacio. Haz movimientos regulares, adelante y atrás, adelante y atrás. Así. —Él respira al compás del movimiento, adelante y atrás, y ella le advierte—: Sin parar, sin parar.

Se descentra y la punta se sale de la muesca.

—¡Mierda! —exclama ella tiritando—. Escúchame, Jacob: despacio. Con cuidado. Tienes que hacerlo bien.

Jacob coloca el taladro en su sitio con serenidad y vuelve a ponerse manos a la obra.

—No pienses en lo que estás haciendo. Si lo haces, no te saldrá. Presta atención, pero no pienses, deja la mente en blanco y ponte a trabajar, hay una parte de ti que sabe cómo hacerlo, y tienes que dejar que esa parte lo haga.

Se tumba en la arena mojada, congelada, pero al menos resguardada del viento. Siente cómo le palpita la hinchada espalda y los dedos rotos, que están pegados a su axila con sangre y sal. Abre la boca y los labios se separan con un chasquido. La lengua se pasea por su boca de manera audible. Tiene los ojos legañosos, y parpadea con dificultad para ver mejor. Se nota la cara entumecida. La luna sigue en el sureste, oculta por la isla. Se dice: «puede que te duela, pero todavía no estás muerta, amiga. Cuando dejes de tiritar, te darás cuenta. Pero sé que puedes con esto». Sobre su cabeza las nubes, teñidas de plata, resultan inquietantes, y es capaz de distinguir su textura como de humo, deshilachada. Allí donde las olas lamen la arena, ve sus caras plateadas, la playa en sí negra y sin luz a la sombra de la isla. Jacob está encorvado sobre el taladro, atento.

—Jacob —dice ella.

Él no responde.

—Jacob, necesito que hagas esto.

—Lo intentaré.

—No la cagues.

El frío y su propia inutilidad la hacen entrar en pánico. Si tuviera las manos bien, podría hacerlo. «Dios mío —piensa tiritando—, ¿por qué tienes que empezar a perder la chaveta ahora, Turtle?»

Jacob vacila otra vez y ella silba:

—Hostia puta. *Concéntrate*. Presta atención, inútil consentido sin agallas...

Lo observa con un apremio que la hace sentir fatal.

—Lo siento —se disculpa él.

—Joder, joder, joder —espeta ella. Tiene la voz ronca, amarga—. Jacob, tienes que echar el resto ahora.

—Lo siento.

—Vaya —contesta ella—, ¿lo sientes? Joder, Jacob. Joder.

Podría morir. Podría morir en ese islote, rota, deshidratada, debilitada por el viento y, para rematar, con el frío y la humedad dándole dolorosamente la puntilla. Podría morir por culpa de la incompetencia de él. Turtle necesita que entienda eso y, al mismo tiempo, no quiere asustarlo, así que, furiosa, lo

observa, la rabia oprimiéndole la garganta.

—Eres patético, un niño de mierda —lo insulta, atormentada por la tiritona. Las palabras salen de un pozo profundo que se abre en su interior.

—Creo que está demasiado húmedo —alega él.

—Eres un inútil, un puto inútil —sigue ella.

—Lo siento.

—*Lo sientes*. ¿Lo sientes? Tienes que hacer mucho más que sentirlo. —Turtle piensa: «no sabe hacer esto y te necesita. Si no lo puedes ver, no lo servirás de nada, ni a él ni a ti misma. Si no se lo puedes decir, si no se lo puedes explicar...». Sigue tendida en la arena, tiritando.

—Escúchame —prueba—. Jacob, tienes que hacerlo. No hay alternativa, Jacob.

—Lo estoy intentando —afirma él.

—*Lo estoy intentando* —lo imita.

«¿Qué estoy haciendo?», piensa, exasperada.

—¿Eres tan pésimo en todo en la vida o sólo en las cosas importantes?

—Creo que, como has dicho, tal vez esté demasiado húmedo.

Turtle piensa: «tiene razón. Claro que tiene razón». Piensa: «tienes que guiarlo».

—El problema no son las herramientas —contesta—. El problema es que eres un mierda inútil..., ése es el problema.

—Turtle. Te tengo que decir que no creo que esto vaya a funcionar. No sólo la humedad impide que se formen brasas, sino que, como la madera está mojada, se desmorona antes de que logre suficiente fricción.

—Lo que creo es que vas a tener que dejar de cagarla —escupe ella.

Piensa: «¿qué te pasa?». Se queda tendida en la fría arena, se le ocurren respuestas que darle, pero no se las da, pensando: «tienes que hacer esto y lo tienes que hacer con cuidado». Piensa: «esto depende de ti, únicamente de ti, tienes que decirle algo y tiene que ser lo adecuado, porque puede que te salve la vida».

—Una vez, mi papi me obligó a hacer dominadas agarrada de una viga y... —empieza. La voz le falla, se traba, no sabe qué decir, no se puede creer que esté diciendo que él..., ¿qué? Ni ella lo sabe. Continúa—: Me puso ese

cuchillo entre las piernas. Para que..., si me soltaba de la viga... —Una vez más, ni lo sabe, si se soltaba de la viga, ¿qué?—. Y entonces... Entonces... —Lo cuenta horrorizada, casi sin dar crédito, como si no se pudiera creer que lo esté haciendo, como si no se pudiera creer que fuese posible hablar de ello—. Y, entonces, me pidió que hiciera dominadas, y las hice. Llegas a un punto en el que la siguiente dominada duele muchísimo. Crees que puedes hacer dominadas hasta que no puedes más. No tendrías que obligarte a hacer dominadas. Porque, en fin, porque tengas un cuchillo entre las piernas. Pero las cosas no son así. Cada dominada sigue siendo una elección, y hacerlas requiere disciplina y valor. Piensas: «no tengo que hacer esta dominada». Te quieres rendir. Y empiezas a pensar que tal vez sea buena idea, porque el dolor de agarrarte a la viga es mayor que la amenaza de la muerte. Porque entonces dejarías de sentir dolor. Porque aguantar es... es... Hay una sensación de incertidumbre fea, horrible, una incertidumbre tan dolorosa, tan de apretar el culo, que se vuelve... Es horrible decirlo, pero es más fácil soltarte de una puta vez y que te partan en dos que tratar de mantenerte ahí, sufriendo y sin saber qué va a pasar. Eso es valor. Tomar tu puta vida en tus putas manos cuando es lo más difícil que puedes hacer. Nadie lo piensa. Todo el mundo cree que haría lo correcto, pero no es cierto. No entiende lo aterrador que es. Lo difícil que es. Nadie lo entiende a menos que haya estado ahí. Ahora estamos ahí, Jacob, y vas a hacer lo que tienes que hacer a pesar del miedo y a pesar del dolor.

Él la está escuchando, moviendo el arco con cuidado atrás y adelante, el arco haciendo girar el taladro.

—Sigue así —lo anima ella.

Jacob está callado, respirando al compás del movimiento del arco, atrás y adelante. Su respiración le dice a Turtle lo agotado que está. Su mano derecha va adelante y atrás mientras la izquierda presiona con firmeza. Turtle lo observa un buen rato. Se desentiende, está perdida en sus pensamientos. Piensa: «no te duermas. No te duermas». Es como si estuviese clavada en la arena. Las olas suben y se retiran en la playa, y a su pesar, y a pesar del frío que le carcome los huesos, se queda dormida, y se despierta sintiéndose medio muerta, la luna sobre la isla, la luz ha salido sigilosamente del agua

como una ola debilitada, la ha arrollado, y aún no ha envuelto a Jacob, agazapado en la oscuridad. El cuchillo, clavado en la arena, proyecta una sombra alargada. Turtle percibe, por encima del susurro y el deslizar del océano, una suerte de jadeo en la respiración de Jacob, y se da cuenta de que está musitando «*vamos, vamos*» una y otra vez, y que lo entrecortado de su entonación se ajusta a su respiración y al movimiento del arco. Una tenue luz anaranjada se extiende y retrocede al hacer girar el taladro y lo ilumina desde abajo, todo su cuerpo doblegado a su voluntad. De las puntas del cabello le caen gotas de sangre, y las partes hundidas y los planos de su cara ensangrentados atrapan la luz que nace de las ascuas. Turtle, que observa atentamente esos rasgos sumidos en las sombras, descubre un color, un rojo tan oscuro como el negro, como la impresión de un color que queda grabada en la retina. Nunca ha visto a nadie así, y no tiene palabras para describirlo. Es como si Jacob hubiera sofocado toda duda en su interior, como si lo único que ocupase su cerebro fuera la posibilidad de encender fuego, el taladro humeando en la muesca y un luminoso polvo anaranjado cayendo de la muesca a la yesca. A Turtle se le encoge el estómago sólo de pensar en lo que eso significa.

Después, con un crujido, el arco de madera se rompe y el susurro de Jacob pasa a un «no, no, no», y tira el arco roto y coge el taladro entre las palmas y lo hace girar, adelante y atrás, respirando, pero sin decir «*vamos, nena; vamos, nena*», y entonces ve lo que él ve: la yesca ha empezado a arder. Se deshace del taladro, coge un puñado de hierba y pelusilla y le da la vuelta, levantándolo hacia el frío aire de la cala. El resplandor se extiende por la arena, envolviéndolos a ambos en su burbujeante luz roja, Jacob sumido en la preocupación más absoluta, encorvado sobre la yesca y soplando para avivarla, y Turtle tendida con las manos metidas en las axilas. Hay un instante en el que sabe que la yesca prenderá y pasará a ser una llama, y abre la boca con nerviosismo, dolorida, pensando: «Dios mío, Dios mío», y después, en el húmedo aire del océano, la yesca se desangra y se torna de un naranja apagado, las brasas debilitadas en la pelusa, humeando y volviéndose blancas, y el fuego se apaga. Jacob sostiene la yesca muerta entre las manos, se cae de culo, estupefacto, y ella lo atrae hacia sí y lo abraza, le clava los

dedos buenos en la carne, hundiéndose en él, y él se deja abrazar, y así pasan la fría noche.

Turtle despierta con las pestañas perladas de agua. Parpadea para quitársela y se incorpora en su cama de arena fría. La espalda, hinchada, le palpita, siente náuseas. Tiene la camiseta pegada a las manos. Todo está envuelto en niebla. Oye cómo las olas depositan guijarros y se los vuelven a llevar acto seguido, y distingue la oscura línea que deja el agua y nada más. No hay sol, tan sólo una luz gris difusa, la arena lisa y negra salvo por las galletas de mar. El rocío se condensa en la cara inclinada del peñasco, que descuella sobre ellos y gotea a un ritmo constante a su alrededor. A Turtle le moja el pelo.

Sube a la cima del islote. El rocío ha escarchado la maleza. Se tumba boca abajo en la húmeda hierba, que le moja la piel. Tiritando y temblando, acerca la boca seca a los tallos de hierba y bebe el líquido que los recubre. El agua es deliciosa. Se da la vuelta, la espalda contra la hierba fría y mojada.

—¡Jacob! —grazna—. ¡Jacob! —Su voz no llega muy lejos, así que se arrastra hasta el borde del islote y lo llama hasta que logra despertarlo. Él mira desconcertado a su alrededor antes de alzar la vista. Turtle le sonrío. La sangre de los labios le cae por la barbilla.

—Guau —exclama él, la voz quebrada—. Así es como suenan las pesadillas. —Coge las cosas y va con ella.

Tumbados, se meten la hierba en la boca, bebiendo el rocío de cada brizna. Abajo, la marea sube a la playa. Turtle encuentra un montoncito de excrementos negros y aceitosos lleno de caparzones de cangrejo rotos.

—Jacob —lo llama.

Él se acerca a ella gateando por la hierba.

—¿Qué es eso?

Libera su mano de la costra sanguinolenta y llena de arena de su camisa y remueve el montoncito con un hueso de pájaro.

—Excrementos de mapache.

—¿Hay mapaches en este islote?

Ella acerca la cara, respira hondo y cierra los ojos para percibir mejor el almizcle.

—¿Frutos azules? —dice Jacob—. ¿Notas de cuero? ¿Olores animales?

—Está húmedo —contesta ella, y la invade una alegría inmensa, placentera, esperanzada.

—¿Taninos equilibrados? —pregunta Jacob.

—Antes de ayer. La luna era cuarto creciente. Casi llena.

—La gente no lo sabe de ti, pero tienes una inteligencia extraña, poética y asociativa. Ahora me estoy imaginando este mapache haciendo caca bajo la luna en cuarto creciente mientras las olas rompen en las rocas.

—Hoy es luna llena. O casi.

—Ojalá supiera de qué estás hablando.

—Ya sé cómo vamos a volver a casa.

Gatean hasta el borde del islote que queda frente a la costa y se tumban en la hierba, contemplando la bruma. En la arenisca hay esbeltas suculentas en flor, sus escamas de un azul empolvado. El oleaje es más suave que el día anterior. El islote es la punta de un largo arrecife de rocas submarinas. Entre los bajíos discurren varios similares. Son muy negros, con surcos repletos de quelpos de un azul verdoso entre ellos.

—¿Recuerdas las mareas de ayer? —pregunta Turtle. Se vuelve en la hierba, se queda mirando las nubes, cuenta las mareas con los dedos—. Llegaste a mi casa un poco antes de las siete de la mañana. Sobre las nueve estábamos aquí. La marea estaba subiendo y alcanzó su punto más alto a las once, y no era muy alta. Nos quedamos en la cima del islote porque teníamos miedo. Luego, en algún momento de la tarde, digamos que a las tres, bajó. Bajó hasta poco más de medio metro, y nosotros fuimos a la playa. Cogimos las cosas para hacer el taladro de arco. Luego tuvimos que volver arriba, porque la marea subió a lo bestia, un metro y medio o dos, y alcanzó el punto



máximo cerca de las diez de la noche. Tal vez a medianoche. Van tres mareas. Después de medianoche, la marea empezó a bajar de nuevo. Ahí fue cuando te desperté. Bajamos a la playa y trataste de hacer fuego, y cuando no funcionó, nos quedamos dormidos. Pero lo que no sabíamos era que la marea siguió bajando toda la noche. Fue la más grande de todas, una marea muy, muy baja, y alcanzaría su punto mínimo justo antes del amanecer. Probablemente estuviese treinta centímetros por debajo de cero, sería de medio metro. Eso es un metro y medio por debajo de donde la ves ahora.

Jacob está observando las rocas.

—La mayoría de esas rocas está a apenas treinta centímetros bajo el agua.

—Sí.

—Se podría... se podría llegar a la costa por esas rocas. Joder, se podría ir por los bajíos.

Los pliegues secos, mucosos de los labios de Turtle se agrietan y supuran.

—Lo que estás diciendo es que mientras estábamos dormidos apareció un puente entre nosotros y tierra firme y nos lo perdimos, ¿no? Estábamos tirados en la playa, muertos de frío, sufriendo, muriéndonos, pero podríamos habernos levantado e ir caminando a casa.

—No podríamos haberlo visto desde aquí, porque esta playa da al océano, y probablemente a aguas profundas. Tendríamos que haber estado mirando hacia la costa, en el otro lado del islote. Pero sí..., no estábamos mirando, no lo sabíamos, no pensamos y nos lo perdimos.

—Has sobrevivido a esta noche por los pelos, Turtle.

Ella asiente. Fue un simple error y casi los mata.

—Y esta marea tan, tan baja, ¿volverá a darse de nuevo esta noche?

—Sí.

Esperan juntos en la hierba húmeda hasta que se levanta la niebla. A Turtle le empieza a arder la cara, y ve que tiene la piel de los brazos glaseada de blanco y agrietada. Se tapa la cara con la camisa de franela y mira por un resquicio. El sol está alto y un poco hacia el suroeste. La luz riela en el océano y le arranca destellos. Turtle observa.

—Oye —dice Turtle—. Dijiste que encontraste una lata de refresco, ¿no?

—Sí...

—¿Me la puedes traer?

—Claro —responde Jacob.

Turtle coge la lata de Sprite y se pone a limpiar la brillante, cóncava base con el borde de la camisa. Luego se embadurna el mojado dedo índice con un poco de tierra y pule el metal hasta darle el brillo de un espejo. Sujeta la lata boca abajo entre la corva, con la base apuntando hacia el sol. Después echa mano del nido de yesca que tienen y sitúa los trocitos sobre el espejo cóncavo. Aparece una chispa de luz, que vibra en las manos temblorosas de Turtle y despide aros de luz entrecruzados, y Turtle concentra más la yesca en el espejo cóncavo, hasta que la chispa se reduce a un alfiler de luz candente. Quince minutos después, la yesca está humeando. Aparecen vivas brasas rojas entre las hebras. Turtle la levanta y sopla para avivar el fuego. A continuación deja el montoncito en llamas en la hierba y empieza a apilar las astillas que sacaron de la madera.

—Ostras —halaga Jacob.

Ella le dedica una sonrisa enorme. Jacob sube madera de la playa antes de que el agua la cubra y la convierte en leña con el cuchillo de caza. Ella le enseña a batir la hoja con un trozo de madera, básicamente para utilizar el cuchillo de cuña. Trabajando sin parar, Jacob parte troncos enteros y los hace leña, y cuando el fuego es lo bastante grande, ella le pide que llene de agua la lata de Sprite. Turtle la une a una botella de refresco con una tira larga y hueca de quelpo, al que corta el bulbo para formar una boquilla que encaje en la lata. Después pone la lata al fuego. El vapor sube por la flexible manguera y se condensa en la botella de plástico. El primer líquido que sale es salado, pero luego sabe bien. Se tumban, cuidando del fuego, absortos en el meditativo proceso de destilar el agua.

—Espera y verás —empieza Jacob—. Cuando seas una náufraga, sola y asustada, en la isla yerma, azotada por el viento que será tu clase de inglés de primer año, destrozada contra las rocas que son *La letra escarlata*, yo te cogeré de la mano y te diré: «No tengas miedo. La luna está en cuarto creciente. Los excrementos están húmedos y huelen a bayas de manzanita». Y te quedarás pasmada.

Turtle pone buen cuidado en sonreír lo mínimo.

—Me noto muy quemado. ¿Cómo me ves?

Turtle esboza una sonrisa.

—Mal, ¿eh?

—Mal, sí.

—Más vale que funcione este plan de fuga. Mis padres cuentan con que vuelva de casa de Brett el lunes.

—¿No se enfadarán?

—Probablemente sí. Cuando me vean la cara. Mi madre se pondrá en plan: «¡¿Es que quieres morir de cáncer de piel?!».

—Pero no te harán nada, ¿no?

Él se ríe, pero un instante después deja de hacerlo.

—¿Qué pasa? —pregunta ella.

—Nada.

—Di.

Él se limita a sacudir la cabeza. Duermen la mayor parte del día. Cuidan del fuego y beben sorbos de agua. El océano engulle la playa y se retira. En el horizonte surgen muros humeantes de nubes, y el sol se pone tras ellas, un puño lejano, de un rojo encendido.

—¿Crees que tu padre tiene razón al retirarse del contrato social? —pregunta Jacob.—No lo sé.

—Pero ¿tú qué opinas?

—Si es así, si de verdad es así, la casa no se podrá defender.

Jacob guarda silencio al oír eso. Después de un rato largo, se tumba junto al fuego y se queda dormido. Turtle, sentada en el islote, tiene la sensación de estar al mismo nivel que el sol poniente. La luna sale por el este, situándose sobre tierra firme, de un rojo más profundo, más ahumado. Olas de agua oscura como el vino se alzan a su alrededor y pasan de largo, uniéndose conforme la plataforma costera se inclina bajo ellas, sus grandes lomos encorvados despidiendo un brillo rojo y púrpura. Rompen en los acantilados, se elevan y se desploman en torres espumeantes tan altas como la luna. Turtle monta guardia cuando cae la noche y la luna sube al cielo.

En algún punto de la noche, en la oscuridad, el susurro y el deslizar de los guijarros que acaban de quedar al descubierto indican a Turtle el inicio de la

marea baja. Jacob, exhausto, sigue durmiendo. Ella está sentada con las piernas cruzadas, esperando a la luna, que describirá un arco en el cielo y empezará a ponerse por el oeste antes de que se puedan ir. El agotamiento va y viene en su cabeza como una marea más, y Turtle piensa: «quédate quieta, observa y espera». Piensa: «espera. Espera, perra, observa y que no se te pase el momento». Piensa: «por lo menos tienes esto: te tienes a ti misma, y con eso puedes hacer lo que quieras, Turtle». La luna roja ahumada avanza por la noche, y cuando ilumina el islote al sesgo por el suroeste, proyectando un largo sendero plateado en el agua, Turtle se levanta y va a la parte que mira a tierra. Espolones de piedra emergen del fondo oceánico en largos tajos diagonales, mojados y brillantes bajo la luz de la luna. El islote es como un castillo al final de su calzada; la cara que mira hacia tierra, demasiado empinada para escalarla; la cara occidental, descendiendo hasta la caleta, que da a aguas profundas. Despierta a Jacob con suavidad, tocándole la cara y pronunciando su nombre.

Van a la playa. El islote se asienta en una vasta poza de marea negra, la arena bajando hacia esa agua fría, inmóvil. Jacob tiene miedo. En el fondo se distinguen destellos tenues; en la superficie, los reflejos moteados del estrellado cielo. Se meten en el agua cogidos de la mano, tiritando de frío, y luego se sueltan, se zambullen y empiezan a nadar, torpemente, los dos heridos. Jacob se encarama, jadeando, al siguiente grupo de rocas. Turtle comienza a subir tras él, se detiene, se queda quieta. Un lomo de carne negra rompe la superficie, y ella alarga el brazo y pone la mano buena en un flanco escamoso. La criatura se vuelve, se sumerge bajo el agua, y Turtle no es capaz de adivinar su tamaño. Espera, y el flanco asoma de nuevo, y ella le pone las manos encima y siente una fuerza enorme, un cuerpo firme y musculoso bajo las escamas. Detrás de ella, Jacob está de pie en la roca, observando, y Turtle da un paso atrás en el agua. La oscuridad y la luz de la luna trazan dibujos escurridizos en la superficie.

—Turtle —advierde Jacob.

Ella mira la oscura agua. Da un segundo paso hacia abajo en la roca y algo le roza la pierna, algo da vueltas, y ella nota el recorrido del flanco: tendrá unos dos metros, tal vez más.

—¿Qué estás haciendo? —quiere saber él.

Ella lo mira como si se liberara de un hechizo y sube de nuevo. Las rocas resbalan, y cuesta subirse a ellas, así que Turtle y Jacob se mantienen en los pasillos arenosos que discurren entre los afloramientos, el agua les llega por la cadera. Los cangrejos se mueven por las rocas a ambos lados, su silueta recortándose contra un cielo de un negro azulado, girando con cautela de lado, alzando las pinzas en el aire, las patas repiqueteando contra la piedra. El agua se vuelve más profunda y rocosa. Cogidos de la mano, Turtle y Jacob se mueven titubeantes, a tientas, procurando evitar los erizos de mar.

Así y todo, tardan unos veinte minutos en llegar a una playita privada que se encuentra bajo la casa de los vecinos de Turtle. Hay una escalera de secuoya que sube hasta una amplia extensión de césped donde crecen cipreses de Monterrey y se alza una gran fuente con una sirena iluminada por luces subacuáticas. No muy lejos, la mansión de secuoya de los vecinos, con sus ventanales de pared a pared, una habitación desierta, sofás desiertos, una mesa, la luz que llega de la cocina.

Siguen un camino de grava que sale a la carretera, y un coche reduce la velocidad al pasar a su lado, los faros atravesando la briza y la avena silvestre, iluminándolos vivamente para después desaparecer. Caminan junto a la carretera, escuchando el océano en calma. Suben el camino que lleva a casa de Turtle cojeando, pegados a la herbosa mediana, y entran por la puerta, Jacob dejando huellas sanguinolentas en la madera. Duermen en la habitación de Turtle, en el suelo, sobre mantas de lana y bajo su saco de dormir, abrazados, exhaustos, despertándose cada vez que el otro se levanta para beber más agua, que engullen para aliviar la sequedad de la garganta, suspirando, quedándose quietos, escuchando los crujidos de la vieja casa.

# 19

Jacob la despierta temprano.

—Vamos, vamos, vamos —apremia, despegándola bruscamente del suelo, en el que está acostada boca abajo, rezongando contra las mantas—. Vamos —insiste—. Tenemos que limpiarte y has de comer, y yo tengo que irme a casa. Vamos, vamos. Sé que esto te exhausta. Mis padres no tardarán en volver del aeropuerto y, en serio, más vale que esté en casa. —La levanta. Ha preparado tortitas de avena. Están en una fuente en la encimera—. No hay luz —dice—, pero supongo que ya lo sabías. He comprobado la frescura de los huevos metiéndolos en un vaso de agua. Al parecer no están malos, aunque no son los mejores. Hace bastante que no vas a comprar, ¿verdad? Aunque no andas lo que se dice escasa de alimentos no percederos.

Turtle se sienta en una toalla en el suelo del cuarto de baño, con la mano izquierda extendida, retorcida y rota como un cangrejo abandonado en la playa. Jacob ha encontrado el botiquín bajo el fregadero, ha hervido agua y ha preparado esponjitas jabonosas, jeringas de irrigación, férulas y gasas. Lee las indicaciones de esponjas y pomadas mientras Turtle lo observa sin dar crédito, la cara inexpresiva.

—Vale, vale —dice, frotándose las manos, mentalizándose. Se pone unos guantes de látex y empieza a cortar las vendas de franela encostradas de arena. Queda a la vista el dedo meñique. Jacob comenta: —Uf. Esto..., vale. Bueno. *Guau*.

—Estoy bien —dice ella, con el termómetro en la boca.

Él se lo saca y frunce el ceño.

—37,3°. Tienes fiebre.

—Siempre tengo calor —aduce ella. Jacob ha untado algunas tortitas con mantequilla de cacahuete. Turtle coge una de la fuente, la dobla en dos y le da un mordisco.

—37,3° no es normal.

—Mmm —contesta ella, mordiendo de nuevo—. Para mí sí.

—Tenemos que ir al hospital, Turtle.

—Estas tortitas no están mal —aprueba ella.

Jacob llena la jeringuilla con el agua caliente jabonosa que ha vertido en una cacerola de cobre y empieza a irrigar la herida. El agua que cae en la palangana sale rosa.

—Dime..., ¿qué tienes en contra de los hospitales?

—A mi papi no le gustan.

—¿Y él dónde está?

Ella coge otra tortita con la mano libre.

—Eso es que Marlow no lo ha encontrado aún —replica él—. Y tienes miedo de que si el Servicio de Protección del Menor se entera, te saquen de aquí.

Turtle no tiene nada que decir. Hay demasiada mantequilla de cacahuete en la tortita, y le está costando tragar. Mastica con ganas.

—Quizá deberían sacarte de aquí.

—Tú no crees eso —objeta ella, cuando por fin consigue tragar.

—No —admite—. Creo que el sistema probablemente sea una puta mierda y kafkiano. Creo que no quieres tener nada que ver con él. Pero también creo que necesitas un médico.

—Nada de médicos —niega ella.

—Si no confío en ti para que tomes tus propias decisiones, no sé en quién puedo confiar. Pero, por favor..., Turtle. Vamos al hospital.

—No.

—Te lo pido por favor.

Ella guarda silencio.

—*Por favor.*

No hay nada que decir.

—La suma total de toda la confianza que tienes en mí; ¿es que no te convence?

Ella no dice nada.

—¿Conoces a Bethany? —pregunta Jacob—. Sus padres se meten metanfetamina. Así que Will, el profe de filosofía del instituto, la acogió, y Bethany vivió con ellos un tiempo y ahora vive en Little Lake Road, con un amigo del colegio. Esto es Mendocino. Todo el mundo odia el sistema. La mitad de la gente cultiva maría y la otra mitad son hippies viejos, ¿no? También hay algunos como mis padres, trasplantes de Silicon Valley que creen en los servicios sociales, pero que condenan su actual interacción burocrática, infradotada y estancada, y quieren que los dirija Google y los financien los escandinavos. Lo que estoy diciendo es que nadie te va a delatar. Nadie quiere que vayas a una institución estatal ni federal. La gente se ocupará de ti. Caroline lo haría sin pensarlo. Mis padres lo harían. Así que lo que estoy diciendo es que, si llamamos a Will, el profe del que te acabo de hablar, o bueno, a cualquier profe, si hay alguien en quien confíes, y te llevan al hospital y le dicen al médico que eres alumna suya, nadie llamará a Protección del Menor. Entrarás y saldrás del hospital tan tranquila.

—¿Y me dejarán volver aquí?

Jacob vacila.

—No quiero apartarme de mi papi —afirma ella—. Y tampoco creo que él vaya a permitir que eso pase.

—Te tienes que apartar, Turtle.

—Es mi papi.

—Lo que me contaste es muy grave.

—No es tan grave.

—Podrías contarle esa historia a cualquier profesor y acabarías con esto.

Ella no dice nada.

—Podrías contarle esa historia a cualquier profesor y *al momento* estarías viviendo conmigo, lanzándole miradas mordaces a mi hermana durante la cena todas las noches, aprendiendo cosas del vino y escuchando los fascinantes viajes de mi padre a Lehi, Utah, donde siempre hay algún drama increíble sobre la detección de errores en obleas de silicio, además de alguna



aventura entre departamentos, ingenieros químicos que se portan mal, ya sabes, un relato intrincado de cómo pudieron pasar por alto tal o cual error. Tenemos esa habitación para ti, e Isobel te pagaría para que la ayudaras en el estudio. Suena bastante bien, ¿no?

Ella se muerde el labio.

—Podría haberte hecho mucho daño.

—No lo hizo —alega ella—, no lo hará.

—Yo creo que sí.

—No sabes de qué coño estás hablando. Él no me quiere hacer daño. Me ama más que a la vida misma. A veces no es perfecto. A veces no es la persona que querría ser. Pero me ama más de lo que se ha amado a nadie jamás. Creo que eso lo compensa todo.

—«¿A veces no es perfecto?» —repite Jacob—. Turtle, tu padre es un gran, un inmenso, un tremendísimo gilipollas, de los peores que han pisado la faz de la tierra, un gilipollas redomado, de tomo y lomo, de una gilipollez apabullante e inconcebible. Claro que Marco Aurelio dice que no deberíamos despreciar a quienes nos hacen daño. Dice que deberíamos reconocer que actúan movidos por la ignorancia, e incluso en contra de su voluntad, que los dos estaréis muertos pronto, y que esa persona en realidad no te ha hecho daño, porque no ha mermado tu capacidad de elección. Y yo creo que tiene razón. No tienes por qué odiarlo, pero probablemente deberías plantearte en serio la posibilidad de irte de casa. Con lo que quiero decir que deberías ir al hospital. Porque sólo una especie de sociópata narcisista se opondría a que te viera un médico ahora mismo. Para cualquier persona a la que le importaras... ésa sería su primera preocupación, si viese lo que yo veo. Cualquier persona diría: «Joder, mi hija está sufriendo, tiene fracturas abiertas en tres dedos, nos vamos al hospital».

Ya ha terminado con el meñique, le ha aplicado una pomada antibiótica y lo ha vendado con una gasa. Después sujeta la férula de aluminio y la fija con esparadrapo. A continuación la mira.

—Siguiente dedo —pide—. ¿Estás lista?

—No sabes lo que dices.

—Creo que tengo una idea.

—No es cierto.

Le corta las tiras de algodón y deja al descubierto el anular izquierdo, hinchado, la uña negra. Echa un chorro fino de agua con la jeringa y, para su sorpresa, la uña se separa del dedo, sujeta únicamente por unas cuantas hebras de carne blanquecina.

—Me cago en la grandísima puta, joder, joder... —espetta Turtle.

—¿Qué quieres que haga?

—Arráncamela.

—Ni de coña, no te la puedo arrancar.

—Arráncame esa puta mierda.

Él coge la uña con un hemostato, la libera con unas tijeras quirúrgicas y la tira al agua.

—Me cago en la puta —suelta ella.

—Sigue hablando. Se ve que hablar ayuda.

—Joder —espetta Turtle—. Joder, joder, joder.

—¡Genial! Ahora intenta formar alguna frase.

—Tú no lo conoces.

—Turtle. Esto pinta muy mal.

—Jacob, sólo lo has visto una vez, y muy poco tiempo.

—¿Te refieres a cuando Caroline te trajo a casa?

—Claro que me refiero a eso. ¿A qué te refieres tú?

Él fija la última férula con esparadrapo.

—Sigo contando con que se te salgan los huesos, pero creo que las fracturas están cerradas y que los cortes son superficiales. Lo cual es bueno. Creo. No lo sé. ¿Sabes quién lo sabría? Un médico.

—Jacob..., ¿lo has visto alguna otra vez?

—Ya he terminado con las manos. A ver esa espalda.

—Jacob...

Turtle trata de levantarse la camiseta y quitársela, pero la tiene pegada al cuerpo. Haciendo una mueca de dolor, se tumba en la toalla. Jacob coge las tijeras de trauma y empieza a cortar la camiseta. Corta desde el bajo hasta el cuello e intenta subirla, pero la tiene adherida en pegotes sanguinolentos, así que se toma su tiempo, echando agua para ablandar las costras y poder

desprenderla.

—Es *preciso* que vayas a un hospital. Tienes incrustada la camiseta en la herida.

—Ni siquiera has hablado con él.

—Sí que he hablado con él. ¿Es que no te lo dijo? Vine andando hasta aquí desde Mendocino después de clase. Tu padre estaba en el porche, tomando una cerveza y leyendo a Descartes. Subí y dije que venía a verte.

Turtle guarda silencio.

—Me contestó que estabas en casa de tu abuelo. Le pregunté por Descartes, y repuso que estaba leyendo la prueba ontológica de la existencia de Dios. Tenía una opinión extraña, interesante de la prueba...

—¿Cuándo fue eso?

—Poco después de conocernos. A finales de abril. Principios de mayo. Por ahí. Se acercaba el baile y pensé...

—¿Le dijiste cómo te apellidabas?

—Sí.

—¿Te pidió que lo deletrearas?

—Algunos de estos cortes son profundos, Turtle.

—¿Te preguntó dónde vivías?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Te causé algún problema?

—No —niega ella.

—Esto tiene muy mala pinta, Turtle. ¿Cómo no..., por qué no me dijiste que estabas tan malherida?

Ella sigue tendida en el suelo, dejando que él le limpie las heridas y extraiga trocitos de concha. «Finales de abril —piensa—. Principios de mayo. Debió de ser cuando estaba con el abuelo y me dijo cómo pedir el vestido.» Jacob no pudo elegir peor momento. Y ella tampoco. Casi no se lo puede creer. Jacob le está sacando largas tiras de algodón de las heridas de la espalda. Turtle piensa: «vino aquí, habló con Martin y yo no me enteré». «Dios santo», piensa.

Cuando Jacob se va, Turtle entra en la habitación de Martin y coge el

listín telefónico. Encuentra una única página con una esquina doblada. Hay Larners y Larners, pero sólo un Learner. «Learner, Brandon e Isobel, Sea Urchin Drive, 266.» El nombre tiene una marca al lado, un único trazo de bolígrafo azul en el margen. Turtle se queda con el listín en las manos. Jacob habló con Martin. Estuvo hablando con Martin el día que el abuelo le dijo cómo debía pedir el vestido. Tal vez Jacob le preguntara a Martin si podía llevarla al baile. Y cuando ella preguntó por el baile, Martin lo comprendió todo y se hizo el tonto. Esperó a ver alguna señal por parte de Turtle. Subió a su cuarto, y ella se zafó de sus manos. Y se lo tomó más que mal, joder, y qué clarividente pareció. Cómo la sorprendió, tirada en el barro en el jardín, Martin golpeándola con el atizador de hierro una y otra vez. Fue como si pudiera ver lo que había en su corazón, pero no fue eso: ya lo sabía. Había visto a Jacob, había hablado con él, y se lo había ocultado a Turtle. El abuelo quería que ella fuera al baile. Jacob habla con Martin, Martin ata cabos, y cuando Turtle vacila, cuando se resiste, sabe lo que tiene que hacer. Después pasa lo de la poza en Buckhorn Cove. La muerte del abuelo. La desaparición de Martin. «Y todo ¿por qué?», piensa. «Por un chico», piensa. «No —piensa—, por lo que un chico representa.»

Turtle cruza el pasillo y baja al sótano. Abre los armarios y coge el frasco que le es más familiar: SMZ/TMP. Se queda mirando los medicamentos. No es la primera vez que toma sulfametoxazol-trimetoprima, un antibiótico para infecciones del tracto urinario que también utilizan los veterinarios. Lo está mirando. No termina de entender lo que pasó. Martin puso esa marca azul junto a la dirección de Jacob para que la viese ella. Turtle sabe lo que significa: si a ti no te puedo controlar, a él sí. Jacob no significa nada para él; pero las dudas de Turtle, su descarrío, eso sí es real. Coge la tarjeta con las notas de Martin sobre el SMZ/TMP. La lee por tercera vez. Coge tres de las pastillas de 80 mg, que tomará dos veces al día. Luego echa mano de la caja de Levaquin. Su nota pone: «Inhalación de ántrax, 500 mg 60 días; para peste negra, otras 250-750 mg cada 24 h». Saca los blíster de aluminio con los comprimidos rojos de 250 mg en sus burbujas de plástico extruido y coge dos. Sube la escalera con los antibióticos. «No puedes volver a ver a Jacob —piensa—. No puedes involucrarlo en esto, no puedes permitir que le hagan

daño.» Su abuelo murió por un error así. Y ahora Jacob quiere que ella se vaya. Es inútil. Tanto hablar, tanto hablar Jacob, tanto pensar ella, todo es inútil, y lo que importa ya está grabado a fuego en ella, no cambiará y no hay quien la convenza. Se tumba boca abajo en una colcha de lana junto al fuego. Sus pensamientos suben por la oscuridad de su cabeza como si fuesen burbujas. Se mira el meñique, en la férula de aluminio con una capa de espuma, que palpita al ritmo de su corazón, su espalda una esponja vieja medio podrida que absorbe un agua dolorosamente caliente. Piensa: «cuando se enteró, cuando tuvo la prueba de lo que ella pensaba, de sus dudas, la inmovilizó contra el embarrado suelo». Recuerda la impotencia que sintió. Ésa es la medida de hasta qué punto Martin va en serio. Piensa: «no puedes mantener a salvo a Jacob». Después piensa: «la verdad es que sí puedes, pero no estás dispuesta a hacerlo».

Cuando se despierta, se acerca a la encimera y se come las tortitas que hizo Jacob directamente de la fuente. Se toma las pastillas, bebe un vaso de agua. El sol entra a raudales por las ventanas, y ella se apoya en la encimera y observa el polvo en suspensión, cada mota dejando una estela borrosa, como un cometa. Va al cuarto de baño, se sienta contra la pared con el termómetro en la boca y, cuando lo mira, comprueba que sigue teniendo 37,3°. Se lleva el puño a la frente. «Estás bien, Turtle —piensa—. Sólo estás cansada.»

Se toma los antibióticos con toda la regularidad de que es capaz. Por las mañanas se prepara infusión de ortiga mayor y sale al porche con ella a contemplar el océano. Varios días a la semana, Jacob llega con bolsas de papel rebosantes de comida, cogidas bajo el brazo, colgándoles de las muñecas, y Turtle, sentada con las piernas cruzadas en el suelo delante de la chimenea, con las manos en torno a una infusión, levanta la vista y lo admira. La primera vez fue sólo uno o dos días después de que volvieran a casa, y llegó con noticias:

—Mis padres fliparon cuando me vieron la cara. Tendrías que haberlos visto. Se pusieron en plan: «¡¿Quééééé haaaa paaaasaadoo?!». Y cuando les conté que me arrastró el mar y tú te lanzaste a rescatarme, mi madre repuso: «Es muy peligroso meterse en el mar para rescatar a alguien que se está ahogando», y yo dije que tú no tenías miedo al peligro, que el peligro te tenía

miedo a ti, y me preguntaron dónde estaba Brett a todo esto, y repuse que también lo había arrastrado la ola, pero que él llevaba su bote de Easy Cheese y apretó la boca y salió propulsado hacia la playa y se puso a salvo.

—Así que mentiste —deduce Turtle.

—Se lo conté todo a Brett por teléfono... Y se pilló un buen cabreo. «¡Me lo pierdo todo!» Le conté que nos arrastró el mar y que fue como hacer el amor a lo bestia con un montón de rinocerontes orgiásticos en una piscina llena de cristales y que hiciste fuego mirando mal a la base reflectante de una lata de aluminio hasta que tu inmensa fuerza de voluntad se concentró y se vio magnificada por el espejo parabólico hasta convertirse en una chispa candente de pura rabia de Turtle, capaz de arrancarle una llama a cualquier cosa, incluso al corazón de unos incautos alumnos de instituto.

—¿Qué dijo?

—Tuvo que admitir que podría funcionar.

—Preferiría que no mintieras.

—Luego le conté que esperaste hasta el instante de mayor oscuridad de la segunda noche, justo antes de que amaneciera, y cuando la luna tocó el horizonte, abriste los brazos y ordenaste a los mares que se abrieran, y se abrieron tan rápido y tanto como las piernas de su madre, y volvimos por el fondo oceánico con monstruos marinos que se refocilaban en las pozas y te llamaron con su canto de sirenas, y tú querías descender a la negrura y unirte a ellos, hasta que te cogí de la mano y te alejé de ahí. Casi dio la impresión de que no me creía.

Cuando la espalda de Turtle por fin ha cicatrizado en gruesas protuberancias rosas, sale de compras con la familia de Jacob, encorvada e incómoda ante los escaparates de las tiendas mientras Isobel escoge vestidos de verano diciendo:

—Uy, te quedaría tan bien. Uy, tienes el tipo perfecto para llevar vestido. Uy, mira éste. Uy, por favor, por favor, Turtle. Te invito a un helado, a lo que quieras. —Y Turtle se masajea los nudosos dedos mientras Isobel apela a Jacob, diciendo—: ¡Jacob, dile que se lo pruebe!

Y Jacob levanta las manos y contesta:

—No tengo poder sobre ella, y si lo tuviera, no lo malgastaría en ropa.

—Ya sé yo dónde lo malgastarías —replica Imogen.

E Isobel exclama:

—¡Imogen!

Y más tarde, de tienda en tienda, Imogen anuncia:

—La voy a llevar a Understuff. La señorita necesita un sujetador.

—No lo harás —objeta Jacob.

—Claro que lo haré, memo —espeta Imogen.

—No soy un memo —objeta Jacob.

—Las redes sociales vetarán todas sus fotos y no tendrá ningún amigo. Y morirá sola, bebiendo vino de tetrabrik, y sus cientos de gatos se le acercarán y le comerán la cara. No creo que sea eso lo que quieres para ella, Jacob.

—¿Qué? —pregunta Turtle.

Al final, Turtle está sola en el probador de la tienda de lencería. Todo le parece demasiado fino. El lugar es incómodamente grande y la alfombra le resulta desconocida. Las paredes están forradas de seda. Imogen e Isobel le lanzan sujetadores por encima de la puerta, y ella sigue dentro, atrapándolos y dejándolos en la silla mientras ellas describen, al otro lado de la puerta, cómo deberían quedarle. Turtle se quita la camiseta, pero no es capaz de abrocharse el sujetador. Todavía no se maneja bien con la mano izquierda. Le da vergüenza que alguna de ellas le vea la destrozada espalda. No le gusta su cara, delgaducha y fea, en el espejo. Tiene tajos en vez de pómulos, los ojos bizcos. Su pelo, rubio y largo, tiene la textura gruesa, salvaje de las pieles, con rastas en algunas partes. Se queda parada desnuda, haciendo una mueca de asco. Fuera oye que Imogen e Isobel recurren a Jacob, que aduce:

—¡Es tímida, joder!

Sigue en el probador. Sostiene en alto el sujetador. «Nada de esto importa —piensa—. Les preocupan cosas que no importan, no ven lo que es y no ven lo que sí importa.» Piensa: «si esto es lo que tienen los demás, no lo envidio».

Al cabo, cuando Isobel llama a la puerta, contesta:

—¡Un minuto!

Sola en su hogar ancestral, espera junto al fuego, con un quinqué, y contempla las llamas, escuchando el viento, imaginando que los tallos leñosos de las zarzas suben entre las tablas del suelo para echarle los

estolones verdes por los hombros. Todos los días son buenos y cualquiera podría ser el último, aunque tenga la sensación de que quizá él no vuelva nunca. Tiene la sensación de que su vida podría ser así. Todos los días da largas a Jacob. Es consciente de que está mal y de que es egoísta. Pero todo ha estado mal y ha sido egoísta desde que conoció a los chicos, sobre el Albion. Siempre ha sabido que los estaba poniendo en peligro. Casi se siente cómoda sabiendo lo que tiene que hacer y no haciéndolo. Se pone aceite de oliva en las heridas rosadas. Su alegría es plena y carece de propósito. Crece en capas bajo su piel y cierra con fuerza sus poros. Turtle duerme envuelta en mantas de lana delante del fuego. Una noche, siente los pechos doloridos e irritados, se levanta y va al cuarto de baño, se sienta en el inodoro y, al bajar la mirada, ve un hilo de sangre que cae en la taza. Se lleva los dedos al coño y al levantarlos ve que están manchados: su primera menstruación. Se mete los dedos en la boca y se los limpia. Apoya la frente en el puño y llora por ella y por Martin. Es el final de algo. Estaba demasiado flaca, su cuerpo tenía demasiados pocos recursos. Se dobla sobre las rodillas desnudas y solloza. No quiere que nada cambie. No quiere que se pierda nada.

—Estoy engordando por tu culpa —espeta a Jacob al día siguiente.

Él sonrío y guarda la compra en los armarios. No le da importancia. Cree que lo dice de broma. Cree que seguirán así para siempre. Le emociona ayudarla con la elección de asignaturas del instituto. Está en la cocina, con la compra en la encimera, un trozo de cordero sangrando en la tabla de cortar, la cazuela de hierro calentándose en la cocina, él aplastando dientes de ajo con la hoja del cuchillo, pelándolos, picándolos con una facilidad y una destreza doméstica serena que a Turtle le son completamente ajenas, una suerte de milagro. Jacob comenta:

—Estoy enamorado de George Eliot. Dios mío, *Middlemarch*. ¡Ese libro es la hostia! ¡Qué pedazo de libro! Eliot tiene un estilo increíble, amplio, generoso; escribe como quiero que sean mis cartas al Congreso, ¿sabes?

Mientras lo observa, imagina a Isobel explicándole cómo hacerlo, con una copa de vino en la encimera, y todos ellos, Isobel y Jacob y Brandon e Imogen, en la cocina cocinando algo, lo que Jacob le está cocinando a ella ahora, y en la serenidad y la paciencia con que se mueve por la cocina, Turtle



ve todo un legado de amor. Cuando Jacob está ahí, con ella, el deseo de tocarlo aumenta, se convierte en una especie de necesidad, y ella deja pasar cada momento de necesidad, sentada a su lado, a lo indio, incapaz de hacer nada salvo mirar, hasta que la pura inactividad haga que sobrelleve ese momento insoportable. Cuando se vaya, Turtle se sentará a contemplar el fuego, enamorada de querer y no tener, y a veces, al recordar algo que él ha dicho, sonreirá y se tumbará en las mantas ante la lumbre, aún sonriendo.

Sus momentos de felicidad se dan en el límite de lo insoportable. Sabe que no durarán y piensa: «no olvides nunca, Turtle, cómo era estar aquí sin él. Tienes que aferrarte a eso, a lo bueno que es. Recuerda lo limpio, lo bien que estaba todo. No había ni rastro de podredumbre en nada». «Pero también —piensa— lo duro que era. Nada es tan difícil como mantener un contacto sostenido y continuo con tu propia cabeza.» Piensa: «¿importa que sea difícil? No importa. Es aún mejor. Turtle Alveston, ¿aceptas esta nada, este vacío y esta soledad?». Piensa: «¿aceptas todas estas noches a solas?, ¿tendrás esto y sólo esto durante el resto de tu vida?».

Una mañana baja a la playa Buckhorn con una bolsa de manzanas pequeñas, amargas del huerto. Se sienta en un tronco, al abrigo del viento. La marea está baja y la bahía agitada. El viento sopla con fuerza del norte y levanta cortinas de arena de cerca de medio metro que hacen que las corrientes resulten visibles. Las gaviotas se acurrucan al amparo de los acantilados septentrionales. Allí donde los troncos ofrecen resistencia al viento, se forman remolinos de arena a su sombra, que se amontonan en pendientes que igualan la silueta del tronco. Hay un silbido constante, erosivo.

Detrás de cada cúmulo de quelpos, el viento corta una cuña, abriendo un triángulo en el que astillas de corteza y trozos de zosteras secas se acumulan, dan vueltas y caen, jugueteando hasta hacerse una bola. A veces, largos mechones de algas o palos de madera que el agua arrastra hasta la playa logran escapar del remolino y salen volando de un lado a otro de la cala, para continuar hacia el sur. Turtle mira la playa y ve que Martin camina hacia ella, con sus botas militares, los vaqueros 501 y una camisa de franela, haciendo visera con la mano para protegerse los ojos, las ráfagas pegándole la franela al pecho. La luz cae sesgada por detrás de él. La playa es de un azul arenoso, los acantilados de un marrón pardusco, y los pasos de Martin levantan arena al viento. A diez metros de ella, abre los brazos, su presencia allí una espantosa intromisión, y a Turtle le encanta eso de él, se lo queda mirando, el viento alborotándole el largo pelo, que enmarca esa cara grande y atractiva, la espalda ancha y más enorme que nunca. Turtle se levanta, se sacude la arena del trasero y se arroja a sus brazos. Martin huele a cigarro puro y aceite de

motor. Permanecen entrelazados. Después Martin la coge del brazo y todo es como antes. La aleja de la playa y siguen la pista de tierra que sube por los acantilados. Martin tiene la camioneta aparcada junto a la carretera, en el arranque del camino.

Sale a la carretera y se dirige al pueblo, cambiando de marcha temerariamente y tomando las curvas saliéndose en exceso del carril, mirándola, mordiéndose el labio inferior. Hay un AR-15 de cañón corto a sus pies, contra el asiento de vinilo. El receptor se ha modificado para hacer que sea completamente automático. Los orificios de ventilación del grupo de funcionamiento, a la vista, están sucios. Turtle se sienta junto al arma y junto a él, y piensa en los momentos de soledad que le han deparado tanto placer y le han cerrado los poros, pero que han sido tan dolorosos, tan insoportables que, de haber tenido elección, no los habría elegido. En la cabina le huele a él, siente su peso tremendo, una presencia que es como un pozo a su lado, en la cabina de la camioneta, que también tiene un olor característico, dulzón, a WD-40 y puros malos aplastados en el cenicero.

—Ratoncito —empieza—, la cagué. Lo sé, Dios lo sabe. —Tiene la mandíbula tensa. Conduce a una velocidad temeraria, pero prestando atención, cambiando de marcha, pisando el acelerador, adelantando a un coche en una curva ciega, el motor rugiendo, volviendo a su carril, cambiando de marcha, esperando, mirándola casi enfadado, mirando la carretera, cogiendo el volante, cogiendo la palanca de cambios, mirándola de nuevo, esbozando una sonrisa torcida rebosante de remordimiento, Turtle mirándolo de soslayo, a su lado, absorbiendo toda su atención, y entonces él añade—: Joder, no es culpa tuya. Fue... Dios santo, ¿recuerdas su mirada?

—No —contesta Turtle.

—*Miedo*. Una mirada de miedo. ¿La recuerdas?

—No.

—Te pareces a él. ¿Lo sabías?

Ella mira al frente: los acantilados, los quitamiedos, el vasto, resplandeciente océano azul, un bosque de quelpos, luego los acantilados se quedan en el oeste y el océano se oculta tras las casas, los hostales, los letreros de madera suspendidos de los hostales, cercas de secuoya, bellos,

vetustos cipreses. Martin reduce la velocidad, salva una colina con una arboleda de eucaliptos, mira a Turtle.

—Perdí la cabeza, darling. La *perdí*. La mirada que tenía, Dios santo, esa mirada. Todavía la veo. Doloroso, dijo el médico, doloroso y rápido, pero no era eso lo que parecía. Miraba como si supiese algo, y no algo bueno, ratoncito, no algo bueno, sino algo como... Le he dado cientos de vueltas. Miles, más, y no sé qué pensar. Era mi padre, y me miró, y debió de sentirse de alguna manera, de la manera concreta, no cuantificable que se siente al extinguirse en la oscuridad sin dios y... Dios santo, ratoncito. Lo vi morir. Yo lo *maté*, darling. Si hubiese llevado la situación de otra manera... Si le hubiera hablado de forma distinta, mejor.

Turtle sigue sin poder mirarlo a la cara, las manos moviéndose inquietas en el volante, en la palanca de cambios, manchurroneos en los muslos de los Levi's, rajaduras en el vinilo, aislamiento amarillo, muelles oxidados, alfombrillas de goma marrón a los pies, agujas de abeto en las protuberancias y las ranuras de las alfombrillas. Martin la mira y cuenta:

—Se me fue la cabeza y me marché y, joder, darling. Me refiero a que..., con todo lo que lo despreciaba, con todo lo que despreciaba sus fallos..., me fui. Con mi viejo..., tuvo una oportunidad conmigo, creo. En realidad sólo le di una oportunidad. Nunca supe... quién era. No creo que me quisiera, o si lo hizo, fue de alguna manera castradora. Todos los errores que cometió, le guardé rencor por ellos y pensé: «yo *nunca* cometeré sus errores». Su vida no es vida, y los errores que cometió, los cometió porque era cobarde y tenía el corazón de piedra, un miserable, intolerante, odioso, impaciente, indeciso... Darling, las cosas que era mi padre. Un cabrón, un hijo de puta alcohólico, un asesino. Y yo, yo era joven y no tenía compasión, no cometería esos errores nunca, *nunca*. Quería rechazar todo lo que era él, y es más, creía que podía hacerlo. No había salvación... Yo no era como tú, no escuchaba, no me importaba. No nos entendíamos. Y hay que joderse, darling, porque a pesar de todos sus errores y a pesar de cómo se equivocó al final, acudió a ti, se preocupaba por ti, estaba dispuesto a dártelo todo, y yo ¿dónde estaba?

Ella le mira el hombro, la franela, el cinturón, su cuchillo Daniel Winkler, el asiento, el cenicero, la carretera ante ellos, luego sube la vista, su

mandíbula, que va de lado a lado por la ira.

—Me asusté y la cagué, y no sé cómo... ¡Dios santo! Cómo me convertí en el hombre que soy ahora, con mis manías, asustado como él, inflexible como él, intransigente como él, y lo odio, nunca quise ser este hombre, y creí... ¡Joder! Lo vi descender a la oscuridad sin dios, y te vi a ti..., te vi, ¿y sabes lo que eres? La única cosa espiritual en un mundo oscuro y profano, y sin ti, el nihilismo. ¿Entiendes?

La mira. Ella contempla el océano, contempla la cañuela mecida por el viento en los acantilados. «No —piensa—. No, no puede ser que al final yo sea como tú. No puede ser. Esas partes de ti de las que huyo..., huiré de ellas siempre, y al final no descubriré que soy como tú.» Une las manos, se las mete entre los muslos, las aprieta.

Desayunan en la terraza de MacCallum House, con vistas a la bahía de Mendocino, azotada por el viento. El camarero les sirve burritos repletos de caviar de salmón y adornados con capuchinas y brotes de guisante. Martin tiene una expresión en la cara que Turtle no es capaz de interpretar ni reproducir en su cabeza. Sostiene el tenedor en una mano y el cuchillo en la otra, con los antebrazos contra la mesa, inclinado hacia Turtle, su atención fija en ella, y comenta:

—Pero mírate. Dios santo.

Ella no dice nada. A su alrededor las mujeres llevan vestidos de verano; los hombres, camisas de vestir blancas. Turtle no sabe si son turistas o trasplantes de Silicon Valley que tienen ahí un chalé donde veranean. Martin no presta atención a nada más que a ella. Turtle lleva puestas sus viejas botas militares, pantalones militares verde oliva, un sujetador deportivo negro y una camiseta de tirantes. El pelo le da continuamente en la cara y se le pega a los labios. Martin la escudriña como quien se palpa la boca en busca de úlceras.

—Vamos —la anima—, prueba el burrito. —Ella levanta el tenedor, mira el caviar naranja amontonado—. Eres la cosa más bonita del mundo —la alaba—, eso es lo que creo. Todo en ti, darling, es perfecto. Cada detalle. Eres el ideal platónico de ti misma. Cada imperfección, cada rasguño, es una elaboración inimitable de tu belleza y tu carácter salvaje. Pareces una náyade.

Pareces una niña criada por lobos. ¿Lo sabías? —Ella corta su burrito, derramando las patatas fritas caseras y el huevo revuelto, que pasea por el plato con el tenedor.

—¿Sabes quién es Acteón?

—No —admite ella.

—Acteón era un joven cazador que se adentró en el bosque y se topó con una poza en la que se estaban bañando la diosa virgen y sus doncellas. — Contempla el océano, mordiéndose el labio, y luego la mira a ella, toda su cara iluminada de placer, y suspira, echando el aire por la nariz, en señal de la alegría que siente—. Artemisa, la muy zorra. Artemisa. En castigo por haberla visto, Artemisa convirtió en ciervo a Acteón, al que sus propios perros dieron caza y despedazaron. Hostia puta, eres como debía de ser ella. Dame la mano. —Turtle se inclina hacia delante y él le coge la mano, la aprieta en la suya—. Hostia puta, cuánto me alegro de verte. Joder, qué alegría.

Turtle espera a que le vea los dedos rotos, pero no los ve. Con el pulgar, le acaricia la palma de la mano, mirándola con cuidado, sus ojos azules, el iris trufado de hilos blancos, el abundante pelo negro recogido en una coleta, aun así salvaje, pero más ralo ya, se le entrevé el cuero cabelludo, la piel alrededor de los ojos arrugada como madera astillada, manchas profundas bajo los ojos, aún un hombretón, pero más pequeño ya, encogido y encorvado, su presencia física todavía revestida de una gravedad tremenda y específica, pero menos aterradora, como si se estuviera replegando en su interior, como si ya no fuera el hombre que podía plantarse delante de una puerta y casi abarcarla con los hombros. Esperan, él acariciándole la mano y observándola, y ella no sabe qué ve en su cara, pero la escudriña y da la impresión de que le causa dolor, y contempla el océano y ve que intenta ser paciente, ve que está razonando consigo mismo, diciendo: «dale un minuto», y la mira de nuevo y dice:

—Ratoncito...

—Sí —contesta ella. Piensa: «confiarás en tu disciplina y en tu valor, y nunca los dejarás, nunca los abandonarás, y serás más fuerte, implacable, valerosa y dura, y no te quedarás nunca como se queda él, observando tu vida

como la observa él, serás fuerte, pura y fría durante el resto de tu puta vida, y éstas son unas lecciones que no olvidarás nunca».

Él está esperando que diga algo, y ella no sabe qué decir. Quiere algo de ella, una respuesta. Turtle no recuerda lo que ha dicho Martin, que le suelta la mano y se retrepa en su silla, casi enfadado, casi impaciente, y ella coge la capuchina que hay en su plato y la hace girar entre la punta de los dedos, sin saber qué quiere de ella.

—¿Por qué? —pregunta ella, porque no lo entiende—. ¿Por qué te asustaste?

Martin contempla la bahía de Mendocino.

—No sé si soy capaz de verbalizarlo, ni siquiera para mí mismo. La muerte de un padre, ratoncito, Dios, te puede afectar mucho.

Ella asiente al oír eso, pero sigue sin entenderlo, sabe cómo le ha afectado a ella, el dolor, que se le metió en los huesos, pero no sintió miedo, y no lo entiende —¿miedo a qué?—, y lo mira, y sabe, sabe de verdad, lo poco que entiende a Martin.

—¿Adónde fuiste?

Él señala su burrito con la barbilla.

—¿Te lo vas a comer?

Turtle vuelve a coger el tenedor y se pone a comer, y después, avergonzada por estar masticando, baja la mirada.

—Al norte —contesta—. Fui al norte. Fui al este de Oregón y a Washington, y después a Idaho y Wyoming.

—¿Qué viste?

—Nada —replica él.

—Entonces ¿para qué fuiste?

Sacude la cabeza.

—La cagué.

—Ya —contesta ella.

—¿Aceptarías que vuelva?

Ella mira el burrito que tiene en el plato, espachurrado, el relleno fuera, no quiere comer, tiene náuseas por el miedo y la emoción. Claro que quiere que vuelva, y *mucho*. Tiene tantas cosas buenas, tanta profundidad..., y quiere

volver a tener eso, su peso y su contundencia, y todo lo que le quita, pero sigue llorando la pérdida, la chica que estaba sola en esa casa, que destruyó la estantería y quemó la ropa de él, y no cree que le corresponda decir que sí o que no, ésa es la casa de Martin, ella es su niña, podría regresar siempre, ella lo sabe y él también.

—Bien —se interesa él, señalando de nuevo el plato—. ¿Qué tal está?

—Está bueno —responde ella.

Pagan la cuenta y van a la camioneta. Vuelven a la casa y aparcan en el camino. Hay una niña en el porche, con la cara entre las manos, el pelo negro enmarañado, los bracitos como cerillas con marcas de moratones. Tiene nueve o diez años, pesará unos treinta kilos. Cuando Martin se baja de la camioneta, la niña levanta la mirada y sale corriendo hacia él, que la levanta por las axilas y le da vueltas, riendo. Después le pasa el brazo por los hombros y va con Turtle.

—Ratoncito —dice—, ésta es Cayenne.

Cayenne se asoma bajo el pelo. Se rasca la espinilla con un talón encallecido.

Turtle la mira de arriba abajo.

—¿Tú quién eres? —pregunta.

La niña mira hacia otro lado, nerviosa.

Turtle insiste:

—¿Ésta quién es?

—Cayenne —repite Martin.

—¿De dónde ha salido?

—De Yakima.

Turtle chasquea los dedos. No se refería a eso.

—Está en Washington —explica Martin.

—Vete de aquí —le dice Turtle a la niña, que vacila, y Turtle espeta—: Que te vayas... a tomar por culo... de aquí.

Cayenne la mira mal, frunciendo el ceño, sale disparada hacia la puerta de cristal corredera y entra en la casa.

—¿De dónde ha salido?

—Cuidaremos de ella durante un tiempo.



—¿Por qué?

—Ven aquí —pide Martin.

Turtle se acerca, y él la rodea con los brazos, le pega la cara al cuello y aspira su olor.

—Dios, tu olor —dice—. ¿Estás contenta de que haya vuelto?

—Sí, papi —asegura ella—, lo estoy.

—¿Sigues siendo mi niñita? —le pregunta. Ella lo mira, y él esboza una sonrisa torcida—. Mira qué carita. Lo eres, ¿verdad?

Turtle lo escudriña. Hay algo en ella tan duro como los guijarros de la playa, y piensa: «hay una parte de mí a la que nunca, nunca podrás llegar».

—Mírate —insiste él, y le pone las manos en la garganta, recogéndole el cabello en el cuello con recato, y sus ojos casi reflejan odio hacia ella, que piensa: «hazlo. Hazlo de una puta vez. Quiero que lo hagas»—. Tan sólo mirarte —continúa— me duele. Así de preciosa eres. Me duele mirarte.

Sus manos se tensan y se relajan alrededor de su cuello. Ella se acuerda de cuando iba por el fondo marino con Jacob, de cómo se cerraban las anémonas como puños para aguantar la marea y de aquella poza hundida con la criatura invisible que daba vueltas. Quiere ser su chica, la chica de Jacob, y quiere que le quiten eso. Se queda mirando a Martin, y piensa: «quítamelo todo. Quítame la dignidad y todo lo demás, no me dejes nada».

Esa noche, Turtle sube la escalera con las mantas, se para delante de la que fue su habitación y se queda allí plantada, mirando. Va hasta su cama de contrachapado y ve su propia sombra residual, pintada con sudor y grasa. Extiende las mantas en el suelo de madera, se arrodilla a los pies y las alisa. Sale del cuarto, cierra de un portazo y se queda fuera.

Baja la escalera y entra en la oscura sala de estar, donde Cayenne está sentada con las piernas cruzadas en la encimera de la cocina. Martin está sopesando la sartén, girándola hacia un lado y hacia otro bajo la luz.

—La has limpiado a fondo y la has curado, ¿verdad? —inquiere.

—Sí —afirma ella.

—No parece distinta.

Turtle se acerca a él, pasa las yemas de los dedos por la superficie de la sartén, negra como si estuviera pintada, y responde:

—Antes, la capa que recubría las sartenes era demasiado gruesa y se desconchaba. Las enterré en las brasas para que se quemase toda la grasa Crisco que tenían. Las curé con manteca orgánica. Sin prisas, y así es como quedó.

Él sacude la cabeza y estira un brazo hacia los armarios abiertos de madera de cerezo, baja el aceite de colza y echa un chorro con florituras, luego levanta la sartén y la inclina lentamente hacia un lado y hacia otro para extender el aceite. A continuación la pone al fuego.

Cayenne los observa en silencio. A veces mira a Turtle, a veces a Martin. En la oscuridad, su expresión es prácticamente inescrutable..., pensativa, si acaso. Tiene un rostro ovalado sólido; la mandíbula prominente, redonda; los pómulos gruesos; en su regazo, abierto, *Crepúsculo*. Turtle no siente nada al mirar a la niña. Nada. Es como el agujero que debería ocupar una muela. Piensa: «los errores de Martin no son tus errores. Tú nunca serás como él. Nunca».

Martin abre una nevera portátil que ha dejado en el suelo, saca dos filetes envueltos en papel de carnicero, los echa sin miramientos en el hierro forjado y clava la vista en ellos. Se mete la mano en el bolsillo, saca un puñado de monedas, que remueve con el pulgar, y tras separar una de cincuenta centavos, se la lanza a Cayenne, que la atrapa al vuelo. Se mete las demás monedas en el bolsillo y sale de la cocina, cruza la sala de estar y se apoya en la pared.

—Ven aquí —ordena a Turtle.

Turtle obedece, él desenfunda su Colt 1911 y se la da.

—¿Has estado practicando?

—No —confiesa Turtle.

—Pues deberías.

Turtle mira al otro lado de la habitación, a la niña que sostiene la moneda, que a su vez mira a Martin. Turtle ha cometido un error con la sartén, ha hablado de más.

—No quiero hacer esto —protesta Cayenne.

—Mírala —responde Martin, con una sonrisa petulante—. ¡Si ni siquiera sabes lo que estamos haciendo! Sostenla más arriba. —Cayenne levanta la

moneda, con el pulgar y el índice, y mira ya al uno, ya a la otra.

—Estás de coña —dice Turtle.

Lo mira.

—No quiero hacer esto —repite Cayenne.

—No te pasará nada, cariño —asegura Martin—. Esto será divertido.

—No he estado practicando —aduce Turtle.

—No pasa nada —afirma él—, papi está aquí —y se ríe al ver la cara que pone.

—Estás de coña —repite Turtle. Mira a la niña, sentada a lo indio en la encimera de la cocina. Un único mechón de pelo negro le cae por la cara, y Cayenne no hace nada para quitárselo. Detrás de ella, la única luz que hay en la cocina proviene de la llama azul, que expande su horizonte en la base de la sartén—. Estás de coña —dice de nuevo. Y saca el cargador y desliza la corredera. En la penumbra se distingue un brillo de restos de latón en el cañón expuesto, y ésa es una mala señal. Turtle sabe que Martin lleva munición y recargas baratas, así que saca la primera bala del tambor con el pulgar. Es una bala Federal HST calibre .45 +P de 230 granos para armas automáticas. Demasiado potente.

Lo mira, para ver si va en serio, y se da cuenta de que sí. Acopla el tambor, suelta la corredera, se sitúa en posición. Martin se planta detrás de ella y le apoya las manos en los brazos. Le ajusta la cadera y los hombros. Le dice al oído:

—Suéltate un poco. Relájate. Así. Firme.

Turtle alinea el punto de mira y el alza y desplaza su atención de la mira a la moneda, enmarcada entre el pequeño pulgar y el índice de Cayenne. La moneda parece diminuta, un minúsculo objeto plateado en la oscuridad, la niña mirándola a ella y cerrando los ojos, su pecho subiendo mientras respira acompasadamente para tranquilizarse, la moneda moviéndose ligeramente arriba y abajo cada vez que respira. Cayenne ha dejado el libro en la encimera y sus dedos lo buscan, encuentran el duro canto y ahí se quedan, tocándolo como si buscara su protección.

Detrás de la moneda, Turtle ve la puerta de la cocina, con su pintura azul descascarillándose en cintas, y, en el círculo vacío donde debería estar el

picaporte, una lagartija espinosa con la cabeza erguida, el abdomen azul apenas visible y tachonada de garrapatas como semillas de sésamo azul, las escamas quilladas del cuello tiesas como espinas, las crestas espinosas de la cabeza delineadas con suma claridad en ese orificio por el que se cuela la luz vespertina.

Turtle respira y concentra su atención de nuevo en la mira, desdibujando a la niña, situando el punto de mira a la perfección, concentrándose en su borde superior, haciendo que ese borde se sitúe en la minúscula moneda plateada desenfocada. En ningún otro lado es más consciente de la limitada profundidad de campo de la vista humana. No puede enfocar a la vez a la niña y al punto de mira. Martin le dice al oído:

—No pienses, deja la mente en blanco y ponte a ello. No pienses. Sólo apunta. Sólo dispara.

Turtle ladea el arma, ve una cascarilla de pintura en la puerta, quince centímetros por encima y quince a la izquierda de la moneda, y dispara. La bala Federal HST de 230 granos hace un ruido estruendoso y se estrella con fuerza, arrancando un trozo de madera de la puerta. Cayenne se sobresalta, pero no deja caer la moneda, y Turtle se hace con el control absoluto del cañón, respira y, tras localizar la marca de la bala, abre fuego de nuevo, arrancando un segundo trozo a unos tres centímetros del primero, Cayenne se sobresalta otra vez y suelta un gritito ahogado, la moneda escapándosele de la mano sin querer, la frente fruncida, con arruguitas en el ceño, la moneda temblando. Turtle apunta para efectuar el tercer disparo, aprieta el gatillo, y no pasa nada.

Mira la parte superior de la pistola y ve que hay un casquillo atascado en el puerto de eyección. Normalmente, cuando la corredera no se ajusta, Turtle nota la diferencia en el retroceso y percibe la nota distinta, más plana, del disparo. No está poniendo atención. No está concentrada.

—La pistola está sucia —informa a Martin.

—Tienes la muñeca floja —responde él, lo que significa que su agarre no es lo bastante firme para que el mecanismo funcione debidamente.

—No —niega ella—. Puede que sean los restos, puede que sea el cargador, incluso podría ser que el extractor sea defectuoso.

—O que tienes la muñeca floja.

Turtle baja la pistola y deja que Martin observe las marcas de bala que ha hecho en la puerta, tomando nota de la agrupación, de poco más de dos centímetros. Reconoce que Turtle podría tener razón.

—Y eso habría sido una cagada, ¿no? —inquire.

—Sí —contesta ella.

—No le ha dado —tercia Cayenne. Turtle se da cuenta de que la niña intenta parecer tranquila, pero su voz es tensa y nerviosa. Como ninguno de los dos reacciona, repite—: No le ha dado.

Turtle se acerca a la encimera, junto a la niña. Desplaza el tambor, deja caer el casquillo trabado y permite que la guía salga disparada hacia delante. Luego vuelve a cargar el arma y desliza la corredera para comprobar que la brillante bala de latón encaja debidamente en la recámara. Baja el arma. Tan cerca de Cayenne que oye su respiración agitada. Se ha puesto un par de calcetines rosas después de que Turtle la viera, al llegar. Quizá el suelo de madera le resulte demasiado frío. Los calcetines le quedan grandes, los abombados talones en los tobillos, la puntera le cuelga de forma desigual. Turtle mira a Martin.

—Luego te limpio la pistola. Está sucia.

—No —rehúsa él, entrando en la cocina—, no está sucia.

—He visto perros con el culo más limpio que esta pistola —espetea ella.

Martin se acerca riendo a la sartén, prueba la textura de los filetes con la yema del dedo y la compara con la de su mano, uniendo el pulgar y el índice para asegurarse de que la carne está casi cruda. Se saca el cuchillo que lleva en el cinturón y les da la vuelta con la hoja, sacudiendo la cabeza. El filete se despega con suma facilidad de esa sartén curada a la perfección.

—Si serás perra —observa, mirando la sartén con los ojos entornados, la boca entreabierta, medio sonriendo, limpiándose la hoja del cuchillo en la pernera de los Levi's y guardándose lo.

Cayenne respira con fuerza para tranquilizarse. Turtle percibe su olor; el cuerpo sin lavar, el sudor infantil, el humo de los Swisher Sweets de Martin en su ropa.

Cayenne se aparta un mechón de pelo que se le ha enredado en las

pestañas, la mano temblorosa. El sudor hace que la camiseta se le pegue al esternón.

—No le ha dado —insiste, y los observa para ver cómo reaccionan. Padre e hija esperan en la cocina en penumbra, atentos el uno al otro.

—Sí le ha dado —corrige él—. Le ha dado a lo que estaba apuntando, y lo que quería demostrar —explica Martin, como si hablara con una idiota— es que la agrupación es mala. No es capaz de disparar lo bastante cerca del blanco. —Va a la puerta, mide la separación que hay entre los disparos con el pulgar y el índice, unos tres centímetros.

—Ah —responde Cayenne, que a todas luces sigue confusa.

—Coge esa mierda —ordena Martin al darse la vuelta, enfadado.

—Yo pensaba que... —replica Cayenne.

—Coge esa mierda —repite él.

Cayenne coge la moneda.

—Ratoncito tiene que hacerlo mejor. —Se vuelve y mira a Turtle—. Ratoncito —le dice, insinuando que debería probar otra vez.

—No le daré —asegura Turtle.

—Sí —asevera Martin—. Claro que le darás.

Cayenne le mira a ella y luego a él.

—Pensaba, pensaba que la agrupación era mala —aduce.

—No te preocupes —la tranquiliza Martin—, no te preocupes. A darling esto se le da de miedo. Lo clavaré—. Mira a Turtle, dice—: Darling... No te aturulles.

—Papi —prueba Turtle—, no lo dirás en serio.

—Un intento más —responde él, con un dedo en alto.

—Pero... —empieza Turtle.

—Sin peros —zanja él. Cruza la habitación, los filetes chisporroteando en la sartén.

—Tengo una Sig Sauer —sugiere ella—, una nueve milímetros, limpia y engrasada, con balas Hornady FTX de 115 granos. Esas balas pesan la mitad que las calibre .45 de 230 granos.

—Esta pistola está bien —aduce él, sopesando la Colt.

—No está bien. Está sucia. No me fío del extractor.

—¿Y tus agallas? Actitud positiva.

—Dios santo —replica Turtle.

—Darling —se limita a decir él, a modo de advertencia.

Turtle va al otro lado de la habitación. Él se sitúa a su lado, le ofrece la pistola. Turtle la coge, la descarga, la amartilla y apunta. Aprieta el gatillo, observando atentamente el punto de mira, por si hay algún movimiento. Dispara en seco, el punto de mira tan inmóvil como si el arma la sujetara un torno.

—Tengo mis dudas con esta pistola —admite, aunque la tranquilicen su propia firmeza y la suavidad del gatillo. Acopla el tambor e introduce una bala en la recámara. Agarra la empuñadura con las manos, uniéndolas, los pulgares entrelazados como amantes bajo la corredera. Apunta a la moneda y exhala.

—¿Eso es lo que te pones ahora? —inquire Martin.

Turtle se detiene y lo mira.

—¿Un sujetador negro y una camiseta de tirantes blanca? —puntualiza él—. Seguro que tienes ropa mejor.

Cayenne, que esperaba el tiro, resopla nerviosa cuando no llega. Cierra los ojos.

—¿De dónde has sacado ese sujetador? Yo no te lo he comprado.

—No —replica ella.

—Entonces ¿dónde lo has comprado? —pregunta él.

—¿Podemos hablar de esto luego?

—Dime de dónde has sacado ese sujetador —insiste él.

—Lo compré —explica Turtle.

—Pues es horroroso.

—Me hacía falta —alega ella—. ¿Qué querías que hiciera?

—Pues es horroroso.

—Tú nunca te ofreciste a comprarme uno.

—Eso es porque no tenías tetas.

—No es cierto.

—Sí que lo es. ¿Sabes cómo sé que es cierto? Porque si hubieras tenido tetas, te habría comprado un sujetador. Por eso lo sé.

—Sí tenía tetas.

—No. Porque si *hubieras* tenido tetas, te habría comprado un sujetador.

—Pues ahora sí que las tengo —afirma Turtle.

—Si es que a eso se le pueden llamar tetas...

Turtle lo mira fijamente.

—¿Vas a apretar el gatillo o a qué estamos jugando? —espeta él.

—No quiero hacer esto, papi —se planta ella.

—Está chupado, mi amor. Cariño. Darling. Chupado. Tómate tu tiempo y hazlo bien; tú pon la mente en blanco y deja que tu cuerpo se relaje; presiona el gatillo con delicadeza, deja que el movimiento sea suave; cuenta con el retroceso y luego olvídale; no desvíes la atención hasta un instante después de que hayas disparado. ¿En qué estás pensando?

—En nada —responde ella, aunque no sea cierto.

—Como debe ser —aprueba él—, en nada.

Turtle deja la mente en blanco. Su concentración es máxima. Las balas no siguen una trayectoria plana. Se arquean, ligeramente, antes de descender. Turtle ajusta las miras a unos veinte metros, para que a esa distancia pueda contar con disparar un poco bajo, pero si él las ha ajustado a unos cuarenta metros, Turtle disparará unos tres centímetros más arriba. También es posible que Martin haya ajustado las miras a unos seis metros. No se lo puede preguntar. Lo mejor que puede hacer es intentar adivinarlo. Elimina toda tensión del gatillo, sitúa el borde superior del punto de mira exactamente en el borde superior de la moneda. Sube y baja mínimamente, menos de un centímetro cada vez, pero Turtle apunta al punto más alto que alcanzará la moneda y espera a que la inhalación de la niña suba la moneda de nuevo.

—No la cagues —advierde Martin.

—No puedo hacer esto —afirma ella.

—Darling —contesta.

Al otro lado de la habitación, Cayenne, con los ojos apretados, llora en silencio, los mocos corriéndole por el labio. Tiene mechones de pelo pegados a la cara. Turtle aparta todas esas cosas de sus pensamientos, desenfoca a la niña, y lo único que ve con nitidez es el punto de mira, un horizonte de acero plano, y lo sitúa exactamente en la desenfocada moneda, a sabiendas de que



no errará el tiro, ni siquiera con esa pistola desconocida y sucia, cuyo cañón brilla como el oro en un río con los restos de latón, ni siquiera con esa munición potente, ni siquiera con Martin echándole el aliento en la nuca. Recuerda todas las viejas costumbres, y el punto de mira es firme y obedece a su propósito. La moneda llega a la parte más alta, Turtle aprieta el gatillo y Cayenne sale despedida de la encimera, gritando.

—¡Joder! —grita Martin, sorprendido. Un escalofrío recorre el cuerpo de Turtle, que no da crédito a sus ojos. Martin y ella miran a Cayenne, tirada en el suelo de la cocina, con una mano contra el pecho. Turtle piensa una y otra vez: «mierda, mierda». Los chillidos de la niña se interrumpen cuando pugna por respirar.

Martin se queda petrificado y Turtle va a la cocina. Cayenne está tendida en el suelo, boca abajo, con la mano herida pegada al pecho, sacudiendo la cabeza con furia. Sus gritos se convierten en jadeos. Turtle piensa: «mierda. Mierda».

Martin va tras ella. Cayenne, gimiendo y resoplando, se tumba de lado despacio y se hace un ovillo. Martin busca la moneda de cincuenta centavos: está en la sartén. Va hacia allá, la saca y la deja en la encimera.

Turtle y Martin esperan con la aovillada Cayenne entre ellos. La niña no dice nada, una mano apretada contra el pecho, la otra extendida, los dedos asiendo el astillado suelo. Deja escapar un berrido agudo.

Turtle da dos pasos, se agarra al borde del fregadero, se inclina sobre él, pensando que va a vomitar. Martin toca a Cayenne con la punta de la bota.

—¿Estás bien? —pregunta. La niña no dice nada, sólo jadea.

Turtle se vuelve y mira a la niña. Verle el pequeño tórax tembloroso la atormenta. En el espacio que media entre el pelo de la niña y el cuello de la camiseta, Turtle repara en las protuberancias articuladas de sus vértebras, el fino, corto vello de la nuca. Martin se acuclilla, las rodillas sonándole, el cuero de las botas crujiendo, y le pone una mano en el hombro.

—Eh, cariño, ¿estás bien? —pregunta de nuevo.

Cayenne sacude la cabeza, que ha escondido en el pliegue del brazo.

—Dime qué ha pasado —pide él.

Cayenne sacude la cabeza de nuevo.

—¿Dónde te ha dado?

Cayenne tiembla. Un escalofrío estremecedor le recorre el cuerpo. Turtle se aferra al borde del fregadero, con fuerza.

—¿En el dedo? —adivina Martin—. ¿Te ha dado en el dedo?

Entonces, como si de pronto descubriera que sabe hablar, la niña levanta la cabeza y adelanta la cara, la mandíbula al frente, los ojos desorbitados, y grita:

—¡Quiero a mi mamá!

—Cariño —repite él, extendiendo la mano.

—¡Quiero a mi mamá! —chilla ella, las costillas temblando y arqueándose, pero deja que Martin le coja la mano. Tiene manchas rojas en la camiseta. Martin le agarra la mano herida entre las suyas, y Turtle ve que le ha arrancado la primera falange del dedo índice, dejando un muñón sanguinolento.

—¡Quiero a mi mamá! —le grita Cayenne, escudriñando su cara en busca de una respuesta. Da la impresión de que de ella se ha apoderado la angustia y la perplejidad más absoluta al ver que Martin y Turtle guardan silencio. Pero Turtle no tiene nada que decir. Los gritos de Cayenne la incomodan.

—Ratoncito, busca bien, mira a ver si le encuentras el dedo —apunta Martin.

Al oír eso, Cayenne lanza un alarido y vuelve a gritar:

—¡Quiero a mi mamá! —Resopla, tiembla y frunce el entrecejo, enfadada.

Turtle busca por la cocina. Se tumba boca abajo y mira de lado por el suelo de madera, bajo los bordes que asoman de los armarios. Puede que el dedo simplemente se haya volatilizado.

—Te pondrás bien, cariño —la consuela Martin.

La niña se envuelve el dedo en el puño. La sangre le sale entre los dedos y le gotea por la muñeca. Está callada, la boca contrayéndosele, los ojos cerrados, sacudiendo la cabeza. Un hilo le baja por el antebrazo y, al mirarlo, Turtle se sorprende de lo delgado que es. Podría abarcarlo con el pulgar y el índice.

Martin continúa hablando:

—Muy bien, mantén la presión, tú sólo mantén la presión y dejaremos que sangre un ratito, te pondrás bien, no es nada, no necesitas ese trocito de dedo, te pondrás bien. Ratoncito... Esos filetes probablemente se estén quemando. ¿Te importaría sacarlos?

Turtle se acerca a la encimera. Cayenne está berreando. Turtle coge dos platos, se saca el cuchillo, ensarta los filetes y los deja caer en los platos.

Cayenne grita otra vez:

—¡Quiero a mi mamá!

Y Turtle se detiene a mitad del movimiento, escuchando, y sigue como si Cayenne no hubiera hablado. Apaga el fuego. Mira a Cayenne, que se ha incorporado y se mece hacia atrás y hacia delante. La niña tiene los ojos hinchados, las lágrimas mojándole el cuello.

—Has sido muy valiente, has estado muy bien, te pondrás bien —la anima Martin.

Turtle sale al porche con los dos platos. Delante están la ladera, el océano. Se detiene en la creciente oscuridad. En la cocina, los agudos gimoteos de la niña se tornan chillidos. Martin está tratando de vendarle la herida. Turtle deja los platos en los antebrazos de las sillas Adirondack y se sienta. Se percata de que hay una manchita en el filete de Martin, la retira con la punta del dedo y la observa. Parece un trocito frágil, turbio de una botella de plástico. Se lo sacude del dedo.

Cuando sale, Martin deja la moneda de cincuenta centavos en el antebrazo de la silla de Turtle. Está doblada, con una única marca negra casi en el mismo centro y un cerco de grasa de la sartén. Turtle la coge, mira a Martin, que se encoge de hombros, como dando a entender que no sabe exactamente cómo ha podido pasar eso. Coge su plato, lo sostiene, contempla el océano. A continuación observa:

—Quizá, quizá diera en la moneda y luego se desviase al dedo.

Turtle asiente.

—Mala suerte —afirma él.

Turtle lo mira.

—No había manera de verlo venir —se excusa Martin.

—¿Qué?

Él sacude la cabeza.

—Era imposible de prever.

—¿En serio?

Él la mira.

—Le has dado a la moneda de lleno.

—¿No había manera de verlo venir? —repite Turtle.

A Martin parece sorprenderle su enfado. Razona:

—Tendría que haber salido disparada de sus dedos. La niña no es un torno. No es capaz de sujetar una moneda tan fuerte como para que rebote. Tendría que haber salido disparada.

—¿No había manera de verlo venir? —insiste Turtle.

—¿Por qué te enfadas conmigo? —pregunta él, como si ese hecho fuese inexplicable—. Le has dado a la moneda. De lleno. Tendría que haber salido disparada de sus dedos. Es imposible, imposible, que la niña sostuviera esa moneda tan fuerte como para que rebotara y le diese en el dedo.

Turtle abre la boca para decir algo. La cierra, centrando su atención de nuevo en el océano.

—Ahí dentro no parecías muy preocupado.

—¿Por qué? —quiere saber él.

—Esa niña siente dolor —contesta Turtle.

—Hay personas que creen que el dolor es la solución al solipsismo, ¿sabes? —alega Martin.

—¿Cómo?

—El problema es que no tenemos pruebas de que los demás tengan conciencia y estén vivos, como nosotros. Sabemos que tenemos conciencia porque contamos con la experiencia directa de nuestros pensamientos, nuestras emociones, la manera no cuantificable de sentir que estamos vivos, pero no tenemos experiencia de la conciencia ajena, de manera que..., de manera que no estamos seguros de si están vivos, vivos *de verdad*, experimentando su vida como nosotros experimentamos la nuestra. Tal vez nosotros seamos la única persona real, rodeada de cuerpos hueros que se comportan como personas, pero que no tienen vida interior como nosotros.

»La idea, dicen los filósofos, es que te sientes frente a alguien y empieces

a romperle los dedos con un martillo. Ves cómo reacciona. Grita. Se lleva la mano al pecho. Infieres que actúa así porque siente dolor.

»Pero lo que en realidad sucede, cuando estás frente a alguien que siente dolor, lo que en realidad sucede es que la brecha que hay entre tú y él se vuelve visible. Su dolor te es completamente inaccesible. Podría ser una pantomima.

»Cuando no siente dolor (cuando los dos estáis simplemente hablando de Hume o Kant), puedes creer que entre vosotros existe un intercambio de ideas y emociones. Pero ver a alguien que siente dolor así, una vez superada la sorpresa, es hacer visible la brecha infranqueable que separa tu cerebro humano de todas las demás personas, ajenas. Arroja luz sobre el estado verdadero y real (no el *social* e *imaginado*) de las relaciones humanas. La comunicación es una fina capa de barniz, ratoncito.

Turtle mira su filete. Lo corta, se mete un trozo en la boca y empieza a masticar. Martin come pensativo, en silencio, contemplando con gravedad la puesta de sol y el océano cada vez más oscuro, la bajada de la ladera, los pinos contorta tornándose de un negro verdoso en el crepúsculo.

—La gente condena esta observación, ratoncito. Creen que insistir en el profundo aislamiento del cerebro humano es una locura. Pero en la práctica, todos lo aceptan. No permitiríamos la estratificación social a menos que, en un nivel primario, entendiésemos que estamos aislados de las desgracias ajenas. Y lo estamos: no nos afectan nada en absoluto. Esos imbéciles hablan como si les importaran, pero eso es una puta mentira social, y si pones atención lo verás: estás sola. La sociedad no te ayudará nunca. Ese director, esa profesora tuya, se preocuparán por ti siempre que sea su trabajo, pero en realidad no les importas una mierda, ratoncito. Para ellos eres invisible. Como persona individual, con pensamientos y desgracias y un cerebro propio, invisible.

El filete de Turtle es de un rojo sanguinolento por dentro. Resulta increíble cómo se abre ante el cuchillo. La sangre y el aceite encharcan el plato. La carne tiene un sabor fuerte, animal. Para Turtle, el dolor de Cayenne había eclipsado todo lo demás con su importancia y su increíble inmediatez.

—¿Qué pasa? —pregunta Martin.

—Nada —asegura ella.

Él se la queda mirando, Turtle mastica.

—¿No te gusta? —se interesa.

—Sí, sí me gusta —le contesta.

Él mira su plato. Corta un trozo, lo clava en la punta del cuchillo, se lo ofrece. Ella lo mira.

—Venga —la anima—, vamos.

—No —rehúsa Turtle—, no tengo hambre.

—Venga ya, claro que tienes hambre.

—Estoy bien —afirma ella.

—Se pondrá bien. No ha sido casi nada. Un arañazo en la punta.

—Joder.

—Bah, no te preocupes. Sólo ha sido la puntita.

—Joder.

—Cómete el filete.

—Tengo náuseas —explica Turtle.

—Claro que no —espetta él.

Ella abre la boca y él le mete la punta del cuchillo entre los dientes. Turtle cierra la boca y lo mira, la punta contra su lengua húmeda, y él saca el cuchillo de su boca despacio, los dientes arañando el metal. Turtle empieza a masticar, mirándolo.

—No lo entiendo —rumia él. Coge la moneda doblada con el pulgar y el índice, la sostiene como lo hizo Cayenne. Con el índice señala la marca negra e insiste—: le has dado a la moneda. Sabía que le darías, y le has dado. Pero no entiendo lo que ha pasado. Es... es una de esas cosas que pasan.

Turtle lo observa en silencio.

Él hace girar la moneda en la mano, cabeceando.

—Una de esas cosas que pasan —concluye.

Después de cenar, Turtle sube a su cuarto y se acurruca en sus mantas. La niña está abajo, acostada en su saco de dormir ante la chimenea, con el dedo envuelto en gasas. A saber lo que le parecerá esta casa. Turtle oye que Martin va de una habitación a otra y de madrugada, en algún momento, sube la escalera y abre la puerta de la suya.

—Ven a dar un paseo conmigo —ordena.

Ella sigue tumbada sin decir nada.

—Sé que no estás dormida —observa.

Ella se incorpora y él dice:

—La misma ratoncito de siempre.

Mientras se pone los pantalones militares, es perfectamente consciente de él cuando mete los lechosos muslos en las perneras y se sube los pantalones. Él se apoya en la puerta, inexpresivo, los ojos ocultos en la oscuridad. Bajan la escalera juntos y pasan por donde está acostada Cayenne, en su saco de dormir ante la chimenea, la mano herida contra el pecho, como si fuera un pájaro. Salen por la puerta de cristal corredera, bajan del porche y echan a andar por la pradera, húmeda de rocío. Da la impresión de que a Martin lo aflige un temor silente. Mientras caminan, la hierba les moja los pantalones hasta la cadera. Llegan a las puertas abiertas, entornadas, en medio del campo, sin estructura, tres de ellas rotas, cuatro intactas, formando una suerte de círculo. Martin se acerca a una jamba, se apoya en ella, hace girar la puerta en sus herrumbrosas bisagras. Vuelven la cabeza y contemplan la casa, coronando la ladera, impresionante y sombría, las tablillas blancas asediadas por los rosales y el roble venenoso. Turtle ve la ventana de su habitación, los estolones de los rosales rodean el marco y se cuelan dentro. Ve los grandes ventanales del dormitorio principal. Hacia el oeste, el océano se encabrita y cabecea. Turtle mira a Martin, que se apoya en la puerta, jugueteando con el picaporte, la mirada perdida en la distancia media.

—¿Cómo está? —se interesa Turtle.

—Está bien —contesta Martin—. Se pondrá bien, dale un par de días. No es como eras tú. Dios santo. Tú masticabas clavos.

Turtle se sitúa en el centro del círculo, rodeada de puertas por todas partes. Martin juguetea con el pomo de cristal antiguo, abre la puerta y la cierra, echa el seguro. El silencio se prolonga durante largo rato. El viento sopla a su alrededor y los culmos se mecen al unísono entre ellos en callada y solitaria comunión y, abajo, en la playa, las olas que rompen se doblan sobre los guijarros, y Turtle, con el pelo alborotado, mira a su padre.

—Hay que joderse —dice él.

Turtle piensa: «te abandonó y tuviste tiempo para reunir los pedazos en que te partiste, e hiciste lo que pudiste, hiciste bastante. Ahora tienes elección, y no te digas que no la tienes. Puede que no se te vuelva a presentar el momento y puede que no haya muchos momentos así en tu vida, pero podrías hacerlo ahora. Puede que no hayas tenido mucho tiempo, probablemente no hayas pasado tantas noches a solas como te habría gustado, pero era todo cuanto necesitabas y ahora tienes elección. Aléjate, Turtle. Aléjate de él, y si te sigue y no te deja marchar, lo matas. Te lo ha dado todo y lo único que tienes que hacer es alejarte. ¿Recuerdas cuando la sangre corría por tus venas como agua fría y clara? Podrías volver a encontrar ese sitio, y sería difícil, pero estaría bien. Nada ni nadie puede mantenerte apartada de él; sólo tú puedes hacer que vuelvas a la oscuridad, sólo tú puedes hacerlo. Él no te lo puede hacer, y no te mientas a ese respecto. Así que aléjate, Turtle. Piensa en tu alma y aléjate».

Martin se planta a su lado en dos zancadas y la golpea con fuerza en la mandíbula. Turtle se tambalea hacia atrás con un hilo de sangre, y experimenta una abrumadora sensación de alivio. Él la coge del pelo y la levanta, la estampa contra la puerta cerrada, y ella se agarra a la jamba con una mano y al pomo con la otra, aferrándose a él en busca de asidero, la cara pegada a la madera mientras él le baja los pantalones de un tirón, y Turtle piensa: «gracias a Dios, joder», y él le baja los pantalones hasta los muslos y, mientras se desabrocha los Levi's, hay un instante en el que ella lo espera, agarrándose a la jamba, con los pantalones enredados en los muslos y el coño desnudo ante él, y Martin se queda detrás de ella, su aliento cálido en el cuello, y ella se vuelve para mirarlo, los ojos tan entornados que los colmillos de sus pestañas ocultan el rostro de Martin, lo mira con amor, amor de verdad, y Martin, con la mano enredada en su pelo, la empuja contra la puerta, el grano de la madera dejándole verdugones en la mejilla.

Turtle nota que algo se tensa con el movimiento de Martin, algo que se extiende demasiado, los dedos de él acariciándole el pelo, agarrándose y partiéndolo. Martin está concentrado, como si intentase dirigir su atención a través de ella hacia un principio que a Turtle se le escapara, clavándola contra la puerta cerrada con desesperación, cada movimiento un desdén continuo,



repetitivo. La aniquilaría si pudiera. Le tira de los brazos, del pelo, como si quisiera desmembrarla, repitiendo una y otra vez: «Perra, zorra», y algo en sus palabras es como un sonsonete carente de sentido. Turtle mira hacia la madera, cerrando los ojos, con una mano entre las piernas, sonriendo con el dolor, sujetando con dos dedos su polla, los huevos contraídos como una lima arrugada contra sus dedos, y Turtle parece mayor de lo que es, fuera de sí misma, dispuesta a morir en ese instante, dispuesta a que acabe con ella, percibe el odio que le tiene Martin, una compulsión tensa, insoportable, y Turtle se rinde a ella, se abre a ella, todos sus pensamientos convulsos y negros. Martin da sacudidas y sufre espasmos, la coge por la nuca, por el hombro, hundiendo con fuerza los dedos, y Turtle cierra los ojos, todo su cuerpo agarrotado. Aparta la cara de la puerta, la apoya en su propio bíceps, y grita, el pelo pegado a las mejillas. Martin se aleja de ella y el semen se sale y le escurre por las piernas, y le cae un poco en la mano ahuecada y se yergue, se tambalea con los pantalones aún por los muslos, y se los sube a medias, aún desabrochados, pero ya en la cadera, la bragueta abierta, y se vuelve para mirarlo. Él está encorvado, jadeando, con los ojos abiertos, como si le sorprendiera lo que acaba de pasar. Turtle, fría, está decidida, su carne despojada de calor, el corazón frío, salvaje e inconquistable. Martin se saca la pistola y se la pone bajo la barbilla, la respiración entrecortada, echando el aliento por la boca.

—Éste podría ser el final. Solos tú y yo, después, nada..., nada... —dice Martin. Es como si no pudiera mirarla a los ojos: mira más allá, le mira la boca, pero no le devuelve la mirada. Se pasa la lengua por los labios, un gesto inconsciente de dolor o placer, y luego le hace una mueca, dejando a la vista todos los dientes, retrayendo los labios.

Le empuja la barbilla con la pistola, y ella lo deja hacer, sus ojos moviéndose para seguirlo mientras le levanta la cara.

—Te necesito—confiesa—. Te necesito no sabes cómo. Y esto, esto, podría ser nuestro mundo, ratoncito. A tomar por culo el resto. Esto sería todo. Terminaría contigo y luego conmigo. Quemaría la puta casa. Lo quemaría todo y a tomar por culo, acabaría con todo. Joder, estoy tan harto, ratoncito. Quiero acabar así, darling, tú y yo, un final perfecto. Tenerte sólo

para mí, de una vez por todas. Sabes perfectamente que no hay vuelta atrás. Estamos demasiado metidos en esto, y yo no he conseguido llegar a ninguna parte. He pasado tres meses lejos de ti y me he dado cuenta, todos los días, me he dado cuenta de que no estaba haciendo lo correcto. No hay escapatoria, y no podemos seguir con esto. Así que le ponemos fin juntos. Aquí y ahora.

Pasa la pistola de su barbilla a su frente, mira fijamente a algún punto entre sus ojos, y Turtle lo mira a su vez, temblando ahora, unos temblores que llegan en rápida sucesión y después se desvanecen, y la hierba ondea a su alrededor como un océano.

—Me quieres matar —suelta ella, sólo por decirlo.

Al oír eso, él se estremece. Se aparta de ella y se pone las manos en las sienes, una de ellas con la pistola. Luego se dobla sobre la hierba, como si fuera a vomitar.

—¡Joder! —exclama, sacudiendo la cabeza—. ¡Joder! —repite—. ¡Joder!

Se pone la pistola bajo la barbilla, mira al cielo oscuro, la parte inferior de las nubes plateada. Después, porque olvida que hay una bala en la recámara, o porque le gusta el drama, desliza ruidosamente la corredera y Turtle oye que la bala se atora. Martin profiere un ruido como de queja, mira la pistola, inspeccionándola en la oscuridad.

—Joder —repite nuevamente, sin dar crédito, golpeando la pistola con el pulpejo de la mano.

—Tienes que limpiarla, eso es todo.

Él sacude la cabeza.

—No me hables así —pide—, no seas cabrona. No ahora. *Ahora* no.

Turtle no dice nada.

—Joder —espeta Martin. Mira por el extractor. Turtle sabe, sólo por el sonido, que se ha introducido otra bala en la recámara sin que se haya extraído la primera. Sabe que se ha encasquillado y lo puede arreglar, pero no hace nada para ayudarlo. Martin toquetea la bala medio alojada en la recámara, tratando de tirar de la atorada corredera, haciendo muecas—. Esta mierda se ha encasquillado —asevera, como si no se lo pudiera creer. A Turtle le da vergüenza ajena. Martin golpea la pistola con el pulpejo una vez más, tratando de hacer que algo ceda—. Vale —dice, mirando a su alrededor

—. Joder. Vale. —Levanta la mirada, asintiendo, reconsiderando, mordiéndose el labio inferior, jadeando de frustración—. Seguimos como hasta ahora.

Turtle escupe en la hierba y echa a andar por la pradera hacia la casa, que se alza, solitaria y oscura, en la cima de la negra colina.

Esa noche, Turtle está acostada en el suelo, en su habitación, boca abajo, con la barbilla en las manos, mirando la llama del quinqué, con un pie contra el otro, pensando: «Martin ha vuelto y todo te ha abandonado. Adiós a todos esos sueños de la chica que podrías ser. Siempre pensaste que era él. Pero querías que volviese. Tú también estás metida en esto. Alguna vez fuiste una niña, pero ya no lo eres, y lo que podría excusarse en una niña, no se excusará ni puede excusarse en ti». «Deberías haber usado un puto condón», piensa. No sabe exactamente cómo va, pero las cosas han cambiado. Piensa: «puede que siempre fueras tú. Puede que haya algo en ti. Algo podrido. Tú lo pediste, o lo querías. Desde luego que sí. Tú lo metiste en esto cuando apenas eras una niña, y tu madre se dio cuenta, y cuando se dio cuenta se suicidó, y ahora él no se puede ir. Te mira a los ojos y se quiere morir».

Turtle podría partirse en pedazos. Piensa mal, está distraída. «Cuando miras las cosas tal y como son —piensa—, ves que Martin se ha pasado la vida queriendo acercarse al abuelo, buscando alguna señal, y el abuelo lo odiaba. Tu padre creció en un abandono total, aniquilador, que hizo que se odiara a sí mismo, y así vive ahora. Pero te amaba. Te amaba a lo bestia. Cómo llegó a encontrar eso en sí mismo es algo que quizá no llegues a saber nunca. Toda la fuerza que hay en ti te vino de él. La vitalidad que hay en ti, la fe que puedas tener en ti, todo lo que hay en ti que se resiste a pudrirse, todo eso te vino de él. Nunca lo tuvo para sí mismo, pero lo supo encontrar para ti. Y has de pensar que tenía alguna idea de para qué te estaba preparando y a lo que tendría que renunciar.» Turtle está temblando. «Y es posible —piensa—,

es posible que tú salgas bien.» «Y si eso pasa —piensa—, será porque él te lo dio todo. Eso es lo mejor de él.»

Por la mañana, baja por la escalera, que cruje a su paso, y encuentra a Cayenne aún dormida ante el fuego, de lado, un tanto doblada, con las rodillas encogidas, los talones casi en las nalgas, las manos unidas y apretadas contra el pecho. Turtle va a la cocina sin hacer ruido. No quiere despertar a la niña, así que baja la cazuela de cobre del gancho del que cuelga con el mayor cuidado posible y, en vez de abrir el grifo, coge los vasos de agua que hay en la encimera y los vacía en la cacerola. Prende una cerilla contra la uña del pulgar, enciende el fuego. Se sienta en la encimera, con las piernas cruzadas, mientras espera. Observa a la niña. Piensa: «joder». La peor interpretación es que Martin se la trajo porque le van las niñas. Pero Turtle no lo cree.

Cuando el agua empieza a hervir, Cayenne se mueve y despierta, se pega a la pared. Se sienta encorvada, sujetándose el dedo con la otra mano. Mira en silencio a Turtle. Un instante después, coge su libro, lo abre, se pone a leer. Turtle odia su carita de zorra.

—¿Qué lees? —le pregunta.

La niña la mira, el rostro inexpresivo, huraño.

—¿Qué estás leyendo? —repite Turtle.

—*Crepúsculo*.

—Eso ya lo veo.

—Ah. —La niña se la queda mirando.

—Quiero decir que de qué va.

Pasa las páginas hasta llegar a la que tiene marcada, como si intentara acordarse.

—Es sólo... —empieza.

Turtle echa mano de un cazo y llena su taza de hierro forjado de infusión.

—¿Sabes qué? —dice Cayenne—. No necesitaba a mi madre. No era verdad. Es sólo que estaba cabreada. Sólo lo dije porque estaba muy cabreada.

Turtle piensa: «*es sólo que estaba cabreada*». La niña está copiando a alguien, a algún hombre que ha habido en su vida, el novio de su madre,

alguien que dijo eso. No lo decía en serio. «*Es sólo que estaba cabreado.*»

—Ya —contesta Turtle.

Martin sale de su habitación, va a la cocina y se queda junto a la encimera, a su lado. Mira la cazuela con hojas de ortiga, coge un hervidor y lo llena de agua. Se pone a buscar café en los armarios, pero no hay, y al cabo se acerca a las bolsas de la compra que dejó en el suelo, saca un bote azul de Maxwell House y echa café en la cafetera de émbolo. Turtle espera a que alguien hable, pero nadie lo hace. El agua rompe a hervir, y Martin la vierte en la cafetera de émbolo y espera, mirando fijamente la costra gruesa, negra, chisporroteante de café molido que se forma en la parte superior de la cafetera. Cayenne pasa páginas del libro. Turtle mira a la niña y quiere decir algo, pero no parece haber nada que pueda decir.

Martin apoya ambas manos en la encimera y se inclina sobre ella.

—Lo he estado pensando —comienza— y tenemos que volver a abrirlo.

—¿Qué? —inquire Turtle. Martin va a la sala de estar, se arrodilla junto a Cayenne y le tiende las manos. Ella le enseña la mala, y él le da la vuelta.

—Lo miré bien cuando se lo vendé, y dentro el hueso estaba astillado y la carne de alrededor muy magullada, quizá incluso quemada, y no creo que la piel se pueda cerrar sobre la herida. Creo que tenemos que abrir el dedo, cortar el hueso hasta el nudillo y coserlo, para que la piel pueda cicatrizar en la punta.

—No —se niega Cayenne. Y recupera la mano y se la aprieta contra el pecho—. No. No puedes hacer eso.

Es como si Martin no la oyese.

—Vale —conviene Turtle.

Cayenne se empuja hacia atrás con los talones, resbalando por la madera del suelo hasta dar contra la pared. Se pega la mano herida al pecho y repite:

—No. No. No. No. No. No. No.

—No la pierdas de vista —ordena Martin a Turtle, se levanta y se marcha.

A la niña le tiembla el cuerpo entero.

—No vas a dejar que lo haga, ¿verdad? —dice.

Turtle desvía la mirada, sintiéndolo por la niña. Después, para no

quedarse en la sala de estar con ella, sigue a Martin por el pasillo hasta la despensa. Él comenta:

—Hay un instrumento quirúrgico para cortar huesos, pero ni sé cómo es ni lo tengo. ¿Sabes?, siempre quise hacerme con más instrumental médico, pero nunca hay puto tiempo o dinero, ratoncito, y ahora mira, sopesando cizallas y alicates y demás.

—¿Es necesario?

—Es necesario, sí. Anoche lo estuve pensando. A menos que podamos coser los faldones de piel en la punta del dedo, no se curará. Hay un diagrama en uno de los libros que tenía abajo: se llama amputación en boca de pez, porque cortas la punta del dedo como la boca de un pez. Tienes que recortar todo el tejido interno, al parecer, o la amputación se hincha o se abulta con forma de seta en el extremo. Todo lo que hay que hacer son dos cortes profundos a ambos lados del dedo, abrirlos y sacar el hueso, recortar el tejido sobrante y coser. Tengo un equipo de sutura, así que eso lo podemos hacer sin problemas.

—¿En serio va a ser así de fácil? —pregunta Turtle.

Él la mira y contesta:

—¿Por qué no iba a serlo?

—¿Y si hay algo que no sepamos de la anatomía? ¿O algo en lo que no estemos pensando?

—Mira, ratoncito, es un dedo. No es trivial, pero tampoco es física cuántica.

Martin coge una linterna y abre la trampilla del sótano. Turtle baja tras él por la escalera de caracol y lo sigue entre los palés de cubos de veinte kilos tapados con lonas. Martin abre los armarios de aluminio y barre con la linterna las hileras de frascos de cristal y botes de medicamentos, coge una ampolla de cristal monodosis de diez mililitros de lidocaína clorhidrato al 0,25 %, le da la vuelta y se queda mirando la fecha de caducidad.

—Está caducada —afirma, agitando la ampolla—, pero bueno. Pura. Sin epinefrina, lo cual es bueno. Servirá.

—¿Qué hay de algo más general?

—¿Noquearla, dices?

—Sí —confirma Turtle.

—No le hace falta. No tengo nada así, y tampoco le hace falta. Podríamos conseguir un poco de ketamina de uso veterinario, tal vez, pero nos llevaría algún tiempo, y con una niña tan delgada sería más peligroso, en cualquier caso.

—¿De verdad funcionará?

—Sí —asegura él.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Suben juntos. Martin entra en el cuarto de baño y sale con el botiquín de primeros auxilios. El escalpelo y las suturas están esterilizados y son desechables, pero los alicates, el hemostato, las pinzas y las tijeras quirúrgicas están sueltos, y Martin los echa en la infusión, que hierve. Abre el congelador para sacar hielo, pero como no hay electricidad, el congelador no funciona, así que coge la bandeja del hielo, con sus hileras llenas de agua, tira el agua al fregadero y mira a Turtle con cara de pocos amigos. Cayenne observa sin decir nada, la mano apretada contra el pecho.

—No quiero —afirma.

Martin repara en la nevera portátil del suelo, ahora llena de agua estancada, saca una cerveza a la que se ha despegado la etiqueta y la abre de un golpe contra el borde de la encimera. Se apoya en la encimera y mira a la niña, sosteniendo relajadamente la cerveza, que chorrea, entre el pulgar y el índice, bebiendo sorbos. Los instrumentos que ha puesto a hervir repiquetean contra el fondo de la cacerola.

—No quiero —repite Cayenne—. No quiero.

Martin cuele la infusión. Los instrumentos humean. Acerca el colador a Cayenne.

—¿Está limpio el colador? —pregunta Turtle.

—Sí. Está limpio.

—¿Alguna vez has inyectado lidocaína?

—Pues no —admite él.

—¿Y basta con diez mililitros?

—Es una ampolla entera. Estoy seguro de que es suficiente.



—No sabemos qué efecto tendrá si está caducada.

—Ratoncito, la estás poniendo más nerviosa de lo necesario.

—¿Está caducada? —pregunta Cayenne desde la sala de estar.

—No, cariño, es una especie de fecha de «consumir mejor antes de». No está caducada, en serio. Es sólo por temas legales.

—Me gustaría hacer esto bien —apunta Turtle—. Si lo vamos a hacer, deberíamos hacerlo bien. ¿Y la ketamina de uso veterinario?

—Joder —espeta Martin—, pues claro que lo haremos bien. La puta ketamina es cara. No queremos practicarle una eutanasia accidental a la niña y no hace falta que la tumbemos cuando sólo es un puto dedo. Si tuviéramos hielo, podríamos desensibilizarlo con el frío, pero no tenemos hielo. La lidocaína es perfecta. La lidocaína irá estupendamente.

—¿Qué es «eutanasia»? —inquire Cayenne.

—Ratoncito, tráeme una toalla con la que podamos trabajar, una palangana con agua y una jeringa de irrigación. —Cuando Turtle ha reunido esas cosas, Martin la mira y comenta—: Ahora mismo nos vendría muy bien una mesa, ¿sabes? —Turtle no dice nada. Martin continúa—: Dame la mano, Cayenne.

La niña la aprieta contra el pecho.

—No —insiste.

Martin prueba de nuevo:

—Vamos, cariño.

La niña sacude la cabeza. Martin suspira y mira a Turtle, que no sabe qué hacer.

—No quiero —asegura la niña.

—Tienes que hacerlo.

—Se curará solo.

—Algunas cosas, tal vez, pero esto no. Dámela.

—Te prometo que sí —afirma ella—. Yo sé que sí.

—Cayenne —dice él.

—Lo prometo, lo prometo —lo intenta ella.

—Te lo advierto, pequeña.

Turtle piensa: «te lo advierto, pequeña». Se muerde el labio. La frase cala

en ella, le llena las entrañas de una angustia placentera.

—Cayenne —repite Martin.

—No, no pienso hacerlo —se empeña la niña—. No lo puedes hacer. No puedes. ¡No! ¡No! ¡No!

—Voy a contar hasta tres —replica Martin.

—No lo haré —contesta Cayenne. Está llorando—. Tengo miedo. Tengo miedo, Marty.

—Uno.

Tiene los ojos cerrados. La cara roja. Solloza, sacude la cabeza.

—Me estás asustando —se queja—. Me estás *asustando*.

Algún día Turtle tendrá que explicar por qué dejó que pasara esto.

—Dos —continúa Martin.

Cayenne y Martin vacilan. Cayenne está aterrorizada. Da la impresión de que no sabe lo que va a hacer. Martin es implacable. Es como si ninguno de los dos quisiera averiguar lo que pasará cuando llegue a tres.

—Tres —concluye Martin, y Cayenne extiende la mano. Martin la agarra de la muñeca y le clava la jeringuilla llena de lidocaína en la membrana entre el índice y el dedo corazón. Cayenne lanza un grito de dolor y Turtle ve que la mano de Martin aprieta la muñeca de la niña mientras aprieta el émbolo, haciéndole daño. Saca la aguja, la hunde en el otro lado del nudillo y aprieta el émbolo hasta el fondo.

—Ves —observa—, no ha sido para tanto.

Cayenne tiene lágrimas en los ojos. Está apretando los dientes.

—Sé fuerte —dice él—. Mírate. No eres como ratoncito —añade.

—¿No soy como ratoncito? —repite Cayenne. No lo entiende.

—El diablo se llevó su alma —explica Martin—. Y la dejó vacía por dentro.

—Cállate —espeta Turtle—, la estás confundiendo.

—No estoy confundida —niega Cayenne, y ahora observa a Turtle como para ver si de verdad está vacía por dentro.

Martin empieza a retirar las gasas. Debajo, la punta del dedo es un muñón desigual que se detiene abruptamente en el borde del lecho ungueal. La carne, rosa, está rodeada de costras de un rojo negruzco. Empieza a lavarlo, y

Cayenne farfulla y se queja, intentando apartar la mano, Martin tirando de ella. Cuando termina de lavarlo, le quita la cinta del pelo a Cayenne y la enrolla en la base del dedo para hacer un torniquete, le da unas vueltas con un hemostato hasta que el dedo empieza a ponerse blanco.

—Me *duele*, Marty —se queja ella.

—Esto cortará el sangrado. Querrás que vea lo que hago, ¿no? Bueno.

—Marty, me *duele*.

—Y, dime —cambia de tercio Martin—, ¿cómo van las cosas, ratoncito?

Turtle escruta su expresión, incapaz de contestar.

—No te las has arreglado para pagar la factura de la luz, ¿no?

—Bajé el interruptor principal. Hay un cortocircuito en alguna parte.

—Vale. Lo arreglaré.

El dedo de Cayenne parece de cera, el torniquete impide que le llegue la sangre.

—Bien —empieza él—. Sujétale la mano. —Turtle presiona la mano de la niña contra la toalla.

—Tengo miedo —admite Cayenne—. Me estás asustando.

—Cierra los ojos y tira adelante —aconseja Martin.

—¿Cómo? —inquire Cayenne confundida—. ¿Qué?

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta Turtle mientras mantiene la mano de la niña pegada al suelo por la muñeca.

Martin empieza a retirar los restos de la uña, y Cayenne abre la boca y grita. El grito es de un agudo insoportable, y sigue y sigue. Su cuerpo se tensa y se revuelve contra Turtle, que a pesar de tener más cuerpo que ella no la puede sujetar.

—Cállate —ordena Martin—. ¡Ratoncito, cállala! Maldita sea, Cayenne, cierra el puto pico. —Cayenne se calla y pugna por respirar. Mueve la mano. Turtle no es capaz de mantenerla quieta—. Es imposible que sientas nada —se extraña Martin.

—Pues lo noto —objeta Cayenne—. Lo noto.

—Es imposible —se empecina Martin—. Cierra los putos ojos. Es imposible que lo notes.

—Sí que lo noto, sí lo noto.

—Escúchame... —empieza Martin, y se detiene—. Escúchame —dice—, sé que tienes miedo, cariño. Lo sé. Y sé que es posible que esto pinte mal, muy mal. Pero lo tenemos que hacer. ¿Entiendes?

La niña lo está mirando.

—¿Entiendes, Cayenne?

—Sí.

—Tenemos que hacerlo y tú me vas a ayudar. Porque si no lo podemos hacer, tendremos que llevarte a la gasolinera en la que te encontré y devolvarte.

—No —contesta Cayenne.

—Bueno, pues entonces vas a tener que ser muy valiente. ¿De acuerdo?

Cayenne aprieta los ojos. Arruga la carita de la concentración, la nariz. Él hunde el bisturí en la carne y corta desde el lado derecho del dedo, sube por la parte de arriba y baja por el lado izquierdo. Cayenne se resiste débilmente. Turtle le mantiene la mano pegada a la toalla.

Martin introduce el escalpelo por debajo del faldón de piel. El torniquete hace que sólo sangre un poco, como el látex que sale de la asclepia cuando se parte el tallo.

—Esto —instruye Martin, levantando el bisturí para dejar al descubierto una medialuna de tejido plano, rosáceo, con restos de sangre— es la membrana queratógona, ratoncito. Es la matriz germinal que produce la uña. —La corta.

Cayenne se agita como una loca.

—No, no, no, no, no —dice, las palabras interrumpidas por sollozos entrecortados. Le salen mocos de la nariz. Tiene el pelo pegado a la cara. Los ojos cerrados con fuerza. El dedo es tan pequeño que los movimientos involucrados son minúsculos, delicados. Martin hunde el bisturí en la sanguinolenta masa amarilla, trabajando con cuidado alrededor de algo hundido.

—Tranquila, tranquila —aconseja Martin—. Tranquila, pequeña.

—¡Para! ¡Para! Sí que lo noto —grita Cayenne.

—Cierra el pico.

—Tal vez debamos esperar —apunta Turtle.

—Está histérica. Es imposible que sienta nada.

—Aun así —intercede Turtle—, a lo mejor la ketamina...

—Demasiado tarde, ya hemos empezado —zanja Martin. Deja a la vista un hueso, roto en un extremo, pequeño como un trocito de mina de lápiz. Cayenne sigue con los ojos cerrados, las venas marcándosele en la frente. Su respiración es agitada y superficial. Turtle entrevé la articulación del siguiente hueso más abajo. Martin pela la mitad superior de la piel para exponerlo—. Corta eso —ordena.

—No lo dirás en serio —vacila Turtle.

Cayenne gimotea.

—Que lo cortes —repite Martin—. Córtalo.

Turtle mira la minúscula protuberancia, de un blanco amarillento.

—Córtalo, ratoncito —insiste Martin.

—No puedo —responde ella.

—Córtalo —gruñe él—. No la mires a ella. Ya te lo he dicho, es imposible que sienta nada.

Turtle coge los alicates, abre la boca biselada y la cierra sobre el extremo del hueso. Retira los alicates, quita el trozo de hueso cortado y lo tira en la toalla. Entonces oye unos neumáticos que suben por el camino de grava.

—Hombre, no me jodas, ahora no —espeta Martin—. ¿Quién cojones es?

—No lo sé —replica Turtle—. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Tú dirás, ¿quién ha estado viniendo a casa?

—Nadie —miente Turtle.

—No me toques los cojones, ratoncito, ¿quién ha estado viniendo? Uy —añade—. Uy, dime que es ese noviete que te has echado. Anda, deja que entre. Tú deja que entre y vea esto, y él y yo tendremos una conversación que no olvidará en su vida.

Turtle se pone de pie y se acerca a la puerta de cristal corredera. Ve el 4Runner de Jacob subiendo por el camino. Martin está tirando de la carne y cortándola con unas tijeras.

—Mierda —suelta Turtle. Le llega la música, que sale a todo volumen por los altavoces, *Psychotic Girl*, de los Black Keys. Oye que Jacob para y echa el freno de mano.

Está paralizada. Lo único que se le pasa por la cabeza es: «así no. Ni así ni ahora». Abre la puerta de cristal corredera, sale al porche y cierra con fuerza. Jacob ha dejado el coche en la grava, junto a la camioneta de Martin. Él y Cayenne no se ven desde donde está, pero si sube al porche, los verá. Jacob apaga el motor y la música cesa. Se sitúa en la parte delantera del SUV y se apoya en el capó. Turtle baja del porche y se acerca al camino. Se siente vacía.

—Hola —saluda él.

—Hola —dice ella.

—Me ha sorprendido no verte hoy para hacer la matrícula.

—¿Qué?

—La matrícula del instituto. Es hoy. Se eligen las asignaturas, y los profes y los alumnos mayores dan la bienvenida a los nuevos. Hay juegos para romper el hielo. Es un vestigio de nuestras raíces hippies. No es que sea la bomba, pero pensaba que estarías. Supongo que esto no es una coincidencia. —Señala con un gesto la camioneta de Martin.

Ella lo mira fijamente.

—No soy la única persona que te ha echado de menos —añade él.

Turtle se queda callada. Él parece un recortable de sí mismo.

—No saldrá bien —afirma.

Ella no sabe de qué está hablando.

Jacob abre los brazos como para abarcar lo estúpido de algo, como para incitarla a ser razonable.

—¿No has pensado en la ilusión que le hacía a Caroline verte hoy en el instituto? Llevaba semanas deseándolo. Quiere que tú y Brett escojáis las mismas asignaturas optativas. Cree que te gustaría el taller de carpintería. ¿Y ahora qué?, ¿te irás a algún instituto en Malta, Idaho? ¿Idaho? ¿Se puede saber qué leches te pasa, Turtle?

Turtle va hacia él. Jacob es como el fragmento de una vida que tuvo que dejar atrás hace mucho, su presencia se le antoja extraña e inadecuada.

—Me refiero a que... —empieza Jacob—. Venga ya. De pronto Brandon, Isobel, Caroline me sueltan: «¿Y Turtle?», y yo en plan: «No tengo ni idea». ¿Qué? —Extiende los brazos otra vez—. ¿Qué está pasando?

—Jacob, no puedes volver a venir aquí.

—¿Cómo?

—Vete, Jacob. Te tienes que ir y no puedes volver. Tengo que ocuparme de algunas cosas. No me puedes ayudar y no quiero que me ayudes. Si me quieres, y si confías en mí, te irás.

Él hace un gesto, da la impresión de que no sabe qué contestar.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

—Jacob —insiste ella.

—¿Qué?

—Quiero que te vayas.

—Con eso no basta. —Señala de nuevo la camioneta de Martin—. O sea, ¿estás pensando en serio en irte a Idaho? ¿Piensas irte a vivir allí? ¿En serio? ¿Es tu padre, que te manda allí? ¿O sólo ha solicitado el traslado con la esperanza de que se traspapelen los documentos y nadie se dé cuenta? Porque ni de coña. ¿Y sabes por qué? Porque hay gente a la que sí le importas, Turtle.

—Jacob, ya te lo he dicho. Me tengo que ocupar de unas cosas aquí.

—Pero ¿cuál es el plan?

—No me estás escuchando.

—Vamos —prueba Jacob—. Esto es absurdo. Súbete al coche conmigo y vamos a hacer la matrícula. Porque los dos sabemos que no te irás de Mendocino.

—Jacob, te tienes que ir.

—No.

—Jacob —insta ella—. Escúchame.

—No, Turtle. ¡Esto es sencillo! Quiero decir, es absurdo. Vamos a...

—Puto niño mimado —espetea ella. Lo agarra de la camiseta y lo atrae hacia sí—. No sé de qué coño estás hablando, pero no es sencillo. No es nada sencillo, y será mejor que te vayas de una puta vez. ¿Me entiendes? No quiero que finjas que sabes algo de esto cuando no sabes *nada*. No quiero que me digas lo que tengo que hacer. Ahora sal de una puta vez de mi propiedad.

—Lo empuja contra el SUV y remata—: Vuelve a tu aburrida vida de mierda. Yo me quedaré aquí viviendo la mía. Y no me vuelvas a decir lo que tengo

que hacer, así no, no me lo vuelvas a decir.

—Está bien —accede él—. Está bien, me voy. Pero si te crees que no voy a volver...

Ella escupe en la grava, entre los dos, y Jacob se sube despacio al coche y arranca, observándola por el parabrisas. Da la vuelta y se aleja a toda velocidad. Ella se queda donde está un instante. «Siempre estás renunciando a cosas. Siempre estás renunciando a cosas como si nada. Lo que quieres —piensa— es no tener alternativa.» «Pero —piensa— Jacob tiene razón. Tiene razón en lo que piensa de ti, y por eso no lo puedes volver a ver. Tiene razón en lo que piensa de Martin, y si pudieras preguntarle por Cayenne, sabría qué hacer.» «Joder —piensa—. ¿Razón? ¿Crees que tiene razón? No sabe nada de nada. Yo soy todo lo que tiene Martin, y no lo puedo dejar solo con eso. No puedo.» Piensa: «cuando tu papi ve con claridad, quiere que lo tengas todo, y cuando no, cuando es incapaz de ver que eres una persona independiente, entonces te quiere hundir con él. ¿Cómo podría Jacob saber algo de eso, cómo podría Jacob tener razón en lo de Martin? Martin está más herido y es más valiente de lo que Jacob podría entender nunca. Te miran y ven lo que tienes que hacer. “Vete, corre”, diría él. Pero no lo ven desde tu punto de vista. No ven a quién estarías abandonando ni lo que todo eso significaba para ti. No pueden. Sólo lo ven a su manera. Y Jacob sólo tiene razón en que diría lo que cualquier otra persona diría, como si no fuera complicado, pero no lo entiende. No entiende una mierda, ni lo entenderá nunca, y ese mundo, Turtle, no te ha hecho tanto bien como para que le debas nada. Que todo el mundo crea algo, que todo el mundo menos tú lo crea, no significa que tú estés equivocada».

Dentro, Martin está en cuclillas, en una mala postura, sobre la mano extendida de Cayenne, suturando la herida.

—Dios santo —comenta—. ¿Era tu noviete? Me encantaría conocerlo, ¿sabes? —Cayenne está apoyada en la pared, con la camiseta metida en la boca, la cara en tensión. Abre un ojo y mira a Turtle, la piel alrededor del ojo arrugada de dolor.

—Cállate —suelta ella—. Ya sé que lo conoces.

Ve cómo se le endurece la cara, pensando: «si le haces daño alguna vez,



te abriré como a un puto pez, te sacaré las entrañas a putos puñados y te dejaré así». Martin está pasando la aguja por el borde sanguinolento, fruncido, de la herida.

Turtle se está dando un baño de agua fría y mira la madera del techo. Ha pasado una semana desde la amputación. El instituto ha empezado sin ella. Se apoya en la bañera y se levanta, va al lavabo y se arrodilla, revuelve las cosas que hay debajo y regresa con una cuchilla de afeitar desechable. Casi no tiene vello en las piernas, pero se pasa la hoja por la espinilla. Acto seguido se detiene, mira la maquinilla y piensa: «¿qué haces, Turtle, qué haces?», y va al lavabo y coge la crema de afeitar de Martin, se echa un poco en la mano y se queda ahí parada, goteando agua, aplicándose la crema en el vello púbico y después retirándolo suavemente de la piel. Cuando termina, va al inodoro, se sienta, tira la cuchilla de afeitar al suelo y apoya la cabeza en las manos.

Sale del cuarto de baño y va a la cocina. Martin ha abierto la pared y dejado al descubierto el antiguo aislamiento de papel de periódico, el cableado ennegrecido. Está sentado en un cubo de veinte kilos dado la vuelta, arrancando las tablas del suelo con un pie de cabra, fumando un puro. En el suelo hay largas hileras de cables roídos por las ratas junto a un ohmímetro. Contra el cubo tiene unas pinzas de cocina. Una sierra circular mantiene abierta la puerta trasera. Turtle, con unos 501 y una camiseta, se seca el pelo con una toalla. En la sala de estar Cayenne, la lijadora de banda hacia arriba, está afilando palos con un propósito que sólo ella conoce. Trabaja con una mano y mantiene la otra, la herida, cerca del cuerpo. Parece totalmente absorta. Turtle no sabe qué coño está haciendo.

—Ah, ratoncito —informa Martin—, van a venir los muchachos a jugar al póquer. Creo que será mejor que no vean a Cayenne. Deberías coger la

camioneta del abuelo, ir al pueblo y enseñarle Mendocino durante un par de horas. Vuelve a eso de las once, cuando se hayan ido.

—Me odia —objeta Turtle.

—No te odia —responde Martin, que coge las pinzas de cocina, las mete en la pared, saca una rata muerta y la lanza por la puerta abierta hacia la quebrada.

—Me odia, y tiene motivos para hacerlo.

—Ya se le pasará.

Turtle mira a Cayenne, que con la lijadora no los oye. Debería usar tapones. Martin también ha arrancado tablas en la sala de estar. Están apiladas en el suelo, cerca de Cayenne, con los montones de papel de periódico cortado que hace las veces de aislante ennegrecidos y carbonizados debido al cortocircuito. Martin ha ido a comprar muebles. Una cama nueva en el dormitorio y una mesa nueva en la sala de estar, ahora llena de bobinas de cable, botellines de cerveza, puros y platos sucios. Hay un fajo de billetes y la carta del distrito. Martin no se ha molestado en contestarla. Turtle está segura de que alguien investigará por qué no ha ido al instituto. Martin no ha hecho nada. No parece importarle. Ella lo mira. Lo odia de tal forma que le cuesta mirarlo. Está inclinado hacia delante en la pared, arrancando los cables de las grapas que los afianzan.

Turtle se pasa el día practicando el tiro al plato en el porche. Por la tarde, cruza el huerto con las llaves de la camioneta del abuelo, la Remington 870 y un arrancador de batería. Llega a donde los restos cubiertos de ceniza de la caravana están sucumbiendo a las frambuesas. Abre la camioneta y se sienta en el viejo asiento corrido de vinilo, mirando la caravana negra, quemada, por el agrietado parabrisas. En los portavasos hay un vaso Big Gulp lleno de pipas de girasol y una botellita de tabasco. Se emociona un instante, recordando al abuelo, las partidas de cartas, cómo le echaba tabasco a la pizza. Abre y cierra las manos en el volante, prueba el arranque. El motor gira y gira, pero no va, al cabo arranca, y Turtle mete la marcha atrás, da la vuelta en el herboso campo y va a la casa, sin mirar atrás, tocándose la mandíbula con dos dedos, como si le doliera. Sabe conducir, pero nunca lo ha hecho sin Martin al lado, en la cabina, y avanza despacio. Para la camioneta

del abuelo junto a la de papi y, dejándola en marcha, entra en la casa en penumbra. Cayenne está leyendo delante del fuego. Turtle le da a la niña con el pie.

—Vamos —dice.

Cayenne no la mira. Tiene el índice bien vendado con gasas, unido al dedo corazón con esparadrapo para impedir que lo use. Está tumbada boca abajo, concentrada en su libro. Mueve los pies en el aire, haciendo caso omiso de Turtle.

Turtle le da con la punta de la bota en el hombro desnudo. La niña la mira, el gesto adusto y hosco.

—Te vienes conmigo.

—¿Qué? —pregunta Cayenne. Así es como contesta siempre. Cuando Turtle la mira y le dice algo, la niña le devuelve la mirada y pregunta—: ¿Qué?

—Que te levantes, coño.

La niña dobla la esquina de la página que está leyendo y se levanta. Lo hace todo con una sola mano.

—¿Qué estás leyendo?

—¿Qué?

—Es otro libro, ¿no?

La niña lo cierra, mira la tapa.

—¿Te lo ha comprado él?

—¿Y?

—Vamos —insta Turtle, y agarra a Cayenne del brazo, la niña siguiéndola más como una marioneta que como una niña, y la mete en el asiento del copiloto de la camioneta. Turtle se acomoda en el del conductor.

—¿Adónde vamos?

—No lo sé —contesta Turtle—, pero no nos podemos quedar aquí. —Le dan ganas de agarrar a la niña del pelo y estamparla contra la ventanilla por odiarla. Le dan ganas de meterle la mano en el pequeño cerebro a la muy cabrona y apagar ese odio como se apaga la mecha de una vela, y piensa: «no me puedes odiar, no puedes pensar lo que piensas de mí».

—Vale. —La niña lo dice con hosquedad, como si en realidad no diese su

consentimiento, lo dice con una resignación amarga, odiosa, pasivo-agresiva, como lo decía su madre, o su tía, o alguien ante cada nueva circunstancia.

—Eh —espeto Turtle—. Eh, no te las des de zorra conmigo.

La niña mira su libro.

—¿Quieres ir a algún sitio en especial?

Cayenne sacude la cabeza.

—Eso pensaba —contesta Turtle.

Turtle mete primera y sale al camino. Gira hacia el norte por la carretera de la costa, sin saber muy bien adónde van. Jacob no ha ido a verla a lo largo de la última semana. Para evitar ir al norte, a casa de Jacob, se dirige al este por Comptche Ukiah Road, junto al hotel Stanford Inn y el restaurante Ravens. A su izquierda, las lomas llevan a Big River. La luz, de un verde púrpura, atraviesa los árboles. Turtle sigue tener muy claro adónde se dirige. La niña guarda silencio a su lado, en la cabina. Llegan a un grupo de señales que advierten de un peligro en la carretera y después a un largo tramo de firme en el que el carril izquierdo ha desaparecido. Ven unas placas de asfalto desparramadas más abajo, entre los árboles. La carretera se convierte en un carril único que Turtle recorre despacio, las dos observando el borde desigual del asfalto. Luego atraviesan el pueblo de Comptche, un puñado de casas junto a la carretera, un colegio de secuoya con un par de canastas de baloncesto, una tienda y el cruce con Flynn Creek Road. Turtle sigue por la carretera de Comptche y suben a las colinas, dejando atrás ranchos, cogiendo carreteras más angostas y difíciles. Conduce despacio. La única manera en que se le ocurre abordar ese problema es imaginándose que se está acercando a ella misma hace unos años. Es una mala idea, pero no es capaz de pensar nada más. Salen a una pista de barro naranja con roderas muy marcadas, cubierta de hojas de roble. La siguen durante unos cuatrocientos metros hasta llegar a una verja amarilla del Servicio Forestal, donde Turtle aparca.

Se baja, se para. Se mete en el bolsillo el tabasco del abuelo, comprueba el cargador de la escopeta y se echa el arma al hombro. Da la vuelta a la camioneta hasta la puerta de la niña, la abre y anuncia:

—Vamos. A partir de aquí iremos andando.

Cayenne se la queda mirando.

—Vamos —repite Turtle.

La niña no se mueve, el rostro inexpresivo.

—Dios santo —refunfuña Turtle—. Por Dios.

Se aleja, dejando la puerta abierta y las luces puestas. Poco después la niña se baja de un salto y la sigue. Turtle se vuelve, la espera y siguen juntas. Hay ramas muertas desperdigadas por la carretera. En la mediana crecen árboles jóvenes. Llegan a un arcén amplio, donde restos de madera apilada y planchas de tela asfáltica amontonadas se pudren bajo imponentes secuoyas, y en el claro que se abre al pie de una ladera pantanosa que se alza sobre un arroyo ven una cabaña solitaria, con líquenes colgando de los aleros, las tejas de madera agrietadas con moho y desperdigadas por los cuervos, dejando a la vista partes descubiertas de tela asfáltica desigual. Jacob y Brett le enseñaron ese sitio. Un proyecto de construcción abandonado por sus dueños.

—Julia —pregunta Cayenne—. ¿Qué estamos haciendo?

—Vamos.

Turtle se acerca a un montón de madera, tablillas viejas para revestir muros, ahora cubiertas de agujas de secuoya. Se agacha, mete los dedos debajo de una tabla y la aparta. La tabla de debajo está tapizada de materia orgánica en descomposición, marcada por los senderos de alguna criatura reptante. Los ciempiés culebrean en busca de refugio. Cayenne se acerca, observa con un interés hosco, apagado. Turtle levanta la segunda tabla, y ahí tampoco hay nada salvo una salamandra esbelta de California, de color dorado cobrizo y unos diez centímetros de largo, la piel tan elástica y húmeda como la de un ojo, con patas diminutas, casi vestigiales. Turtle señala la esbelta salamandra y Cayenne frunce los labios. Turtle aparta esa tabla, la deja con cuidado en el suelo. Entre la madera hay tierra y hojas aplastadas y raíces blancas rastreras, y Turtle está a punto de levantar otra cuando ve el escorpión: grande, con patas amarillas articuladas, el cuerpo como una costra ennegrecida por el tiempo, con la misma profundidad cromática. En la espalda, montones de crías, todas ellas blancas y húmedas como huevos de hormiga, con puntitos negros por ojos laterales y un único punto negro como ojo central.

Turtle coge a la criatura por la cola, rematada por el aguijón. Saca el

cuchillo y lo pasa por la espalda del alacrán, tirando a las crías a la hojarasca, que motean la tabla y salen corriendo desperdigadas, el blanco luminoso contra las hojas. El escorpión se agita y se retuerce bajo el cuchillo, arqueando la espalda y estirando desesperadamente las tenazas, las mandíbulas color ocre abriéndose y cerrándose.

Cayenne profiere un gritito.

—¡Cuidado! —advierte.

Turtle sostiene el alacrán en alto, hacia los faros de la camioneta, y la luz brilla a través de la espiral de las tripas. Cayenne se acerca. El escorpión se yergue en el aire, se enrosca y vuelve a estirarse cuan largo es. Turtle se lo acerca a la boca, le arranca la cola y la tira entre el montón de crías desperdigadas. Mastica, pasando el arácnido de un lado de la boca al otro, el integumento crujiendo al partirse. Se lo traga.

—¡Dios mío! —exclama Cayenne.

—¿Quieres probar?

—¡Dios mío! —repite Cayenne.

—Venga.

—¡No!

—Pruébalo.

—¡No! —insiste Cayenne.

—¿Segura?

—No sé.

—No seas gallina —la pica Turtle.

—Vale, vale —cede Cayenne—. Tal vez.

El siguiente escorpión es más grande, el escudo de un color como de picadura de óxido. Se mueve a derecha e izquierda, confundido, y después arquea el cuerpo, exhibiendo las tenazas y la cola. Las protuberancias son de un amarillo purulento; el aguijón en sí, un fino garfio negro. Allí donde se unen las placas de su escudo color marrón rojizo, el integumento presenta protuberancias quitinosas.

Turtle se saca el tabasco del bolsillo trasero y le echa un poco al alacrán, que se retuerce.

—¿Te gusta la salsa picante? —pregunta.

—Qué asco —replica Cayenne, juntando las rodillas, uniendo las puntas de los dedos.

—¿Sí? —inquire Turtle.

—No me puedo creer que estemos haciendo esto —suelta Cayenne, pero lo dice entusiasmada, casi con premura.

—Con esto te sale pelo en los ovarios —asegura Turtle.

Cayenne suelta una risa nerviosa, asustada, y responde:

—Me gusta la salsa picante.

—Vale. —Turtle le echa más tabasco al escorpión, que agita las tenazas, abriéndolas y cerrándolas, y se prepara para atacar con la cola. El tabasco brilla con la luz de los faros.

—¿Quieres cogerlo tú o lo cojo yo?

—Mejor tú.

Turtle agarra el escorpión por la cola y lo levanta. El animal intenta pellizcarla con las tenazas, goteando tabasco, las patas articuladas, color amarillo grillo moviéndose en el aire, descendiendo una tras otra como si caminara, un acto reflejo. Lanza gotas de tabasco con sus apremiantes sacudidas. Turtle se lo ofrece a Cayenne.

La niña dice:

—¡Ay, Dios!

Turtle replica:

—Tú puedes.

—Ay, Dios. —Se aparta, nerviosa y entusiasmada, y vuelve.

—Hazlo —la anima Turtle.

El escorpión levanta las tenazas, tratando de doblarse sobre sí mismo para cogerle los dedos a Turtle. Sus ojos son puntitos negros incrustados en su caparazón rojo óxido. Los faros se reflejan en ellos.

—¡No puedo! —asegura Cayenne, dando saltitos.

El alacrán pugna por agarrar a Turtle y después se estira por completo, goteando, las gotas rojas corriéndole por las tenazas. Cayenne abre la boca, se acerca al escorpión por debajo y lo muerde.

—Muérdele la cola —invita Turtle—. Arráncasela de un mordisco.

Cayenne aprieta los dientes y la cola se desprende en los dedos de Turtle,



que la tira a la hojarasca. Cayenne vacila, la boca cerrada.

—¡Mastica! —exclama Turtle—. ¡Mastica!

A Cayenne los ojos se le salen de las órbitas. Mastica con fuerza y traga. Turtle le da una palmadita en la espalda. La niña se pone las manos en las rodillas, resoplando y angustiada.

—¿Estás bien? —se interesa Turtle.

—¡Dios! —contesta Cayenne, tocándose el corazón con los dedos de la mano sana—. ¡Estoy tan nerviosa que me duele el corazón! ¡En serio!

Turtle se ríe, y Cayenne se ríe también.

—Ha sido asqueroso.

—Pero qué dices. Ha estado genial.

—Hay que llevarle uno a Martin.

—Vale —accede Turtle. Levantan tablas hasta encontrar otro alacrán, que Turtle lleva a la camioneta y deja caer en el vaso Big Gulp. Regresan en la oscuridad, la carretera ahora desierta, los faros cortando el bosque. Cayenne se chupa el pulgar. Salen a la Carretera 1 y giran hacia el norte. El monte Buckhorn está al sur. Se dirigen al pueblo.

—¿Adónde vamos?

—Tengo que ir por una cosa —contesta Turtle.

—Vale —responde Cayenne.

—Es algo que se me acaba de ocurrir.

—¿Qué? —quiere saber Cayenne.

—No es nada —replica Turtle.

—Julia, ¿alguna vez te han picado?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Ah.

Se quedan calladas.

—Julia...

—¿Sí?

—Nada.

—¿Qué?

—A mí sí me han picado.

—¿Sí?

—Sí. Hay unos bichos que te pican y te ponen huevos en la piel. Luego todos los bichitos nacen debajo de la piel.

—¿En serio? —Turtle nunca ha oído hablar de tal cosa.

—Sí, y era una picadura grande, así que mi padrastro, bueno, en realidad era el novio de mi madre, supongo, pero era como mi padrastro, lo que hizo fue que tenía un botellín de cerveza y lo calentó en la cocina con, como..., lo calentó hasta que estaba... *muy* caliente y el aire de dentro estaba muy caliente y me lo puso en el brazo y me chupó el brazo, y cuando se enfrió, sorbió todos los huevos de araña. Como una aspiradora. Eran todos blancos y como con hebras. Y él me los quitó todos y después me puse bien.

—Dios santo.

—¿Qué?

—Nada... Dios santo. Sólo eso.

—¿Nunca te ha pasado eso, Julia?

—No.

—¿En serio?

—Ni siquiera había oído hablar de algo así.

—Pasa todo el tiempo. ¿Aquí no tenéis esos bichos?

—¿Todo el tiempo?

—Sí. ¿Que a la gente se le meten los bichos en la piel? Sí.

—¿Y de verdad funciona? —A Turtle le cuesta trabajo imaginarse lo del botellín.

—Sí, funciona. ¿Nunca habéis tenido esos bichos?

—No.

—Están..., ya sabes. —La niña se rasca el brazo—. Ya sabes..., bajo la piel.

—No —replica Turtle—, ni siquiera sabía que algo así fuera posible.

—Uy, sí. Y en el hospital la gente ni siquiera te cree.

—¿Fuiste al hospital?

—Sí. Ah, sí, todo el tiempo. Si no puedes pagar un médico, pues te vas a urgencias. Y te tienen que atender. Por ley. Eso es lo que dice mi padrastro.

Pero vas y el médico ni siquiera le echa un vistazo. Hacen como que no está pasando. Ni te hacen una tomografía ni nada.

—Ah.

Atraviesan Mendocino y llegan a Fort Bragg, donde Turtle sale de la carretera y entra en el aparcamiento del Rite Aid. Deja a Cayenne en la camioneta y franquea las puertas correderas. No hay nadie más en la tienda. La luz es mortecina y sólo hay una cajera. Turtle va hasta el fondo, a la farmacia, que está cerrada. Recorre los pasillos hasta que encuentra los test de embarazo. Se arrodilla delante de ellos, coge una caja rosa y vuelve deprisa a la parte de delante, donde paga en efectivo, sacando los billetes con manos temblorosas. La cajera es una mujer mayor con el pelo rojo rizado, y no mira a Turtle, pero pregunta:

—¿Estás bien, cariño?

Turtle coge la caja y se la mete en el bolsillo.

—Sí, estoy bien.

La cajera insiste:

—¿Estás segura, cariño? ¿No necesitas nada?

Cuando Turtle está a punto de darse la vuelta para marcharse, la mujer añade:

—¿Tienes donde pasar la noche hoy?

Turtle vuelve la cabeza.

—Estoy bien. Sí, tengo donde pasar la noche.

La mujer sigue con la mirada baja, sin dirigirla a Turtle.

—Muy bien, corazón. Cuídate. Que pases una buena noche.

Turtle se vuelve, sale y va a la camioneta.

Cuando se sube, Cayenne pregunta:

—¿Para qué has ido?

—Para nada.

—¿Qué has comprado?

—No he comprado nada.

—Ah.

—Cayenne..., ¿cuánto tiempo llevas con Martin?

Cayenne se muerde un labio. Es tan pequeña. Los pies no le llegan al

suelo en la cabina. Los mueve un poco. Tiene el pecho plano y es toda codos. Durante un instante, Turtle la mira y piensa: «podría dejar a esta niña en casa de Anna. Buscar un listín, averiguar dónde vive Anna y dejarla ahí. Decirle a Martin que se ha escapado».

—¿Cuánto, Cayenne?

—Pues, un poco más de dos semanas.

Turtle chasquea los dedos.

—¿Qué, Julia?

—Es sólo que estoy perdiendo la puta cabeza, eso es todo.

Turtle sigue en el aparcamiento, con la mirada perdida.

—¿Qué?

—¿Y qué te parece, estar con él?

—Bien —responde la niña.

—¿Qué significa eso?

—Muy, muy bien —puntualiza Cayenne.

—¿Bien?

—Sí.

—¿Estuvo bien?

—¿Por qué, Julia?

—¿Quieres ir a ver, no sé, a un médico?

—¿Por el dedo? Todavía me duele, pero menos que antes, Julia.

—¿De dónde has salido, Cayenne?

—Soy de Washington. Del este de Washington.

—Eso ya lo sé, pero ¿qué pasó?

Cayenne se mete el pulgar en la boca, se vuelve para estudiar su propio reflejo en la ventanilla, oscuro. Turtle está a su lado, incómoda, en la cabina. Arranca la camioneta, da la vuelta en el aparcamiento vacío y sale a la carretera. Conduce despacio, esperando que Cayenne diga algo más, pero no lo hace. Reina el silencio, excepto por el golpeteo del escorpión contra los bordes del vaso Big Gulp, y Turtle se acuerda de su abuelo y de la vez que volvieron a casa con aquel cangrejo enorme que golpeteaba el cubo. Piensa: «ojalá estuviera aquí, él sabría qué hacer». Pero luego piensa: «tal vez no, tal vez fuese igual de inútil otra vez». Hay tanto de su propia vida que no

entiende... Sabe qué pasó, pero no sabe por qué pasó ni qué significado tiene.

Vuelven a la carretera. Él no ha tocado a Cayenne, de eso está segura. «Pero, Dios santo —piensa—, lo jodido de esto es que crees que lo sabrías. El abuelo no se dio cuenta, es imposible, y tal vez tú tampoco lo harías.» «Tal vez se la folle todo el tiempo y tú no te des cuenta, igual que nadie se daba cuenta contigo. La tiene comiendo de su puta mano.» «Bueno —piensa Turtle—. La verdad es que puede ser muy persuasivo. Y si la niña venía de algún sitio en el que no le importaba a nadie, y de pronto está Martin... ¿Qué harías tú si nunca has tenido eso en tu vida? Si fueras una niña. Harías lo que fuera. Aguantarías lo que fuera. Sólo por la atención. Sólo por estar cerca de ese cerebro grande, imponente, a veces generoso, a veces aterrador.» Turtle mira la oscura carretera. No hay más vehículos. Sean quien sea esta niña, Turtle no la puede ayudar. Tiene sus propios problemas.

Suben por el camino, dando sacudidas por las roderas. Es tarde, pero la camioneta de Jim Macklemore y el escarabajo Volkswagen de Wallace McPherson siguen aparcados junto a la camioneta de Martin. Turtle aparca en la hierba, y Cayenne y ella se bajan. Turtle mete la mano en el vaso y saca el escorpión. Va hacia la casa con la escopeta al hombro, sosteniendo el alacrán por la cola. La niña la sigue, con su libro. Vuelven a tener luz, pero la casa está a oscuras. Los hombres están jugando a las cartas a la luz de una única lámpara.

Suben al porche y entran por la puerta de cristal corredera. Cayenne irrumpe en la casa y corre con los hombres, reunidos en torno a la mesa recién comprada.

—¡Martin! —cuenta Cayenne—. ¡Me he comido un escorpión!

Martin hace un gesto de burla sin mirarla.

Jim Macklemore se da la vuelta, gordo y rubio, con el pelo ralo peinado hacia atrás, la cara roja, la camisa hawaiana desabotonada, dejando a la vista el pecho grasiento y el abundante vello rubio con una crucecita de plata. Tiene dos pendienteitos de zafiro. Wallace McPherson está sentado enfrente, con una camisa blanca de vestir, un chaleco de seda negro y gemelos con forma de cazas estelares Ala-X, un bombín junto a él en la mesa, los brazos repletos de tatuajes.

—Nos hemos comido un escorpión —insiste Cayenne.

Martin advierte:

—Ahora no, Cayenne. Vete al cuarto de ratoncito.

—Vaya, Julia, cuánto has crecido —observa Jim, sonriendo y ofreciéndole la mano.

Turtle pasa a su lado y deja caer el escorpión en la mesa de póquer, que aterriza en un montón de monedas de un cuarto de dólar, con la cola levantada, las tenazas moviéndose en el aire por acto reflejo.

—¡Hostia puta! —exclama Wallace—. ¡Hostia puta!

Martin se enciende un cigarro.

—Hay un alacrán en la mesa —apunta Wallace.

—Que es verdad —insiste Cayenne—. Me he comido un escorpión.

—Bah —responde Martin con paciencia, sacándose el cigarro de la boca para inclinarse hacia delante e inspeccionar la criatura.

—Es verdad —corroborra Turtle—, y te hemos traído éste. Pensamos que quizá tuvieses hambre.

Con cara inexpresiva, Martin espera antes de echar el humo, que exhala de manera desigual.

—Pruébalo, Marty —lo anima Cayenne.

Wallace vacila:

—No te irás a comer eso en serio, ¿no?

Poniéndole la mano en el hombro, Jim Macklemore pregunta a Turtle:

—¿Qué estás estudiando ahora que estás en el instituto? A mí siempre me interesó la política.

Turtle se zafa de su mano y le pregunta a Martin:

—¿Te lo vas a comer?

Martin sostiene el cigarro encendido en alto. La brasa apenas resulta visible en la oscuridad; encima, la torre de ceniza. Lo hace girar despacio, mirándolo desde todos los ángulos. Contesta:

—¿Queréis que me coma este escorpión?

—¡Pruébalo! —exclama Cayenne.

Turtle ve que la niña quiere compartir ese gesto con él. Quiere que sea algo que han hecho todos juntos. Pero Turtle no quiere que lo haga. Quiere demostrarle a Cayenne algo importante, sobre su propia esencia y la de Martin, porque Martin, cree Turtle, tiene miedo.

—No os habéis comido un escorpión —cuestiona Martin.

—¿Por qué nos inventaríamos algo así? —pregunta Turtle.

Martin le da una calada al cigarro, mirándolas a través del humo con los ojos entornados.

—Estaba delicioso —asevera Turtle.

—No te vas a comer ese alacrán en serio —insiste Wallace—. Sería una locura. Comerse el escorpión. Eso no puede ser sano. ¿No están llenos de veneno?

—Bah —resta importancia Turtle—. Bah, no pasa nada.

—¡Vamos, Marty! —lo jalea Cayenne.

—Sí —corea Turtle—, vamos, Marty.

—Si yo puedo, tú puedes —razona Cayenne.

—Las niñas tienen razón —suelta Jim.

—No seas nenaza, Marty —lo pincha Turtle.

Martin se muerde el labio y al cabo dice:

—¿De verdad queréis ver cómo me como este escorpión? ¿Sí?

—Sí, Marty —replica Cayenne—. Julia se ha comido uno.

—Así que esto es algo que vamos a hacer todos, ¿no?

—¡Sí! —se entusiasma Cayenne.

—Muy bien —accede él. Se inclina hacia delante, se frota las manos como planteándose. El alacrán está agazapado en la pila de monedas, la cola levantada, las tenazas abiertas.

Martin abre el pulgar y el índice, estira la mano, la aparta. Se frota el índice con el pulgar, como si se preparase para la textura del animalejo.

—Así —aprueba Turtle—. Así. —Hace como si cogiera al escorpión por la cola—. Vamos —dice.

Martin estira la mano otra vez. Wallace se echa hacia delante, fumando un puro, para verlo mejor. Sigue con las cartas en la mano, sacudiendo la cabeza de asombro. Martin abre los dedos, vacila justo encima del alacrán, que alza la cola y abre las tenazas. Pequeñas expresiones, demasiado rápidas para poder interpretarlas, se suceden en su cara.

—No os habéis comido un escorpión —espeta.

Saca su cuchillo Daniel Winkler y ensarta al alacrán. La criatura se retuerce, arqueando la espalda de dolor, la cola atacando el lomo del cuchillo.



Tiene las tenazas extendidas, abiertas con una urgencia visible y dolorosa. Martin levanta el cuchillo, con el escorpión clavado en la punta, baja la mano y apoya el cuchillo en el suelo; acto seguido, con el tacón, desprende el cuerpo retorcido y tenso del alacrán de la hoja y lo aplasta con la bota. Limpia la hoja en el borde de la mesa y tira el cuchillo entre las monedas, las cartas y las latas de cerveza.

Cayenne suelta un gritito de sorpresa, llevándose la mano a la boca. Turtle acerca una silla y se sienta. Martin la observa. Con su tono de voz de «ahora en serio», seco, ligeramente afectuoso e indulgente, porfía:

—Venga ya, no os habéis comido un escorpión.

Turtle lo mira con cara inexpresiva.

Desde sus respectivos sitios en la mesa, Jim y Wallace se miran.

—Sí nos lo hemos comido —replica Cayenne—. Ya te lo he dicho.

Martin se ríe, la risa volviéndose aguda, casi nerviosa, coge las cartas y empieza a barajar.

—Ah, ya —comenta, riendo de nuevo—. Era una mierda de esas de formar un puto vínculo y la he cagado. Vaya, vaya. Menudas dos cabronas. Dios santo. Siempre metiéndose en algún puto lío por alguna puta mierda. Nunca por algo bueno. —Habla con tono agraviado, cuadrando las cartas con fuerza contra el borde de la mesa, dividiéndolas, barajando a la americana, golpeando la baraja contra el borde de la mesa, dividiéndolas y barajando a la americana de nuevo. Los demás guardan silencio. Él añade—: Y una mierda, una mierda me voy a meter yo en un lío por no comerme un puto *bicho*. Y una *mierda*. ¿No es así siempre? Dios santo, menudas zorras estáis hechas. Siempre igual, con vuestro amargado cerebro de tías.

Martin reparte y la partida se reanuda, el precioso cuchillo Daniel Winkler hecho a mano en la mesa, la hoja aún con trocitos de caparazón y manchas de tripas. Después de esa mano, con las niñas sentadas a la mesa, la partida pierde fuelle. Cuando los hombres están recogiendo sus cosas, Turtle coge a Wallace del brazo y dice:

—Te acompaño afuera. —El hombre asiente, tapa su bote de yogur lleno de monedas y va hacia la puerta, Turtle a su lado. Cayenne se sienta en la encimera, sujetándose la mano herida y viendo cómo se van los jugadores de

póquer.

Turtle acompaña a Wallace hasta su escarabajo. Sabe que es licenciado en filosofía por alguna universidad del norte, no sabe mucho más, pero sí que es distinto de los demás, diez años más joven, más cercano a Jacob en sus opiniones que a Martin. Wallace abre la puerta del coche y se queda parado. Turtle le revela:

—Wallace, no creo que Cayenne esté aquí por voluntad propia. No creo que deba estar aquí. No creo que esté segura aquí.

Wallace suelta una risa, sorprendido.

—¿Crees que la ha secuestrado? —Se ríe otra vez—. Julia, escúchame. Si la hubiera secuestrado, ¿no estaría gritando: «¡Ayúdame! ¡Ayúdame!»? Quiero decir, *a ver*. Es evidente que la niña está bien.

La mira entornando los ojos, luego mira a Martin, que se está riendo, ayudando a Jim a subirse a la camioneta, golpeando el techo de la cabina alegremente, diciendo:

—¡Menudas zorras! ¿O no? Joder, nunca se sabe.

Turtle se inclina hacia él y sugiere:

—Podrías decírselo a alguien, ¿no?

—Vamos, Julia. Esto no es asunto mío, la verdad. Probablemente Martin la esté cuidando porque sus padres son drogadictos o alguna mierda así. Es un buen tipo. Está un poco ido, sí, pero nada más. Además, cariño, no es asunto mío, ¿no? Y ¿a quién se lo diría? ¿Al Servicio de Protección del Menor? Venga ya. Está mejor aquí. *Conozco* a Martin. Es un tipo raro, pero nunca le haría daño a nadie. Tú has salido bien, ¿no? Mira la jovencita con carácter en que te has convertido.

—Cuéntaselo a alguien, a la policía, me da lo mismo, a quien más rabia te dé —insiste Turtle.

Wallace se ríe, alzando las manos.

—Sí —replica—. ¡Sí, claro!

—Por favor.

—Claro. ¡Llama a la policía! Y luego abro la puerta en plena noche y me lo veo ahí plantado con un M16, ¿no? —La sola idea hace que Wallace se ría otra vez.

Turtle lo mira fijamente. «No se lo cree —piensa—. No lo cree. No lo quiere creer.»

—¿Y tal vez una botella de Jim Beam? No —repite, todavía entre risas—, no, Julia. Aquí no hay nadie *prisionero*.

Cierra la puerta del coche, la mira por la ventanilla, y Turtle apoya la mano en ella. Le entran ganas de gritarle. De soltar un alarido. Se queda en la hierba alta mientras Wallace se marcha, mete primera en su escarabajo y enfila el camino.

Turtle vuelve a la casa y sube a su cuarto. Se acerca a la ventana, la luz de la luna sesgada a su alrededor, y hace girar la caja rosa en las manos. Pone: «TEST DE EMBARAZO FIRST RESPONSE: *La única prueba de embarazo que te dice si estás embarazada 6 DÍAS antes de la primera falta*». De espaldas a la ventana, Turtle se sienta en el alféizar, mordiéndose el labio. Piensa: «¿es posible que el abuelo lo supiera y lo pasara por alto?, ¿cómo pudo hacer eso un hombre al que yo quería?». Piensa: «no, Turtle, te estás equivocando, las cosas no son así. Si alguna vez hizo la vista gorda fue porque sabía que tu papi te quería con toda el alma, que cualquier daño que pudiera haberte hecho era una gota en el océano de su amor. El abuelo lo sabía, así que deja de pensar eso, porque no significa nada, y lo que decidió hacer al final no era algo que hubiese estado aplazando, era algo que no debió hacer nunca, ni antes ni entonces».

Se queda aguzando el oído hasta que Martin vuelve a la casa. Lo oye hablar con Cayenne. Se escuchan murmullos y voces más altas. Después él se va a su habitación y se pone a dar vueltas. Turtle trata de oír a Cayenne, pero la niña está tumbada delante de la chimenea, leyendo su libro, sin hacer ningún ruido. Abre la caja y deja caer en su mano los tres paquetitos de plástico rosa. Los mueve hacia delante y hacia atrás. Piensa: «no es posible. No es posible que me pase a mí». Turtle podría echar las paredes abajo. Se siente ahogada, asfixiada, furiosa a más no poder. Piensa: «no puede ser».

Oye que se abre la puerta del dormitorio de Martin. Oye que va por el pasillo. Oye sus pasos en la escalera. «Cabrón de mierda —piensa—. No podemos seguir haciendo esto. Es demasiado peligroso. El juego ahora es completamente distinto.» Se detiene al otro lado de la puerta. Ella abre la

funda, saca a medias la Sig Sauer. Él abre la puerta, se queda en el umbral. Ella está quieta. Como si estuviese clavada en el sitio. El mundo gira a su alrededor. Le mira las botas. Le suben temblores por los muslos. Tiene la mano derecha en la Sig, en los riñones, agarrando con fuerza las cachas de polímero.

Él entra en la habitación. Le levanta la barbilla con el nudillo de una mano, y ella lo abraza y aspira su aroma: lana y tabaco y grasa de pistola. La Sig Sauer sigue en su mano. Él la coge en brazos y la lleva a su habitación, y ella siente una terrible necesidad de él. Es tan grande que estar en sus brazos le gusta, hace que se le ponga la piel de gallina, es como volver a casa, como volver a ser una niña. Martin la sostiene en un brazo para lidiar con el pomo de cristal tallado con la otra mano, abre la puerta de una patada y entra con ella en su habitación, con la ropa tirada por el suelo, una cama nueva con sábanas nuevas y una mesita de noche nueva. Las sombras de las hojas y los amentos de los alisos juegan por las heridas de las paredes, allí donde Turtle arrancó los tornillos y echó abajo la estantería. Todavía está la familiar hendidura que se abre entre el tabique y el suelo, y esa línea oscura delimita el cuarto, una brecha infranqueable donde se unen los dos, una brecha que se abre a la oscuridad de los cimientos, de la que emerge un aroma mineral y femenino, y Turtle imagina las grandes vigas de los cimientos en la arenisca y la tierra que hay bajo la casa, bajo las tablas de madera, los oscuros sitios repletos de telarañas. Él la lleva a la cama y la lanza al aire, y Turtle se queda suspendida en la luz plateada y las sombras moteadas de la habitación y después cae en la cama, en el edredón de plumas, las sábanas arrebujaadas con su sudor, que huele a tabaco, permanece allí donde ha caído, como si no se pudiera mover, como si fuese una marioneta y no una niña, la cabeza ladeada y los ojos abiertos, mirando al tabique, Martin quitándole los pantalones y tirándolos a un lado, quitándole las braguitas y lanzándolas también, las hojas enfocándose y desenfocándose en la pared. En cierto modo quiere saciar su soledad. Quiere quedarse ahí tendida y que la despojen de su personalidad. Él se arrodilla entre sus muslos y ella le pone una mano en el pelo y grita de dolor y de odio a sí misma y de placer suspendido y terrible. Cuando todo acaba, se queda tendida entre el ovillo de sábanas, relajada e inmóvil,

mientras Martin se sienta en el borde de la cama, apoyándose en una rodilla, resoplando, sollozando casi... Turtle sólo necesita esperar en silencio con el abanico de sus costillas abriéndose y cerrándose, haciendo un esfuerzo hasta que todo lo que le era sagrado en él desaparezca y después no sabe qué. Esperan en la oscuridad, en los largos momentos que siguen a lo que han hecho, y es diferente de como era antes, y Turtle no habla ni se mueve. Es como si pudiera mantenerse quieta, como si pudiera relajarse hasta librar a sus extremidades de todos los vestigios de sí misma. No pasará largas noches en contacto con su propia cabeza, no tendrá que levantarse de esa cama ni admitir cómo llegó a ella, no puede hacer nada ni ser nada y no habrá dolor. Pero lo siente, por toda la habitación, trepando por las paredes, en las sombras de las sábanas, emergiendo de la brecha oscura que se abre entre el suelo y el tabique, un dolor siniestro que se acumula, crece y la espera, el dolor de ser ella misma, cada instante largo, concreto y espantoso.

—Joder —exclama él desde el borde de la cama. Ella no lo mira—. Joder. Tus putas entrañas, darling. —Turtle no dice nada—. Entrar en esas tripas llenas de odio, en esa suciedad resbaladiza y húmeda, y otra vez en el odio y en la suciedad y en la nada.

—Cállate —espetta Turtle.

—En el odio y en la suciedad y en la nada —repite Martin.

—Cierra el puto pico —suelta Turtle, incorporándose.

—Tus entrañas llenas de podredumbre, darling —insiste él.

Turtle se levanta y él la observa. Se queda en el centro de la habitación y busca sus braguitas, pero no las encuentra, y va y viene mientras él está sentado encorvado, la espalda ancha, taciturno y moteado con las sombras de los alisos, enorme, silencioso e inclinado, escudriñándola mientras ella va cogiendo prendas oscuras y extendiéndolas para ver qué son, y por último los pantalones, y se pone los pantalones mientras él la observa, y ella lo mira con serenidad y con odio mientras se los pone, y piensa: «creí que al menos podrías darme esto, que al menos podrías hacer eso, pero la verdad es que no me das nada». Tira de los pantalones y se los sube por la cadera, enfunda la pistola mientras Martin ve cómo se viste, y ella piensa: «anda, mírame, capullo. No sé cómo irme, y no sé si podré irme, así que lo averiguaremos,

supongo». «Anda, mírame —piensa—, porque algo me tiene que pasar para que me arriesgue así, para que te permita que me hagas esto.» Él la observa, Turtle se abrocha los pantalones y se queda quieta, erguida, permitiendo que la admire, y sale de la habitación, enfila el pasillo y se detiene junto a la mesa de póquer. «Existe una regla —piensa— que te ha enseñado la vida, que te ha enseñado Martin, la regla de que todo coñito de muslos mojados como tú tiene lo que se merece.» De las ventanas y del rescoldo del fuego llega una luz tenue. Cayenne está llorando en silencio, delante de la chimenea, y Turtle piensa: «joder».

No se le ha pasado por la cabeza que la niña pudiera oírlos, y no se lo puede explicar, así que se queda junto a la mesa de póquer, pensando en todo lo que Cayenne habrá oído y pensando: «joder, joder, joder». No soporta la idea de que Cayenne la haya oído entrar en esa habitación, no soporta la idea de que Cayenne la haya oído consentir en ello. Siempre ha sido algo privado. Turtle se queda escuchando a Cayenne llorar y llorar. Piensa: «me iré a mi cuarto y dejaré que esa perra llore lo que le dé la gana. ¿Crees que me importa una mierda? ¿Crees que me importa? Es una zorra como todas las demás, y su feminidad le carcome el cerebro, se lo agujerea. No siento nada por ella, no me puede tener, ni tengo nada que darle, y nadie esperaría que lo hiciese, nadie esperaría que esa niña me importe una mierda».

«Bueno —piensa—, Jacob esperaría que la ayudarás. Jacob ni siquiera dudaría de que la ayudarías. Pero Jacob es un mierda que se cree con derecho a todo y no entiende la profundidad que pueden tener las cosas a veces. Lo mal que pueden estar y hasta dónde puede llegar la podredumbre. Vete a tu cuarto, Turtle, porque esa niña no es nada para ti.» Pero, pensando en Jacob, se acerca a la niña, se sienta a su lado y la abraza. No siente nada, y no sabe por qué lo hace, salvo por eso. Abraza a la pequeña y piensa: «ella no es nada para mí. Esta perra no es nada para mí. Podría matarla si Martin me lo pidiera. Podría hacerlo y me pesaría un poco, pero no acabaría conmigo». La reconforta, y Cayenne admite:

—Tengo miedo, Julia, quiero a mi mamá. Quiero a mi mamá *de verdad, de verdad*. —Lo dice una y otra vez, como si confiase en que Turtle le fuera a decir algo, pero lo único que puede hacer es abrazarla más fuerte.

Al cabo, Turtle dice:

—Eh, Cayenne.

—¿Sí?

—No me llames Julia.

—¿En serio?

—En serio —afirma Turtle.

—¿No te gusta?

—Me dan ganas de vomitar.

—¿Por qué?

—No sé. Así es como me llamaba mi madre.

—Entonces ¿cómo te llamo?

—Turtle.

—¿Turtle? —repite Cayenne.

—Sí.

Cayenne se sorbe la nariz, pero la situación también le hace algo de gracia. Se chupa y se mete detrás de las orejas el pelo manchado de mocos y resopla y mira a Turtle, en su frente apareciendo y desapareciendo arrugas de regocijo y enfado.

—Pero —aduce— eso es... No, eso es ridículo. No.

—¿No?

—No puedes ser *Turtle*.

—¿Por qué?

—Porque eres muy guapa.

Turtle se ríe.

—De verdad. Eres *muy* guapa.

—Cayenne —responde Turtle—, hay cosas que me importan. Pero ¿sabes lo que no me importa una mierda?

—¿Qué?

—La guapura.

—Ah.

—¿Qué?

Cayenne sacude la cabeza.

—¿Qué pasa?

La niña siente que la han regañado. Turtle la abraza y la mece hacia atrás y hacia delante, y siente algo fuerte, algo que no termina de entender. Algo muy parecido a la buena voluntad.

—No pasa nada. Sólo te estoy tomando el pelo.

Cayenne asiente. Sigue compungida.

—No digo que a ti no te tenga que importar. No digo que sea malo que te importe ni que no tengas razón. Sólo digo. Ya sabes. Tengo otras cosas.

—Vale —acepta Cayenne. Tiene un hilo de voz agudo en el que no hay rencor.

Turtle abraza a la niña y piensa: «no permitiré que nada te haga daño nunca». Lo piensa espontáneamente, y sabe que no es verdad. Pero le gusta, le gusta la idea de ser esa persona... Y lo piensa otra vez, dejando en suspenso su propia incredulidad, apoyando la mejilla en el pelo de la niña y repitiendo:

—No permitiré que nada te haga daño nunca.

Cayenne llora y llora.

—¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé —reconoce Turtle.

Cayenne pregunta:

—¿Por qué se lo has permitido?

—No lo sé —admite de nuevo Turtle.

—Turtle...

—No creo que nadie sepa por qué hace lo que hace. Sólo creen que lo saben.

—¿En serio?

—No hasta que las cosas se ponen feas y te ves haciendo lo que no debes.

Cayenne solloza y pregunta:

—¿No tienes miedo?

—Sí —confiesa Turtle, y sabe que es verdad sólo después de oírse decirlo.

Eso hace que Cayenne lllore más aún, temblando y estremeciéndose, y Turtle abraza a la niña, la acomoda en su regazo. La niña le muerde el hombro y Turtle sonrío. Cayenne sacude la cabeza como un perro con una rata. Turtle abraza a la niña, y la niña es menuda, de espinillas delgadas y



piececitos huesudos, y Turtle nota su pelo áspero y tosco en la mejilla. Se le pega a los labios, y la niña se estira y le echa los brazos al cuello, y Turtle no dice nada, pero la abraza, y al abrazarla piensa: «esto es algo de lo que puedo cuidar, y ya que no puedo darle cariño a la pequeña, podría cuidarla, eso sí lo puedo hacer, quizá. No soy como él, y sé cuidar las cosas, y la puedo cuidar a ella también, quizá, aunque no sepa si es real y aunque no signifique más que eso, tal vez pueda salvar algo con sólo hacer eso, con sólo cuidar a esta perra». La abraza y se pone a tararear una canción, la barbilla en la cabeza de Cayenne, las piernas de la niña en los brazos de Turtle.

Turtle se despierta cuando se encienden los reflectores. Coge la escopeta de la pared, se pone unos vaqueros, una camiseta blanca y una gorra de béisbol para que el pelo no se le meta en la cara, sale de su habitación sin hacer ruido y baja la escalera. Martin está en la sala de estar con su AR-15 modificado, mirando el campo a través de la puerta de cristal corredera. Se vuelve y ve a Turtle en la escalera. Cayenne está sentada ante la chimenea vacía y sin luz, aún envuelta en sus mantas. Turtle baja. Martin se rasca la barba incipiente con el pulgar. Señala el ventanal con una mano, la pradera iluminada con el resplandor de los halógenos. Pregunta:

—¿Crees que hay algo ahí fuera?

—No —responde Turtle.

—¿No? —repite él—. Pero no lo sabes. No sabemos qué hay en ese campo. ¿O sí?

—No —conviene ella—, no lo sabemos.

Él sacude la cabeza despacio, sonriendo.

—Es un ciervo —asevera ella.

—¿No es genial? —Martin se acerca a la pared de cristal, pone la mano en ella y se apoya. Al otro lado, en el campo, se distinguen sombras retorcidas y desiguales y la luz que rebota en los tallos de la hierba—. Estamos en el límite de una incertidumbre —reflexiona—, y no sólo indagamos las particularidades de este instante, sino de todos estos instantes; lo que acecha más allá de lo visible. ¿Qué hay en la hierba, ratoncito? ¿Qué hay ahí fuera?

—Nada, papi —asegura ella.

—«Nada, papi» —repite molesto, y se ríe de ella, apoyado aún en la puerta de cristal y mirando el campo a través de su propio reflejo, y desde donde está ella, da la impresión de que él está haciendo frente a esa imagen desdibujada de sí mismo, inclinado hacia delante y exhausto contra el cristal —. Éste es el problema contigo, putita: crees que sabes lo que hay ahí fuera. Pero no lo sabes. Hay una tremenda pobreza en ti, una pobreza de espíritu, de imaginación, de *corazón*. La verdad es que, como no lo sabemos..., para nosotros hay y no hay algo en el campo. Es el intruso de Schrödinger. El mundo es rico en potencial, ratoncito, y en este momento para nosotros dos existen los dos estados: no hay nada en el campo y, al mismo tiempo, ahí fuera hay algo desconocido. Lo más probable es que sea un cabrón que está a punto de morir. Tal vez ese chico tuyo, tal vez esté ahí fuera en este preciso instante, ahí en la hierba, cagándose de miedo. Pensó que podía venir a saludarte, a socorrerte cuando tanto lo necesitas. Bien. No tendremos ni puta idea hasta que lo averigüemos. Por el momento, nada es verdad, todo es posible, y lo que tú crees no dice nada del mundo y lo dice todo de ti. Aquí trazas el rumbo de tu vida.

Turtle se acerca a la ventana. Padre e hija, uno junto al otro, frente a su reflejo doble y parcial. Al otro lado, los reflectores iluminan la hierba, un entramado de sombras y tallos dorados entremezclados. Sí parece haber un potencial de fertilidad al otro lado de la ventana. Turtle nota el test de embarazo contra el muslo, aún en su embalaje.

Las luces se apagan. Él le revuelve el pelo. Sin decir palabra, se va. Turtle no ve nada excepto su aliento empañando el cristal que tiene delante. Abre la puerta y sale al porche frío y húmedo, se acerca a la baranda y aspira el aroma del campo, escucha el movimiento de la hierba, los suspiros suaves y lejanos del océano. La noche se le antoja despojada de todo. Casi confía, con una suerte de amargura, en que llegue algo. Pide que sea así, lo desea.

«A la mierda —piensa—. A la mierda. Ahí fuera no hay nada.» Baja los escalones del porche y las luces se vuelven a encender con un clic. Cruza el camino de grava y llega hasta donde termina el campo. Supone que Martin la estará observando desde la ventana y piensa en cómo la verá, iluminada por

los reflectores, una niña con una escopeta agarrada por el receptor, entre la hierba que le llega hasta la cintura, con una camiseta blanca y una gorra de béisbol, oteando una ladera ininterrumpida, volviéndose mientras mira atenta, pacientemente.

Sale del mar de hierba, percibiendo los intensos aromas de la vegetación aplastada, la mostaza silvestre y los rábanos. Baja hasta la carretera y se detiene junto al asfalto. A su lado, el arroyo Slaughterhouse discurre por un cauce tan empinado, tan lleno de fucsias, que resulta invisible, los lados de arenisca naranja. Baja, se mete en el agua, que le llega por la rodilla. Se ve obligada a apartar las fucsias con las manos, siguiendo el río, los pies entumeciéndosele del frío. Llega a una tajea que discurre por debajo de la carretera, lo bastante grande para poder pasar por ella, el agua resonando en el túnel.

Al otro lado, el océano se vierte sobre los guijarros. La marea está baja; hay una extensión negra de piedras, cada una de ellas atrapa un ojo de luz de luna, cada una de ellas parece tersa y húmeda como la carne, extendidas ante ella en multitud. La playa respira como un ser vivo, y Turtle percibe el hedor fangoso del estuario. Esas aguas nacen en el manantial del arroyo Slaughterhouse, en el gran tambor de roca, y terminan aquí.

En la boca del túnel se quita la ropa. Luego, desnuda, con la escopeta en la mano, se mete en la tajea, que las algas vuelven resbaladiza, tocando un costado de acero corrugado, el fondo arenoso. El túnel huele a hierro y agua dura, el arroyo dibuja extrañas cintas de luz de luna entrecruzadas en el techo. Abre las cortinas de capuchinas anaranjadas en flor y salta a la poza. El fango del fondo es barro frío, y se amolda a sus pies. El agua le llega al pecho, respira a su alrededor, la zosterá acariciándole las piernas. Turtle se atraviesa la escopeta en los hombros. Sus pies crean puntos calientes en el lodo. Aparta madera flotante y se encarama a un saliente de piedra arenosa, arracimada de oscuras bolas de bolera. El mandil blanco de las olas avanza y retrocede en la oscuridad. Cuando las olas se tienden, empujan la espuma hasta sus pies. Está cubierta del cieno del estuario. Tiene trozos de zosterá pegados a las piernas. El océano es tan rico, tan mordaz, como una boca abierta a su alrededor.

Piensa: «Turtle Alveston, te violó y volviste por más. O estás embarazada

o lo estarás pronto. Si te vas, irá a la sala de estar y matará a Cayenne. Luego irá al 266 de Sea Urchin Drive y matará a Jacob. Tienes que admitir dónde estás. Tienes que verlo muy bien, sin decirte una puta mentira».

Deja caer un cartucho de la recámara en la mano y lo sopesa, lo hace rodar adelante y atrás. Es un cilindro verde y fino de plástico corrugado con un pequeño borde de latón, pesado para su tamaño. Introduce el cartucho de nuevo en el hueco y desliza hacia delante el guardamano, notando que el cerrojo se acopla, el cartucho bien acomodado en la recámara. Se sienta con las piernas cruzadas en la piedra fría y húmeda y se mete el cañón en la boca, saborea los restos de pólvora, pasa el pulgar por el guardamonte y sitúa el cañón contra el paladar. Se imagina apretando el gatillo. El arma abrirá fuego. Una carga caliente de perdigones doble cero y plástico granulado amortiguador subirá por el cañón, contenido en su casquillo de plástico. El casquillo golpeará su paladar y se romperá en un abanico de dedos de plástico, los perdigones desparramados. Se imagina sentada rígida y erecta mientras su cerebro se despliega desde el capullo boquiabierto de su cráneo, floreciendo vasto, rojo, húmedo, expandiéndose durante un instante profundo.

Turtle piensa: «aprieta el gatillo». No es capaz de imaginar otro camino. Piensa: «aprieta el gatillo. Pero si no lo aprietas, remonta ese arroyo, entra por la puerta y toma posesión de tu cabeza, porque tu inactividad te está matando». Se queda sentada, mirando la playa, y piensa: «quiero sobrevivir a esto». Le sorprende la profundidad y la claridad de su deseo. Siente opresión en la garganta y se saca el arma de la boca; con ella salen hilos de saliva, que se limpia. Se pone de pie y se queda mirando las olas, abrumada por su belleza. Se nota la cabeza entera abierta y receptiva. La asalta una gratitud abrasadora, enorme, un asombro directo del mundo.

Vuelve entre la zosteria, sube y entra en la tajea, la escopeta inclinada contra un hombro. Revisa los bolsillos de los vaqueros, que ha dejado doblados, rompe el envoltorio rosa con una mano y saca la prueba de embarazo. Apoyada en la pared de la tajea y con la luz de la escopeta apuntando hacia arriba, lee las instrucciones, las vuelve a leer. Tiene la cara entumecida. Tiene los labios entumecidos. Apoya la frente en el puño,

tiritando, y piensa: «si está... si está ahí dentro, también podrás con ello». Apaga la luz y se acucilla desnuda en la tajea, el arroyo devolviéndole la luz argétea entrecruzada, y hace pis en el endeble palito de plástico, descalza y con el agua fría por los tobillos. Luego se queda sentada en la oscuridad, la espalda contra la pared corrugada, el cañón de la escopeta pegado a su cara, a su frente, reconfortándola, dejando pasar el tiempo, esperando a que las dos líneas rosas del resultado positivo aparezcan poco a poco, llevándose un puño a la boca. Siente un peso muerto de certidumbre.

Pero no. En la ventanita ovalada que muestra el resultado sólo hay una línea rosa. El test es negativo. Enciende de nuevo la luz de la escopeta y barre con ella la prueba. La luz es tan brillante, tan intensa, que cuesta ver. Lo mismo. Negativo. No siente alivio. Puede que ni siquiera sea verdad, puede que sólo sea demasiado pronto. «Pero si es verdad —piensa—, si me pudo pasar y no me pasó...» Se detiene. «Has tenido suerte —piensa—. No la desaproveches.» Está temblando. Su cara se tensa en una expresión que no comprende. Se baja hasta quedar sentada, con las piernas abiertas en el agua fría, abrazándose el cuerpo, sintiéndose rota y vacía.

# 25

Turtle está sentada a lo indio en el suelo, limpiando la Remington 870, cuando Martin sale del cuarto de baño y espeta:

—Joder, ratoncito. —Luego se detiene y la mira como si la viera por primera vez—. ¿Estás limpiando el arma otra vez?

Turtle no levanta la vista.

—Podrías disparar ese chisme todos los días durante años antes de que fallara —asegura él—. Ese chisme está limpio más que de sobra. Además, ¿cuándo fue la última vez que lo usaste? No está sucio. Es imposible que esté sucio.

Turtle sigue sin mirarlo.

—Es como una fijación tuya, ¿no? —reflexiona él, y Turtle suspira y lo mira—. No me mires así —advierde.

—¿A ti qué te importa? —pregunta ella.

—Me importa una mierda —suelta él—. Es sólo que siempre estás limpiando, limpiando, limpiando, y es como que, Dios, no tiene sentido. Déjalo ya. Las armas se ensucian, así son las cosas.

—¿Qué me ibas a decir?

Martin entra en la cocina y saca una cerveza de la nevera. Parece que quiere decir algo y no es capaz de decirlo, o tal vez no sea capaz de formularlo en su cabeza.

—No me molesta —se ablanda—, no me importa. Es sólo que...

Turtle espera.

Martin señala el cuarto de baño con un gesto airado y continúa:

—No sé cuál es el problema, pero ¿podrías decirle a Cayenne que se meta en la puta bañera?

Turtle se levanta, recoge los útiles de limpieza y el arma, se echa la toalla al hombro, entra en el cuarto de baño y ve a Cayenne en medio de la habitación, de brazos cruzados, con el ceño fruncido a más no poder, la bañera llena de un agua verde azulada, el fondo de porcelana cubierto de limo.

—No me quiero bañar —informa a Turtle.

—¿Ah, no? —responde ésta.

Le echa un vistazo a la viuda negra, que está en su telaraña, detrás de los grifos de la ducha, cerca del calentador encastrado. Es casi del color del cuero negro, con un abdomen bulboso y finas agujas articuladas por patas, pisotea la tela de forma amenazadora, haciendo que la estructura entera tiemble. El reloj de arena rojo se ve con claridad. Su telaraña está enredada y descuidada, llena de restos de criaturas muertas. Turtle deja sus cosas en el suelo. Se acerca a la pared y mete la mano en el agujero, rompiendo los hilos de la tela con un chisporroteo suave, como de agua con gas.

Cayenne exclama:

—¡No, Turtle! ¡Espera! ¡No!

Turtle saca la mano del agujero, los dedos cubiertos de seda de araña vieja. Cayenne se lleva las manos a la cara y pide:

—Déjala, por favor, déjala.

La araña corretea por su tela rota.

Cayenne insiste:

—Déjala.

Turtle se sienta junto al arma.

—¿Te quedas? —pregunta Cayenne.

A modo de respuesta, Turtle extiende la toalla y deja el arma encima, abre el cofre de madera donde guarda los útiles de limpieza, desmonta el cañón y lo deposita en la toalla.

—Creí que te preocupaba la araña —dice Turtle.

—Sí —responde Cayenne mientras abre el agua caliente—. Sí, me preocupa. ¿Qué edad tiene?



—Casi dos años —contesta Turtle—. Normalmente no viven tan cerca de la costa. Llegó en un haz de leña de roble que trajo Marty de Comptche.

—Martin le tiene mucho cariño —observa Cayenne.

—Tal vez «cariño» no sea la palabra.

Cayenne se acerca nerviosa a la bañera y abre más el grifo de agua caliente. Después, mirando de vez en cuando a la inquieta araña, se empieza a quitar los pantalones. Turtle se pone a limpiar el cañón con un cepillo de cobre del calibre doce.

—Turtle —la llama Cayenne.

—¿Mmm? —Turtle mete el escobillón en el cañón.

—Turtle...

—¿Sí? —Turtle levanta la vista.

—Nada —replica Cayenne, sacudiendo la cabeza. Se mete en la bañera y se sienta dentro, apoya la barbilla en el borde y observa a Turtle—. Turtle —repite.

—¿Mmm? —contesta ella.

—¿Cómo se llaman esas setas?

Turtle se sienta, el cañón atravesado en el regazo. Cayenne está estudiando las setas que crecen en el alféizar.

—¿Qué les pasa? —replica Turtle.

—Pero ¿cómo se llaman?

—¿Qué más da cómo se llamen?

La niña se queda pensando un buen rato, vacilando, haciendo ruiditos llamativos mientras observa, se vuelve hacia Turtle, después hacia las setas otra vez. Turtle trabaja el cañón con el escobillón.

—Puede que quiera escribir un libro sobre ti —especula Cayenne— y quiera decir que tenías un cuarto de baño y que la ventana estaba llena de setas y que eran tales setas, y entonces necesitaría saber su nombre.

Turtle objeta:

—No vas a escribir un libro.

—Pero podría hacerlo.

—El nombre da lo mismo —insiste Turtle.

—Tienen postiguitos —informa Cayenne.

—Mmm —replica Turtle.

—¿Cómo se llaman? —prueba Cayenne.

—Postiguitos.

—Así no se llaman.

—¿Qué importa cómo se llaman?

—A mí me importa —asevera Cayenne—. ¿Se llaman persianas?

—Tú y yo podemos llamarlas persianas.

—*Louvers* —precisa Cayenne.

—¿Te lo acabas de inventar?

—Es un tipo de persiana como de lamas —explica Cayenne—. Las tienen en los castillos.

—Ah.

—Pero ¿cómo se llaman?

—Bueno, ¿a qué se parecen? ¿Para qué sirven?

Cayenne frunce el ceño, enfadada. Levanta la nariz y le saca la lengua a Turtle, que se inclina de nuevo sobre el cañón.

—¿Son hongos? —pregunta Cayenne—. ¿Te los puedes comer?

Turtle sacude la cabeza.

—Pensaba que la gente comía setas para sobrevivir.

—Normalmente no vale la pena comer setas —aclara Turtle—. Son como la hierba. Sería como comer uñas, y no te sentarían bien, hay muy pocas que te sentarían bien, pero muchas más son venenosas, y es difícil distinguirlas.

—Pero si te estuvieras muriendo... —plantea Cayenne.

—Sólo si de verdad supieras lo que estás haciendo.

—Háblame de las setas —pide Cayenne—. De comértelas para no morirte.

Turtle no contesta.

—Dime qué setas te comerías si tuvieras que hacerlo —insiste Cayenne.

Turtle sigue sin decir nada. Cayenne mira a Turtle, al parecer sin saber cómo conseguir que le responda.

—Turtle —la llama.

—¿Mmm?

—Turtle —insiste Cayenne.

—¿Sí?

—Turtle, dime qué setas te comerías si tuvieras que hacerlo para sobrevivir.

—No lo haría —asegura ella mientras mete el cepillo en el cañón.

—Turtle —llama de nuevo Cayenne.

—Puede que alguien lo haga. Yo no las conozco.

—Turtle —apremia Cayenne—. Es sólo que no quería que la mataras.

Turtle coge *Luna nueva* del suelo, lo abre por una página en blanco y pone el papel blanco, limpio, de forma que ilumine el cañón por detrás. El cañón está limpio, el acero no tiene marcas y es oscuro y reflectante, refractando la luz a lo largo de su curvatura.

—¿Sabes por qué? —dice Cayenne.

—No —admite Turtle.

—Pregúntame por qué —pide Cayenne.

—¿Por qué?

—Creo que es bonita. ¿No lo has pensado nunca? ¿Que *Virginia Woolf* es bonita? ¿Y que también da un poco de miedo?

—Mmm —dice Turtle.

—Turtle...

—¿Sí?

—¿Sabes lo que quiero decir? Que no hacía falta que la mataras, de verdad que no.

Turtle mira a Cayenne y contesta:

—Sí, eso ya lo veo.

—¿La habrías matado sin más? ¿Con tus propias manos?

—Sí —afirma Turtle.

—¿Por qué no lo has hecho nunca?

Turtle no dice nada.

—Turtle...

—¿Mmmm?

—¿Turtle?

—Sí.

—¿Por qué no la has matado antes si lo ibas a hacer? Si era tan fácil. ¿Por

qué no lo has hecho antes?

—Supongo que nunca me había preocupado por ella hasta que he visto que te incordiaba.

—¿Así que la habrías matado por mí?

—Sí.

—Turtle —sigue Cayenne.

—Dios santo —suelta Turtle—. ¿Qué?

—Nada —replica Cayenne, avergonzada. Se hunde en la bañera y desaparece de su vista. Turtle termina de limpiar el arma y empieza a ensamblarla. El teléfono suena.

—Turtle —prueba Cayenne con voz queda, incorporándose en la bañera. El teléfono vuelve a sonar.

—Ve a cogerlo —sugiere Cayenne.

—¿Por qué? —pregunta Turtle.

—Porque —aduce Cayenne— quiero saber quién está llamando.

—No es nadie —asegura Turtle.

—Turtle —insiste Cayenne.

—¿Qué?

—Yo sé quién es. —Lo dice con picardía, socarrona.

Fuera, en la sala de estar, el teléfono suena de nuevo.

—Creo que deberías cogerlo —insinúa Cayenne—. Desde que Martin puso el teléfono nuevo no para de sonar.

—Ahora le ha dado por las compras —suelta Turtle—. Mesa, sillas, cama nueva, teléfono nuevo.

El teléfono suena y suena.

—Tú tiraste el viejo —apunta Cayenne de manera elocuente.

Turtle sigue sentada, limpiando.

—Martin dice que es tu *amante secreto*.

A Cayenne le interesa mucho Jacob. Turtle se levanta y va a la sala de estar. Martin está junto a la encimera, con una cerveza, y señala el teléfono con la cabeza.

Turtle va hasta él y lo descuelga.

—Turtle... —La voz de Jacob es un cepillo de cobre limpio, ajustado, que

le entra por la garganta y le llega a las entrañas. Apoya el borde de la mano en la pared.

—No puedo hablar contigo —espeta.

—Escúchame —le pide él.

—Escúchame tú —dice ella. Turtle no puede dejar de odiarlo y empezar a necesitarlo, ahora no, y no sabe lo que significaría eso para ella, necesitar otra cosa más que no puede tener, y no soporta pensar en Jacob mientras está tumbada, empapada en sudor, y contempla las sombras de las hojas de aliso enfocándose y desenfocándose en el tabique.

Jacob prueba:

—Turtle, te...

—No.

—Turtle...

—No.

—Te quiero —confiesa él—. No sé qué...

Turtle cuelga. Martin toca el grano de la madera de la encimera con la yema del dedo. Él reúne todas las cosas que para Turtle son verdad y que ve siempre que lo mira.

Vuelve al cuarto de baño, donde Cayenne se está enjabonando con Dr. Bronner's. Turtle se sienta en el borde de la bañera. La habitación huele a menta. Mira las setas que crecen en el alféizar y luego a Cayenne, la escudriña, y descubre que le encantan los hombros de la niña, la cresta del omoplato moviéndose bajo esa piel de un pardo rojizo suya, las cuencas sin vello de las axilas cuando levanta los brazos. Aún lleva la férula y la venda en el dedo, envuelto ahora en una bolsa de plástico. Turtle piensa: «espero que no te pase nada nunca. Espero que sigas siempre así», y se queda sentada pensando eso, arrepintiéndose de todo, pensando: «Dios santo, podrían causarle ese daño a una niña así, y mírala. Mírala».

Cayenne señala las setas del alféizar y pregunta:

—¿Cómo sería ser diminuta, Turtle? Todas esas setas serían como árboles, ¿no?

Turtle sonrío y no sabe qué decir, se limita a sacudir la cabeza, y luego cambia de opinión y razona:

—Vivirías con miedo de la comadreja de la cola negra.

—¿La que vive debajo del suelo de la cocina?

—Ésa.

La idea hace que Cayenne asienta con aire sumamente sombrío, ya que no había pensado en los peligros, pero ahora los acepta. Después propone:

—Creo que deberíamos bautizar a la comadreja. Está mal que no tenga nombre.

—¿Qué nombre le pondrías?

—*Dilbert* —responde Cayenne.

—¿*Dilbert*?

—O, si no, *Rodrigo*.

Las dos niñas permanecen calladas. Turtle coge el arma y empieza a limpiarla con un trapo.

—No sé qué setas son —confiesa Turtle.

—Ah —replica Cayenne.

Observa cada movimiento de Turtle.

—Turtle —la llama nuevamente.

—Agallas —dice Turtle.

—Ah —responde la niña—. Pero me gusta más *louvers*.

—A mí también —conviene Turtle—. Pero ¿no es un museo? ¿El Louver?

—No —niega Cayenne.

—Ah —contesta Turtle—. Pensaba que sí. En algún lado.

—¿Como dónde, Turtle?

—No sé.

—¿Dónde, Turtle?

—¿En San Francisco?

—¿Crees que San Francisco es más grande que Wenatchee? —pregunta Cayenne.

—No sé —admite Turtle—. No he ido nunca.

—¿A Wenatchee? —quiere saber Cayenne.

—A ninguno de los dos sitios.

Después de cenar, ella y Martin se sientan en el porche a charlar. Martin

fumándose un puro, escrutando la ceniza en busca de la brasa, a oscuras. Cayenne está dentro, leyendo. El sol ya se ha puesto. Él bebe y lanza los botellines vacíos de lado al campo. Turtle está sentada con la culata de la escopeta de tiro al plato contra el muslo y dispara a cada botellín en el punto más alto de su vuelo. En la oscuridad, da la impresión de que los botellines a los que acierta se desvanecen, su reluciente paso sencillamente detenido.

—¿Alguna vez has oído hablar de un bicho que pone sus huevos en la gente?

Él coge el puro del brazo de la silla, es como si se replegara en sí mismo.

—¿Papi?

—Pues, la verdad —le responde—. No lo sé.

—¿Nunca has oído hablar de eso?

—Pues no sé.

—¿Qué?

—¿Dónde has oído eso?

Turtle guarda silencio.

—Los que se ponen de meta, ratoncito, tienen alucinaciones con bichos que se les meten debajo de la piel. Se hacen heridas en los brazos, los muslos, las mejillas. A veces hasta en los ojos. ¿Es a eso a lo que te refieres?

—¿Nada más?

Él no contesta.

—¿Crees que Cayenne se ha puesto de meta?

—No, ratoncito. No lo creo.

Bebe del botellín. Turtle abre la escopeta apoyándola en el brazo y se deshace de los casquillos. Mete dos cartuchos de perdigones, cierra el arma.

—Joder —corrige—. Tal vez.

En él están todas las cosas que ella necesita saber.

—Si ella no estaba drogada, si alguien que estaba colocado le dijo que tenía bichos debajo de la piel, ella no se lo creería —discurre Turtle—. Si fueron al hospital y los médicos le dijeron que no era cierto, sabría que era mentira. Que, quienquiera que se lo contase, se equivocaba.

Martin pasa el pulgar por la boca del botellín.

—Ahí tienes tu respuesta, darling —zanja él.

—No lo creo —vacila ella.

—Prueba con éste. —Se pone de pie y arroja el botellín al campo como si fuese un lanzador de disco. Turtle dispara sin levantarse, sin llevarse el arma al hombro. El botellín describe un arco contra el cielo azul negruzco y desaparece sin más. Él sonríe. Se sienta sonriendo—. Inquietante —observa.

—No has escrito al distrito escolar.

—No.

No le hace ninguna gracia preguntarle.

—Ésa es la clase de cosas de las que te tienes que encargar, o alguien se extrañará.

Él se muerde el labio.

Es posible que no haya rellenado los papeles porque no cree que vayan a seguir así mucho más, o es posible que no haya rellenado los papeles con la esperanza de que alguien se la lleve. Si está siendo imprudente a propósito, Turtle necesita saberlo.

—Papi.

—Crees que estoy haciendo tiempo.

—¿Y es así?

—No.

Turtle espera que él añada algo. Piensa: «no hablaré antes de que él hable».

—¿Y si mandan a alguien a casa? —plantea Turtle.

—Ya.

—Ya ¿qué?

—A nadie le importa, ratoncito. ¿Tú crees que hay alguien ahí fuera controlándote? —Se pasa la lengua por los labios, lentamente, como si buscara una grieta—. Solucionaremos lo de tu matrícula. Algo se nos ocurrirá.

«No es verdad —piensa ella—. Sí les importa.»

—¿Qué hacías con Cayenne? —quiere saber Turtle.

Lo mira. Él contempla la ladera hacia la bahía de Buckhorn.

—¿Y bien?

—Pero ¿qué coño, ratoncito?



—Antes de que volvieras. ¿Por qué estaba contigo?

—Vaya una puta pregunta.

—¿Y bien?

—Dios. Dios santo.

Turtle espera.

—Hay que joderse, ratoncito.

—¿Qué? Di.

—Joder, no lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Eso es todo? ¿No lo sabes?

—Me la llevé. Eso es todo. La encontré y me la traje.

—¿Cómo?

—¿Cómo qué?

—¿Cómo te la llevaste?

Él hace un gesto mudo, como dando a entender que se topó con ella como normalmente se encuentra a una niña de diez años. Turtle quiere esperar a ver qué dice. Preguntarle cosas, necesitar cosas de él hace que se sienta de una manera en particular.

—¿Cómo la encontraste, Martin?

—Dios santo.

—¿Cómo?

Ella espera. No se puede creer que Martin lo vaya a dejar así. Por un momento está decidida a no preguntar.

—¿Cómo? —insiste.

—Dios santo. Si le das tanta puta importancia...

Lanza su botellín de cerveza a la oscuridad.

—Pues sí —afirma ella—. Se la doy.

—No fue nada. Estaba en una gasolinera y fui a mear a la parte de atrás. Un tipo tenía a Cayenne cogida del brazo y le estaba hablando. La tenía agarrada del brazo y le estaba hablando. No había nadie más. Tendrías que haberlo oído. Las dos de la madrugada y las cosas que estaba diciendo. La clase de cosas que te recuerdan a tu viejo amigo, al abuelo. Pensé: «no me voy a quedar con los putos brazos cruzados».

Hace un gesto. Ahí acaba la historia.

—O sea que simplemente...

—Deambulamos por todas esas carreteras secundarias viejas y descuidadas de Washington y de Idaho. Ella me preguntaba cosas. ¿Cómo funcionan los coches? ¿Cómo se hacen las monedas? ¿Quién inventó el dinero? ¿Quién ganaría en una pelea, éste o el otro? Parábamos, levantábamos piedras al lado del camino, encontrábamos lagartos y otros animales, sapos. Íbamos a pescar y freíamos el pescado para la cena. Sólo avanzábamos unos cuantos kilómetros al día y acampábamos. Y entonces me di cuenta de que había hecho mal en abandonarte. Lo que no era capaz de averiguar era por qué lo había hecho. Estaba como loco.

—¿Qué será de nosotros? —inquire ella.

—No lo sé.

—No lo sabes.

—Joder. Todo irá bien, darling.

—¿Eso crees?

—Joder.

—¿Eso es todo lo que me vas a decir? ¿«Joder»? ¿Es todo?

Él guarda silencio un buen rato.

Turtle piensa: «las cosas no han ido bien nunca y nada cambiará». Piensa: «ni siquiera sé cómo sería si fuesen bien. No sé lo que significaría eso. En sus mejores momentos, las cosas están más que bien. En sus mejores momentos, Martin se eleva por encima de todos y es más que cualquiera de ellos. Pero hay algo en él. Una tara que emponzoña todo lo demás. ¿Qué será de nosotros?».

Turtle deja de bajar a la habitación de Martin. Todas las noches se despierta con la brisa entrando por la ventana, la cabeza acalorada y viva, el agua deslizándose por el cristal negro de la ventana. Abajo hay una habitación donde todo se acaba. Deja que la tierra gire lentamente a su alrededor y piensa: «estás haciendo esto por algo, y si no eres capaz de ver qué viene a continuación, vive el momento». Por las mañanas se sienta con las piernas cruzadas a preparar su infusión, las hojas recién cortadas a su lado, en la encimera. Son como hojas de lanza enormes, dentudas, verdes, recubiertas de agujas de sílice. Se sirve la infusión en su taza de hierro fundido y Martin sube por el camino de grava, de vuelta de su paseo matutino a la playa. Entra por la puerta de cristal corredera con las flores de briza mojadas pegadas a los vaqueros y sostiene en alto un sobre acolchado de Correos.

—Un paquete —anuncia— para *Turtle* Alveston. Sin remitente. ¿Qué opinas, ratoncito? —Martin abre el sobre y saca un libro y una carta—. Marco Aurelio —lee—, *Meditaciones*. —Lo hojea—. Un libro de la hostia. Un libro de la puta hostia. Deberías leer esto en vez de *Lisístrata* o la mierda que hayas decidido leer. —Se ríe con amargura, pasándose la lengua por los labios, tocándoselos con el pulgar, y empieza a mirar la carta. La dobla, la parte en pedazos y la tira al fuego. Turtle se sirve infusión de la cazuela. Martin se va por el pasillo y cierra la puerta de un portazo.

Cayenne la llama:

—Turtle...

—¿Sí?

—No sabía que estuvieras leyendo algo, Turtle.

—Es un capullo.

—Ah.

Turtle se toma la infusión.

—Pero ¿sí estás leyendo algo?

—No.

Desmonta y limpia la Sig Sauer a la luz del quinqué. Introduce el cargador de un golpe, desliza la corredera y se lleva la pistola a la sien sólo para recordarse que nunca estará tan atrapada como para que no pueda escapar. Piensa: «has perdido las agallas, has perdido el valor, te han deshonrado, pero sigues aquí».

Hace una semana que no va al dormitorio de Martin. Cuando baja la escalera por la mañana, él está haciendo tortitas en un cuenco desportillado de Bauer, con la cadera contra la encimera y el cuenco bajo el brazo, añadiendo cerveza a la mezcla, haciendo gestos con la espátula. Turtle aparta la mirada de la ventana despacio y se centra en Martin, que esboza una sonrisa de suficiencia, que le ha preguntado algo. Sopla en la infusión y ve cómo se dispersa y se vuelve a formar vapor. Coge la escopeta de la encimera, se baja de un salto y se va. Se sienta en el inodoro, los pantalones por los tobillos, en la mano un test de embarazo abierto y empapado de orina, haciéndolo girar entre el pulgar y el índice, viendo cómo sale poco a poco el resultado negativo en la ventanita de plástico. Planteándose lo que eso significa. Haciéndolo girar lentamente.

Esa noche tiene el arma desmontada y extendida ante ella cuando oye que Martin sale de su dormitorio. Turtle deja de hacer lo que está haciendo y siente que cuelga por encima de sus entrañas mientras el mundo se eleva a su alrededor, asciende, y lo oye subir los nudosos peldaños de la escalera. Ensambla la pistola: el cañón en la corredera, el muelle recuperador en la guía, la guía tensa contra el cañón, la corredera fija en el armazón, el tope de la corredera asegurado, el cargador en el hueco. Después tira de la corredera para meter una bala en la recámara, dejando que él lo oiga. Martin se detiene al otro lado de la puerta. Ella lo espera. El pomo gira. Él entra y parece sorprenderle encontrarla ahí, sentada con las piernas cruzadas ante el

quinqué, rodeada de botes de disolvente en polvo, desengrasante y aceite.

—Esto está limpio —comenta él.

Ella no dice nada.

—Muy bien, darling —añade él—. Muy bien.

Turtle cierra la puerta después de que él se vaya y se sienta con la espalda contra ella, odiándolo. «Me castigará por esto —piensa—. Querrá darme una lección por esto, por lo que estoy haciendo, y estoy segura de que la aprenderé.»

Turtle hierve su infusión, se sienta en la encimera y observa a Cayenne, que sale del saco de dormir. Ya ha terminado de leer sus libros de vampiros, ahora está leyendo *Liberación*.

—¿Qué tal está? —se interesa Turtle.

Cayenne arruga la nariz.

—Un poco *raro*.

—¿Por qué?

—No sé —arruga toda la cara—, es *raro*.

Esa noche Turtle está sentada afilando el cuchillo, escuchando el silencio del pulido, arrepintiéndose de todo. Piensa: «sube. Quiero que subas. Lo siento, lo siento, lo siento, y si subes, todo irá bien. Será igual que antes». Sabe qué debería hacer. Debería bajar a su habitación. Pero no puede hacerse eso.

Por la mañana Martin tiene una expresión sombría, triste, como si se odiara a sí mismo. Abre la nevera, saca su cerveza y la abre golpeando la chapa, sale y baja los escalones del porche. Turtle se queda mirándolo mientras se aleja, y piensa: «que sea lo que Dios quiera».

Se queda fuera, contemplando la cala Buckhorn, un buen rato. Turtle espera esa noche, desarmando la Sig Sauer y armándola, la escopeta a su lado con una canana de cincuenta y cinco cartuchos, cogiendo a Marco Aurelio, abriendo el libro y leyendo a la luz del quinqué, tirando el libro y cogiendo de nuevo el arma, extrayendo la corredera del armazón y quedándose con ambas cosas en las manos, mirándolas.

Entonces oye que se abre la puerta del dormitorio de Martin, oye que éste va por el largo pasillo a la sala de estar, donde arranca la escalera que sube a

su habitación. El cuerpo entero le hormiguea. Aguza el oído. Martin entra en la sala de estar y se queda quieto al pie de la escalera, y Turtle espera, pensando: «vamos, sube, cabrón. Puede que me hagas daño, pero no podrás romperme nunca, así que sube la escalera, hijo de puta, y a ver cómo te las gastas». Nota un cosquilleo en el cuero cabelludo. Es como si la piel se tensara. El miedo crece en ella. Oye que le susurra algo a Cayenne, el sonido que hace al cogerla en brazos, aún en las mantas, y después sus pasos pesados, desiguales, por el pasillo cuando lleva a la niña a su habitación.

Turtle piensa: «gracias a Dios que es ella y no yo». A continuación se levanta y se tira del pelo. Se acerca a la puerta y apoya el puño en ella. «No es culpa tuya —piensa—. Esto no es cosa tuya. No le debes nada a esa niña. No puedes hacer nada al respecto.» Vuelve a la ventana y se sienta, mordisqueándose los nudillos. «Aunque Jacob no tendría la menor duda de que podrías parar esto, ahí se ve lo poco que sabe de ti y lo poco que sabe de la vida.» Coge la Sig Sauer y se la enfunda, coge la escopeta y se la echa al hombro. Después abre la puerta y piensa: «hija de puta, ¿qué haces, Turtle, qué haces?».

Enfila el pasillo, las botas suaves y desgastadas. Se detiene y aguza el oído, pero no oye nada aparte de su propia respiración y de su corazón, y piensa: «Dios santo, amiga, respira bien». Baja a la sala de estar. Permanece inmóvil, con la escopeta en la mano. Al final del pasillo, la cama nueva cruje, y cruje de nuevo. Turtle deja atrás el cuarto de baño a la izquierda y luego el recibidor a la derecha, con sus veintidós cráneos de oso, después la despensa a la izquierda y llega a la oscura puerta de Martin, al fondo del pasillo, al pomo de cristal tallado.

Es sumamente consciente de su propio olor en la oscuridad. Las rodillas le flaquean; apoya la frente en la madera. Al otro lado, un jadeo doloroso, una respiración entrecortada. Un silencio prolongado y luego otro jadeo, medio ahogado. Turtle se queda donde está y piensa: «puedes darte la vuelta ahora, porque no tienes ningún plan y no hay nada que puedas hacer ni ningún lugar al que puedas llevar a esa niña. No te la puedes llevar y no la puedes mantener a salvo, y pensar lo contrario es estar ciega. Recuerda quién es él. Mucho más grande que tú. Mucho más fuerte y listo, con mucha más

experiencia». Piensa: «morirás. Fracasarás y morirás, ¿y para qué? En el instante en el que saques a esa niña de esta casa, Martin cogerá la carretera de la costa, irá a casa de Jacob y lo matará. Eso es lo que estás poniendo el peligro, la vida de Jacob... y la tuya. Y tampoco le hará tanto daño a esa niña. Le hará lo que te hizo a ti noche tras noche durante años, y aquí sigues».

Después piensa: «si subo la escalera, habrá una parte de mí que tendré que mantener en penumbra cuando recuerde esto y jamás conseguiré hacer las paces con ella, pero si entro ahí ahora y hago lo que pueda, ésta será una historia que me podré contar, con independencia de cómo acabe». Más que nada, más que la vida misma, quiere recuperar a Jacob Learner, quiere recuperar su propia dignidad. Piensa: «muy bien, pedazo de puta, deja la mente en blanco y a trabajar». Piensa: «si vas a hacer esto, lo tienes que hacer a la perfección».

Prueba el pomo de la puerta. Luego quita el seguro y tira del guardamanos para dejar a la vista las fauces abiertas de la recámara. Introduce la bala redonda y desliza el guardamanos. Nota el crujido del cerrojo al cerrar. Se apoya la culata en el hombro y revienta la cerradura. Su oído, sensibilizado por el silencio, desaparece al instante. Abre la puerta de una patada, recargando la escopeta al entrar. Martin pega una sacudida en la cama y se lanza hacia la mesita de noche. Da un manotazo a botellines y revistas intentando coger la Colt, y Turtle la vuela de la mesa de un disparo, la escopeta lanzando una llamarada y un botellín de cerveza perdiendo su cuello de cristal, espumeando; el casquillo expulsado queda suspendido en el aire a su lado, girando mientras describe un arco hacia la oscuridad. Martin se quita las sábanas de encima, sale de la cama, da un solo paso hacia ella, enorme y desnudo, sus muslos inmensos y brillantes en la oscuridad, el pecho profundo y negro, velludo, y Turtle sube la escopeta.

—Espera... —dice.

Acto seguido Martin está encima de ella. La abofetea con el dorso de la mano. Turtle se golpea la cabeza contra la jamba y cae al suelo en el pasillo. Él emerge de la oscuridad, inmenso, se arrodilla encima de ella, le agarra el cuello con ambas manos y la empuja contra el suelo. Turtle profiere un ruido ahogado, sofocado, y a continuación todos los sonidos se apagan. Lo coge

por la muñeca, pero no puede zafarse de él, como no podría hacerlo si la mantuviera sujeta un clavo de vía.

—¿Dispararme *a mí*? —exclama él—. ¿Dispararme *a mí*? Yo te hice. Eres *mía*.

No se revuelven, ni tan siquiera se mueven, pero se tensan el uno contra el otro ahí, en el pasillo. Martin tiene un rictus asesino. La cabeza de Turtle se llena de una angustia silente. Nota cómo se le hunden los dedos de él en el cuello, la carne tensa casi hasta romperse. En la cara se le está formando una costra, como una máscara. Es consciente de ello a pesar de la increíble, tremenda necesidad de aire que siente, y también es consciente de que el velo del paladar le pica, de que los ojos le pican conforme los vasos capilares se derraman en su piel.

Turtle lo agarra de los dedos, que están enterrados en los pliegues de su piel. Es como tratar de arrancar raíces de un suelo pedregoso. Se araña la piel. La palma de él se ahueca y Turtle mete el pulgar debajo, la uña abriendo un surco profundo, sanguinolento en su propia garganta. Desesperada, desliza el pulgar por la palma de él hasta llegar al meñique de la mano izquierda. Pugna por respirar. Tiene la cara hinchada, dilatada de sangre, su visión se estrecha, se vuelve gris, negra, y pierde profundidad, vasos negros como la tinta se abren en el lado izquierdo.

Él la levanta y la estrella de nuevo contra el suelo, Turtle intentando a la desesperada levantarle el meñique de la mano izquierda, tirando de él, su pulgar enganchado debajo. Con una lentitud atormentadora, empieza a separar ese meñique del resto de dedos, pugnando por hacer palanca.

—¿Dispararme a mí, zorra? —espeta él—. Yo te *hice*. —La levanta y la estampa una vez más contra el suelo, tratando de dejarla inconsciente, tratando de zafarse de sus manos. Turtle ve destellos. Rodea con el puño entero el meñique de él, tira con fuerza y le aparta la mano. Él para bruscamente, antes de que ella le pueda romper algún hueso de la mano.

Incluso liberada, Turtle se queda donde está. No se puede levantar. No puede respirar. No sabe por qué. Aunque ahora que ya no lo tiene encima es incapaz de coger aire. No hay borboteo, no suena el aire. No tiene sentido. Se tumba boca abajo y se arrastra por el suelo. «Voy a morir —piensa—. Voy a



morir en este puto sitio. En este pasillo.» Quiere gritar pidiendo ayuda, pero no puede. Tiene algo aplastado en el cuello. Se revuelca, pugna por respirar, y entonces Martin se le acerca por detrás y le da una patada en la ingle.

Ella se arquea en silencio y acto seguido se desploma.

—Put*a perra* —escupe él—. Put*a...*, put*a...*, put*a perra*. Eres mía. Mía. Mía —vocifera.

No parece entender por qué está Turtle en el suelo. Se queda quieto, perplejo. Ella sigue sin poder respirar. Su sed de aire es una urgencia que lo absorbe todo. Él le da otra patada. Sintiendo un dolor atroz, Turtle araña la madera del suelo. Su diafragma se contrae violentamente. Se endereza y nota que le llega aire a la boca..., una bocanada fría, fría contra sus dientes. Se agarra de la puerta entreabierta de la despensa. Piensa: «levántate, Turtle. Te tienes que levantar. Te tienes que levantar».

—Eres una perra. Una *puta* —repite Martin.

Ella se pone de rodillas, tambaleándose, toma una gran bocanada de aire sanguinolento, se agarra al pomo de la puerta de la despensa para sostenerse. Piensa: «muy bien, puta. A ver de qué pasta estás hecha». Coge aire otra vez. Frío y doloroso y bueno. «Muy bien —piensa—. Se acabaron los jueguecitos.»

Martin coge la escopeta y va hacia ella, diciendo:

—Mía, eres mía. —Llega a su lado y le pone el arma en la cara. Martin está demasiado cerca. Nunca ha sido capaz de hacer nada bien.

Turtle mira por el gran cañón negro de la escopeta como si mirase una pupila, pensando: «nunca te ha cuidado, nunca ha creído en ti». Todo se derrumba, cada gesto, cada cosa se desploma sobre sí misma, libre de duda y vacilación. Estira el brazo y coge el cañón de la escopeta justo por detrás del punto de mira. A continuación tira del arma hacia sí como si fuese una barandilla y se sirviese de ella para subir la escalera, desviando el cañón de su cuerpo. No hay esfuerzo ni sensación de esfuerzo. Sus intenciones simplemente se convierten en acciones.

El arma se dispara. Vomita una lanza de sonido y fuego candente que le pasa rozando la cadera y se estrella en la pared. Martin, que no ha soltado la empuñadura, se desplaza hacia delante con ella, tropieza, pierde el equilibrio,

boquiabierto y sorprendido. Está siendo demasiado rápido para él y no puede hacer nada. Turtle tira de él hacia abajo, donde quiere que esté. A continuación planta los pies y le clava el codo en la mandíbula.

No hay dolor, pero siente el golpe hasta en los talones. Martin se tambalea hacia atrás. Se da contra la pared y cae.

Turtle agarra el arma por la culata y la recarga. El casquillo sale despedido y tintinea por el suelo, humeando. Se queda donde está. Con cada respiración, el mundo a su alrededor adquiere color, profundidad. No va hacia él. Hay una mancha de sangre en la pared. Trata de hablar, pero sólo le sale un sonido áspero, doloroso. Tiene algo dañado en la garganta. Las cuerdas vocales, algo. Martin está tirado boca abajo.

«Mátalo —piensa—. No dejará que te vayas.» Él levanta la cabeza y mira a su alrededor. Hay un trozo de diente en el suelo, y sus ojos se fijan en él. De la boca le caen hilos de sangre que gotean. Sus pupilas se han vuelto aros. Sus piernas se mueven inútilmente. Turtle piensa: «aprieta el gatillo, hazlo». Podría hacerlo si fuera preciso, pero duda que lo sea. Martin se incorpora, se sienta contra la pared, las piernas extendidas frente a él, se la queda mirando. Sus manos descansan inútiles a los costados. Su pecho sube y baja. Parece aturdido.

Turtle abre la boca para preguntarle algo y profiere un sonido agrietado y sanguinolento. Él la mira desde el suelo y ella trata de interpretar su mirada, pero está vacía, carente de expresión. Abre y cierra las manos en torno al guardamanos anillado de la escopeta. Los hombros de él están surcados de tendones, anudados con grandes puñados de músculo; el cuerpo, nudoso y cuajado de sombras; los músculos, abultados en fajas sobre las costillas, que se abren y se cierran con su respiración laboriosa. En esa postura, encorvado, se forman pliegues en su poderoso estómago. Ha levantado y doblado las piernas y sus pies descalzos descansan en la madera del suelo, culebreados de venas, un abanico de huesos sobresaliendo de ellos, el arco alto, los dedos gigantes y rechonchos aferrándose a las tablas. No le quita los ojos de encima.

Ella pasa tambaleándose junto a él, pegada a la pared, y va hasta donde está Cayenne, acurrucada en la cama, estrujando las arrugadas sábanas. Turtle

le tiende la mano izquierda, con los dedos torcidos, y la niña se queda mirando la oscuridad. Turtle casi no se tiene en pie. Apunta a la niña con la escopeta y blande el cañón para indicarle que se mueva, y Cayenne grita, se lleva las manos a la cara y se calla de golpe. Turtle se sube a la cama, coge a la niña del pelo y la arrastra por el pasillo, tratando de evitar que vea a Martin, hasta el recibidor. Los cráneos de oso despiden un brillo amarillento en la oscuridad, la araña surge formidable, suspendida de las vigas llenas de telarañas, los grandes cuellos de cisne de latón reflejando la luz. Turtle sostiene la escopeta con una mano y arrastra a la niña con la otra.

Martin se aclara la garganta, tose.

—No te vayas —pide, la voz pastosa, arrastrando las palabras.

Turtle lo apunta con la escopeta y Cayenne se pega a ella, hundiendo la cara en su estómago, abrazándose a ella y agarrando la camiseta de tirantes y la camisa de franela con los deditos. Él abre las manos, las extiende a modo de muda súplica. Turtle abre la enorme puerta de roble del recibidor y empuja a Cayenne hacia el camino. Va hasta la camioneta del abuelo, abre la puerta del copiloto y la niña se sube, torpe y desnuda, abrazándose el cuerpo. Se vuelve y lanza a Turtle una única mirada de pánico, el pelo enmarañado. Turtle pega un portazo, vuelve la cabeza. Ve a Martin por la puerta abierta del recibidor. Trata de averiguar qué hará. Si Martin lo sabe, no da señales de ello. Da la impresión de estar mirando al suelo o sus propias manos, abiertas. «No me sigas —piensa ella—. No me sigas, hijo de puta.»

Da la vuelta a la camioneta y se sube. Podría dispararle a las ruedas de su camioneta, pero si va a ir tras ella, quiere que lo haga ya mismo y quiere que esté en un vehículo que ella reconozca. Las llaves están puestas. Enciende las luces, mete primera y baja ruidosamente por el camino. Cayenne se desliza por el asiento de vinilo y apoya la cara en el regazo de Turtle, los ojos cerrados, dando sacudidas y con espasmos, y Turtle le pone una mano en el pelo, junto a la mejilla. La camioneta derrapa al entrar en la negra, conocida carretera, y al ver esa extensión limpia de asfalto, la línea divisoria amarilla, los buzones, los montículos de tritomas, lanza un suspiro de alivio. Sube una mano y se toca los surcos que sus propias uñas le han abierto en el cuello. Mueve el retrovisor y ve que su cara está salpicada de vasos capilares rotos

debido a la estrangulación. Cuando abre la boca, el interior es de un púrpura negruzco, sus dientes enmarcados de rosa.

Turtle intenta decir algo y no puede; su boca se abre y se cierra con un clic. Cayenne alarga un brazo, se agarra al muslo de los vaqueros de Turtle y cierra la mano lentamente en un puño. Turtle mira a la niña. Cayenne junta las piernas, abrazándose el estómago con una mano. Con la luz de dentro apagada, la cabina casi está a oscuras, pero Turtle entrevé a la niña, envuelta en una luz plateada, con los faros de los coches que pasan. Ve la media silueta de una mejilla argéntea, la media luna de un ojo, media boca abierta, planos de su rostro atrapando la luz y su pelo negro engulléndola.

A unos dos kilómetros, Turtle se detiene nada más tomar una curva cerrada. Están en la oscura, sinuosa carretera que discurre junto a los acantilados que se alzan al sur de Mendocino. Cayenne se incorpora sin decir palabra. Turtle mete la marcha atrás y retrocede por la curva. Mira el retrovisor con atención. No puede girar el cuello lo suficiente para volver la cabeza. A su derecha, el terraplén está sumido en la oscuridad. A la izquierda, sus faros iluminan el quitamiedos, el acantilado, descollando sobre el océano. Turtle mete primera y toma la curva otra vez, despacio, sin perder de vista el terraplén, el quitamiedos, sin perder de vista la carretera cuando la tiene delante. Los faros alumbran el quitamiedos, pero no la pendiente arbolada de la derecha. Avanza unos cien metros, para a la izquierda de la carretera y se queda sentada en la cabina, escuchando el tictac del motor.

—¿Qué pasa, Turtle? ¿Qué pasa? —pregunta Cayenne.

Turtle no es capaz de sacudir bien la cabeza. La mueve un poco a la derecha, un poco a la izquierda.

—¿Qué pasa, Turtle?

—Espérame aquí —ordena Turtle.

—¿Qué?

—Espérame aquí.

—Turtle, no quiero... ¿Qué? —Está llorando, sacudiendo la cabeza.

«No permitiré que Martin haga daño a nadie —piensa Turtle—. No permitiré que vaya por Jacob o Cayenne para castigarme. Pero no le haré daño a menos que sea necesario.» Sabe que Martin tiene la dirección de

Jacob. Supone que es ahí adonde irá a buscarla. De todos modos no puede ir a ningún otro lado, por miedo a que él vaya a casa de Jacob sin que esté ella allí. Martin ha reducido eficazmente sus opciones a una.

—Turtle...

Turtle se reclina en el asiento de vinilo. Está agotada. Se le está agarrotando el cuello. Tiene la boca llena de sangre, de los labios cortados. Le cuesta tragar. Abre la boca para hablar y le sale sangre, le corre por la camisa. Trata de sacudir la cabeza, pero tiene el cuello demasiado tenso. Abre la puerta de una patada, se baja y se apoya en el guardabarros, masajeándose el músculo de la ingle.

—No te vayas —suplica Cayenne—. No, no, no, no te vayas.

Turtle busca la bandolera y se da cuenta de que la ha perdido. Tiene cuatro cartuchos en la escopeta, cinco en la canana y quince balas expansivas de 9 mm en la Sig Sauer. Cierra de un portazo, cruza la carretera mientras saca los proyectiles cerosos, corrugados de la canana y los introduce en el cargador, impulsados por el muelle, notando cómo encaja cada uno con un clic. Sube al terraplén y se tumba entre los arbustos coyote para poder efectuar un disparo limpio a la cabina a través del parabrisas. Se encuentra en la parte interior de la curva. El ángulo no es bueno, pero quedará fuera del alcance de los faros, y Martin estará mirando hacia delante y a la izquierda. Espera que pegue un frenazo cuando vea la camioneta del abuelo. Sólo podrá disparar una vez. Tal vez dos. Luego disparará a las ruedas. No se puede apoyar en el codo, lo tiene magullado, negro. Ni siquiera recuerda que se hiciera daño en él. Tuvo la sensación de que no hacía esfuerzo alguno. Pero ahora el brazo entero se le está agarrotando. Piensa: «en cuanto salga de la curva, si sale de la curva, ni te lo pienses. Atraviesa el parabrisas. Si te da la oportunidad, le encajas otro disparo». Le duele toda la cara. No siente los labios. Martin la había abofeteado con tal fuerza que la había levantado del suelo. Ella estaba intentando decir algo. Tenía ventaja y había pensado que él se detendría. Había creído que daría un paso atrás, que levantaría las manos. Pero se se había abalanzado contra ella. Sin dudar. Observa por las miras de la escopeta, vigila la carretera desierta, tiritando con la brisa. Casi muere por ese puto error. Ha estado a un puto pelo. «Suerte —piensa—. Pura suerte que

haya comenzado a respirar de nuevo.» Te aplastan la tráquea así y no tiene por qué volver a abrirse. Ha estado cerca. La gente muere por muchísimo menos.

Dios, ojalá tuviera su .308. Bueno, tendrá que apañarse con lo que tiene. Con la escopeta y una pistola está más o menos limitada a lo cercano y personal. Permanece a la espera, la noche se vuelve más fría, la brisa mojando la hierba a su alrededor, y piensa: «quizá, quizá». No hay coches. Es posible, puede que sea posible, que las haya dejado ir. Oye el motor de un coche que se acerca. Espera. «No es él —se dice a sí misma—. No es él, porque nos ha soltado.» Han pasado dos horas, casi tres. Espera, tiritando. Ve la camioneta del abuelo delante, en la carretera, pero no ve a Cayenne. Confía en que la niña esté bien. Ha de estar aterrada, esperando sola en la camioneta, pero sobrevivirá a eso.

Un Subaru verde toma la curva. Los faros alumbran la camioneta y el coche reduce la velocidad justo cuando pasa por la mira de Turtle, que observa a la mujer que va al volante a través de la escopeta. Sentado detrás, un niño va mirando el bosque. Su aliento empaña la ventanilla, y después se dejan de ver.

Le duele todo el cuerpo. Piensa: «¿adónde irás después? ¿Qué harás después?». Pero sólo hay un lugar al que puede ir. Turtle se queda tumbada en la hierba, esperando a que Martin tome la curva. «Vamos, cabrón», piensa. Él no llega. Después de esperarlo durante horas, se levanta a duras penas, procurando no hacerse daño en el amoratado cuello, y vuelve cojeando a la camioneta.

Cayenne ha encontrado el chaquetón del abuelo y se lo ha puesto. Está acurrucada en el asiento, temblando, tiritando como un perro. Al principio Turtle cree que la niña está dormida, pero al subirse a la camioneta, con cuidado y haciendo todo lo posible para no girar la cabeza, ve el resplandor de un ojo abierto en la oscuridad. Pone la mano en las llaves. «Quizá —piensa—. Quizá.» Se inclina y escupe en el vaso Big Gulp del abuelo. Quizá. Gira la llave.

Van al norte atravesando Mendocino. Atravesando después Caspar. Fort Bragg. Dejan atrás aparcamientos vacíos, edificios a oscuras. Esperan en un

semáforo sin que se vean más coches. Continúan hacia el norte. El reloj digital verde marca las 0.00, pero ha de ser casi por la mañana. Las dunas invaden la sinuosa, oscura carretera, apenas visible entre hileras de eucaliptos. Los acantilados descienden abruptamente más abajo. Cruzan el puente del Ten Mile, el estuario oscuro y asfixiado por las algas, con los pilotes de muelles podridos extendiéndose desde las márgenes cubiertas de juncos y el gran, parsimonioso brillo del río. Una vez cruzado el puente, Turtle y Cayenne siguen una carretera recién asfaltada que discurre junto a casas de chillas de secuoya con decorativas paredes de lascas de pizarra, caminos de acceso de hormigón sin marcas de neumáticos, jardincitos con cistáceas y pinos pátula cubiertos de un mantillo de astillas recién cortadas.

Dan la vuelta y casi atropellan a una chica con un vestido rojo fruncido. La lleva a caballito un chico que luce un esmoquin, el vestido subido, el chico pugnando por avanzar con una cerveza en la mano. Entornan los ojos cuando les da la luz de los faros. Cayenne y Turtle esperan en silencio mientras la chica, riéndose tanto que apenas se puede mover, se intenta bajar de la espalda del chico y cae al suelo. Lleva los tacones en una mano y los agita en el aire como para disculparse. Cayenne y Turtle esperan. Un muchacho con un esmoquin blanco ancho, acampanado, sale corriendo de los arbustos, perseguido por un ganso. Se detiene a ayudar a la chica que se ha caído y el ganso extiende las alas y silba. El chico tira de la chica para levantarla y se quita de en medio como buenamente puede, el ganso siguiéndolo. Turtle mira a Cayenne y a continuación levanta el pie del freno y la camioneta se aleja de los adolescentes.

La carretera se despliega ante ellas, los faros cortan la hierba alta, dorada, mecida por la brisa. Toman una curva y ante ellas aparece la casa de Jacob, en el camino de acceso hay unos quince coches. Turtle apaga las luces y entra despacio. Una chica pelirroja alta, con una tiara, está en el porche, con las manos en la balaustrada, mirando más allá de los coches aparcados. Luce una banda plateada que pone: «FIESTA DE BIENVENIDA». Entre dos dedos, una colilla fina. «Pero qué coño —piensa Turtle—. ¿Qué coño?» Lo que quiera que sea aquello, parece que está tocando a su fin.

Turtle aparca detrás de una furgoneta grande cubierta de pegatinas que



ponen: «REPUBLICANOS POR VOLDEMORT», «MI OTRO COCHE ES UNA SETA MÁGICA» y «LAS ARMAS NO MATAN A LA GENTE / LOS AGUJEROS EN ÓRGANOS VITALES MATAN A LA GENTE». Dentro duermen alumnos de instituto. Turtle echa el freno de mano, apaga la camioneta. Cayenne se inclina hacia delante, el chaquetón por los hombros, chupándose el pulgar, mirando por encima del salpicadero a la chica pelirroja. Turtle abre la puerta, saca una pierna. Algún músculo en su ingle se ha tensado. Se queda esperando, recuperando el aliento que ha perdido por el dolor. Luego se baja y se queda apoyada en la camioneta, masajeándose la cadera con los nudillos. Rodea con dificultad la camioneta para ir a la puerta del copiloto, la abre y deja la escopeta en el capó, mete las manos por debajo de las axilas de Cayenne, la baja, coge la escopeta y lleva a la niña de la mano a lo largo de la fila de coches, Subarus y Volvos herrumbrosos, por el oeste la luna inclinándose blanquecina y horadada de cráteres en las ventanas negras. Dentro, las sombras incoloras de los que están durmiendo. La pelirroja las ve subir al porche. Turtle abre la puerta de doble hoja que da paso a un recibidor. En la pared, dos retratos de hombres curtidos, la barba enmarañada, uno con un rifle de la guerra civil y el otro con una escopeta de doble cañón. La leyenda reza: «CAZADORES DE INDIOS DEL RÍO EEL». Tienen los ojos vidriosos. Contra la pared hay una pareja, besuqueándose, la chica con un disfraz enorme de dinosaurio verde. Por el suelo, botas y zapatos de vestir, zapatillas de deporte, tacones. Pasan por la intersección con forma de T al pasillo con la vitrina de suelo a techo con cestas de los indios pomo. Un abanico de luz entra por la puerta entreabierta que hay más allá. Ven las paredes festoneadas de libros, un atisbo de alfombra blanca, el charco de seda roja de un vestido en el suelo. Turtle abre la puerta con la escopeta y pasan a la sala de estar. En el centro, media docena de alumnos de secundaria está jugando al Monopoly. Brett es uno de ellos, tirado en el suelo con un traje de pana marrón con coderas de piel. Los demás llevan trajes prestados; las chicas, vestidos. Hay dinero desperdigado por el suelo y sujeto bajo los bordes del tablero. Unos ventanales dan al porche que rodea la habitación y a la bañera de hidromasaje, donde dos chicas desnudas están sentadas en el borde lleno de

velas, los vestidos en la barandilla del porche, las zapatillas de ballet juntas, la blanca espalda arqueada, las crestas de los omoplatos moviéndose con los brazos. En un rincón de la sala, un piano de cola, y encima del piano, un par de salones y un bolsito rojos.

Una de las chicas que está sentada en el suelo se incorpora. Es Rilke, de la lejana clase de Anna, del lejano autobús al colegio. Se ha rizado el pelo, las ondas le enmarcan la ovalada cara. Lleva un palabra de honor rosa con medias, pero va descalza. Se queda mirando a Turtle, la boca abriéndose poco a poco hasta convertirse en una O de sorpresa, los labios brillantes. Turtle hace pasar a Cayenne a la sala de estar. Brett levanta la mirada, se detiene.

En el silencio conmocionado que se hace, Turtle pronuncia con dificultad el nombre de Jacob. El sonido le espanta incluso a ella.

Rilke exclama:

—Dios mío.

—¿Turtle...? —logra decir Brett.

—Dios mío.

Turtle hace un gesto con la escopeta: que se vayan, todos. No sabe cómo conseguirlo. Tiene que dar con él. Todo lo demás es secundario, lo primero es encontrar a Jacob. Ése es el plan que tiene en su cabeza: dar con Jacob. Sacar a todo el mundo de la casa. Que se busquen dónde refugiarse. Puede que Martin venga o puede que no venga. «Pero —piensa ella— no vendrá.» Si fuera a venir, ya lo habría hecho. No esperaría casi cuatro horas para perseguirla. La perseguiría de inmediato. O al menos eso es lo que ella cree. Y puede mantener a salvo a Jacob. De eso está segura. Los dos juntos lo pueden conseguir.

—¿Es...? —empieza a decir una de las chicas.

—Turtle —comenta Brett—. Turtle, te miro y es como si te hubieran *colgado*.

—Jacob... —insiste ella. La voz se le quiebra y le falla.

—¿Qué?

—Dios santo, escúchala.

—Dios mío.

—Turtle, no te oigo —se disculpa Brett—. ¿Quieres ver a Jacob? ¿Eso es

lo que has dicho? ¿Qué... qué ha pasado? ¿Qué pasa?

Cayenne está escondida detrás de Turtle, aferrada a su mano y colgada de su camisa de franela. Rilke, que se ha levantado, mira a Cayenne y se tapa la boca con las manos despacio, de la impresión.

—Dios mío —repite. Turtle no le hace caso—. Brett —lo llama Rilke a través de las manos ahuecadas. Como no responde, lo llama otra vez—. Brett...

Una de las chicas sugiere:

—Que alguien busque un teléfono fijo. Que alguien llame a la policía.

Los móviles, recuerda Turtle, no funcionan en ese sitio.

—¿Dónde —inquire Turtle con dificultad— está Jacob?

Jacob sabrá qué hacer. Sacará a todo el mundo de ahí. Y sobrevivirán a esto juntos.

—Eh... —responde Brett, mordiéndose el labio y mirando a su alrededor, como si pudiera estar en la sala—. A ver, podría estar en cualquier parte. Pero ¿dónde? Pues no lo sé...

—Brett —insiste Rilke en voz baja, enérgicamente. Brett la mira—. Brett, la niña —apunta.

Turtle mira a Cayenne. En un principio no ve nada, pero luego se da cuenta. Tiene sangre en las piernas. Le ha corrido por la parte interior de las rodillas y por las espinillas, está seca y encostrada. No parece que sea mucha.

—Dios mío —exclama Rilke. Se arrodilla. Da la impresión de que no sabe qué hacer con las manos. Alarga el brazo para tocar a Cayenne, pero retira la mano y se la lleva a la boca como para no gritar. Cayenne se asusta—. Madre mía, madre mía —repite Rilke.

Turtle agarra a Brett, tira de él.

—Necesito ver a Jacob. —Tiene la voz áspera y cascada.

—Turtle..., parece que tienes sangre en el blanco de los ojos..., ¿estás bien? —pregunta Brett.

—Jacob —repite ella. Es todo lo que puede decir.

Brett levanta los brazos, los deja caer.

—Ya te lo he dicho, Turtle. ¡No lo sé! No está en su habitación. No está aquí. Yo lo único que sé es que cuando Imogen decidió hacer esta fiesta él

dijo que no vendría. Trató de convencerme de que me fuera a hacer senderismo con él a Inglenook Fen y yo le dije: «Que le den al senderismo, yo voy a la fiesta». Pensaba que no querías saber nada de él. Joder... *Él* cree que no quieres saber nada de él.

Turtle se queda de piedra. Jacob no está. Y ella no sabe qué hacer. Ante esa imposibilidad, nota que se queda sin fuerzas. El mundo se vuelve gris y plano debido al estrés, su visión se estrecha por los lados, como si la habitación se estuviera apartando de ella, y al retirarse, la escena, esa gente, esa casa, todo se torna más extraño, más oscuro, impenetrable e innavegable. El suelo gira, y durante un instante teme caerse.

—¿Turtle? —la llama Brett.

Ella los mira boquiabierta. Brett le está hablando, y Rilke está arrodillada delante de Cayenne, dándole palmaditas de manera incontrolable, dejándose llevar por el impulso frustrado de reconfortarla de un modo más efectivo. La gente está hablando. Turtle se da cuenta de que depende de ella. Sacar a toda esa gente de ahí. Ponerla a salvo por si viene Martin. Se está dando cuenta del error colosal que ha cometido y, presa de un pánico creciente que la oprime, intenta pensar qué hacer.

—Turtle... —insiste Brett.

Ella se queda donde está.

—Turtle..., ¿qué *pasa*?

Turtle va hacia la estantería. Junto a un sujetalibros hay un tarro de barro lleno de bolígrafos. Le da la vuelta, coge un rotulador Sharpie, se acerca a la pared y escribe:

Saca a todo el mundo de aquí

—¿Qué? —pregunta Brett. Se queda mirando las palabras—. ¿Qué?

Turtle escribe:

Deprisa

Un semicírculo de desconocidos la mira fijamente.

—Oh, no —exclama Rilke.

—Pero ¿ahora? —pregunta Brett.

—Algo va mal —observa Rilke.

Turtle les indica con la escopeta que se vayan.

—Espera —pide Brett—. ¿Por qué? ¿Cómo? Hemos cogido las llaves de todo el mundo...

Turtle hace otro gesto con la escopeta, pero mientras lo está haciendo se da cuenta de lo absurdo que es. La casa está llena de gente dormida. Los coches obstruyen el camino. Cambia de idea.

—Me tengo que ir —susurra—. Tengo que salir de aquí.

—Turtle..., no... no te entiendo.

Da media vuelta y tira de Cayenne hacia la puerta. Si se da prisa, podrá tender otra emboscada. Justo antes del puente.

—Para —pide Rilke.

Turtle la mira.

—No te la puedes llevar —observa la chica.

Turtle se lleva un dedo a la boca. Todos vacilan.

—Brett, la...

Turtle hace un gesto con la escopeta. Rilke se calla.

—Turtle, pero ¿qué coño? ¿Adónde vas? —quiere saber Brett.

Turtle guarda silencio. Oye que una camioneta sube por el camino. Oye que el motor se apaga y oye que Martin abre la puerta de una patada, oye el portazo. La invade un entumecimiento que nace en sus entrañas, un horror absorbente, aplastante, hormigueante, como si esos tubos viscosos fueran trapos que alguien estuviera escurriendo para que soltasen la sangre. Rilke está hablando, sus palabras carentes de sentido y distorsionadas, y Brett también, y los demás, todos hablan, y Turtle piensa: «no me ha dejado ir. No me ha soltado. Ha estado esperando a que yo volviera, como cuando se enteró de lo de Jacob. Me ha dado la oportunidad de arrepentirme, porque lo que de verdad quiere es que vuelva por propia voluntad. Pero ahora ha venido aquí». Turtle tiene pocos segundos para hacer las cosas bien, y si las hace mal, morirá gente. «Mierda —piensa—. Mierda.»

Turtle empuja a la niña hacia Rilke.

—Quédate aquí —ordena. Cayenne sacude la cabeza. Turtle apoya una rodilla en el suelo para ponerse a la altura de la niña—. Volveré. —Habla con voz rasposa, cascada. La niña cabecea de nuevo—. Te lo prometo —articula, sin pronunciar las palabras.

—¿Me lo prometes?

Turtle asiente despacio, dolorida.

A los demás les indica que suban la escalera.

—No —rehúsa Brett—. De eso nada. No pienso dejarte sola.

—*Brett* —razona Rilke—. Alguien ha intentado matarla y esa persona está *aquí*. Esa persona está *aquí* ahora.

—Me da lo mismo —porfía Brett—. No la dejaré sola.

—¡Brett! —Rilke abraza a Cayenne—. Brett, nos tenemos que ir...

Turtle los deja hablando, atraviesa la sala de estar y sale al pasillo, cerrando la puerta al salir sin hacer ruido. Oye los pasos de Martin en el porche. El pasillo se une con el recibidor en la intersección con forma de T, y Turtle se tumba boca abajo para que la vitrina del pasillo no la ilumine por detrás, se arrastra por la alfombra, asoma la escopeta por la esquina, hacia el recibidor. La pareja que se besuquea sigue ahí, apoyada en la pared. La chica del disfraz de dinosaurio ve a Turtle. Se mueve para quitarse un mechón de pelo de la cara y entonces, al reparar en el arma, se queda petrificada y abre la boca. Turtle se lleva un dedo a los labios, para que no diga nada. Se la quedan mirando. Turtle enarca las cejas, mira hacia la puerta. Ellos siguen su mirada.

Martin ha de estar justo al otro lado de la puerta, en el porche. Turtle oye crujir la madera. La chica se vuelve muy despacio y mira a Turtle. Es evidente que la escopeta no la está apuntando a ella, pero hay gente que cree que una escopeta puede llenar un pasillo entero de perdigones. Turtle levanta una mano: «no os mováis». Intenta decir: «Quedaos quietos». Quiere que sepan que no les va a hacer daño. El chico no aparta los ojos de la puerta. Esperan. Los cartuchos de bajo retroceso que está utilizando Turtle tienen una agrupación de alrededor de un centímetro por cada metro de distancia. Turtle se encuentra a cinco metros de la puerta. Piensa: «vamos. Vamos». Espera, las tripas desenrollándose en su interior, bien arrimada a la pared, asomada por la esquina con el arma en ristre y ella medio oculta tras una mesita. Pega la mejilla a la culata. La alfombra huele como a champú. En la cocina se escucha el zumbido intermitente de la nevera. Turtle no ve la sombra de Martin, pero sabe que está detrás de la puerta, y permanece a la espera, pensando: «ven a mí ahora, cabrón».

El pomo gira y la puerta se abre, un empujoncito. La chica se sobresalta y no dice nada. El dedo de Turtle se tensa en el gatillo, pero en el umbral no se ve ninguna sombra, ni rastro de él, y Turtle se lo imagina pegado a la pared junto la puerta abierta, tratando de hacer que ella salga. Da la impresión de que Martin está reflexionando. «Vamos —piensa ella—. Vamos.» La culata está empapada de sudor allí donde toca su mejilla. El punto de mira lanza un destello. Una luz amarillenta y tenue barre las baldosas del recibidor desde el porche. Turtle tiene la boca seca de miedo. Intenta tragar saliva y no puede.

El chico se separa de la chica y da un paso hacia Turtle, que sacude la cabeza, le dice algo para que le lea los labios y él se detiene. Martin es capaz de disparar a través de la puerta, y lo hará si oye pasos. Sabe que es posible que Turtle lo esté esperando, y es consciente del peligro que correrá si intenta entrar por la puerta. El chico titubea. El silencio se prolonga. La chica está quieta, abrazándose, temblando. Parte del chico está en su línea de fuego, pero ella no quiere que se mueva. Las tablas del porche crujen, y Turtle abre y cierra la mano izquierda en el guardamanos.

Está empezando a pensar que se le ha escapado algo. El silencio dura demasiado. Turtle apoya la culata de la escopeta en el suelo y se levanta

sustentándose en ella, pensando: «no, no, no». Vuelve a la sala de estar cojeando, apoyándose en la vitrina, y, al acercarse a la puerta, un haz de luz pasa por debajo. Sabe lo que es: Martin ha dado la vuelta la casa, ha subido al porche y está barriendo la sala con la luz del arma, buscando otra forma de entrar. Entonces oye el silbido de las puertas de cristal del porche al deslizarse en sus rieles y el doble chasquido de la goma y piensa: «mierda, mierda, mierda». En la otra habitación, justo al otro lado de la puerta, Cayenne grita, y Turtle oye la voz de Martin apagada por los chillidos largos, entrecortados de la niña, pero se queda donde está. «Si cruzas esa puerta, estás muerta —piensa—. Cruza esa puta puerta y morirás.» Los gritos de Cayenne cesan.

—Ratoncito —la llama Martin.

Turtle franquea la puerta. Martin está plantado en medio de la habitación. Con su AR-15 de cañón corto, modificado para que el arma sea completamente automática. Ve dos cargadores de treinta balas unidos con cinta americana. Y seguro que lleva más detrás del cinturón. Tiene los labios partidos. Rilke está abrazando a Cayenne.

—¿Qué has hecho? —pregunta. Extiende las manos. Turtle no lo había pensado hasta ahora. Ya no hay vuelta atrás. No con testigos.

Turtle abre la boca, no puede hablar.

—Ratoncito —repite Martin, frunciendo la boca. Extiende los brazos.

Turtle se queda quieta.

—Ahora, darling —ordena Martin. Escupe sangre en la alfombra blanca. Como Turtle no habla, Martin mira a las personas que hay a su alrededor—: ¿Por qué no nos dais un minuto?

Los chicos salen disparados hacia la puerta. Menos Brett y Rilke, que se quedan donde están; Brett con las manos en alto, Rilke abrazando a Cayenne. Alguno de los demás llamará a la policía. Puede que alguien lo haya hecho ya. Turtle se pregunta: «si me voy con él, ¿qué pasará con Cayenne?».

Turtle intenta hablar, no puede. Traga saliva, prueba de nuevo.

—¿La niña?

—Déjala —responde Martin.

—No, no, no, no —niega Cayenne—. No, no, no, te matará. La matará.



Turtle sostiene la escopeta con una mano, junto a la pierna.

—Ratoncito —insiste Martin. Va hacia ella. Quita de en medio el tablero de Monopoly de una patada. Abre las manos en actitud razonable, el arma colgándole libremente de una ellas, y dice—: Escúchame, darling. Escúchame. Tienes que venir conmigo.

—No, no, no, no, no, no, no —gimotea Cayenne.

—Te quiero demasiado para dejarte marchar —explica Martin—. Has cometido un error. Tal vez hayas olvidado que esto ya lo intentamos. —Sonríe, se calla y gesticula, atascado en alguna limitación muda del lenguaje—. Lo intentamos, y lo que descubrimos es que no somos nada por separado. No pasaremos por lo mismo otra vez. No lo haremos. Eso es algo que tienes que entender. Y esta gente... —Gesticula otra vez. Escenografía. Objetos. Ése ha sido el error de Turtle. Creer que había un mundo aparte de él. Da su último paso hacia ella, se deja caer de rodillas y le abraza las piernas, pegando la mejilla a su pelvis.

Brett y Rilke observan en silencio, Cayenne cierra los ojos. Turtle alza los brazos como si fuera una niña que caminase por un agua fría que le llegara hasta la cintura. Piensa: «mátalo. Mátalo ya. Hazlo antes de que te mate a ti o a Cayenne o a Jacob o a Brett». Pero no se atreve a matarlo viéndolo así, arrodillado, y piensa: «¿qué pensaría Brett de ti entonces?, ¿qué pensaría Cayenne de ti, una asesina, un verdugo?, ¿y aquí es donde acaba todo?», porque ella sabe que no tiene por qué. Por lo menos, Martin está hablando.

Sus hombros se sacuden. La aprieta, cerrando los ojos con tanta fuerza que le salen arrugas en las comisuras, y declara:

—Te quiero, joder. —La abraza más aún. Ella no sabe qué decir. Mira a Brett lanzando una súplica muda, pero Brett no se va. Martin tiene la cara congestionada de la intensidad, y Turtle abre la boca para hablar, pero no puede—. ¡Joder! —grita Martin—. ¡Joder! ¡Mírate! ¡Joder! ¡Joder! —Se calla y la observa en el silencio. Luego se levanta—. Ven conmigo, darling.

Ella se queda quieta.

—Todo el mundo —ordena—. Fuera.

Nadie se mueve.

—Todo el mundo —repite—. ¡Fuera, cojones!

—No, tío. No, yo de aquí no me muevo —se planta Brett.

Martin se vuelve hacia él y pregunta:

—Tú eres el hijo de Caroline, ¿no?

—Sí —contesta Brett.

—Más vale que salgas de aquí de una puta vez —Martin hace un gesto con el arma— antes de que te peguen un tiro.

Brett se queda quieto, con las manos en alto.

—No puedo. Lo siento. Es mi amiga.

—Tú y yo, ratoncito. ¿Qué dices?

Turtle abre los brazos, vacía, impotente.

—Vale.

—¿Vale?

—No te vayas, Turtle —pide Brett—. No permitiremos que este capullo te lleve a ningún sitio.

Martin escruta a Turtle, un ojo más cerrado que el otro.

—Me iré con él —accede Turtle. No sabe con qué intención. Si para irse con él o para sacarlo al pasillo y matarlo ahí. Necesita alejarlo de Brett y Cayenne.

Él la escruta de nuevo, señala la escopeta con la cabeza.

—Suéltala.

Turtle titubea. Trata de hablar. La voz se le quiebra. Baraja la posibilidad de que suelte la escopeta y él los mate a todos.

Martin deja de mirarla. Mira la pared. Mira la habitación. Frunce la boca en una especie de mueca contemplativa y se pasa la mano por la cara. Está tratando de decidir qué hacer.

—Iré —repite ella.

Él le dirige una sonrisa cómplice, sacudiendo la cabeza, la sonrisa agriándose hasta convertirse en algo odioso, algo amargo, que le hace tensar la mandíbula y abandonarse a sombrías reflexiones. Se pasa el pulgar por los labios. Tendrá que ver alguna expresión en la cara de Turtle, de lo contrario tendrá que tomar una decisión.

—Suéltala, ratoncito.

Turtle se descuelga la escopeta, la tira al suelo.

Brett da un paso al frente y se encara:

—No te la llevarás a ningún lado.

Martin no le hace ni caso. Está mirando a Turtle.

—Vamos, darling —le pide.

Brett se mete entre los dos, le pone una mano en el pecho a Martin.

—No —espetá—, no permitiré...

Turtle ve la cara de Martin e intenta sacar su Sig Sauer. El brazo derecho no le responde como debería. Intenta coger la pistola con desesperación, y durante un espantoso instante la camisa le estorba, enredándosele en el cierre de la funda, y no puede sacar el arma limpiamente, aunque lo intenta, sin dar crédito, al ver que Martin da un paso atrás para ganar distancia entre Brett y él, las manos de Brett arriba y abiertas, y luego el fogonazo. Brett se dobla hacia delante, la espalda arqueándosele y la bala abombando su camisa como una vela. Martin mira a Turtle por encima de Brett. Turtle ve un segundo destello y la bala le golpea como un mazazo en la mejilla. Cae al suelo, viendo estrellas, ciega del ojo izquierdo, la cara blanca de dolor, tirada encima de su escopeta. Cayenne, chillando, corre por la alfombra hacia ella. Acto seguido Turtle se levanta y echa a correr, escopeta en mano. Algo le acierta en la parte baja de la espalda y ve la bruma de sangre que sale delante de ella y salpica la pared, el agujero fruncido de la bala en el centro, pequeño como una quemadura de cigarro. Sale por la puerta a toda velocidad y vuela por el pasillo, aterrorizada. Vuelve la cabeza y ve un fulgor, como si alguien encendiera una cerilla, su visión llenándose de puntitos verdes y rojos, imágenes grabadas que le devuelve la retina, y algo la golpea justo por debajo del omoplato derecho. Oye el pum del disparo; parece más pequeño y menos importante de lo que debería, y el sonido llega después del golpe. Cae de rodillas en la cocina, apoya las manos en el suelo, se agarra el vientre, el chorro caliente de sangre en las manos. Oye el pum, pum de más disparos, pero está completamente desorientada. No sabe dónde están dando las balas ni si le están acertando a ella. No puede respirar hondo.

Repta por el suelo de la cocina, pensando: «tienes que levantarte». Su respiración es superficial. Cayenne está tirando de ella. Turtle planta la mano en un charco de sangre y se le resbala. Se queda tendida con la cara contra el

granito. La niña tira de la camisa de Turtle. Turtle ve la escopeta a su lado, en el suelo. Se vuelve boca arriba, dobla las rodillas, saca la Sig Sauer de la funda y la levanta. Su puntería bailotea, todo da vueltas, su ojo izquierdo está lleno de sangre, lo cierra. Sujeta las muñecas entre los muslos justo cuando Martin entra en su campo de visión. Dispara y él se oculta detrás de la pared. Dispara por el tabique para obligarlo a entrar más en el pasillo.

Cayenne coge a Turtle por el brazo y trata de arrastrarla por el suelo. Turtle se levanta, las botas y las manos resbalando en las baldosas ensangrentadas, coge la escopeta y va cojeando hacia la puerta que da al porche trasero. Entonces se detiene. Ve la encimera y se abalanza hacia ella, apoyándose con una mano en la isla de la cocina, la otra apretando su estómago como si fuera un corredor al que le hubiese dado un calambre, la escopeta al hombro, la sangre brotándole entre los dedos. Tiene la camisa empapada, hace un sonido feo, como un chapoteo, cuando le da en el estómago. No puede respirar hondo.

—¡Nos tenemos que ir! —grita Cayenne—. ¡Turtle! ¡Vámonos!

Turtle abre un cajón y encuentra lo que buscaba: bombillas, destornilladores, un martillo, clavos, cinta americana. Al cajón cae sangre de la cara. No deja de parpadear para quitársela del ojo izquierdo. «Sólo es un arañazo», se dice. Aunque no es ésa la sensación que tiene. Se sube la camisa. «No pasa nada —se dice—. Todo lo que tienes que hacer es hacerlo todo bien. Y no hay problema con eso.»

Martin da la vuelta a la esquina. Turtle levanta la ensangrentada escopeta con una sola mano y abre un agujero en la pared justo cuando él retrocede. El arma asoma por la esquina y Martin dispara a ciegas a la cocina, acribillando las paredes a fuego automático, y Turtle apunta y dispara otra vez. Los perdigones atraviesan las baldosas, dejando a la vista los montantes y el cableado eléctrico, el aislamiento sale por el otro lado, y Turtle oye que la vitrina se hace añicos, oye a Martin, que se abre paso entre los cristales para alejarse de ella. Turtle levanta el arma y revienta la luz de la cocina. Se sumergen en la oscuridad. Después Turtle enciende la linterna de la escopeta. La habitación se ilumina con destellos cegadores. Las sombras se vuelven planas, líneas duras y sin profundidad, y los colores se tornan láminas blancas

resplandecientes. Sabe por experiencia lo difícil que es disparar en esas condiciones. La linterna está montada en el cañón y se suelta con facilidad mediante unas palanquitas, y Turtle la libera y la empuja por la isla de la cocina, a tres metros de ella y apuntando hacia la puerta del pasillo.

Con la nauseabunda luz parpadeante se vuelve a subir la camisa. Ve la herida que tiene en el vientre. La sangre le baja por el estómago, empapándole los vaqueros, entrándole en las botas. Rasga una tira de la camisa, tapona con ella el agujero y empieza a afianzarla con cinta adhesiva. Ha tenido suerte de que Martin esté usando un rifle de cañón corto. A juzgar por el orificio de salida, la ha atravesado por completo, sin que la bala se fragmente o se abra. Con cañones más largos y velocidades más altas esas balas 5,56 pueden abrirse o desviarse. «No es cuidadoso —piensa—. No cuida estos detalles y nunca lo ha hecho.» Martin le está disparando a la luz. Turtle no le hace ni caso. La cinta americana no le servirá de mucho, pero algo es algo. Eso no es cierto. Allí donde piensa ir, le salvará la vida.

—¡Turtle! —grita Cayenne.

Turtle desoye sus gritos, sigue enrollándose cinta en el estómago y después por el pecho, una faja apretada de cinta americana. Percibe un destello y Turtle mira hacia arriba. El protector de salpicaduras de granito que tiene al lado se desprende de la pared y salta en mil pedazos. En la linterna no hay movimiento. Tan sólo destellos blancos brillantes. Martin ya no está disparando desde el umbral. Se encuentra en la habitación de al lado, disparando a través de la pared junto a la que se encuentra Turtle. Turtle se agacha y arrastra a Cayenne al suelo. Por encima de ellas el aire se constela de fragmentos de baldosas y cristal. Sale despedido un chorro de partículas y arenilla. Las niñas se acurrucan en el suelo detrás de la isla, Cayenne chillando sin cesar, la cara contra las baldosas. La isla de la cocina no proporciona una buena cobertura. Puede que las balas 5,56 sean pequeñas, no más grandes y apenas más pesadas que un cartucho de percusión anular .22, pero así y todo la atravesarán. Turtle se sienta, se pega al armario y sigue envolviéndose en cinta americana. No quiere intentar devolverle el fuego a través de la pared. No tiene suficiente munición y no sabe quién podría estar con él en la habitación. Después los disparos cesan, y Turtle oye que se

desprende del cargador, el ruido que hace el nuevo al entrar, el sonido de acero contra acero del cerrojo al liberarse, pero algo sale mal. Se atora. «Hijo de puta —piensa—, cabrón incompetente.» Probablemente hizo una chapuza de mierda al modificar el fusil para que fuera automático y ahora se le está trabando. Cayenne sigue pegada al suelo, con los ojos apretados, sufriendo espasmos en silencio y aferrándose a las baldosas. Turtle la agarra del pelo y la levanta, la niña se coge a su muñeca con ambas manos y van hacia el porche tambaleándose. La linterna hace que no perciban la profundidad, así que se mueven casi a ciegas por la habitación. Turtle dispara al marco de la puerta que tienen delante, abre de una patada y sale fuera. Más fuego recorre la cocina. Ellas se abalanzan hacia el porche y avanzan despacio, torpemente, hacia la escalera. La linterna lo contendrá unos segundos más. Turtle se agarra a la barandilla y baja la escalera a rastras. Llegan a una playa rocosa cubierta de quelpos secos que crujen con un sonido hueco bajo sus pies. Del norte sopla un fuerte viento que les alborota el pelo, y los mechones azotándoles la cara.

Turtle camina con dificultad, sus pasos haciendo que el agua aflore a la arena mojada en halos brillantes. Delante de ella, el río está festoneado de gansos dormidos. Parece que hay cientos. Turtle sigue avanzando dando tumbos, apoyada en la niña, sacudida y paso, sacudida y paso. La cinta americana le comprime al compás de sus latidos, y se da cuenta de que lleva el rollo consigo, colgando de una larga cola de cinta. Se da varias vueltas más por el estómago, corta el rollo y lo deja caer en la arena. Respira deprisa, entrecortadamente, pero da la sensación de que no le llega bastante aire.

El acantilado no es alto. El río discurre a sus pies a lo largo de otros veinticinco metros y luego los riscos pierden terreno. Más allá, el poco profundo estuario del río está salpicado de troncos, bancos de arena y montones de quelpos varados. Hay menos de cincuenta metros hasta la línea de costa, donde se distingue la silueta negra de tres farallones, las olas que rompen volviéndose blancas y bañando un tramo de playa que abarca el horizonte de norte a sur, cada una arrastrando una carga de agua y arena que sacude el aire. Sobre ella, la casa de Jacob, asentada en un extremo del acantilado, da al río y a la playa. Turtle y Cayenne avanzan a trompicones, y la bandada de gansos empieza a alzar el vuelo a su alrededor. Turtle llega a la orilla del río y tira de la niña para que se meta en el agua helada, que les llega por los muslos, entre un caos de aleteos, y se lanzan a la corriente. Luego Turtle la suelta y nada con energía por el fondo arenoso. El río sólo tiene unos dos metros de profundidad, pero la arrastra con una fuerza sorprendente. Sale a la superficie para coger aire una vez, los gansos aún alzando el vuelo

por todo el río, la casa perdiéndose de vista, y se sumerge y nada de nuevo. Sobrepasa nadando los riscos, llega hasta un tronco que asoma de la orilla, se agarra a él y se sitúa detrás. Tira de la niña para que salga de la corriente y la lleva a la cara inclinada, esculpida, de la margen del río, detrás del tronco.

A menos de cincuenta metros de distancia, Martin sale al porche y barre la playa con la linterna, la luz iluminando sesgada la superficie del río. Reflejos moteados recorren la pared del acantilado. Turtle y Cayenne permanecen detrás del tronco, con el agua por la barbilla, protegidas por la margen arenosa. Él cuenta con una ligera ventaja: el porche está a unos seis o diez metros de altura y desde él se divisa la playa entera.

Turtle no tiene en la escopeta más que perdigones, y Martin está justo en el límite de su alcance. Si tuviera una bala, podría darle y poner fin a su vida sin problema. Piensa con lentitud, los límites de su visión cerrándose, el mundo huero y desprovisto de sensaciones. Agarra a la niña y señala río abajo, pero Cayenne sacude la cabeza. Hay unos veinte metros más hasta donde el río se une al océano. Quiere que la niña siga el río hasta el mar y después vaya hacia el sur por la playa. Es lo mejor. Turtle levanta tres dedos —a la de tres— mientras dirige a la niña una mirada elocuente, y la pequeña sacude la cabeza. Turtle la atrae hacia sí, la besa en el pelo y la aparta, las dos respirando entrecortadamente, el sonido de su respiración como magnificado por el agua y por el banco de arena cincelado. Turtle se vuelve y saca la Sig Sauer, el agua goteando del cargador y del cañón, la coloca encima del tronco, da con las miras de luminoso tritio, apunta a Martin, que peina la playa con su luz, y abre fuego.

Martin debe de ver el fogonazo, porque la linterna del arma se mueve por la playa hacia ella y él empieza a disparar. En el aire se elevan chorros de agua, que despiden un brillo negro y nebuloso contra la luz del arma, que es como un sol fantasma, y del tronco saltan astillas que la oscuridad engulle. Turtle apunta justo a ese resplandor aniquilador. Las sombras de las miras se extienden por la corredera del arma y por su propio brazo, y la Sig Sauer eclipsa la luz y arroja su esbelta sombra sobre el ojo derecho de Turtle, las miras envueltas en una luz blanca brillante, y aprieta el gatillo. La luz se apaga. Turtle sigue disparando, extremadamente atenta al clic que hace el



gatillo al volver a su sitio, su visión inundada de las imágenes que le devuelve la retina. La Sig Sauer se abre y Turtle la tira al río, el arma silba y desaparece. Cierra los ojos, la consciencia escurridiza, y piensa: «te tienes que levantar, Turtle. Te tienes que levantar».

Cayenne ya no está. Eso, por lo menos, ha salido bien. La niña ha escapado. Turtle avanza por el agua con los codos y las rodillas, a lo largo de la margen arenosa, apenas capaz de recordar lo que está haciendo, el río menos profundo a su alrededor conforme se ensancha. Delante de ella, un montículo de quelpos forma una isla en la corriente. Turtle se desliza hacia él boca abajo. Ahí hay un banco de arena con quelpos y madera de deriva. Se mete entre las algas. Moscas y piques se sobresaltan a su alrededor. Huele a sal y a podredumbre. Turtle respira con dificultad, jadeando de manera incontrolable, arrastrando la escopeta por la correa. Se tumba, temblando de frío y de miedo. A su lado, una medusa aplastada de faldones morados, los tentáculos en marañas viscosas, los huecos repletos de piques hinchados y magnificados por esa carne que parece una lupa. El agua es salobre. La corriente del río negocia con las olas, cambiando de sentido adelante y atrás. El oleaje va hacia ella con un rechinar cacofónico que se vuelve palpable en el agua y en el lecho arenoso del fondo, palpable en sus tripas, que se revuelcan en su saco roto y mucilaginoso, cada ola que rompe lanzando un chorro de agua que se eleva a su alrededor y después se retira. Tendida, persigue pensamientos resbaladizos, como si revolviere entre las algas en busca de anguilas, pensando: «podría cerrar los ojos y esto, todo esto, terminaría». Luego piensa: «no, una mierda... Has tenido tu oportunidad, cabrona, y ahora estás aquí».

Turtle se incorpora y mira a Martin a través de los quelpos. Camina por la playa, cojeando, junto al río, y a ella la asalta una dicha no exenta de horror. Le ha dado, qué coño, a no sé cuántos metros, ella con una 9 mm y él con el AR-15, en terreno alto y con la linterna cegándola, y ella le ha dado a él. También le ha dado a la linterna, pues de lo contrario Martin la estaría utilizando. «Ven a mí —piensa—. Ven a mí en la oscuridad, cabrón. Ven a mí y muere.» Se desliza hacia el agua, que le sube hasta los ojos, y se entierra más en la maraña pesada y aceitosa de quelpos.

Martin tarda mucho en bajar por la playa, y ella permanece inmóvil, el corazón oprimiendo todo su cuerpo con sus latidos, jadeando, mareada, y piensa: «sólo un poco más, Turtle. Aférrate al mundo, no te sueltes y no la cagues».

Martin sigue la orilla del río. Debe de tener la impresión de que no hay ningún sitio en el que esconderse en ese tramo vasto, llano de playa. Se detiene a la altura de donde Turtle está tendida entre los quelpos. Al igual que ella, Martin está esperando a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad. Otea el río en busca de algún movimiento, observando con la postura de quienes no ven bien en la oscuridad. Tiene el arma al hombro. La escopeta está atrapada debajo de Turtle, que no se quiere mover para sacarla. Quiere que él pase de largo. Se moverá si no tiene más remedio, pero no le gusta la situación. Quiere que él pase de largo. Martin no deja de mirar hacia la desembocadura del río, donde se alzan las tres islas en el agua. Así y todo, no quiere tener el montículo de quelpos a la espalda. Turtle cierra los ojos. «No», piensa. Él levanta el arma y dispara, acribillando el montículo de algas con su fuego automático, Turtle tendida con los ojos cerrados, rechinando los dientes, el golpeteo húmedo de las balas contra los quelpos, pero no pasa nada. No le da. Martin deja de disparar y escudriña el montículo. Después toma una decisión. Apunta con el arma al mar y pasa de largo.

Turtle exhala con fuerza y se lleva los nudillos a la boca para no sollozar. Luego sale arrastrándose de debajo de los quelpos, la escopeta cubierta de arena liberándose, y ella se levanta y va tras él cojeando por el río cada vez menos profundo, pensando: «no mucho más, Turtle, lo único que tienes que hacer es seguir andando, perra». Es una sacudida y un paso por el agua a la altura de las espinillas, una sacudida y un paso, y es como si Dios la hubiera cogido por el abdomen y la estuviera estrujando, la playa sin color, sin olor ni sonido, una hoja en blanco y negro, el blanco de las olas, las siluetas de las islas y Martin.

Por delante, Martin se acerca a un corredor angosto que se abre entre dos islas, como una gruta, sinuoso. Cree que ella está allí, atrincherada más adelante. El pensamiento de Turtle se está estrechando hasta centrarse en una única idea. Él está en la corriente, con el agua por las rodillas, de cara al

océano. La luna está frente a él, iluminándolo a contraluz. Tocando el borde del horizonte. Turtle levanta la escopeta, que echa agua por el hueco del cargador, no sabe si disparará.

—Papi —lo llama con voz queda por detrás.

Martin se vuelve y la noche se abre con el barrido de la potente linterna. Turtle aprieta el gatillo. El fogonazo que sale de la boca de su arma dibuja una corona de luz incompleta, rota por la silueta de la escopeta, y una gran lanza de fuego sale despedida hacia él. Turtle ve el bulto de Martin y después oscuridad. No lo ve caer. El sonido de la escopeta retumba por la playa, haciendo que todo se apague, desaparezca, la retina devolviendo imágenes blancas, verdes y rojas, cada una de ellas reteniendo la impresión del color, pero cada una de ellas tan oscura como el negro. Turtle se pone de rodillas y avanza gateando hasta él, le pone la mano en la pierna. Tiene los vaqueros empapados y rebozados de arena, y Turtle lo coge del hombro y lo atrae hacia sí.

Su mano enorme, callosa, cubierta de arena, se aferra a ella, y su fuerza es tal y como Turtle la recuerda. Lo acomoda en el regazo y se inclina sobre él, caliente y vivo en el agua fría, la respiración laboriosa unida a un sonido como de succión. Turtle le pone una mano en la cara y le sujeta la mandíbula. La boca de Martin se abre con espasmos, y ella cree que hablará, que dirá algo, pero Martin únicamente resopla, cogiendo aire por un agujero en el pecho, y ella se lo tapa con la mano y nota que la herida hace vacío con ésta, y él consigue respirar. Turtle cree que hablará, pero no lo hace.

—Te quiero —le dice.

Las piernas de Martin se agitan en la arena, un movimiento reflejo, y cuando la ola rompe en ellos, su cuerpo se eleva en los brazos de Turtle, el agua tirando de su ropa, quitándole la arena de debajo, dejándolos medio enterrados en la arena mojada. La mandíbula se le mueve y Martin dice una y otra vez:

—Te... te... te...

Pero no logra pasar de esa primera palabra, y Turtle ve los tendones enormes de su cuello, el grano de la carne, las pecas oscuras, la barba incipiente, venas sinuosas tan gruesas como sus huellas dactilares, la nuez de

la garganta como un nudo duro, las dos cuerdas que sobresalen como cables a cada lado de la oquedad, y lo que quiera que fuese a decir queda ahogado por el rugido de las olas, y Martin le coge con fuerza las muñecas para luchar contra ella, y Turtle le hunde el cuchillo en la piel correosa. Las ásperas cuerdas blancas de los tendones lanzan un destello, y un chorro de sangre salpica la cara de Turtle. La espalda de Martin se tensa y se arquea, la cadera separándose de la arena, la tráquea un agujero negro bajo la hoja, y entonces otra ola rompe en ellos, y Turtle nota bajo el agua la sangre caliente. El cuchillo da contra algún nudo duro de hueso, y ella lo mueve hacia delante y hacia atrás y le atraviesa el cuello y entra en su propio muslo, y ahora Turtle está sentada en un charco de sangre caliente, en el instante manso que precede a la retirada de la ola, la luna brillando por la brecha que se abre entre las islas, con Martin inmóvil bajo el agua, sus dedos abriéndose y cerrándose convulsamente mientras se resiste. El bombeo caliente de las arterias remueve la superficie. Turtle trata de sacarle el cuchillo del cuello y no puede. Tira de él, rechinando los dientes, y sigue sin poder liberarlo. Entonces la ola se retira y ella ve la sangre de Martin, que corre en grandes sogas negras por la arena mojada. Se inclina sobre él y ve que se ha ido para siempre. Es su cuerpo en sus brazos, y Turtle agarra su camisa de franela y es su camisa de franela, son sus vaqueros empapados, sus botas las que asoman en la arena, pero él ya no está. Cayenne se acerca a ella por el callejón oscuro que discurre entre las islas y le echa los brazos al cuello, apoya la mejilla en su hombro, y Turtle la deja hacer, pero no quiere ni puede dejar de tocar a Martin. Cayenne tira de la camisa de Turtle, que levanta la cabeza y contempla la playa. Las olas se doblan sobre la arena, la luna roza la superficie del agua, y ella piensa: «joder, qué pasada».

# 30

Turtle está sentada en el borde de un bancal elevado, el bosque callado a su alrededor, las secuoyas de medio metro a un metro de diámetro, el bosque secundario nacido de los nudos de enormes tocones llenos de hojarasca, de los cuales los más grandes se quemaron hace tiempo hasta convertirse en calderos repletos de ceniza de casi cinco metros de ancho. Al borde del claro crecen pipas de indio, helechos de espada y madroños del Pacífico. Sobre él descuella la cabaña de Anna, con grandes ventanas que dan al sur, vidrieras de fabricación casera en la cocina y un atrapasueños en el dormitorio de la segunda planta, el techo revestido de paneles solares, la casa y el terreno heredados de su abuela. El bosque se ha ido acercando y se ha vuelto más oscuro desde que se construyó la casa. Sentada en la baranda del porche, la gata de Anna, *Zaki*, observa a Turtle, y cierra y abre los ojos azul claro con gesto de aprobación.

Turtle hunde la mano enguantada en la tierra del bancal, rica y negra, ya que ha llovido hace poco. No tiene que cavar mucho para encontrar las raíces. Se pone a gatas. El bancal se alza sobre una plataforma de hormigón de quince centímetros. Un dedo retorcido de raíces secundarias ha salido de la tierra, siguiendo el rastro del agua goteante, ha salvado la brecha que se abría entre el suelo y la plataforma y se ha colado por uno de los agujeros de drenaje.

Turtle empezó a trabajar en el huerto hace ocho meses, los movimientos impedidos por el dolor y la bolsa de colostomía. Una de las balas le dio en la parte baja de la espalda, pasó entre dos arterias intercostales, le perforó el

yeyuno y salió por el lado inferior izquierdo; otra le rozó el pómulo izquierdo, y una tercera le rebotó en la séptima costilla del costado derecho, justo por debajo del omoplato. La costilla le perforó la pleura alrededor de los pulmones, y cuando la cavidad pleural se llenó de aire, su pulmón derecho empezó a colapsarse.

«Es sólo un pequeño neumotórax —aclaró el doctor Russel con el pulgar y el índice mínimamente separados para indicar su tamaño—. *Pequeñito.*» El doctor Russel era un hombre flaco, la piel blanca con imperfecciones, medio calvo, callado y cuidadoso. Se inclinaba hacia delante al hablar, uniendo el pulgar y el índice como para capturar la textura de la voz de Turtle, y preguntaba otra vez: «¿Cómo se te ocurrió vendarlo así, Turtle?». Y Turtle sacudía la cabeza, porque no lo sabía, y él sonreía y se echaba hacia atrás. Estaba entusiasmado con su caso y sus heridas, y eso le gustaba a Turtle, que se daba cuenta de que al médico le encantaba esa parte de su trabajo. El contenido de su intestino delgado se derramó en su cavidad abdominal y, después de la primera operación, estabilizadora, se sometió a dos procedimientos quirúrgicos importantes para acabar con la infección. Si su vendaje con cinta americana no hubiese aguantado, puede que Turtle no hubiera sobrevivido. El agua de mar, le gustaba decir al doctor Russell, es peligrosa. Le asombraba que Turtle hubiese sobrevivido.

Los cirujanos llevaron un extremo de tripa hasta el costado derecho, por encima de la ingle, con el que le hicieron un ano rojo y fruncido en la cadera, y durante seis meses hizo caca por ese sitio, o en realidad, echó la mierda por ahí. Le pusieron un parche adhesivo flexible con un tapón sobre el estoma, al que se fijaban las bolsas de colostomía. Turtle se despertaba en plena noche, rascándose la pestaña donde la bolsa encajaba en la placa que se adhería a la piel, y una noche casi logró quitársela. Se despertó justo a tiempo y fue al cuarto de baño tambaleándose, se plantó delante del lavabo, imaginando que sacaba medio metro de intestino rosa por una abertura en el costado, se agarró al mueble del lavabo, jadeando de dolor, mirándose al espejo y sacudiendo la cabeza, y pensó: «Martin intentó decírtelo, trato de decirte que un día tendrías que ser algo más que una putita asustada con buena puntería, que un día te haría falta tener una convicción absoluta, que tendrías que

pelear como un puto ángel caído en la puta tierra, poniendo todo el corazón, y nunca llegaste a ese punto. Fuiste un mar de dudas y evasivas hasta el final». Se quedó ante el lavabo pensando: «nunca diste la talla y nunca la darás». Aquel día esperó a que Anna volviera a casa, y cuando ésta abrió la puerta del coche, le dijo: «quiero hacer un huerto», y Anna se quedó quieta, cargada con una caja llena de exámenes para corregir, lenta debido al agotamiento, apoyada en el Saturn, y luego metió la caja en el coche, y Turtle se acomodó en el asiento del copiloto y aseguró la puerta con el pulpo.

Juntas escogieron tablones de secuoya de medio metro de ancho y cuatro de largo en la maderería Rossi, los inspeccionaron en busca de nudos y los pusieron de pie para ver si estaban rectos, luego dejaron a un lado los que les gustaron y un hombre barrigón con vaqueros, camisa de franela y tirantes con diseño de cinta métrica los cortó en tablas de tres metros y un metro y, sin dejar de mirar a Turtle, se quitó los guantes, los cogió con la mano izquierda y le tendió la derecha. La mano desenguantada del hombre era muy grande, y le estrechó la suya con firmeza, casi haciéndole daño.

Fueron a la caja para pagar los tablones, los clavos galvanizados y la tierra abonada que habían comprado. Tras la caja había una mujer con las manos apoyadas en el mostrador, mascando chicle de manera basta, el pelo rubio oxigenado con raíces castañas oscuras y un chaleco naranja fosforito. «CINDY», decía su placa. Se las quedó mirando. Anna había apuntado los metros de los tablones en una libretita que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, con la que iba a todas partes, porque estaba tomando notas para una novela que quería escribir y nunca sabía cuándo podía asaltarla una idea. Sacó la libreta y dijo:

—Ocho tablones de secuoya de medio metro de ancho por cuatro metros de largo.

—Ajá —repuso la mujer, introduciendo la cantidad.

—Ocho sacos de tierra abonada premium.

—Ajá —repitió la mujer.

—Medio kilo de clavos galvanizados.

—Ajá —continuó la mujer, y su forma de decirlo hacía que Anna la mirara cada vez, ya que sentía curiosidad por saber si estaba siendo hostil.

—Eso es todo —terminó Anna.

—Ajá —contestó la mujer, y apoyó las manos en el mostrador y se inclinó hacia delante.

—Bien —Anna sacó la cartera—, ¿cuánto le debo?

—Nada —replicó la mujer.

—¿Nada? —repitió Anna.

—Ajá —confirmó la mujer.

—¿Por los tablones de secuoya?

—Ajá —insistió la cajera. No había nada solícito ni amable en su forma de decirlo.

—Me gustaría pagar —señaló Anna, que tenía la cartera abierta en las manos.

—Ajá —dijo la mujer, y asintió.

—Entonces ¿cuánto le debo?

—Nada —afirmó la mujer.

—No lo entiendo.

—Ajá —repitió la mujer.

—Pero ve que le *quiero pagar*, ¿no?

—Ajá —espetó la mujer.

—Entonces —probó Anna—, insisto. ¿Cuánto le debo?

La mujer inclinó su voluminoso cuerpo en el mostrador y se acodó. Era de espalda ancha, el escote de un rojo correoso y bronceado. Aclaró:

—Esto sigue siendo un pueblo. No siempre se nota, pero lo es. No tiene que pagar esa madera.

—Bien, pues, gracias —se lo agradeció Anna.

—No —objetó la mujer—, no me dé las gracias. Necesitará más tierra, y no toda va a ser gratis.

—Bueno, gracias de todos modos —contestó Anna.

Cindy observó a Turtle y a Anna mientras salían. Anna se limitó a sacudir la cabeza.

Llegaron al vivero North Star cuando estaban cerrando. Estaban echando la llave, y un hombre joven con un jersey verde, vaqueros y botas de faena embarradas iba hacia su camioneta cuando ellas llegaron al aparcamiento.



Las vio y se acercó al Saturn cuando Anna aparcó y se bajó del coche.

—¿Anna? —preguntó el muchacho.

—¡Tim!

Se abrazaron, y él miró a Turtle y comentó:

—Así que es ella.

Y Turtle miró hacia el oeste, hacia las nubes que estaban suspendidas sobre el océano. Se preguntó dónde estaría Cayenne en ese instante, y si estaría a salvo. La niña se había ido a vivir con su tía. Turtle, que habló con la mujer por teléfono, le dejó claro:

—Quiero hablar con esa niña cada semana y quiero oír en su puta voz que está bien, y si no lo está, lo sabré.

Y la mujer se quedó callada y al cabo repuso:

—De acuerdo...

Lo dijo con voz burlona y huraña, arrastrando las palabras con resignación pasivo-agresiva, y Turtle notó algo mudo y superior en ella, como si creyera que estaba siendo ridícula. Fue exactamente igual que lo decía Cayenne, cuando estaba más hosca, y al darse cuenta, Turtle se quedó estupefacta, volvió en el acto a cuando estaba junto a la niña, Cayenne tumbada en el suelo leyendo, intentando convencerla de que la acompañara a buscar escorpiones. Sabía que la niña estaba creciendo en un mal hogar, pero ¿qué podía hacer? Tampoco había estado precisamente segura con ella.

Tim las dejó entrar en el vivero, y Turtle cogió un carrito rojo y lo arrastró por la tienda mientras Tim y Anna esperaban junto a la verja, hablando. El vivero tenía un espacio al aire libre vallado con mesas de listones de madera cubiertas de semilleros de plástico negro y contenedores. Era media tarde y el cielo estaba morado. Turtle empujaba su carrito rojo por los senderos de gravilla. Tim quería acercarse a hablar con ella, se le notaba en la actitud, pero se quedó con Anna junto a la verja, observando. La gente suponía que no le gustaba hablar con hombres, pero no era cierto. Levantó los semilleros de plástico negro de dulces tirabeques, apreciando el verde intenso de las hojas, la tierra negra. Sosteniéndolos contra el pecho y mirando las mesas y mesas de plantas, tuvo la sensación de que todo era posible. Había una mesa entera de lechugas en bandejas de cuatro alveolos: rizada,

trocadero, achicoria roja, llamativa hoja de roble. Quería col rizada y acelgas y guisantes de azúcar y ajos y alcachofas, y quería fresas. Lo quería todo. Estaban a mediados de febrero y aún hacía frío, pero Anna creía que donde vivía se podía plantar lechuga todo el año. A las alcachofas y a los tirabeques les iría bien. A cualquiera de las crucíferas. Mejor esperar si quería plantar tomates.

Pagaron las plantas dentro. Tim miraba de soslayo el carrito rojo de Turtle y, con dificultad, tecleaba los números en la caja registradora, consultando a veces hojas plastificadas. Turtle tenía una cicatriz en la mejilla izquierda. Una protuberancia gruesa de tejido insensible, que se tocaba sin darse cuenta cuando se ponía a pensar. En el interior había plantas decorativas y fuentes de agua y demás elementos ornamentales, pero las bombas y las luces estaban apagadas. Anna y Turtle se hallaban junto a la caja registradora. En el mostrador, ante ellas, había un folleto en blanco y negro en el que se veía a Turtle saliendo de las olas, apoyándose en Cayenne y escopeta en mano. Turtle no recordaba haber salido caminando de la playa. Ponía: «APOYA A TURTLE ALVESTON». La foto la tomó uno de los paramédicos. El papel se estaba enrollando, manchado por alguna planta recién regada que había goteado por el mostrador. Le habían disparado —a la gente le gustaba decirle— tres veces, había salvado a todos los que estaban en la casa esa noche y había salido caminando de la playa por su propio pie. Era una heroína. Les encantaba eso de ella. «Saliste *caminando* de esa playa», le contaba la gente, médicos, enfermeras, técnicos, desconocidos. Brett, cuando la fue a visitar, se lo dijo: «Eres una heroína, Turtle». En su bata de hospital, sentado en una silla de ruedas con la enfermera al lado. Brett resultó herido en el pecho. Pero a diferencia del neumotórax de Turtle, el suyo había sido muy grave. El pulmón derecho se colapsó por completo y tenía heridas abiertas en ambos lados.

—Eres como... una *heroína* —afirmó Brett—. Me refiero a que, tía, ¿cómo seguías en pie? No sé cómo pudiste salir caminando de esa playa. — Sonriéndole, asombrado. Turtle echaba eso de menos. Lo echaba de menos a él. Brett le dijo—: Cuando se acerque el final, ve a buscarme. Ve a buscarme, ¿vale?

—Vale —respondió Turtle. Estaba tendida en la cama, el drenaje torácico fijado con esparadrapo a un costado, por los tubos saliendo fluido serosanguíneo—. Vale. Iré a buscarte.

No creía que nada de eso fuera cierto. Quería saber cuál era el pronóstico de Brett a largo plazo. Cómo se vería afectada su vida. Ella no era ninguna heroína. Le había fallado a Cayenne, se había fallado a sí misma, le había fallado a Martin, había puesto en peligro a todos los de la casa, había fallado una y otra vez, dando tumbos de una habitación a otra, cometiendo un error estúpido tras otro, tratando de controlar una situación que no se podía controlar sin conseguirlo, y no recordaba haber salido caminando de la playa, y todo ¿para qué?, una vida sin él que no quería, que no entendía. Si supieran que abrió la puerta de una patada, que lo encontró con Cayenne y tuvo la oportunidad de acabar con aquello antes de que pasara lo que pasó después, que no apretó el gatillo... Se quedó mirando a Brett, incapaz de explicárselo. Su vida ya no sería la misma. Nunca. «Entrénate —aconsejó Martin— para tener un solo objetivo», y ella no lo hizo.

—Muy bien —dijo Tim—. Son veintidós dólares.

—¿En serio? Me parece muy poco —repuso Anna.

—¿Ah, sí? —contestó él, mirando las plantas.

Turtle empezó el huerto esa misma noche, entrando en casa deprisa para enchufar el cargador de la batería del taladro inalámbrico de Anna, que tenía toda una caja de herramientas que había comprado cuando decidió que viviría sola en Comptche, pero nunca la había usado porque le daban miedo las herramientas eléctricas.

—¿Vas a usar el taladro? —preguntó Anna.

Turtle asintió, poniéndose un mono de trabajo de Carhartt sobre su ropa interior térmica Smartwool.

—¿Sabes cómo funciona? —preguntó Anna, y Turtle asintió. Anna añadió—. ¿Tendrás cuidado?

—Tendré cuidado —prometió ella.

—No te harás un agujero en el dedo ni nada, ¿no? —insistió Anna.

—No, no me haré nada —aseguro Turtle.

Se puso una linterna frontal, su jersey de lana y sus viejas botas militares,

y miró a Anna directa y cándidamente, porque Anna se sentía violenta y nerviosa, y ella quería demostrarle que podía preguntarle lo que quisiera.

—Vale —repuso Anna con cierta timidez—. Vale.

Turtle le contó al doctor Russell la operación que le hicieron en el dedo a Cayenne, dibujándosela en un papel. El doctor Russell dijo que la amputación tenía sentido hacerla en un entorno estéril, pero que no en el suelo de la sala de estar de uno. Aunque era una operación que él hacía continuamente, aseguró, no era necesaria. La piel epitelizaría —volvería a cubrir la punta del dedo— si se iba cambiando el vendaje. Y cuando Turtle contó que pasaron la articulación y cortaron el siguiente hueso, el doctor Russell se detuvo, durante una fracción de segundo, ladeando la cabeza, y contestó: «Bueno..., tal vez eso tuviera sentido en esa situación», y Turtle supo lo que no estaba diciendo. Fue ella la que cortó el siguiente hueso, y quizá Martin se inventase que era necesario.

Turtle llevó los tablones ladera abajo, los dejó en el claro y se arrodilló en la hojarasca húmeda para perforarlos. Lo que en su día habría sido un trabajo de una noche para ella, ahora era un agotador proyecto de varios días. Incluso bajar la colina hacía que pusiera caras por el dolor que sentía en las tripas. El doctor Russel le advirtió que el dolor podía ir y venir, pero que lo más probable era que tuviese un dolor crónico el resto de su vida, y que podía sobrellevarlo con o sin medicamentos. Turtle prefirió no tomar pastillas. La bolsa de colostomía era una presencia sudorosa y plástica adherida al costado. Sujetó la tabla de tres metros entre las piernas y la atornilló a la de un metro, el pelo metiéndosele en la cara, sonriendo para sus adentros, todo el cuerpo dolorido tan sólo por el esfuerzo de mantener el taladro firme.

Al día siguiente llevó en la carretilla los sacos de veinte kilos de mantillo, sudando y soltando imprecaciones y sonriendo, los fue dejando uno a uno en la hojarasca, junto a los tablones, y se limpió la cara con el dorso de la mano y sonrió, más feliz de lo que había sido en meses. Después se tumbó en la carretilla, miró al cielo y se quedó un rato así, simplemente respirando. Arriba las copas de las secuoyas se mecían con la brisa, de un verde delicado, y Turtle estaba viva. Viva, por extraño que pudiera parecer, con todos los errores que había cometido.

Abrió los sacos y llenó los bancales de tierra, y a continuación abrió los hoyos con las manos, cada planta del semillero un puñado de tierra negra y una espiral de raíces blancas. Cuando se despertó al día siguiente, se preparó su avena y bajó con el cuenco de barro caliente con un pegote de miel Cinnamon Bear encima. La niebla empezaba a levantarse del suelo del bosque, y se sentía muy, muy bien. Al día siguiente salió por la mañana y descubrió que los ciervos se lo habían comido todo menos las calabazas. Se quedó plantada delante, con los leotardos Smartwool, la camiseta de pijama grande y el jersey de lana, y se preguntó qué habría pasado si no hubiese ido a casa de Jacob, si hubiera seguido conduciendo, sabiendo como sabía que Martin tenía su dirección y que iría allí tanto si iba ella como si no, y piensa: «si él hubiera llegado allí y no estuviese la camioneta del abuelo..., ¿qué habría hecho? ¿Habría pasado de largo o habría parado y subido al porche, quitando de en medio vasos de plástico rojo de una patada?». A veces cree que si hubiese seguido conduciendo, todo habría salido bien. No es capaz de evocar ninguna imagen clara de él, no de su cara, sólo de su espalda, ancha, sumida en sombras. Contaba con que estuviera en el hospital cuando ella despertase. Fue justo después de la primera operación. Anna estaba ahí, devastada, roja de tanto llorar, y Jacob también, leyendo. Martin no estaba, y pensó: «se pillaré un buen cabreo». Luego lo recordó todo.

Cuando los ciervos entraron en el huerto, volvió a la ferretería y compró dos rollos de malla de gallinero de dos metros y medio, estacas y un martinete, pero como las estacas y los rollos de malla no cabían en el Saturn, y como Turtle no podía cargar con todo eso, pagó para que se lo llevaran al huerto. Intentó hacer todo el trabajo sola, cavó una zanja de medio metro alrededor del huerto, pero se dio cuenta de que no podía levantar el martinete, así que Jepson y Athena, los hijos de Sarah, la vecina, fueron a ayudarla a poner las estacas y a tender la malla de estaca a estaca. Se llevaban un año, los dos iban al instituto, y la cuidaban. Volvió a comprar más plantas a Tim, en el vivero North Star, las plantó y construyó una espaldera de bambú para los tirabeques, y la llenó de *orgullo* afianzar la espaldera con bramante, imaginando cómo crecerían los guisantes por ella. Pero cuando salió, descubrió que los mapaches habían echado abajo la espaldera y habían dejado

su mierda negra aceitosa, apestosa, por todos los bancales y los cuervos se habían comido las semillas y los estorninos se estaban llevando el bramante para construir sus nidos, y Turtle insistió, volvió a plantar y cruzó los dedos, y poco a poco las plantas empezaron a sobrevivir.

Luego, una mañana, Turtle salió al huerto y vio que una cervatilla se había quedado atrapada en la cerca. La madre esperaba inquieta en el borde del claro, se alejaba corriendo y volvía, y la cervatilla saltaba contra la malla una y otra vez sin conseguir salvarla, saltó contra ella hasta que una estaca se inclinó y se le enredó una pata en la malla, y empezó a mover las patas frenéticamente, atrapada. Turtle fue al cobertizo y cogió el cortafrío y una cuerda. Ató las patas traseras con un enganche de vaca, le dio cuatro vueltas más y las aseguró con otro enganche de vaca, un nudo flojo, pero que evitaba que el animalito siguiera moviendo las patas. Después abrazó a la criatura, que forcejeaba y jadeaba, sorprendentemente caliente, pequeña como un perro, el corazón martilleándole entre las costillas, que subían y bajaban. Le pasó un brazo por el agitado cuello y con la otra mano manejó el cortafrío, respirando contra el pelo marrón rojizo del animal, oliendo su aroma salvaje, almizclado, y por último la cogió en brazos y la sacó del huerto, la dejó en el suelo y le desató las patas. No podía andar. Se levantaba y se caía, se levantaba y se caía. Turtle la dejó allí esa noche, aovillada con el morro en la cola, y cuando salió por la mañana, la cervatilla seguía allí y la madre se había ido. Turtle se quedó con la cervatilla acurrucada a sus pies, los pequeños costados temblorosos. Se sentó a su lado y pensó: «levántate, joder», pero el animalillo no se ponía en pie.

Esa noche Turtle le quitó el pico al zapapico y salió sólo con el mango. La cervatilla estaba otra vez acurrucada con la cabeza en la cola, el cuerpo entero temblándole, moqueando. Volvió la cabeza y miró a Turtle con uno de sus grandes ojos, tan oscuro que era casi negro, salvo por la media luna inferior del iris marrón, y Turtle la mató de un solo golpe. Luego se sentó en la hojarasca, con las piernas abiertas, aún con el mango del zapapico en la mano, y miró el cuerpecillo y no supo qué hacer, y si lo sabía, no sabía si podría hacerlo. Pasó una cuerda por el tronco de un madroño, izó al árbol el animal, del tamaño de un niño, se sacó el cuchillo y se quedó quieta,

temblando. Bajó el cuchillo, se sentó y se levantó. Se fue, volvió, cogió el cuchillo y rajó a la cervatilla desde el ano hasta el cuello, y fue tan horrible como pensó que sería, sentir la carne bajo el cuchillo, y se alejó, se inclinó y vomitó en los arándanos. Después abrió la piel correosa y sacó las entrañas sanguinolentas, sin parar, sin pensar en lo que hacía. Cortó a la cervatilla en filetes, que metió en el congelador, y se quedó en la cocina, lavándose las manos en el fregadero. Con ayuda de Athena, arrancaron la cerca de cuajo y llevaron la malla y las estacas al cobertizo.

Turtle recorrió los pasillos de North Star en días de primavera sombríos, neblinosos, envuelta en prendas de lana y con las manos metidas en las axilas, moviéndose entre las mesas ahora familiares y escogiendo plantas que poner en el carrito, algo que no había perdido su encanto y que poco a poco empezaba a sustituir los placeres de la novedad con los de la familiaridad. Siguió buscando en los días despejados, calurosos de verano, con manga corta y el mono de Carhartt, Anna esperando en una tumbona, leyendo *La prisionera* y *La fugitiva* como parte de su proyecto de «grandes lecturas» que había eludido en la facultad, cuando pasaba la mayor parte del tiempo, contó, practicando kayak de aguas bravas y con chicos. Había leído *Guerra y paz*, *Moby Dick*, *La broma infinita*, *Los hermanos Karamazov* y empezó *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust. Anna no tenía paciencia con los escritores a los que llamaba «borrachuzos ingeniosos», con lo que se refería a Hemingway y Faulkner. En las lindes del vivero había una especie de ciénaga con una islita verde y agua turbia cubierta de hierbajos y, más allá, una maraña de árboles. A veces Turtle empujaba su carrito rojo lleno de plantas hasta el borde de la puerta del vivero, se quedaba mirando el agreste, decadente bosque, y una sensación que no era capaz de nombrar invadía todo su cuerpo, su temor y su asombro mezclados con la luz del sol y los pasillos de plantas y el crujir de la grava, con su nueva vida allí, entre esas personas, con Anna en la tumbona leyendo a Proust.

Cuando Anna estaba agotada por haber trabajado demasiado, Turtle iba a través de las secuoyas a la casa de Sarah —la había construido con su marido a finales de los años setenta—, llamaba a la puerta y Sarah le abría. Turtle se sentaba en la cocina oscura —la casa de Sarah tampoco estaba conectada a la

red principal y utilizaban la menor electricidad posible— y cascaba nueces de un gran cesto de algas trenzadas mientras Sarah le hablaba de la junta escolar de Mendocino o de la segunda vuelta para cubrir la vacante del comité coordinador de la calidad de agua de Mendocino, y Turtle la escuchaba sin hablar, limitándose a observar a la mujer, que andaba con brío por la casa, enérgica, imparable, con su mata de pelo prematuramente blanco y su prótesis de cadera, y cuando Sarah acababa de limpiar o de hornear, se apoyaba en la encimera y decía: «Bueno, cariño, probablemente quieras ir al vivero», y Turtle asentía y se metían en el coche e iban a Fort Bragg. Sarah se quedaba junto a la verja hablando con todo aquel con quien se topaba de la junta escolar de Mendocino o del calentamiento global o de cómo alimentar la casa con energía solar, todo con una especie de vitalidad imparable, y Turtle empujaba su carrito rojo por los pasillos de plantas y las miraba, y pensaba: «sí, sí».

A veces, cuando veía a Sarah con los brazos cruzados, sin parar de hablar, o cuando veía a Anna pasar una página, Turtle tenía la sensación de que estaba mirando a esa gente a través de un aro de agua azogada, y todo lo que quería en el mundo era atravesarlo, pero no sabía cómo. Se despertaba en su cuartito en el desván en plena noche y caminaba a tientas a lo largo de la ventana sin dar crédito, pasmada, sin entender nada y pensando: «ésta no es mi habitación», y acto seguido pensaba: «iré por Cayenne, tengo que llegar antes, tengo que dar con ella, y con Jacob, y con Brett», y caminaba a tientas a lo largo de la pared, olvidando las linternas que Anna le había dejado junto a la cama, cegada por el pánico y pensando: «tengo que salir de aquí, me necesitan, me necesitan» e intentando no volverse loca mientras palpaba la madera en busca de algo familiar, diciéndose: «no pierdas la cabeza, Turtle, no pierdas la cabeza», y entonces encontraba el interruptor y se sentaba encogida contra la pared, sollozando, y no podía conciliar el sueño, jadeando aterrorizada y pensando: «¿qué te pasa?, ¿por qué tienes miedo?, estás en Comptche, estás en casa de Anna, y estás a salvo, y Cayenne está en Yakima con su tía, y Brett no está lejos de aquí, está en Flynn Creek Road con Caroline, y Jacob en Ten Mile, dormido en su cama con forma de trineo de caoba, con el ruido del estuario entrando por las ventanas, y tú estás aquí,



tratando de ponerte bien. Martin está muerto y tú estás viva». Durante el día se siente muy lejos de esos terrores nocturnos, se siente muy lejos de ellos y de pensar que Martin podría estar vivo, y sin embargo tampoco está en Mendocino, ni en el monte Buckhorn, no está en casa del todo, aún no, y lo más cerca que se siente de estarlo es con las plantas en sus semilleros de plástico, cuando las saca del plástico y la tierra está suelta en torno a la tierna espiral de raíces blancas.

Seis meses después de que le dieran de alta del hospital, y a los dos meses de empezar el huerto, Turtle se sometió a la operación para revertir la colostomía. Los médicos opinaban que podían intentar unir sus intestinos, y como era joven y fuerte tenían muchas esperanzas de que saliera bien, y así fue. El doctor Russel le recordó que masticara bien la comida. «Mastica, mastica y *mastica* —aconsejó, sentado junto a su cama y mirándola como solía hacerlo, con admiración, impresionado, preocupado y un poco encantado, frotándose el pulgar y el índice y, por último, afirmando—: Bueno, Turtle, me encantaría volver a verte, pero no me gustaría nada volver a verte *aquí*», y cuando regresó del hospital pediátrico de la Universidad de Stanford, Turtle se lo encontró todo muerto, la tierra invadida por raíces de secuoya. Había estado sucediendo durante meses, pero debió de acelerarse al final. Quitó los bancales, la tierra tan entretejida de raíces que conservó la forma incluso después de retirar los tablonés, y Turtle tuvo que picarla con un zapapico. La tierra y el compost, metros y metros, no se podían salvar.

Su solución fue reconstruir los bancales en losas de hormigón elevadas, en las que practicó agujeros de drenaje. Construyó los moldes, mezcló y vertió el hormigón, cubrió con malla galvanizada los drenajes y puso trocitos de maceta en el fondo. Compró tierra, que le llevaron en un camión, a setenta dólares el metro cúbico más sesenta dólares por el envío, que a continuación ella tuvo que llevar en carretilla desde el montón en el que se la dejaron hasta los nuevos bancales. Estaba completamente segura de que esa vez todo saldría bien. Estaba construyendo su huertecito y con eso bastaría, y durante un tiempo así fue.

Los martes era el día que Turtle iba al pueblo. Llegaba con Anna a las cuatro y media de la madrugada, cuando a Anna le gustaba bajar a la playa, y

Turtle iba a Lipinski's Juice Joint mientras Anna hacía surf y tomaba té verde y se sentaba a una alegre mesita de madera pintada a mano y a las ocho se pasaba por la oficina de Estudios Independientes, una construcción baja de secuoya en una parte del colegio a la que casi nunca iba nadie, al otro lado del campo, frente al salón de actos. Ahí se reunía con Ted Holloway, un tipo callado que cultivaba trigo y avena, los molía él mismo y horneaba su propio pan. Era paciente y hablaba en voz baja. Turtle se sentaba con él en su despacho, que daba al campo siempre vacío, siempre lleno de madrigueras de taltuzas, siempre encharcado por la lluvia, y hablaban y revisaban sus cuadernos y él evaluaba su progreso. La trataba como si fuera una persona normal y corriente, y a Turtle eso le gustaba, quería que la tomaran por quien era. Ted y ella se reunían todos los martes de ocho a nueve, pero sus conversaciones casi siempre se prolongaban mucho más. Turtle procuraba irse antes de las once y media, porque Jacob iba durante el almuerzo a trabajar en su curso de griego antiguo y no quería verlo ni quería que él la viera a ella. No sabía de qué tenía miedo, no era capaz de expresarlo y no era capaz de pensar en ello, no con rigor, y sin embargo la idea de verlo se le antojaba insoportable, la idea de todo lo que podía perder, insoportable, porque tenía la sensación de que ya había perdido a Jacob, de que había perdido mucho, y no sabía cómo sería que Jacob siguiese teniendo fe en ella. Y piensa: «ver a Jacob sólo haría que estuviese segura de lo mucho que había perdido».

Por el cumpleaños de Ted le regaló un molinillo para cereales Country Living con muelas de piedra. Estaba en el sótano de su casa y ella no lo estaba usando, y le gustaba hablar con él. El molinillo era caro, y en un principio Ted se negó a aceptarlo, pero al final lo cogió. Después de su cita con Ted, Turtle tenía una clase particular de cuatro horas de karate Shotokan en un dojo del pueblo y desde ahí subía por Little Lake y se reunía con Anna en su coche. Mientras tanto sus calabazas se hicieron enormes, parecían prehistóricas, con gruesos tallos con forma de estrella cubiertos de vello hirsuto.

Ahora, en el claro, Turtle coge la pala y empieza a sacar tierra del bancal desmantelado, que echa en la lona. Trabaja a un ritmo constante, sin parar, y

tiene cuidado con la tierra y pone cuidado en no arañar el interior del bancal. Cuanto más profundo cava, más raíces encuentra. A quince centímetros tiene que usar la azuela. Las raíces se han extendido como arterias por el fondo. Después de que se echaran a perder los primeros bancales, a ras de suelo, Turtle estuvo segura de que elevarlos del suelo funcionaría. Las losas de hormigón le parecieron una solución buena, permanente. Ahora va al siguiente, se arrodilla y mira por debajo. Ve un bosque de raíces que salen de la tierra, largos troncos marrones que serpentean por los agujeros de drenaje, agrietando cada orificio. Se sienta, se apoya en un lado del bancal. «Mierda —piensa—. Los bancales no sirven.» Tendrá que vaciarlos todos y plantar de nuevo y revisar cada uno de ellos en busca de raíces de ahora en adelante. Sólo quiere que el huerto funcione. Sólo quiere hacer un huerto y regarlo y que todo crezca y que todo se mantenga con vida y no se quiere sentir acosada. Quiere una solución que sea una solución, una solución que dure. Eso es todo lo que quiere. Quiere bancales en un terreno soleado, sin cercar, próximos a la cabaña, y le gustaría plantar guisantes, calabazas, judías verdes, ajos, cebollas, patatas, lechugas y alcachofas.

En la estaca de la cerca, *Zaki* vuelve la cabeza, y *Turtle* levanta la mirada y lo oye, el rechinar herrumbroso de la verja del Servicio Forestal. Después el *Saturn*, que baja por el camino con marcas de roderas y deja atrás la estación de bombeo. *Turtle* se levanta y va al encuentro de *Anna*, que sale del coche, agotada, se apoya en él y se restriega los ojos haciendo un desagradable ruido como de succión. Por la cara le caen mechones de pelo, y frunce la boca y da soplidos para quitárselos. *Turtle* le sonríe, también cansada, abre la puerta de atrás y saca una caja llena de exámenes. Esa noche es el baile de bienvenida, hace casi un año del tiroteo, y *Turtle* sabe que *Mendocino* estará lleno de alumnos del instituto preparándose para el baile. *Anna* señala la casa con la cabeza y echan a andar juntas. En el jardín delantero hay un porche con una pequeña ducha exterior y un toldo, con tablas de surf y kayaks contra la pared. *Turtle* se apoya la caja en la cadera y le abre la puerta a *Anna*. Cruza la sala de estar, con sus grandes ventanas que dan al sur, y entra en el despacho. Las paredes son de color azul con nubes pintadas con esponja, hay una silla de madera tallada con una piel de oveja encima, un gran escritorio de madera de roble y un calendario de *SurfGirl* en la pared. *Turtle* deja la caja en el suelo y va a la sala de estar. *Anna*, tumbada en el sofá de terciopelo verde como si la hubieran tirado allí, dedica a *Turtle* una mirada llena de humor y agotamiento. *Zaki* entra de pronto, con el sonido de la gatera al abrirse y cerrarse, corre por la habitación y se sienta en la esquina del sofá. Mira a una y luego a otra y cierra los ojos con gesto de aprobación.

—¿Cenamos? —pregunta *Turtle*. Tiene la voz ronca.

—Cenamos —confirma Anna.

Turtle entra en la cocina y enciende el fogón de gas color aguacate, que da varios chasquidos antes de cobrar vida. Cuece quinoa antes de poner al fuego una sartén con calabaza moscada y aceite de oliva. Se queda mirando cómo se hace la calabaza. Parte una granada y, cuando abre el grifo para llenar un cuenco de agua, oye que *Zaki*, a la que por alguna razón le fascina el agua, se levanta de un salto del sofá y llega tintineando por las baldosas y después derrapa en la esquina: plas, plas, plas, ¡iiiiiiiiiiiiiii!, plas, plas, plas.

*Zaki* salta a la encimera, se envuelve las patas con la cola y se queda mirando el agua. Turtle pone un colador en el cuenco y empieza a separar con las manos la cáscara rubí de la granada de la densa membrana blanca. *Zaki* da un bostezo enorme, se baja de la encimera y se aleja pavoneándose, con la cola en alto, la punta moviéndose a un lado y a otro. En la otra habitación, Anna lanza un suspiro. Suspira de nuevo, se pone de pie y entra en la cocina, levanta un cubo de arroz integral de veinte kilos con tapa de rosca y se sienta en él. Compran la comida a granel y utilizan los cubos de diez y veinte kilos a modo de muebles. Turtle le saca un Atrea Old Soul Red a Anna y le sirve una copa, Anna la coge y sonríe. Agita el vino y Turtle mueve la sartén, pica un poco de col rizada y añade varios puñados de semillas de calabaza.

—¿Qué tal te ha ido hoy? —pregunta Anna.

Turtle mira la sartén, se muerde el labio y contesta:

—Las raíces han entrado en uno de los bancales.

—Pero si no están en el suelo —aduce Anna.

—Ya.

—Ay, mi niña —replica Anna.

—No sé qué hacer —admite Turtle.

Está empezando a llorar y se ruboriza, enfadada. Ahora cualquier cosa la hace llorar. Una semana antes, estaba en la sala de estar leyendo para sus cursos cuando Anna pegó un grito en la ducha. Turtle se puso blanca, la sangre se le fue de la cara, de las tripas, y le bajó a los pies, dejándola fría, y sin saber cómo, sin que recordara haber salvado el espacio que las separaba, se vio en la puerta, pero la puerta estaba cerrada con llave, y Anna gritó desde el otro lado: «¡Para! Turtle, no pasa nada. No pasa nada», y ella dio un paso

atrás y pensó: «tienes que cruzar esa puerta», y la jamba cedió y de pronto estaba en el cuarto de baño lleno de vaho, con Anna asomada por la cortina de la ducha, diciendo: «Turtle, sólo era una araña. Sólo era una araña, me asustó», y Turtle se apoyó en la pared y se echó a llorar, con el corazón desbocado, Anna salió de la ducha, chorreando, se arrodilló junto a Turtle, puso su cabeza contra la de ella y repitió una y otra vez: «No pasa nada, Turtle. No pasa nada. Nadie te hará daño», y Turtle no fue capaz de decir nada, ni siquiera pudo decir lo que le preocupaba, quería decir: «ya lo sé, ya sé que nadie me hará daño», pero no podía dejar de llorar.

Ahora, en la cocina, Anna abraza a Turtle, pega su frente a la de ella y le asegura:

—Turtle, lo arreglaremos. Lo arreglaremos, ¿vale? Siento lo del bancal, pero hay una solución y ésta, ésta, es fácil.

Turtle sacude la cabeza, rozando la frente de Anna, y contesta:

—No hay solución. No hay solución. ¿Cómo puedes decir eso?

Tiene la sensación de que Anna le está mintiendo, porque ¿cómo puede Anna, que ha visto la vida de Turtle, cómo puede decir que todo saldrá bien? La verdad es que las cosas no salen bien, que no hay soluciones y que puede pasar un año, un año entero, y no avanzar, no estar mejor, tal vez incluso estar peor, tan nerviosa que si vas caminando por la calle con Anna y alguien abre la puerta de un coche y se baja y cierra de un portazo, te das la vuelta, dispuesta a matarlo, lo juras por Dios, te das la vuelta tan deprisa que Anna, que sabe lo que está pasando, ni siquiera puede abrir la boca a tiempo, y tú te quedas ahí parada, llorando, y un tipo con una cazadora de cuero y un fedora se baja de su Volkswagen Golf y se te queda mirando como diciendo: «¿esta chica está bien?», y te entran ganas de contestar: «esta chica no está bien, esta chica nunca estará bien».

Turtle sólo quiere que el huerto funcione. Le dio a Jacob un año. La pasaron de la Unidad de Cuidados Intensivos a una unidad de cirugía pediátrica, y cuando la hinchazón de las dañadas cuerdas vocales bajó, le dijo con su voz rasposa que no lo quería ver durante un año. No quería que la viera rota e inútil, destripada, tendida con su bata de hospital, echando porquería séptica por manojos de tubos largos, transparentes, en bolsas de

plástico graduadas y cámaras de recolección. No quería rendirse a las circunstancias. No quería hablar con él ni verlo ni pensar en él, y al cabo de un año podría volver, y si elegía el baile de bienvenida como su aniversario, *ese día* hacía un año; y si optaba por la fecha del calendario, Jacob tenía dos días; y si prefería el día que mantuvo esa conversación con él..., Jacob tenía aún más tiempo; y Turtle desearía haber sido más concreta, pero no le pareció apropiado, precisamente, negociar los detalles. Claro que no importa, porque está segura de que él no vendrá, y si de verdad te preguntabas si la gente hablaba en serio cuando decía que te pondrías *bien*, la prueba sería que Jacob volviese, que Jacob pensara que te ibas a poner *bien*, y más que necesitar que él vuelva, necesita la fe que él tenía en ella.

Turtle se desliza por la nevera hasta el suelo y las dos se quedan sentadas juntas en la pequeña cocina abarrotada, los alféizares repletos de tarros de conservas llenos de brotes, Turtle sollozando y moqueando mientras Anna la abraza y le dice:

—Turtle, siento que las raíces hayan entrado en el bancal. Es frustrante.  
—Turtle llora más aún, porque lo único que quiere es un terreno con tierra buena donde pueda cultivar cosas, donde pueda quitar las malas hierbas y dejar que los guisantes se enreden en las espalderas y las calabazas crezcan enormes y descontroladas, y no lo está consiguiendo. Otras personas pueden, así que ¿por qué ella no? Los ciervos. Los mapaches. Los cuervos, los estorninos, las tijeretas, las babosas banana y las raíces que se cuelan por debajo de los bancales. No quiere luchar por una causa perdida contra todo cuanto existe en ese lugar, contra *todo*, y se odia, odia a la persona llorica e ineficaz en la que se ha convertido, odia lo herida, lo profunda y terriblemente herida que está, y lo largo que va a ser el camino a casa.

—Turtle —añade Anna—, lo siento, pero me tengo que ir.

—¿Qué? —replica Turtle, alzando la cabeza. Oye la col rizada friéndose en la sartén—. ¿Qué?

—Necesitamos otra carabina para el baile. Un par de profesores tienen gripe, así que me toca ir a hacer de carabina en el baile.

—¿Qué? —repite Turtle, sin dar crédito—. No.

—Tengo que ir —asegura Anna—. ¿Estarás bien por la noche?

—¿Qué? —repite Turtle—. No quiero quedarme aquí.

Anna se echa hacia atrás y frunce la boca. Es la mirada que dirige a Turtle cuando se ve obligada a hacer una concesión que está dispuesta a hacer pero con la que no contaba, y Turtle ve que Anna acabará cediendo, llamará a alguien para decir que no puede ir, que Turtle la necesita en casa, que Turtle no puede quedarse sola esa noche, y Turtle empieza a sacudir la cabeza, porque *odia* ser así con Anna.

—No, deberías ir. Ve.

—Me quedaré aquí, Turtle, si me necesitas.

—No, no pasa nada —afirma ella.

—Es que hace falta que alguien más haga de carabina en el baile —explica Anna.

—Pero estás hecha polvo —alega Turtle.

Se quedan sentadas en el suelo, rodilla con rodilla, cabeza con cabeza, y Turtle se levanta. La col rizada se ha quemado, y retira las peores partes. Las semillas de calabaza también están más negras de lo que le gustaría. Baja los cuencos de cerámica hechos a mano de Anna, sirve la quinoa, la col rizada y la calabaza, las semillas de calabaza quemadas y la granada, se sientan y comen en el suelo, con la espalda contra los muebles, y Turtle se obliga a recordar que él no está, que las balas no atravesarán las paredes, que la casa permanecerá en silencio. Come el salteado con palillos chinos. A su lado, con las piernas abiertas, Anna comenta:

—Creo que no debería irme. Sería una putada, Turtle, lo siento. Es sólo..., no sé en qué estaría pensando.

—No —afirma Turtle—. Claro que debes ir. Estaré bien.

Anna apoya la cabeza en los muebles. Mira a Turtle, le sonrío y se ríe, y Turtle se ríe, y Anna observa:

—Anda que... mira dónde estamos. Esto es un poco triste, Turtle.

—Si quisiera ir al baile, ¿podría? —pregunta ella.

Anna pone una cara rara, como si probase distintas expresiones, y responde:

—Sí, supongo que podrías, si quieres. Pero, Turtle...

—Ya lo sé —replica ella.



—La música... —apunta Anna.

—Ya.

—Estará *muy* alta.

—Tienes razón.

Anna golpea la cabeza contra un mueble, frustrada. Se queda mirando la ventana, sobre ellas, con su hilera de brotes en tarros. Cambiaron los cierres por tapas de malla. Los brotes crecen enmarañados, y Turtle tiene que lavarlos y desenredarlos dos veces al día.

—Habrá mucha gente —añade Anna.

—Quizá otro día —propone Turtle.

Anna asiente.

—Quizá otro día.

—Tenemos películas de Netflix —sugiere Anna.

—Ah. ¿Cuáles? —se interesa Turtle.

—No estoy segura.

—Voy a ver.

—No, ya voy yo.

Las dos se quedan sentadas en el suelo de la cocina. Anna le da un sorbo al vino, deja la copa a un lado y también el cuenco, como si fuera a levantarse e ir a ver las películas de Netflix, pero no se levanta.

Turtle plantea:

—Pero si fuera al baile y no pudiera aguantarlo, podría pedirte las llaves y esperarte en el coche.

Anna duda. Dice:

—Creo que era... *Historias de Filadelfia* o algo por el estilo. ¿Te suena?

—No sé qué es eso —reconoce Turtle.

—Ojalá hubieras conocido a mi abuela. Ojalá estuviera aquí.

—Ojalá.

—Apuesto a que habría sabido hacer un huerto ahí fuera.

—Pero podría, ¿no? —insiste Turtle—. Podría ir, y si no lo soportara, podría esperar en el coche.

—No creo que esperar en el coche sea una buena idea, Turtle. Creo que si vas y te agobias... No creo que vayas a querer esperar en un coche a oscuras

cuando dentro hay una fiesta. No creo que sea buena idea. Podría ser el detonante de algo.

—Lo sé —admite Turtle.

—Otro día —añade Anna.

—Otro día —repite Turtle, y asiente.

—Ponte cómoda y ve unas pelis.

—¿Y si las cosas no mejoran?

—Mejorarán.

—¿Y si no mejoran?

Anna la mira, aún apoyada en el mueble, y contesta:

—Turtle. Lo siento muchísimo. Siento muchísimo lo que pasó. Ojalá lo hubiera sabido. O hubiese hecho algo.

—No —zanja Turtle, porque ya han hablado de eso y no sirve de nada. El sentimiento de culpa de Anna por lo que pasó es, en opinión de Turtle, agotador y no viene a cuento.

—Dios mío —se lamenta Anna—, ojalá. Ojalá.

—No había nada que pudieras hacer.

—Eso no es cierto —objeta Anna.

—Sí lo es —afirma Turtle.

—La cagué —asegura Anna—. Lo sabía. No tenía pruebas, pero lo sabía, y la cagué. Metí la pata. Y ojalá que no hubiera pasado. Y yo creo, Turtle, que te pondrás bien. Y el problema es que quieres estar bien *ya*. Lo conseguiremos, pero esta noche... —Expulsa aire por los labios fruncidos—. Esta noche no es la noche.

—Ya —concede Turtle.

—¿Vale? ¿Te parece bien?

Turtle recorre la cocina con la mirada.

Anna no dice nada, y Turtle sabe que está revisando todos los sentidos en los que ella aún no está lista, todos los sentidos en los que no está *bien*, y no es capaz de expresarlos, y le enfurece que la evaluación de Anna sea peor que la suya, que ni siquiera Anna, que cree en ella, que es la única persona en el mundo de la que sabe que cree *con certeza* que ella acabará estando bien, ni siquiera Anna cree que Turtle esté así ya, y Turtle, sentada junto a ella en la

cocina, piensa: «Turtle, estás aún peor de lo que creías y no te lo quiere decir».

—¿Por qué no plantarle cara? —insinúa.

—Es sólo que... —empieza Anna con delicadeza.

—Quiero ir —insiste Turtle.

—¿Por qué? —pregunta Anna—. No tienes por qué hacerlo. Turtle, no *deberías* hacerlo.

—Me da lo mismo. Lo quiero intentar.

—Jacob estará allí —advierte Anna.

—Lo sé.

—Turtle, te pondrás bien —asevera Anna.

—¿En serio?

—Yo creo que sí.

Turtle no dice nada.

—Y cuando estés lista iremos. Pero ¿ahora? Es demasiado pronto.

Esperan en silencio. Turtle se levanta, abre el grifo, llena su vaso de agua, y *Zaki* se baja del sofá, echa a correr por el pasillo, entra con la cola en alto, se sienta frente a las dos mujeres, las mira, da un enorme bostezo y se relame, al parecer profundamente satisfecha, cerrando y abriendo los ojos con la mirada más lenta y satisfecha de indolente aprobación, enrolla la cola en las patas y acto seguido la levanta y la vuelve a acomodar.

—*Zaki* cree que debería ir —prueba Turtle, y Anna se ríe y deja el cuenco en el suelo, agotada, y se queda donde está, como si no se pudiera levantar.

—Estoy cansadísima —comenta. Mira a Turtle—. ¿*De verdad* quieres ir?

—Lo quiero intentar —afirma Turtle.

—Está bien —cede Anna.

Turtle espera a su lado en la pequeña cocina de secuoya, las dos sentadas en el suelo, Anna con su vino, Turtle con su cuenco, y ninguna de las dos se levanta. Sólo esperan, intentando entenderse mutuamente.

# Agradecimientos

Por sus indicaciones, me gustaría darle las gracias a mi agente, Joy Harris, la mejor y más leal aliada. Por sus recomendaciones y sus consejos, a Michelle Latiolais. Por el trabajo duro, las ideas y el valor, a mi editora, Sarah McGrath. Por su brillante intelecto y sus convicciones, a Jynne Martin. Por toda la ayuda prestada, a Danya Kukafka. Por ser el primero en creer, a William Daniel Hough. Por su brillantez, a Shannon Pufahl. Por su amabilidad y apoyo, a Scott Hutchins. Por su amistad, a Charles y Philip Hicks. Por compartir su amor por la naturaleza, a Ray Tallent. También me gustaría darle las gracias a Teresa Sholars por contestar pacientemente mis preguntas de botánica y fenología. Por las preguntas relativas a la enseñanza, a Meghan Chandra. Por las preguntas médicas, a Steve Santora, Ross Greenlee y Patricia Greenlee. También debo darles las gracias a Ross y Patricia Greenlee por todo su cariño y apoyo, además de su ayuda técnica. Todos los errores son exclusivamente míos. Por tener en su catálogo los mejores libros, a Christie Olson Day y la librería Gallery. Me gustaría dar las gracias a algunos profesores que lo fueron todo para mí: Jenny Otter, Derek Hutchinson, Jim Jennings, Ryan Olson Day, Tobias Menely, Mike Chasar y Gretchen Moon. A mis madres, Gloria y Elizabeth, por más de lo que se puede expresar con palabras. Y, por último, a Harriet, por levantarme cuando caigo.

«Qué extraordinaria capacidad para llevar al lector a lo más profundo, ya sea de la naturaleza o del alma humana... La resiliencia siempre tuvo nombre de mujer: en este libro se llama Turtle Alveston y tiene catorce años. Un personaje que nunca olvidaré.» Jesús Carrasco

«Tallent nos invita a escuchar ese corazón en las tinieblas que ya hemos oído en *La noche del cazador*, *El señor de las moscas*, *Deliverance* y *La Costa de los Mosquitos*, pero cuyo latido aquí resuena con nuevas fuerzas y flamante talento y ritmo de gran *action movie*. Se hace imposible dejar de oírlo con los ojos cada vez más abiertos.» Rodrigo Fresán

«Uno de los libros más importantes de la década.» *Harper's Bazaar*

«Una novela que los lectores devorarán, asombrosa... Tallent es un nuevo escritor prodigiosamente dotado de talento.» *The Washington Post*

«La novela imprescindible de este año.» *The Times*

«Una historia de resiliencia, fortaleza y supervivencia. Altamente recomendable.» *The New York Times*

«Una lectura apasionante, bella y brutal [...] La gran novela americana para una era cada vez más fragmentada, más desencantada.» *Financial Times*

«Un triunfo absoluto. Por una vez, cree en el *hype*.» *The National*

«Extraordinariamente perturbador y ambicioso... un debut extraordinario.» *The San Francisco Chronicle*

«Vívido y cautivador... Simplemente no podía parar de leerlo.» Phil Klay, ganador del National Book Award

«Una lectura conmovedora [...] Un libro importante.» *USA Today*

«El tremendo y poderoso debut de un escritor que tiene casi asegurada una hermosa carrera por delante.» *NPR.org*

«Impresionante... Contemplativo y desgarrador.» *Los Angeles Review of Books*

«Hay libros que nos gustan tanto como para recomendarlos, pero hay unos pocos... que recordaremos

siempre. Para mi lista personal ahora puedo incluir *Darling*, de Gabriel Tallent. Este libro es inquietante, hermoso, aterrador e inspirador [...] El concepto “obra maestra” se ha abaratado al utilizarlo en demasiadas citas, pero *Darling* absolutamente lo es.» Stephen King

«Imposible de dejar... Un desgarrador debut que te conmociona, te sacude y finalmente te inspira.» Celeste Ng

«Tómate tiempo para leer *Darling* de Gabriel Tallent... La redacción es hermosa y el lenguaje, sobrio y duro.» Sam Sifton, *The New York Times*

«Un extraordinario *thriller* poético y psicológico.» *The Oprah Magazine*

«Una novela brillante con una extraordinaria e inolvidable heroína, pero profunda y totalmente contemplativa y emocionante.» *The Guardian*

«Una adictiva novela sobre el crecimiento.» *Entertainment Weekly*

«Si te emocionaste con Scout Finch de *Matar a un ruiseñor*, sentirás lo mismo con Turtle Alveston.» *Glamour*

«Un brillante e inolvidable debut.» *People*

«Totalmente fascinante. Cada página rebosa de energía.» Kevin Powers

«Una lectura que te abrasa.» Ryan Gattis

«Explosivo... Hay tantos elementos en esta historia que preferiríamos no creer que son ciertos, pero son tan convincentemente presentados que no podemos sino creerlos.» *The Boston Globe*

«Una joven heroína fascinante.» *Vanity Fair*

«Un gran debut con un realismo psicológico de primer nivel, yuxtapuesto a un estilo narrativo que por momentos es tan lírico que pensarás que estás leyendo poesía.» *The Houston Chronicle*

«Brillante y aterrador, narrado con una elocuente, salvaje y atrevida prosa... Leer este libro es como observar una tormenta eléctrica, al mismo tiempo hermosa y peligrosa.» *The Minneapolis Star-Tribune*

«Filosófica pero no pretenciosa, la novela muestra un fascinante análisis de la fortaleza individual...» *Paste*

«Emocionalmente tensa... la historia de Turtle es desgarradoramente visceral.» *Publishers Weekly*

«Con su excelente prosa y vertiginosa trama, es un intrépido debut.» *Dallas News*

«Una lectura absorbente.» *InStyle*

«Extremadamente catártica y escalofriante.» *Vox*

«Turtle es la heroína, fuerte y resiliente, que no sabíamos que necesitábamos. Caerás rendido a *Darling*.» *HelloGiggles*

«Un intrépido relato de aventuras que es tan hábil a la hora de trazar las tormentas emocionales internas como las luchas con la familia y la naturaleza... Una historia poderosa y elegante sobre el abuso, sus

consecuencias y lo que se necesita para sobrevivir.» *Kirkus Reviews*

«Lúcidamente escrito, desgarrador y sincero.» *Library Journal*

«Notable no solo por su caracterización, sino también por su minucioso examen del mundo natural en el que habita Turtle. Tan vívido es el escenario que se convierte en uno de los personajes principales de una novela que perdura en la mente mucho después de haber leído la última página.» *Booklist*

«Una lectura oscura, dura, imposible de dejar... la prosa es exuberante y vívida. Lo leerás con el corazón en la boca.» *Marie Claire*

«A medida que el libro desciende más en la psique de su joven heroína, uno se da cuenta de que la belleza de su prosa es un contrapeso necesario para el horror que existe en el corazón de su novela... Una obra monstruosamente hermosa, con *Darling* Gabriel Tallent será recordado durante mucho tiempo.» *BookPage*

*Darling*  
Gabriel Tallent

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *My Absolute Darling*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la fotografía de la portada, Katja Kennitz / Arcangel

© Gabriel Tallent, 2017

© por la traducción, Hugo López Araiza Bravo, 2019

© por la revisión de la traducción, María José Díez Pérez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)



[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado de acuerdo con  
Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-233-5515-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!



